

Machado de Assis

Don Casmurro

SECRETARIA-GERAL DA PRESIDÊNCIA DA REPÚBLICA



Ministro de Estado Chefe Luiz Soares Dulci

MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES



Ministro de Estado Embaixador Celso Amorim

Secretário-Geral Embaixador Samuel Pinheiro Guimarães

FUNDAÇÃO ALEXANDRE DE GUSMÃO



Presidente Embaixador Jeronimo Moscardo

A *Fundação Alexandre de Gusmão*, instituída em 1971, é uma fundação pública vinculada ao Ministério das Relações Exteriores e tem a finalidade de levar à sociedade civil informações sobre a realidade internacional e sobre aspectos da pauta diplomática brasileira. Sua missão é promover a sensibilização da opinião pública nacional para os temas de relações internacionais e para a política externa brasileira.

Ministério das Relações Exteriores
Esplanada dos Ministérios, Bloco H
Anexo II, Térreo, Sala 1
70170-900 Brasília, DF
Telefones: (61) 3411 6033/6034/6847
Fax: (61) 3411 9125
Site: www.funag.gov.br

Machado de Assis

Don Casmurro

Traducido del original portugués por Nicolás Extremera Tapia

Brasília, 2008

Copyright ©, Fundação Alexandre de Gusmão

Equipe técnica:
Eliane Miranda Paiva
Maria Marta Cezar Lopes
Cíntia Rejane Sousa Araújo Gonçalves

Projeto gráfico e diagramação:
Cláudia Capella e Paulo Pedersolli

Impresso no Brasil 2008

Assis, Machado de.
Don Casmurro / Machado de Assis; traducido del original portugués por Nicolás Extremera Tapia.
– Brasília : Fundação Alexandre de Gusmão, 2008.
p.872

ISBN 978-85-7631-140-9

1. Literatura Brasileira. 2. Assis, Machado de, 1839-1908. I. Extremera Tapia, Nicolás. II. Título.

CDU 821.134.3-3=134.2

Direitos de publicação reservados à

Fundação Alexandre de Gusmão
Ministério das Relações Exteriores
Esplanada dos Ministérios, Bloco H
Anexo II, Térreo
70170-900 Brasília – DF
Telefones: (61) 3411 6033/6034/6847/6028
Fax: (61) 3411 9125
Site: www.funag.gov.br
E-mail: funag@mre.gov.br

Depósito Legal na Fundação Biblioteca Nacional conforme Lei nº 10.994, de 14.12.2004.

SUMARIO

PRESENTACIÓN 21

CAPÍTULO I
- Sobre el título 27

CAPÍTULO II
- Sobre el libro 33

CAPÍTULO III
- La denuncia 41

CAPÍTULO IV
- ¡Un deber amarguísimo! 49

CAPÍTULO V
- El allegado 53

CAPÍTULO VI
- Mi tío Cosme 61

CAPÍTULO VII
- Doña Gloria 67

CAPÍTULO VIII
- Es el momento 73

CAPÍTULO IX
- La ópera 77

CAPÍTULO X
- Acepto la teoría 85

CAPÍTULO XI
- La promesa 89

CAPÍTULO XII
- En el porche 95

CAPÍTULO XIII
- Capitú 103

CAPÍTULO XIV
- La inscripción 111

CAPÍTULO XV
- Otra voz repentina 115

CAPÍTULO XVI
- El administrador interino 121

CAPÍTULO XVII
- Los gusanos 129

CAPÍTULO XVIII
- Un plan 133

CAPÍTULO XIX
- Sin falta 145

CAPÍTULO XX
- Mil padrenuestros y mil avemarías 149

CAPÍTULO XXI
- La prima Justina 155

CAPÍTULO XXII
- Sensaciones ajenas 161

CAPÍTULO XXIII
- A plazo fijo 165

CAPÍTULO XXIV
- Entre madre y criado 169

CAPÍTULO XXV
- En el Paseo Público 173

CAPÍTULO XXVI
- Las leyes son bellas 183

CAPÍTULO XXVI
- En el portón 189

CAPÍTULO XXVII
- En la calle 193

CAPÍTULO XXIX
- El Emperador 197

CAPÍTULO XXX
- El Santísimo 203

CAPÍTULO XXXI
- Las curiosidades de Capitú 213

CAPÍTULO XXXII
- Ojos de resaca 221

CAPÍTULO XXXIII
- El peinado 229

CAPÍTULO XXXIV
- ¡Soy un hombre! 235

CAPÍTULO XXXV
- El protonotario apostólico 243

CAPÍTULO XXXVI
- Idea sin piernas e idea sin brazos 251

CAPÍTULO XXXVII
- El alma está llena de misterios 255

CAPÍTULO XXXVIII
- ¡Qué susto, Dios mío! 261

CAPÍTULO XXXIX
- La vocación 265

CAPÍTULO XL
- Una yegua 273

CAPÍTULO XLI
- La audiencia secreta 277

CAPÍTULO XLII
- Capitú reflexionando 285

CAPÍTULO XLIII
- ¿Tienes miedo? 291

CAPÍTULO XLIV
- El primer hijo 297

CAPÍTULO XLV
- Niégalo con la cabeza, lector 305

CAPÍTULO XLVI
- Las paces 309

CAPÍTULO XLVII
- "La señora ha salido" 313

CAPÍTULO XLVIII
- Juramento del pozo 317

CAPÍTULO XLIX
- Una vela los sábados 323

CAPÍTULO L
- Un término medio 327

CAPÍTULO LI
- Entre claro y oscuro 333

CAPÍTULO LII
- El viejo Padua 337

CAPÍTULO LIII
- ¡En camino! 343

CAPÍTULO LIV
- Panegírico de Santa Mónica 349

CAPÍTULO LV
- Un soneto 357

CAPÍTULO LVI
- Un seminarista 365

CAPÍTULO LVII
- De preparación 371

CAPÍTULO LVIII
- El tratado 375

CAPÍTULO LIX
- Convidados de buena memoria 381

CAPÍTULO LX
- Querido opúsculo 385

CAPÍTULO LXI
- La vaca de Homero 389

CAPÍTULO LXII
- Un asomo de Yago 399

CAPÍTULO LXIII
- Mitades de un sueño 405

CAPÍTULO LXIV
- Una idea y un escrúpulo 411

CAPÍTULO LXV
- El disimulo 417

CAPÍTULO LXVI
- Intimidad 423

CAPÍTULO LXVII
- Un pecado 429

CAPÍTULO LXVIII
- Aplacemos la virtud 437

CAPÍTULO LXIX
- La misa 441

CAPÍTULO LXX
- Después de la misa 445

CAPÍTULO LXXI
- Visita de Escobar 451

CAPÍTULO LXXII
- Una reforma dramática 459

CAPÍTULO LXXIII
- El regidor 463

CAPÍTULO LXXIV
- La presilla 469

CAPÍTULO LXXV
- La desesperación 473

CAPÍTULO LXXVI
- Explicación 477

CAPÍTULO LXXVII
- Placer de viejos dolores 483

CAPÍTULO LXXVIII
- Secreto por secreto 487

CAPÍTULO LXXIX
- Vamos al capítulo 495

CAPÍTULO LXXX
- Vengamos al capítulo 499

CAPÍTULO LXXXI
- Una palabra 507

CAPÍTULO LXXXII
- El canapé 513

CAPÍTULO LXXXIII
- El retrato 517

CAPÍTULO LXXXIV
- Llamado 523

CAPÍTULO LXXXV
- El difunto 529

CAPÍTULO LXXXVI
- ¡Amad, muchachos! 535

CAPÍTULO LXXXVII
- La calesa 539

CAPÍTULO LXXXVIII
- Un pretexto honesto 545

CAPÍTULO LXXXIX
- La negativa 549

CAPÍTULO XC
- La polémica 553

CAPÍTULO XCI
- Ocurrencia que consuela 561

CAPÍTULO XCII
- El diablo no es tan feo como lo pintan 565

CAPÍTULO XCIII
- Un amigo por un difunto 569

CAPÍTULO XCIV
- Ideas aritméticas 577

CAPÍTULO XCV
- El Papa 585

CAPÍTULO XCVI
- Un sustituto 593

CAPÍTULO XCVII
- La salida 599

CAPÍTULO XCVIII
- Cinco años 603

CAPÍTULO XCIX
- El hijo es el retrato de su padre 609

CAPÍTULO C
- "¡Tú serás feliz, Bentiño!" 613

CAPÍTULO CI
- En el cielo 621

CAPÍTULO CII
- De casada 625

CAPÍTULO CIII
- La felicidad tiene buen corazón 631

CAPÍTULO CIV
- Las pirámides 635

CAPÍTULO CV
- Los brazos 641

CAPÍTULO CVI
- Diez libras esterlinas 647

CAPÍTULO CVII
- Celos del mar 655

CAPÍTULO CVIII
- Un hijo 661

CAPÍTULO CIX
- Un hijo único 669

CAPÍTULO CX
- Rasgos de la infancia 673

CAPÍTULO CXI
- Contado rápidamente 681

CAPÍTULO CXII
- Las imitaciones de Ezequiel 685

CAPÍTULO CXIII
- Embargos de tercero 691

CAPÍTULO CXIV
- En que se explica lo explicado 697

CAPÍTULO CXV
- Dudas sobre dudas 703

CAPÍTULO CXVI
- Hijo del hombre 709

CAPÍTULO CXVII
- Amigos próximos 715

CAPÍTULO CXVIII
- La mano de Sancha 721

CAPÍTULO CXIX
- ¡No hagas eso, querida! 731

CAPÍTULO CXX
- Los autos 735

CAPÍTULO CXXI
- La catástrofe 739

CAPÍTULO CXXII
- El entierro 743

CAPÍTULO CXXIIII
- Ojos de resaca 749

CAPÍTULO CXXIV
- El discurso 753

CAPÍTULO CXXV
- Una comparación 757

CAPÍTULO CXXVI
- Cavilando 761

CAPÍTULO CXXVII
- El barbero 767

CAPÍTULO CXXVIII
- Puñado de sucesos 771

CAPÍTULO CXXIX
- A D.ª Sancha 777

CAPÍTULO CXXX
- Un día… 781

CAPÍTULO CXXXI
- Anterior al anterior 785

CAPÍTULO CXXXII
- El boceto y la pintura 789

CAPÍTULO CXXXIIII
- Una idea 797

CAPÍTULO CXXXIV
- El sábado 801

CAPÍTULO CXXXV
- Otelo 805

CAPÍTULO CXXXVI
- La taza de café 811

CAPÍTULO CXXXVII
- Segundo impulso 817

CAPÍTULO CXXXVIII
- Capitú que entra 821

CAPÍTULO CXXXIX
- La fotografía 827

CAPÍTULO CXL
- A la vuelta de la iglesia 831

CAPÍTULO CXLI
- La solución 837

CAPÍTULO CXLII
- Una santa 841

CAPÍTULO CXLIII
- El último superlativo 847

CAPÍTULO CXLIV
- Una pregunta tardía 851

CAPÍTULO CXLV
- El regreso 855

CAPÍTULO CXLVI
- No hubo lepra 863

CAPÍTULO CXLVII
- La exposición retrospectiva 867

CAPÍTULO CXLVIII
- Bien, ¿y el resto? 871

Presentación



Don Casmurro

PRESENTACIÓN

Joaquim Maria Machado de Assis es considerado por muchos el escritor brasileño más importante de todos los tiempos. El Ministerio de la Cultura, al instituir el Año Nacional de Machado de Assis para conmemorar el centenario de su muerte en 2008, le ha rendido un justo homenaje con la realización de eventos literarios en Brasil y en el extranjero. La presente edición de *Dom Casmurro* en español, destinada especialmente a los países del Mercosur, forma parte de esas iniciativas.

Fruto de la colaboración entre la Secretaría General de la Presidencia de la República de Brasil, el Ministerio de Cultura, el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Fundación Alexandre de Gusmão, esta edición ha contado con el apoyo de la Academia Brasileña de Letras, de la cual Machado de Assis fue uno de sus fundadores y su primer presidente. Se basa en la idea

de que para acercar el Mercosur a nuestros pueblos es necesario ampliar los horizontes culturales de la integración regional. El libro y la lectura son medios privilegiados para lograr ese objetivo común, especialmente cuando se trata de un escritor de la talla de Machado de Assis.

Machado de Assis produjo una obra extensa y variada, destacando en la crónica, el teatro, la poesía y, especialmente, en la novela. Como observa el profesor Alfredo Bosi:

> *"El objeto principal de Machado de Assis es la conducta humana. Ese horizonte es alcanzado por medio de la percepción de palabras, pensamientos, obras y silencios de hombres y mujeres que vivieron en Río de Janeiro durante el Segundo Imperio. Las referencias locales e históricas no sólo no son irrelevantes, sino que son prácticamente todo para la crítica sociológica. De todos modos late en él casi una fuerza de universalización que hace a Machado inteligible en lenguas, culturas y tiempos muy diversos de su vernáculo luso-carioca y de su repertorio de personas y situaciones de*

nuestro limitado Siglo XIX fluminense burgués..."[1]

La obra de Machado de Assis ha sido traducida al inglés, alemán, danés, español, francés, holandés, italiano, serbio-croata, árabe, polaco, rumano, sueco, checo y estonio.

La presente traducción de *Dom Casmurro* al español se inscribe en las actividades del *Programa Mercosur Social y Participativo* de la Presidencia *Pro Tempore* brasileña del Mercosur. Instituido por el Presidente Luiz Inácio Lula da Silva, este *Programa* crea, desde el lado brasileño, un nuevo espacio de diálogo entre el gobierno federal, las organizaciones sociales y los movimientos populares del Mercosur. Es el resultado de la actual etapa de la integración, en el que la necesidad de profundizar en las bases de una auténtica ciudadanía regional se suma a las iniciativas de complementariedad económica.

Ofrecer a las nuevas generaciones la oportunidad de conocer a Machado de Assis

[1] Alfredo Bosi, "Machado de Assis: O enigma do olhar", 4ª ed., Martins Fontes, São Paulo, 2007.

es una forma de promover la cultura y celebrar la diversidad cultural del Mercosur. Independientemente de lo que pueda ocurrir en otras áreas, no existen asimetrías en lo que concierne a la riqueza cultural de cada país. Que esta iniciativa contribuya para la difusión de la cultura como un bien social de la integración regional.

Ministro de Estado das Relações Exteriores
Celso Amorim

Ministro de Estado Chefe da Secretaria-Geral
da Presidência da República
Luiz Soares Dulci

Ministério de Estado da Cultura
Juca Ferreira

Capítulo 1



Sobre el título

CAPÍTULO I

Sobre el título[2]

Una de estas noches, cuando venía de la ciudad al Ingenio Nuevo, me encontré en el tren de la Central a un muchacho de aquí del barrio a quien conozco de vista y de saludo. Me dio la mano, se sentó a mi lado, habló de la luna y de los ministros y acabó recitándome sus versos. El viaje era corto y los versos quizá no fuesen del todo malos. Pero sucedió que como yo estaba cansado se me cerraron los ojos tres o cuatro veces y esto bastó para que interrumpiese la lectura y se metiese sus versos en el bolsillo.

---

[2] Esta traducción está basada en la edición de la Editora Mérito, S.A. São Paulo, 1959, cuya nota inicial afirma: "Tanto la fidelidad del texto del presente libro como su forma vernácula, fijada por el cotejo de las ediciones más autorizadas, son responsabilidad de Ary de Mesquita".

Sería posible traducir *casmurro* por *cazurro*; ambos adjetivos están etimológicamente emparentados según los principales diccionarios etimológicos españoles

- Continúe, dije despabilando.

- Ya he terminado, murmuró él.

- Son muy bonitos.

(Corominas) y brasileños (A. Nascentes). Semánticamente, el propio Machado de Assis nos advierte ya en este primer capítulo: "No consultes diccionarios. *Casmurro* no está aquí en el sentido que éstos le dan, sino en el sentido de hombre callado y ensimismado que le da el vulgo". Para algunos diccionarios, como el ideológico de la lengua española de Julio Casares, ése es precisamente el único significado que, como adjetivo, tiene en español:

'De pocas palabras, callado y muy metido en sí'. La semejanza no se limita sólo a los aspectos etimológico y semántico, también es evidente su parecido fonético.

Según el parecer del Dr. Leodegário A. de Azevedo Filho, como se desprende de la propia explicación del texto de Machado de Assis, la palabra *Casmurro* no tiene aquí función adjetiva, sino de nombre propio. Por consiguiente, no se debe traducir el nombre propio *Casmurro,* y sólo se traducirá para el español *cazurro,* cuando se encuentre en función adjetiva.

En cuanto al *Dom*, añade Machado de Assis, por boca de Dom Casmurro: "El *Don* vino por ironía, para atribuirme humos de hidalgo". Efectivamente, *Dom*, en portugués queda restringido como fórmula de tratamiento a monarcas, príncipes, miembros de la alta nobleza, altos cargos eclesiásticos y como título concedido por los reyes a quienes prestaron altos servicios a la corte. Por el contrario, *Don*, en español, se antepone, como fórmula de tratamiento, al nombre de cualquier persona con independencia de su origen social e incluso en algunos países hispanoamericanos se aplica al apellido jocosa o despectivamente.

Vi que hacía un gesto para sacárselos otra vez del bolsillo, pero no pasó de ahí, estaba molesto. Al día siguiente comenzó a ponerme nombres desagradables y acabó apodándome Don Casmurro. Mis vecinos, a quienes no les gustan mis hábitos recluidos y reservados, hicieron circular ese apodo que finalmente se impuso. A mí no me molestó. Les conté la anécdota a mis amigos de la ciudad y ellos, de broma, me llaman así, algunos en sus mensajes: "Don Casmurro, el domingo iré a cenar contigo"; "Me voy a Petrópolis, Don Casmurro, a la misma casa de la Renania, a ver si dejas esa caverna del Ingenio Nuevo y vienes a pasar quince días conmigo"; "Querido Don Casmurro, no creas que te dispenso mañana del teatro, ven y te quedas a dormir aquí en la ciudad; te ofrezco habitación, té, cama; sólo no te ofrezco mujer".

No consultes diccionarios. Casmurro no está aquí en el sentido que éstos le dan, sino en el sentido de hombre callado y ensimismado que le da el vulgo. El *Don* vino por ironía, para atribuirme humos de hidalgo. ¡Todo por dar una cabezada! Tampoco he encontrado mejor título para mi narración y, si no encuentro otro mejor antes de finalizar el libro, dejaré este mismo. Mi poeta del tren

acabará sabiendo que no le guardo rencor. Y con poco esfuerzo, siendo suyo el título, podrá pensar que la obra es suya. Hay libros que sólo tienen eso de sus autores y algunos ni siquiera eso.

Capítulo 2



Sobre el libro

CAPÍTULO II

Sobre el libro

Ya que he explicado el título pasaré a escribir el libro. Antes, sin embargo, contaré los motivos que ponen la pluma en mi mano.

Vivo solo, con un criado. La casa que habito es mía; la hice construir de propósito, llevado por un deseo tan particular que me avergüenza publicarlo, pero ahí va. Un día, hace bastantes años, caí en la cuenta de reproducir en el Ingenio Nuevo la casa en la que me crié, en la antigua calle de Matacavalos, dándole el mismo aspecto y categoría de la que ya no existe. El arquitecto y el pintor entendieron bien las indicaciones que les di: idéntico edificio abuhardillado, tres ventanas en la fachada, terraza al fondo, los mismos dormitorios y salas. En la sala principal, las pinturas del techo y de las paredes son más o menos iguales, unas guirnaldas de pequeñas flores y grandes

pájaros que las llevan en sus picos, de trecho en trecho. En las cuatro esquinas del techo, las figuras de las estaciones y, en el centro de las paredes, los medallones de César, Augusto, Nerón y Masinisa, con sus nombres debajo... Desconozco el motivo de dichos personajes. Cuando fuimos a vivir a la casa de Matacavalos ya tenía esa decoración, que procedía de la década anterior. Naturalmente era propio de aquella época dar un sabor clásico y poner figuras antiguas en las pinturas americanas. El resto es también análogo y parecido. Tengo huerto, flores, legumbres, una casuarina, un pozo y un lavadero. Uso loza vieja y mobiliario viejo. Finalmente, ahora como entonces, se produce aquí el mismo contraste entre la vida interior, que es apática, con la exterior, que es agitada.

Mi evidente finalidad era anudar las dos puntas de mi vida y recuperar la adolescencia en la vejez. Pues bien, no he conseguido recuperar lo que fue ni lo que fui. Como en todo, aunque el rostro sea el mismo, la fisonomía es diferente. Si sólo me faltasen los demás, sería aceptable; un hombre se consuela más o menos de las personas que pierde, pero no me hallo a mí

mismo y esta laguna es lo que cuenta. Quien aquí aparece, comparándolo mal, es semejante al tinte con que se tiñen la barba y el cabello, que sólo conserva la apariencia externa como se dice en las autopsias; lo interno no admite el tinte. Un certificado que me atribuyese veinte años de edad podría engañar a los extraños, como todos los documentos falsos, pero no a mí. Los amigos que me quedan son de fecha reciente, todos los antiguos fueron a estudiar la geología de los camposantos. Las amigas, algunas son de hace quince años, otras de menos y casi todas creen en la juventud. Dos o tres se lo podrían hacer creer a los demás, pero el lenguaje que hablan obliga muchas veces a consultar los diccionarios y tanta frecuencia cansa.

Sin embargo, vida diferente no quiere decir vida peor, sino distinta. En ciertos aspectos aquella vida antigua se me presenta desposeída de muchos encantos que le hallé; pero no es menos cierto que ha perdido muchas espinas que la hicieron molesta y en la memoria conservo algún recuerdo dulce y hechicero. En realidad, salgo poco y hablo menos. Distracciones escasas. La mayor parte del tiempo la empleo en cultivar el huerto, el jardín y en leer; como bien y no duermo mal.

Pero como todo cansa, esta monotonía acabó por agotarme también. Quise variar y caí en la cuenta de escribir un libro. Jurisprudencia, filosofía y política me vinieron a la mente, pero no me asistieron las fuerzas necesarias. Después pensé en hacer una *Historia de los suburbios*, menos pesada que las memorias del Padre Luís Gonçalves dos Santos, referidas a la ciudad; sería una obra modesta, pero exigía documentos y fechas como preliminares, todo árido y largo. Entonces fue cuando los bustos pintados en las paredes comenzaron a hablarme y a decirme que, ya que ellos no habían conseguido reconstruirme los tiempos idos, tomase la pluma y contase algunos. Quizá la narración me produjese una ilusión y viniesen las sombras a deslizarse ligeras, como al poeta, no al del tren, sino al del *Fausto*: *¿Aquí venís otra vez, inquietas sombras...?*

Me quedé tan contento con esta idea que todavía ahora me tiembla la pluma en la mano. Sí, Nerón, Augusto, Masinisa, y a ti gran César, que me incitas a hacer mis comentarios, os agradezco el consejo y voy a verter sobre el papel las reminiscencias que me vayan viniendo. De ese modo viviré lo que viví y asentaré mi mano para una obra de

mayor fuste. Venga, comencemos la evocación por una célebre tarde de noviembre que nunca he olvidado. He tenido muchas otras, mejores y peores, pero aquella nunca se me ha borrado del espíritu. Lo entenderás conforme vayas leyendo.

Capítulo 3



La denuncia

CAPÍTULO III

La denuncia

Iba a entrar en la sala de visitas cuando oí pronunciar mi nombre y me escondí detrás de la puerta. La casa era la de la calle de Matacavalos; el mes, el de noviembre; el año es un tanto remoto, pero no cambiaré las fechas de mi vida sólo para agradar a las personas a quienes no les gustan las historias viejas; era el año de 1857.

- D.ª Gloria, ¿persiste usted en la idea de meter a nuestro Bentiño en el seminario? Ya ha pasado el momento e incluso podría surgir un problema.

- ¿Qué problema?

- Un gran problema.

Mi madre quiso saber de qué se

trataba. José Dias, después de algunos instantes de concentración, vino a ver si había alguien en el pasillo; no me vio, volvió y, bajando la voz, dijo que el problema estaba en la casa de al lado, en la familia de los Padua.

- ¿En la familia de los Padua?

- Hace tiempo que se lo estoy queriendo decir, pero no me atrevía. No me parece bonito que nuestro Bentiño ande escondiéndose por los rincones con la hija del *Tortuga*, y ahí está el problema, porque si les da por enamorarse tendrá usted que luchar mucho para separarlos.

- No lo creo. ¿Escondiéndose por los rincones?

- Es una manera de hablar. Con cuchicheos, siempre juntos. Bentiño casi no sale de allí. La muchacha es una descerebrada, su padre hace como si no viera nada, pero ya le gustaría que las cosas fuesen a parar... Comprendo su actitud, usted no cree en esos cálculos, le parece que todo el mundo tiene un alma cándida...

- Pero, Sr. José Días, he visto a los muchachos jugando y nunca he visto nada

que me haga desconfiar. Y menos a esa edad, Bentiño sólo tiene quince años. Capitú cumplió catorce la semana pasada, son dos jovenzuelos. No se olvide de que se han criado juntos, desde la gran inundación, hace diez años, cuando la familia Padua perdió tantas cosas; hasta ahí se remontan nuestras relaciones. ¿Qué voy a pensar...? Cosme, hermano, ¿tú que crees?

Mi tío Cosme respondió con un "¡Yo qué sé!" que, traducido en romance, quería decir: "Son imaginaciones de José Días; los muchachos se divierten, yo me divierto; ¿dónde está el *back gamón*?"

- Sí, creo que está usted equivocado.

- Puede ser, señora. ¡Ojalá tengan razón!, pero crea que sólo he hablado después de mucho cavilar...

- De cualquier manera, ya va siendo hora, interrumpió mi madre; voy a tratar de meterlo en el seminario cuanto antes.

- Bueno, ya que no ha olvidado la idea de hacerlo cura se ha mantenido lo principal. Bentiño tiene que cumplir los deseos de su madre. Y además, la iglesia brasileña guarda

altos destinos para él. No olvidemos que un obispo presidió la Constituyente ni que el padre Feijó gobernó el imperio...

- ¡Gobernó desastrosamente!, cortó mi tío Cosme, cediendo a antiguos rencores políticos.

- Perdón, doctor, no estoy defendiendo a nadie, estoy citando. Lo que quiero decir es que el clero juega todavía un gran papel en Brasil.

- Usted lo que quiere es llevarse una paliza en el juego; ande, vaya a buscar el *back gamón*. Y el muchacho, si ha de ser cura, realmente es mejor que no comience a decir misa detrás de las puertas. Pero, mírame, hermana Gloria, ¿de verdad hay necesidad de hacerlo cura?

- Es una promesa y hay que cumplirla.

- Sé que hiciste la promesa..., pero, una promesa así..., no lo sé... Creo que, pensándolo bien... ¿A ti qué te parece, prima Justina?

- ¿A mí?

- Ciertamente cada cual sabe mejor que nadie lo que le conviene, continuó mi tío

Cosme, y Dios sabe de todos. Sin embargo, una promesa de tantos años... ¿Pero qué te pasa Gloria? ¿Estás llorando? ¡Vaya por Dios! ¿Eso es para llorar?

Mi madre se sonó sin responder. La prima Justina creo que se levantó y fue a hablar con ella. Luego se produjo un gran silencio, durante el cual estuve a punto de entrar en la sala, pero otra fuerza mayor, otra emoción... No pude oír las palabras que mi tío Cosme comenzó a decir. La prima Justina le daba ánimos: "¡Prima Gloria! ¡Prima Gloria!" José Días se disculpaba: "Si lo hubiera sabido, no habría hablado, pero he hablado por la veneración, por la estima, por el afecto, para cumplir un deber amargo, un deber amarguísimo..."

Capítulo 4



¡Un deber amarquísimo!

CAPÍTULO IV

¡Un deber amarguísimo!

A José Días le encantaban los superlativos. Era una manera de darle una apariencia monumental a las ideas; no habiéndolas, servía para prolongar las frases. Se levantó para ir a buscar el *back gamón* que estaba dentro de la casa. Me pegué a la pared y lo vi pasar con sus pantalones blancos planchados, presillas, chaqueta y corbata de clip. Fue de los últimos que usaron presillas en Río de Janeiro y quizá en este mundo. Usaba pantalones un poco cortos para que le quedasen bien lisos. La corbata de satén negro, con un arco de acero por dentro, le inmovilizaba el cuello; estaba entonces de moda. La chaqueta de algodón, prenda casera y leve, parecía en él una chaqueta de vestir. Era delgado, chupado, con una calva incipiente; tendría sus cincuenta y cinco años. Se levantó con el paso pesado de costumbre, no el vagar arrastrado de los

perezosos, sino un vagar calculado y deducido, un silogismo completo, la premisa antes de la consecuencia, la consecuencia antes de la conclusión. ¡Un deber amarguísimo!

Capítulo 5



El allegado

CAPÍTULO V

El allegado

No siempre tenía aquel paso pesado y rígido. También se descompasaba cuando entraba en acción; en sus movimientos era muchas veces rápido y ágil, tan natural de una como de otra manera. Además, si era preciso, se reía ampliamente con una gran risa involuntaria, pero comunicativa, de modo que las mejillas, los dientes, los ojos, toda su cara, toda su persona, todo el mundo parecía reírse con él. En los momentos graves, gravísimo.

Era nuestro allegado desde hacía muchos años, desde cuando mi padre todavía estaba en la antigua hacienda de Itaguaí y yo acababa de nacer. Un día apareció allí haciéndose pasar por médico homeópata, llevaba un *Manual* y una botica. Había entonces una epidemia de fiebres, José Días curó al capataz y a una esclava y no quiso recibir ninguna remuneración. Entonces mi padre

le propuso quedarse a vivir allí con un pequeño salario. José Días no lo aceptó, diciendo que era justo llevar la salud a las casas humildes.

- ¿Quién le impide ir a otros lugares? Vaya adonde quiera, pero quédese a vivir con nosotros.

- Volveré de aquí a tres meses.

Volvió al cabo de dos semanas, aceptó casa y comida sin otro estipendio que el que le quisiesen dar por benevolencia. Cuando mi padre fue elegido diputado y vino a Río de Janeiro con la familia, él vino también y tuvo su aposento en el fondo de la chácara. Un día, cuando se habían propagado de nuevo las fiebres en Itaguaí, mi padre le dijo que fuese a visitar a nuestros esclavos. José Días permaneció callado, suspiró y acabó confesando que no era médico. Había adoptado este título para ayudar a difundir la nueva escuela y no lo hizo sin estudiar muchísimo, pero su conciencia no le permitía aceptar más enfermos.

- Pero usted los ha curado en otras ocasiones.

- Creo que sí, pero lo más acertado sería decir que fueron los remedios recomendados en los libros. Los remedios, ellos sí. Abajo de Dios, ellos. Yo era un charlatán... No lo niegue usted; los motivos de mi proceder podían ser y eran dignos; la homeopatía es la verdad y, para servir a la verdad, mentí; pero ha llegado el momento de aclarar las cosas.

No fue despedido como lo pidió entonces, mi padre ya no podía prescindir de él. Tenía el don de ser bien aceptado y hacerse indispensable, su ausencia se notaba como la de una persona de la familia. Cuando mi padre murió, el dolor que sintió fue enorme, según me dijeron, aunque no me acuerdo. Mi madre le quedó muy agradecida y no consintió que dejase su habitación de la chácara; al séptimo día, después de la misa, fue a despedirse de ella.

- Quédese con nosotros, José Días.

- Como mande, señora.

Recibió un pequeño legado en el testamento, unas pólizas y cuatro palabras de reconocimiento. Copió las palabras, las enmarcó y las colgó en su habitación, encima de la cama. "Estos son mis mejores pólizas",

decía muchas veces. Con el tiempo, adquirió cierta autoridad en la familia, o al menos cierta audiencia; no abusaba y sabía opinar obedeciendo. Al fin y al cabo era un amigo, no diré que óptimo, pero no todo es óptimo en este mundo. Y no le supongas un alma sumisa; sus amabilidades, si las tenía, procedían antes del cálculo que de su índole. La ropa le duraba mucho; al contrario de las personas que se manchan enseguida la ropa nueva, él llevaba su traje viejo cepillado y sin arrugas, zurcido, abotonado, con una elegancia pobre y modesta. Aunque de manera arbitraria, era lo bastante leído como para entretener en los saraos y en los postres o explicar algún fenómeno, hablar de los efectos del calor y del frío, de los polos y de Robespierre. Contaba muchas veces un viaje que había hecho a Europa, y confesaba que si no fuera por nosotros ya habría vuelto allí; tenía amigos en Lisboa, pero decía que nuestra familia, abajo de Dios, lo era todo para él.

- ¿Abajo o arriba?, le preguntó un día mi tío Cosme.

- Abajo, repitió José Días lleno de veneración.

Y a mi madre, que era religiosa, le gustó ver que ponía a Dios en su debido lugar y sonrió asintiendo. José Días se lo agradeció inclinando la cabeza. Me madre le daba de vez en cuando algunas monedas. Mi tío Cosme, que era abogado, le confiaba la copia de papeles de autos.

Capítulo 6



Mi tío Cosme

CAPÍTULO VI

Mi tío Cosme

Mi tío Cosme vivía con mi madre desde que ella enviudó. Entonces ya era viudo como la prima Justina, era la casa de los tres viudos.

La fortuna cambia muchas veces las manos de naipes que reparte la naturaleza. Formado para las serenas funciones del capitalismo, mi tío Cosme no se enriquecía en el foro, iba subsistiendo. Tenía su bufete en la antigua calle de las Violas, cerca de los juzgados, que estaban en el extinto Aljube. Se dedicaba a lo penal. José Días no se perdía las defensas orales de mi tío Cosme. Era quien le ponía y le quitaba la toga, con muchos elogios al final. En casa relataba los debates. Mi tío Cosme, por más modesto que quisiese ser, sonreía convencido.

Era gordo y pesado, tenía la respiración corta y los ojos dormilones. Uno

de mis recuerdos más antiguos era verlo montar todas las mañanas la caballería que mi madre le había regalado y que lo llevaba al despacho. El negro que la había ido a buscar a la caballeriza, sostenía el freno, mientras él alzaba el pie y lo posaba en el estribo; luego venía un minuto de descanso o de reflexión. Después se daba un impulso, el primero; su cuerpo amenazaba con subir, pero no subía; en el segundo impulso, idéntico resultado. Finalmente, después de algunos instantes demorados, mi tío Cosme reunía todas sus fuerzas físicas y morales, se daba un último impulso desde el suelo y esa vez caía encima de la silla. Difícilmente la caballería podía disimular con un movimiento que acababa de caerle el mundo encima. Mi tío Cosme acomodaba sus carnes y el animal partía al trote.

Tampoco se me ha olvidado lo que me hizo una tarde. Aunque nacido en la plantación (desde donde vine con dos años de edad), y a pesar de las costumbres de la época, yo no sabía montar y les tenía miedo a los caballos. Mi tío Cosme me agarró y me despatarró encima del animal. Cuando me vi en lo alto (tenía nueve años), solo y desamparado, el suelo allí abajo, empecé a

gritar desesperadamente: "¡Mamá! ¡Mamá!" Ella acudió, pálida y trémula, pensó que me estaban matando, me apeó y me acarició, mientras su hermano le preguntaba:

- Gloria, ¿cómo este grandullón tiene miedo de un animal manso?

- No está acostumbrado.

- Pues debería acostumbrarse. Y aunque llegue a ser cura, si fuese vicario en la plantación, sería necesario que montase a caballo; y, aquí mismo, incluso no siendo cura, si quiere estar a la moda, como los demás muchachos, y no sabe montar, se disgustará contigo, Gloria.

- Pues que se disguste; me da miedo.

- ¡Miedo! ¡Qué miedo!

La verdad es que sólo aprendí equitación más tarde, menos por gusto que por la vergüenza de decir que no sabía montar. "Ahora comenzará a cortejar de verdad", dijeron cuando comencé las clases. No se podría decir lo mismo de mi tío Cosme. En él era vieja costumbre y necesidad. Ya no estaba para enamoramientos. Cuentan que,

de joven, además de ser atractivo para muchas damas, fue un político exaltado; pero los años le robaron la mayor parte de su ardor político y sexual y la obesidad acabó con el resto de sus ideas públicas y específicas. Ahora sólo cumplía con las obligaciones del oficio y sin amor. En las horas de descanso pasaba el tiempo mirando o jugando a las cartas. De vez en cuando contaba chistes.

Capítulo 7



Doña Gloria

CAPÍTULO VII

Doña Gloria

Mi madre era buena persona. Cuando se murió su marido, Pedro de Albuquerque Santiago, tenía treinta y un años de edad y pudo haber regresado a Itaguaí. No quiso, prefirió quedarse cerca de la iglesia donde mi padre fue enterrado. Vendió la pequeña hacienda con sus esclavos, compró algunos y los puso a producir beneficio o los alquiló, una docena de casas, cierto número de pólizas, y se quedó en la casa de Matacavalos, donde había vivido durante sus dos últimos años de casada. Era hija de una señora de Minas, descendiente de otra paulista, la familia Fernandes.

Así pues, en aquel año de gracia de 1857, D.ª María da Gloria Fernandes Santiago tenía cuarenta y dos años de edad. Era aún bonita y joven, pero, por más que la naturaleza quisiese preservarla del paso del tiempo, se obstinaba en esconder los restos

de su juventud. Vivía metida en un eterno vestido oscuro, sin adornos, con un chal negro, doblado en triángulo y abrochado en el pecho con un camafeo. Los cabellos, peinados en dos bandas, estaban recogidos sobre la nuca con una vieja peineta de carey; algunas veces llevaba una toca blanca plisada. Lidiaba así, con sus zapatos de cordobán planos y sordos, de un lado a otro, viendo y guiando todos los servicios de la casa entera, desde la mañana hasta la noche.

Tengo su retrato en la pared, al lado de su marido, como en la otra casa. La pintura está ya muy oscura, pero aún da una idea de ambos. Sólo recuerdo de él, vagamente, que era alto y tenía una abundante cabellera; su retrato muestra unos ojos redondos que me acompañan a todas partes, por efecto de la pintura que me asustaba de niño. Su cuello surge de una corbata negra de muchas vueltas; el rostro completamente rasurado, salvo una pequeña parte junto a las orejas. El de mi madre muestra que era linda. Tenía entonces veinte años y una flor entre los dedos. En el cuadro parece ofrecerle la flor a su marido. Lo que se leen en la cara de ambos es que, si la felicidad conyugal puede ser comparada al premio gordo, ellos la habían ganado con un número comprado al

alimón.

Concluyo que no se deben abolir las loterías. Ningún premiado las ha acusado jamás de inmorales así como nadie ha tachado de mala la caja de Pandora por guardar la esperanza en su fondo, en alguna parte tiene que estar. Aquí tengo a los dos bien casados de otrora, los bien amados, los bienaventurados, que se fueron de esta vida a la otra continuando probablemente un sueño.

Cuando la lotería y Pandora me hartan, alzo los ojos hacia ellos y olvido los números sin premio y la caja fatídica. Son retratos que equivalen a los originales. El de mi madre, ofreciendo la flor a su marido, parece decir: "¡Soy toda tuya, mi guapo caballero!" El de mi padre, mirando hacia nosotros, hace este comentario: "Vean cómo me quiere esta joven..." No sé si sufrieron incomodidades o disgustos: era un niño o ni siquiera habría nacido. Después de la muerte de él, me viene a la memoria que ella lloró mucho; pero aquí están los retratos de ambos, sin que la pátina del tiempo les haya quitado la primera expresión. Son como fotografías instantáneas de la felicidad.

Capítulo 8



Es el momento

CAPÍTULO VIII

Es el momento

Es el momento de volver a aquella tarde de noviembre, una tarde clara y fresca, sosegada como nuestra casa y el tramo de calle en que vivíamos. Realmente fue el principio de mi vida; todo lo que había sucedido antes había sido como el maquillarse y vestirse de las personas que tienen que entrar en escena, el encendido de las luces, la afinación de los rabeles, la sinfonía... Ahora es cuando iba yo a comenzar mi ópera. "La vida es una ópera", me decía un viejo tenor italiano que vivió y murió aquí... Y un día me explicó la definición de tal manera que me convenció. Quizá valga la pena contarla, sólo ocupa un capítulo.

Capítulo 9



La ópera

CAPÍTULO IX

La ópera

Ya no tenía voz, pero se obstinaba en decir que la tenía. "El desuso es lo que me perjudica", añadía. Siempre que llegaba de Europa una nueva compañía, iba al empresario y le exponía todas las injusticias de la tierra y del cielo; el empresario cometía una más y él salía bramando contra la iniquidad. Se valía aún de los trucos de sus antiguos papeles. Cuando andaba, a pesar de ser ya viejo, parecía que cortejaba a una princesa de Babilonia. A veces canturreaba, sin abrir la boca, algún fragmento tanto o más viejo que él; cantar en voz baja es siempre posible. Venía aquí algunas veces a cenar conmigo. Una noche, después de mucho Chianti, me repitió la definición de siempre y como yo le dijera que la vida tanto podía ser una ópera como un viaje por mar o una batalla, negándolo con la cabeza, replicó:

- La vida es una ópera y una gran ópera. El tenor y el barítono debaten con la soprano, en presencia del bajo y de los demás cantantes, cuando no son la soprano y la contralto quienes debaten con el tenor, en presencia del bajo y de los otros cantantes. Hay coros numerosos, muchos bailes y la orquestación es excelente...

- Pero, mi caro Marcolini...

- ¿Dónde está el problema...?

Y, después de beber un sorbo, posó la copa y me expuso la historia de la creación con palabras que voy a resumir.

Dios es el poeta. La música es de Satanás, joven maestro con mucho futuro, que aprendió en el conservatorio del cielo. Rival de Miguel, Rafael y Gabriel, no toleraba la prioridad que ellos tenían en la distribución de los premios. Puede ser también que la música, dulce y mística en demasía, de sus condiscípulos, le fuese abominable para su genio esencialmente trágico. Tramó una rebelión que fue descubierta a tiempo y fue expulsado del conservatorio. Todo habría ocurrido sin más si Dios no hubiese escrito un libreto de ópera, al que renunció por

entender que tal género de entretenimiento era impropio de su eternidad. Satanás se llevó el manuscrito consigo al infierno. Con el fin de mostrar que valía más que los demás -y acaso para reconciliarse con el cielo- compuso la partitura y así que la acabó se la llevó al Padre Eterno.

- Señor, no he olvidado las lecciones recibidas, le dijo. Aquí tenéis la partitura, escuchadla, enmendadla, hacedla interpretar y, si la halláis digna de esas alturas, admitidme con ella a vuestros pies...

- No, replicó el Señor, no quiero oír nada.

- Pero, Señor...

- ¡Nada! ¡Nada!

Satanás suplicó todavía, sin mejor fortuna, hasta que Dios, cansado y lleno de misericordia, consintió que la ópera se interpretara, pero fuera del cielo. Creó un teatro especial, este planeta, e inventó una compañía completa, con todos sus componentes, primarios y secundarios, coros y danzarines.

- ¡Oíd ahora algunos ensayos!

- No, no quiero saber nada de los ensayos. Me basta con haber compuesto el libreto, estoy dispuesto a repartir contigo los derechos de autor.

Quizá fue un inconveniente esta negativa, ya que por su causa surgieron algunos desconciertos que una audición previa y una colaboración amistosa habrían evitado. En efecto, hay lugares en los que el verso va hacia la derecha y la música hacia la izquierda. No falta quien diga que precisamente en eso está la belleza de la composición, huyendo de la monotonía, y así explican el trío del Edén, el aria de Abel, los coros de la guillotina y la esclavitud. No es raro que los mismos lances se reproduzcan sin motivo suficiente. Ciertos temas cansan a fuerza de repetirse. También se producen confusiones; el compositor abusa de las masas corales, encubriendo muchas veces el sentido de un modo poco claro. Las partes orquestales están tratadas sin embargo con gran pericia. Tal es la opinión de imparciales.

Los amigos del compositor creen que difícilmente se puede hallar otra obra tan bien acabada. Algunos admiten ciertas rudezas y tales o cuales lagunas, pero en el transcurso de la ópera es probable que éstas se cubran o expliquen, y aquéllas desaparezcan

enteramente, sin que se niegue el compositor a enmendar la obra donde crea que no se corresponde con el pensamiento sublime del poeta. No dicen lo mismo los amigos de éste. Juran que el libreto fue sacrificado, que la partitura corrompió el sentido de la letra y, aunque sea bonita en algunas partes y trabajada con arte en otras, es absolutamente diferente y hasta contraria al drama. Lo grotesco, por ejemplo, no se halla en el texto del poeta; es una exageración para imitar las *Alegres comadres de Windsor*. Este punto es refutado por los satanistas con alguna apariencia de razón. Dicen que en la época en la que el joven Satanás compuso la gran ópera, no habían nacido ni esa farsa ni Shakespeare. Llegan a afirmar que el poeta inglés no tuvo mayor genialidad que transcribir la letra de la ópera, con tal arte y fidelidad, que parece él mismo el autor de la composición; pero evidentemente es un plagiario.

- Esta pieza, concluyó el viejo tenor, durará mientras dure el teatro, sin que se pueda calcular cuándo será demolido por conveniencia astronómica. El éxito es creciente. Poeta y músico reciben puntualmente sus derechos de autor, que no son iguales, porque la regla de la división es

como se dice en las Escrituras: "Muchos son los llamados, y pocos los elegidos". Dios cobra en oro, Satanás en papel.

- Tiene gracia...

- ¿Gracia?, gritó con furia; pero enseguida se calmó y replicó: - Caro Santiago, yo no tengo gracia, le tengo horror a la gracia. Esto que digo es la verdad pura y última. Un día, cuando todos los libros sean quemados por inútiles, habrá quien, puede que un tenor, y quizá italiano, enseñe esta verdad a los hombres. Todo es música, amigo mío. En el principio era el *do*, y el *do* se hizo *re*, etc. Este copa (y la llenaba de nuevo), este copa es un breve estribillo. ¿No se oye? Tampoco se oyen el palo ni la piedra, pero todo cabe en la misma ópera...

Capítulo 10



Acepto la teoría

CAPÍTULO X

Acepto la teoría

Que sea demasiada metafísica para un único tenor, no cabe duda; pero la pérdida de la voz lo explica todo y hay filósofos que son, en resumen, tenores en paro.

Yo, lector amigo, acepto la teoría de mi viejo Marcolini, no sólo por la verosimilitud, que muchas veces es toda la verdad, sino porque mi vida encaja bien con la definición. Canté un *duo* ternísimo, después un *trio*, después un *quatuor*... Pero no nos adelantemos; vayamos a la primera parte, cuando yo llegué a saber que ya cantaba, porque la denuncia de José Días, mi caro lector, me la hizo principalmente a mí. Ante mí es ante quien me denunció.

Capítulo 11



La promesa

CAPÍTULO XI

La promesa

Apenas vi desaparecer al allegado por el pasillo, dejé el escondrijo y corrí al porche del fondo. No quise saber ni de las lágrimas ni de la causa que hacía llorar a mi madre. La causa era probablemente sus proyectos eclesiásticos y lo que voy a contar es el motivo de éstos, porque ya entonces era una historia vieja; ocurrida dieciséis años atrás.

Los proyectos venían del tiempo en el que fui concebido. Habiendo nacido muerto su primer hijo, mi madre le pidió a Dios que el segundo viviera y le prometió que si fuese varón entraría en la iglesia. Quizá esperase una hija. No le dijo nada a mi padre ni antes ni después de darme a luz; pensaba hacerlo cuando yo fuera a la escuela, pero enviudó antes de eso. Viuda, sintió el terror de separarse de mí; pero era tan devota, tan temerosa de Dios, que buscó testigos de su

compromiso, confiando su promesa a parientes y familiares. Únicamente, para que nos separásemos lo más tarde posible, me hizo aprender en casa las primeras letras, latín y doctrina, con un tal padre Cabral, viejo amigo de mi tío Cosme, que iba allí por las noches a echar una partida.

Los plazos amplios son fáciles de suscribir, la imaginación los hace infinitos. Mi madre esperó a que los años fuesen pasando. Mientras tanto, me iba acostumbrando a la idea de la iglesia; juegos de niños, libros devotos, imágenes de santos, las conversaciones en la casa, todo convergía en el altar. Cuando íbamos a misa, me decía siempre que era para que aprendiese a ser cura y que mirase al cura, que no quitase los ojos del cura. En casa jugaba a celebrar misa, un poco a escondidas, porque mi madre me decía que la misa no era cosa de juego. Preparábamos un altar, Capitú y yo. Ella hacía de sacristán y alterábamos el ritual, en el sentido de repartirnos la hostia entre nosotros; la hostia era siempre un dulce. En la época en que jugábamos así era muy frecuente oír a mi vecina: "¿Hoy hay misa?" Yo ya sabía lo que eso quería decir, respondía afirmativamente e iba a pedir la hostia con

otro nombre. Volvía con ella, preparábamos el altar, improvisábamos el latín y abreviábamos las ceremonias. *Dominus, non sum dignus*... Esto, que yo lo tenía que repetir tres veces, creo que sólo lo decía una, tal era la gula del cura y del sacristán. No bebíamos vino ni agua, no teníamos vino y el agua nos habría quitado el sabor del sacrificio.

Últimamente no me hablaban del seminario, hasta el punto que yo creía que era un asunto ya resuelto. Quince años, sin vocación, pedían antes el seminario del mundo que el de San José. Mi madre se quedaba muchas veces mirándome como alma perdida, o me agarraba la mano sin ningún pretexto y me la apretaba mucho.

Capítulo 12



En el porche

CAPÍTULO XII

En el porche

Me paré en el porche; iba atontado, aturdido, las piernas flojas, el corazón parecía querer salirse por la boca. No me atrevía a bajar a la chácara y pasar al huerto vecino. Comencé a andar de un lado a otro, deteniéndome para no caerme y andaba de nuevo y de nuevo me detenía. Voces confusas repetían el discurso de José Días:

"Siempre juntos..."

"Con cuchicheos..."

"Y si se enamorasen..."

Ladrillos que pisé y repisé aquella tarde, columnas amarillentas que me pasasteis por la derecha o por la izquierda, según fuera o viniera, en vosotras se quedó la mejor parte de mi crisis, la sensación de un goce nuevo, que me concentraba en mí mismo y luego me dispersaba

y me daba escalofríos y me derramaba no sé qué bálsamo interior. A veces me sorprendía sonriendo, con una risa de satisfacción que desmentía la abominación de mi pecado. Y las voces se repetían confusas:

"Con cuchicheos..."

"Siempre juntos..."

"Y si se enamorasen..."

Un cocotero, viéndome inquieto y adivinando la causa, murmuró desde lo alto que no era malo que los jóvenes de quince años anduviesen por los rincones con las jóvenes de catorce; por el contrario, los adolescentes de esa edad no tenían otro oficio ni los rincones otra utilidad. Era un cocotero viejo y yo creía en los cocoteros viejos, incluso más que en los libros viejos. Pájaros, mariposas, una cigarra que ensayaba el estío, todos los habitantes vivos del aire tenían la misma opinión.

¿Así que yo amaba a Capitú y Capitú me amaba a mí? Realmente andaba pegado a sus faldas, pero no me parecía que hubiese nada entre nosotros que fuese de verdad secreto. Antes de que ella fuese al colegio, todo eran travesuras de niños; después que salió del colegio, es cierto que no restablecimos enseguida la antigua intimidad, pero volvió poco a poco y en el último año fue completa.

Mientras, el tema de nuestras conversaciones era el de siempre. Capitú me llamaba a veces guapo, buen mozo, una flor; otras me tomaba las manos para contarme los dedos. Y comencé a recordar esos y otros gestos y palabras, el placer que sentía cuando ella me pasaba la mano por los cabellos, diciendo que los encontraba lindísimos. Yo, sin hacer lo mismo con sus cabellos, decía que los suyos eran mucho más lindos que los míos. Entonces Capitú lo negaba con una gran expresión de desengaño y melancolía, tanto más asombrosa cuanto sus cabellos eran realmente admirables; entonces yo le replicaba llamándola loca. Cuando me preguntaba si había soñado con ella la noche anterior, y yo le respondía que no, la oía contar que había soñado conmigo y eran aventuras extraordinarias, que subíamos al Corcovado por el aire, que danzábamos en la luna o que los ángeles venían a preguntarnos nuestros nombres para dárselos a otros ángeles que acababan de nacer. En todos esos sueños andábamos unidos. Los que yo tenía con ella no eran así, sólo reproducían nuestra familiaridad y muchas veces no pasaban de una simple repetición del día, alguna frase, algún suceso. Yo también se los contaba. Capitú un día reparó en la diferencia, diciendo que los suyos eran más bonitos que los míos; yo, después de dudar un poco, le dije que eran como la persona que soñaba... Se puso del color de la pitanga.

Pues, francamente, sólo ahora entendía la emoción que me causaban esas y otras

confidencias. La emoción era dulce y nueva, pero su causa se me escapaba sin que yo la buscase ni sospechase. Los silencios de los últimos días, que no me sugerían nada, ahora los sentía como señales de algo y también las medias palabras, las preguntas curiosas, las respuestas vagas, las atenciones, el placer de recordar la infancia. También advertí como un suceso reciente despertarme con el pensamiento puesto en Capitú y escucharla en la memoria y estremecerme cuando sentía sus pasos. Si se hablaba de ella en mi casa, prestaba más atención que antes y, según fuese alabanza o crítica, así me producían un agrado o desagrado más intensos que antes, cuando éramos solamente compañeros de travesuras. Llegué a pensar en ella durante las misas de aquel mes, con intervalos, es verdad, pero también con exclusividad.

Todo esto se me daba a conocer ahora por boca de José Días, que me había denunciado ante mí mismo y a quien yo se lo perdonaba todo, el mal que había dicho, el mal que había hecho y lo que pudiera proceder de lo uno y de lo otro. En aquel instante, la eterna Verdad no valía más que él, ni la eterna Bondad ni las demás Virtudes eternas. ¡Yo amaba a Capitú! ¡Capitú me amaba! Y mis piernas andaban, desandaban, se detenían, trémulas y convencidas de abarcar el mundo. Ese primer palpitar de la savia, esa revelación de la conciencia a sí misma no se me han olvidado nunca ni me han parecido comparables a ninguna

otra sensación de la misma especie. Naturalmente por ser mías. Naturalmente también por ser las primeras.

Capítulo 13



Capitú

CAPÍTULO XIII

Capitú

De repente oí una voz que llamaba desde el interior de la casa de al lado:

- ¡Capitú!

Y en el huerto:

- ¡Dime, mamá!

Y otra vez desde la casa:

- ¡Ven aquí!

No me pude aguantar. Las piernas me hicieron bajar los tres escalones que daban a la chácara y caminar hacia el huerto vecino. Era su costumbre por las tardes y también por las mañanas. Porque las piernas también son personas, inferiores apenas a los brazos y se valen por sí mismas cuando la cabeza

no las rige por medio de ideas. Las mías llegaron al pie del muro. Había allí una puerta de paso que mi madre había mandado abrir cuando Capitú y yo éramos pequeños. La puerta no tenía llave ni cerradura, se abría empujando de un lado o tirando de otro y se cerraba con el peso de una piedra pendiente de una cuerda. Era casi exclusivamente nuestra. De niños, nos hacíamos visitas llamándonos por un lado y recibiéndonos por el otro con muchas reverencias. Cuando las muñecas de Capitú enfermaban, el médico era yo. Entraba en el huerto con un palo debajo del brazo, para imitar el bastón del doctor João da Costa; le tomaba el pulso a la enferma y le pedía que sacase la lengua. "¡Está sorda!", exclamaba Capitú. Entonces yo me rascaba el mentón como el doctor y terminaba mandando aplicarle unas sanguijuelas o darle un vomitivo: era el tratamiento habitual del médico.

- ¡Capitú!

- ¡Dime, mamá!

- Deja de rayar el muro y ven aquí.

La voz de su madre estaba ahora más cerca, como si viniera de la puerta del fondo.

Quise pasar al huerto, pero las piernas, hace poco tan andarinas, parecían ahora pegadas al suelo. Al final hice un esfuerzo, empujé la puerta y entré. Capitú estaba junto al muro frontero, vuelta hacia él, grabando con un clavo. El ruido de la puerta la hizo mirar hacia atrás; al encontrarse conmigo se arrimó al muro, como si quisiese esconder algo. Caminé hacia ella; naturalmente tenía el gesto demudado, porque ella vino hacia mí y me preguntó inquieta:

- ¿Qué te pasa?

- ¿A mí?, nada.

- Nada, no; algo tienes.

Quise insistir en mi negativa, pero no me encontré la lengua. Todo yo era ojos y corazón que esta vez iba a salirse, seguramente, por la boca. No podía apartar los ojos de aquella criatura de catorce años, alta, fuerte y desbordante, con un vestido de algodón ajustado, medio desabotonado. Los cabellos espesos, peinados en dos trenzas, con las puntas anudadas entre sí, a la moda de la época, le caían por la espalda. Morena, ojos claros y grandes, nariz recta y larga, tenía los labios finos y el mentón ancho. Las

manos, a pesar de algunos trabajos rudos, estaban cuidadas con esmero; no olían a jabones finos ni a aguas de tocador, pero con agua del pozo y jabón común las traía sin mácula. Calzaba zapatos de sarga, rasos y viejos, a los que ella misma había dado algunos puntos.

- ¿Qué te pasa?, repitió.

- No es nada, balbucí finalmente.

Y enseguida corregí:

- Es una noticia.

- ¿Qué noticia?

Pensé en decirle que iba a entrar en el seminario y observar la impresión que le causaría. Si la consternaba es que yo realmente le gustaba; si no, que no le gustaba. Pero todo ese cálculo fue confuso y rápido; sentí que no podía hablar claramente, tenía ahora la vista no sé cómo...

- ¿Entonces?

- Tú ya lo sabes...

En esas miré hacia el muro, hacia el lugar en donde ella había estado grabando, escribiendo, agujereando, como decía su madre. Vi unos surcos abiertos y reparé en el gesto que hizo para ocultarlos. Quise verlos de cerca y di un paso. Capitú me agarró, pero, o por temer que yo acabase huyendo o para impedirlo de otra manera, se me adelantó corriendo y borró lo escrito. Fue como encender en mí el deseo de leerlo.

Capítulo 14



La inscripción

CAPÍTULO XIV

La inscripción

Todo lo que he contado al final del capítulo anterior fue obra de un instante. Lo que sucedió a continuación fue todavía más rápido. Di un salto y, antes de que ella raspase el muro, leí estos dos nombres, grabados con el clavo y así dispuestos:

BENTO

CAPITOLINA

Me volví hacia ella, Capitú tenía los ojos puestos en el suelo. Luego los alzó, despacio, y nos quedamos mirándonos el uno al otro... Confesión de niños, tú bien merecerías dos o tres páginas, pero quiero ser breve. En realidad ni siquiera hablamos, el muro habló por nosotros. No nos movimos, las manos se extendieron poco a poco, las cuatro, tocándose, estrechándose, fundiéndose. No anoté la hora exacta de aquel acto. Debía haberla anotado, siento la falta de

una nota escrita aquella misma noche y que yo habría puesto aquí con los errores de ortografía que tuviese, pero no tendría ninguno, ésa era la diferencia entre el estudiante y el adolescente. Conocía las reglas de la escritura, sin sospechar las del amor; tenía orgías de latín, era virgen en mujeres.

No nos soltamos las manos ni ellas se dejaron caer por cansancio u olvido. Los ojos se miraban fijamente y dejaban de mirarse y, después de acercarse lentamente, volvían a cruzarse los unos con los otros... Futuro cura, estaba ante ella como ante un altar, siendo una de sus mejillas la Epístola y la otra el Evangelio. Su boca podía ser el cáliz; sus labios, la patena. Faltaba decir la primera misa con un latín que no se aprende, que es la lengua católica de los hombres. No me tengas por sacrílego, lectora devota; la limpieza de la intención lava lo que pudiera haber de poco curial en el estilo. Estábamos allí con el cielo en nosotros. Las manos, uniendo sus nervios, hacían de dos criaturas una sola, una sola criatura seráfica. Los ojos continuaron diciendo cosas infinitas, las palabras no intentaban salir de la boca, volvían al corazón calladas como venían...

Capítulo 15



Otra voz repentina

CAPÍTULO XV

Otra voz repentina

Otra voz repentina, pero esta vez una voz de hombre:

- ¿Estáis jugando a ver quién se ríe el último?

Era el padre de Capitú, que estaba en la puerta del fondo, junto a su mujer. Nos soltamos rápidamente las manos y nos quedamos confusos. Capitú fue hasta el muro y, con el clavo, disimuladamente, tachó nuestros nombres escritos.

- ¡Capitú!

- ¡Dime, papá!

- No me estropees la cal del muro.

Capitú tachaba sobre lo tachado para

borrar bien lo escrito. Padua salió al huerto a ver de qué se trataba, pero su hija ya había comenzado a grabar otra cosa, un perfil que dijo que era el retrato de su padre, pero que podía ser tanto el suyo como el de su madre; lo esencial era hacerlo reír. Por lo demás, vino sin estar enfadado, todo cariñoso, pese al gesto dudoso, o menos que dudoso, en que nos había sorprendido. Era un hombre bajo y grueso, piernas y brazos cortos, espalda arqueada, de donde le vino el apodo de *Tortuga*, que José Días le había puesto. Nadie lo llamaba así en casa, solamente el allegado.

- ¿Estabais jugando a ver quién se ríe el último?, nos preguntó.

Miré hacia un saúco que estaba cerca, Capitú respondió por ambos.

- Sí, señor; pero Bentiño se ríe enseguida, no se puede contener.

- Cuando yo llegué a la puerta no se estaba riendo.

- Ya se había reído antes, no se puede contener. ¿Papá, quieres verlo?

Y seria, fijó en mí sus ojos, invitándome al juego. El miedo es por naturaleza serio; yo estaba todavía bajo el efecto causado por la aparición de Padua y no fui capaz de reír, por más que hubiera debido hacerlo para legitimar la respuesta de Capitú. Ésta, cansada de esperar, desvió su mirada, diciendo que yo no me reía esa vez porque estaba allí su padre. Y ni siquiera entonces me reí. Hay cosas que sólo se aprenden tarde, es menester nacer con ellas para hacerlas pronto. Y es mejor naturalmente pronto que artificialmente tarde. Capitú, después de dar dos vueltas, se fue con su madre, que continuaba en la puerta de la casa, dejándonos a mí y a su padre maravillados con ella; su padre, mirándonos, me decía, lleno de ternura:

- ¿Quién diría que esta pequeña tiene catorce años? Parece que tenga diecisiete. ¿Tu madre sigue bien?, continuó mirándome de frente.

- Sí, señor.

- Hace muchos días que no la veo. Quisiera ganarle en el juego al doctor por un palizón, pero no he podido, estoy haciendo trabajos de la oficina en casa;

escribo todas las noches como un desesperado, se trata de informes. ¿Has visto mi tangará amarillo? Está allí al fondo. Ahora mismo iba a buscar la jaula, ven a verlo.

Que yo no tenía ningunas ganas, es fácil de creer, sin que sea necesario jurarlo por el cielo ni por la tierra. Mi deseo era ir tras Capitú y hablarle ahora de lo que se nos avecinaba; pero su padre era su padre y además le gustaban especialmente los pajarillos. Los tenía de varias especies, color y tamaño. El patio que había en el centro de la casa estaba rodeado de jaulas de canarios, que cantando hacían un ruido de todos los demonios. Intercambiaba pájaros con otros aficionados, los compraba, capturaba algunos, en su propio huerto, preparando trampas. También, si enfermaban, los cuidaba como si fueran personas.

Capítulo 16



El administrador interino

CAPÍTULO XVI

El administrador interino

Padua trabajaba en una oficina dependiente del Ministerio de la Guerra. No ganaba mucho, pero su mujer gastaba poco y la vida era barata. Además, la casa en la que habitaba, abuhardillada como la nuestra, aunque menor, era de su propiedad. La compró con el premio gordo que le tocó en un medio billete de lotería, diez millones de reales. La primera idea de Padua cuando ganó el premio fue comprarse un caballo del Cabo, una joya con brillantes para su mujer, una mausoleo familiar a perpetuidad, además de mandar traer algunos pájaros de Europa, etc.; pero su mujer, esta D.ª Fortunata que allí está en la puerta del fondo de la casa, de pie, hablando con su hija; alta, fuerte, robusta, como su hija, la misma cabeza, los mismos ojos claros, fue quien le dijo que era mejor comprar la casa y guardar lo que sobrase

para enfrentar los grandes contratiempos. Padua dudó mucho; finalmente tuvo que ceder a los consejos de mi madre, a quien D.ª Fortunata pidió ayuda. Mi madre les ayudó no sólo en esa ocasión, un día llegó a salvarle la vida a Padua. Escuchad, la historia es corta.

El administrador de la oficina en la que Padua trabajaba tuvo que irse al Norte, en comisión de servicios. Padua, o por disposición del reglamento, o por especial designación, se quedó sustituyendo al administrador con sus respectivos honorarios. Esta mudanza de fortuna le produjo cierto desvarío, fue antes de ganar en la lotería. No se contentó con reformar la ropa y la copa, se lanzó a hacer gastos superfluos, le regaló joyas a su mujer, los días de fiesta mataba un lechón, se le veía en los teatros, llegó incluso a usar zapatos de charol. Vivió así veintidós meses en la creencia de una eterna interinidad. Una tarde, entró en nuestra casa, ansioso y trastornado, iba a perder el puesto porque aquella mañana había llegado el titular. Le pidió a mi madre que velase por las infelices que iba a dejar; no podía soportar la desgracia, iba a suicidarse. Mi madre le habló con bondad, pero él no atendía a razones.

- ¡No, señora mía, no consentiré tal vergüenza! Rebajar a mi familia, volver atrás... Lo dicho, ¡me mato! No quiero confesarle a los míos esta miseria. ¿Y los demás? ¿Qué dirán los vecinos? ¿Y los amigos? ¿Y el público?

- ¿Qué público, Sr. Padua? Olvídese de eso, sea un hombre. Recuerde que su mujer no tiene a nadie más... ¿Y qué tiene que hacer? Pues ser un hombre... ¡Sea un hombre, venga!

Padua enjugó sus ojos y se fue a su casa, donde estuvo postrado algunos días, mudo, encerrado en el dormitorio o en el huerto, junto al pozo, como si la idea de la muerte se cebase en él. D.ª Fortunata, lo reprendía:

- ¿Juanito, eres un niño?

Pero, tanto lo oyó hablar de la muerte que tuvo miedo y un día corrió a pedirle a mi madre que le hiciese el favor de intentar salvar a su marido que se quería matar. Mi madre lo encontró junto al pozo y lo intimó a que viviese. ¿Qué locura era aquella de que iba a ser un desgraciado por causa de una gratificación menos, por perder un empleo

interino? No señor, debía ser un hombre, un padre de familia, imitar a su mujer y a su hija... Padua obedeció, confesó que hallaría fuerzas para cumplir la voluntad de mi madre.

- Por voluntad mía, no; es por imposición suya.

- Pues que sea por imposición, acepto que sea así.

Los días siguientes continuó entrando y saliendo de casa, pegado a la pared, mirando al suelo. No era el mismo hombre que se rompía el sombrero saludando al vecindario, risueño, con la mirada alta como antes de la administración interina. Pasaron las semanas, la herida fue sanando. Padua comenzó a interesarse por los asuntos domésticos, a cuidar de los pajarillos, a dormir tranquilo por las noches y por las tardes, a conversar y a dar noticias de la calle. La serenidad regresó; la alegría vino detrás, un domingo, con dos amigos que venían a jugar a la petanca. De nuevo se reía, bromeaba, tenía el aspecto acostumbrado; la herida había sanado completamente.

Con el tiempo se produjo un fenómeno curioso. Padua comenzó a hablar de la

administración interina, no sólo sin la nostalgia de los honorarios ni la humillación de la pérdida, sino incluso con vanidad y orgullo. La administración pasó a ser la hégira, desde donde contaba hacia delante y hacia atrás.

- En la época en que yo era administrador...

O bien:

- ¡Ah, sí!, caigo en la cuenta, fue antes de mi administración; uno o dos meses antes... Espere, mi administración comenzó... Eso es, mes y medio antes; fue mes y medio antes, no más.

O incluso:

- Justamente, hacía ya seis meses que administraba yo...

Así es el sabor póstumo de las glorias interinas. José Días gritaba que era la vanidad sobreviviente; pero el padre Cabral, que todo lo relacionaba con las Escrituras, decía que con el vecino Padua se cumplía la lección de Elifaz a Job: "No desprecies la corrección del Todopoderoso;(...) Él hiere y sus manos curan"

Capítulo 17



Los gusanos

CAPÍTULO XVII

Los gusanos

"¡Él hiere y sus manos curan!" Cuando, más tarde, vine a saber que la lanza de Aquiles también curó una herida que hizo, tuve algunas veleidades de escribir una disertación a este respecto. Llegué a usar libros viejos, libros muertos, libros enterrados, a abrirlos, a compararlos, buscando el texto y el sentido, para encontrar el origen común al oráculo pagano y al pensamiento israelita. Busqué los propios gusanos de los libros, para que me dijesen lo que había en los textos roídos por ellos.

- Señor mío, me respondió un largo gusano gordo, nosotros no sabemos absolutamente nada de los textos que roemos, ni escogemos lo que roemos, ni amamos ni detestamos lo que roemos: nosotros roemos.

No le saqué nada más. Los demás, como si se hubiesen pasado la palabra, repetían la misma cantinela. Quizá ese discreto silencio sobre los textos roídos fuese incluso un modo de roer lo roído.

Capítulo 18



Un plan

CAPÍTULO XVIII

Un plan

Ni su padre ni su madre estaban con nosotros, cuando Capitú y yo en la sala de visitas hablábamos del seminario. Con los ojos puestos en mí, Capitú quería saber qué noticia me afligía tanto. Cuando se la conté, se puso del color de la cera.

- Pero yo no quiero, repuse enseguida, no quiero ir a ningún seminario; no voy a ir, por más que se empeñen; no voy a ir.

- Capitú al principio no dijo nada. Apartó sus ojos de mí, los puso en sí y se quedó ensimismada con las pupilar vagas y sordas, la boca entreabierta, completamente parada. Entonces yo, para dar fuerza a mis afirmaciones, comencé a jurar que no sería cura. Entonces yo juraba mucho y enérgicamente, por la vida y por la muerte. Juré por la hora de la muerte. Que la luz me

faltase en la hora de mi muerte si iba al seminario. Capitú no parecía creérselo ni dejar de creérselo, ni siquiera parecía oír; era una figura de madera. Quise llamarla, sacudirla, pero me faltó ánimo. Esa criatura que había jugado conmigo, saltado, bailado, creo que hasta había dormido conmigo, me dejaba ahora con los brazos atados y medrosos. Finalmente volvió en sí, pero tenía la cara lívida y estalló con estas palabras furiosas:

- ¡Beata! ¡Fanática! ¡Meapilas!

Me quedé aturdido. A Capitú le gustaba tanto mi madre, y a mi madre ella, que yo no podía creer tamaña explosión. Es verdad que también le gustaba yo, y naturalmente más, o mejor, o de otra manera, motivo suficiente para explicar el despecho que le producía la amenaza de la separación; pero los improperios, ¿cómo entender que le dirigiera palabras tan feas y principalmente para menospreciar unas costumbres religiosas que eran las suyas propias? Pues ella también iba a misa e incluso mi madre la había llevado tres o cuatro veces en nuestro viejo carruaje. También le había regalado un rosario, una cruz de oro y un libro de *Horas*... Quise defenderla, pero Capitú no me dejó,

continuó llamándola beata y fanática, en voz tan alta que tuve miedo de que la oyeran sus padres. Nunca la había visto tan irritada como entonces, parecía dispuesta a llamar de todo a todos. Encajaba los dientes, negaba con la cabeza... Yo, asustado, no sabía qué hacer; repetía los juramentos, prometía ir aquella misma noche a decir públicamente en casa que por nada de este mundo iba a ir al seminario.

- ¿Tú?, tú vas a ir.

- No pienso ir.

- Ya verás como al final irás.

Se calló otra vez. Cuando volvió a hablar, había cambiado; no era ya la Capitú de costumbre, pero casi. Estaba seria, sin aflicción, hablaba bajo. Quiso saber la conversación de mi casa; yo se la conté entera, menos la parte que se refería a ella.

- ¿Y qué interés tiene José Días en hacer recordar eso?, me preguntó finalmente.

- Creo que ninguno, fue sólo para hacer daño. Es un sujeto muy malo; pero olvídalo, que me las pagará. Cuando yo sea

el dueño de la casa, el que se irá a la calle será él, ya lo verás; no se quedará ni un instante. Mi madre es demasiado buena, le presta demasiada atención. Parece que incluso lloró.

- ¿Quién, José Días?

- No, mi madre.

- ¿Por qué lloró?

- No lo sé; oí solamente que le decían que no llorase, que no era como para llorar... Él llegó a mostrarse arrepentido y se fue; yo entonces, para que no me sorprendieran, dejé el rincón y corrí hacia la terraza. ¡Pero no te preocupes, que me las pagará!

Dije esto cerrando el puño y proferí otras amenazas. Al recordarlas, no me veo ridículo; la adolescencia y la infancia no son ridículas en este particular, es uno de sus privilegios. Este mal o este peligro comienza en la juventud, crece en la madurez y alcanza su mayor grado en la vejez. A los quince años, tiene incluso cierto encanto amenazar mucho y no hacer nada.

Capitú reflexionaba. La reflexión no era cosa rara en ella y se sabía cuándo

porque entornaba los ojos con fuerza. Me pidió algunos detalles más, las palabras de unos y de otros y el tono en que fueron proferidas. Como yo no le quería decir el punto inicial de la conversación, que era ella misma, no le pude transmitir todo el contenido. La atención de Capitú se centraba ahora especialmente en las lágrimas de mi madre, no acababa de entenderlas. En medio de esto, confesó que ciertamente no era por maldad que mi madre quería que fuera cura; era por la antigua promesa, que ella, temerosa de Dios, no podía dejar de cumplir. Me quedé tan satisfecho, viendo que tan espontáneamente reparaba las injurias que le habían salido poco antes del pecho, que apreté su mano con mucha fuerza. Capitú se relajó, riéndose; después la conversación comenzó a apagarse y a dormitar. Habíamos llegado hasta la ventana, un negro que iba pregonando cocadas se paró delante de nosotros y preguntó:

- Señorita, ¿quiere hoy una cocada?

- No, respondió Capitú.

- La cocadita está buena.

- Vete, respondió ella, sin aspereza.

- Dámelas, dije acercando la mano para llevarme dos.

Las compré, pero tuve que comérmelas yo solo; Capitú no quiso. Me di cuenta de que, en medio de la crisis, yo conservaba un hueco para las cocadas, lo cual puede ser tanto perfección como imperfección, pero no es momento para este tipo de definiciones; quedémonos en que mi amiga, a pesar de equilibrada y lúcida, no quiso saber nada de los dulces, aunque le gustaban mucho.

Por el contrario, el pregón que el negro iba cantando, el pregón de las antiguas tardes, tan conocido en el barrio y en nuestra infancia:

Llora, niña, llora,

Llora, porque no tienes

Ni veinte reales.

Le había dejado una impresión desagradable. No era por la música; ella se la sabía de memoria y de antiguo, acostumbraba a repetirla en nuestros juegos pueriles, riendo, saltando, cambiando los papeles conmigo, ya vendiendo, ya

comprando un dulce ausente. Creo que la letra, destinada a provocar la vanidad de los niños, fue lo que ahora la había molestado, porque después me dijo:

- Si yo fuese rica, huirías, te meterías en un barco y te irías a Europa.

Dicho esto, escrutó mis ojos, pero creo que ellos no le dijeron nada, o sólo le agradecieron la buena intención. En efecto, su sentimiento era tan amoroso que yo podía excusar lo extraordinario de la aventura.

Como ves, Capitú, a los catorce años, tenía ya ideas atrevidas, mucho menos que otras que le vinieron después; pero no eran sólo atrevidas, en la práctica se convertían en hábiles, sinuosas, sordas, y lograban el fin propuesto, no de un paso, sino a pasitos. No sé si me explico bien.

Suponed un proyecto grande ejecutado con medios pequeños. Así, para no salirnos del deseo vago e hipotético de mandarme a Europa, Capitú, si pudiese cumplirlo, no me haría embarcar en el buque y huir: extendería una fila de canoas desde aquí hasta allí, por donde yo, pareciendo ir a la fortaleza de la Laje en un puente

movedizo, iría realmente hasta Burdeos, dejando a mi madre en la playa esperándome. Tal era el rasgo particular del carácter de mi amiga; por lo que no es extraño que, luchando contra mis proyectos de resistencia franca, lo hiciese primero por medios suaves, por la acción de la tenacidad, de la palabra, de la persuasión lenta y demorada y analizase antes a las personas con quienes podríamos contar. Rechazó a mi tío Cosme, era un "tranquilazo"; si no aprobaba mi ordenación, tampoco sería capaz de dar un paso para impedirla. La prima Justina era mejor que él, pero mejor que los dos sería el padre Cabral, por su autoridad, aunque el cura no actuaría contra la iglesia; solamente si yo le confesase que no tenía vocación...

- ¿Puedo confesárselo?

- Sí, pero sería manifestarlo abiertamente y lo mejor es otra cosa. José Días...

- ¿Qué tiene que ver José Días?

- Puede ser una buena influencia.

- Pero si fue él mismo quien dijo...

- No importa, continuó Capitú, ahora dirá otra cosa. Tú le caes bien. No le hables con timidez. Lo importante es que no tengas miedo, hazle ver que llegarás a ser el dueño de la casa, hazle ver que quieres y que puedes. Dale a entender que no es ningún favor. Elógialo, le gustan mucho los elogios. D.ª Gloria le hace caso, pero lo principal no es eso; es que él, teniendo que servirte, hablará con mucha más firmeza que nadie.

- No lo creo, Capitú.

- Entonces vete al seminario.

- De eso ni hablar.

- ¿Qué perdemos con intentarlo? Vamos a intentarlo: haz lo que te digo. D.ª Gloria puede que cambie de decisión; si no cambia, haremos otra cosa, meteremos entonces al padre Cabral. ¿Ya no te acuerdas de cómo fuiste por primera vez al teatro hace dos meses? D.ª Gloria no quería y eso bastaba para que José Días no insistiese; pero como él quería ir, largó una discurso, ¿te acuerdas?

- Claro, dijo que el teatro era una escuela de costumbres.

- Justamente, tanto habló que tu madre acabó consintiendo y pagó la entrada de los dos... Anda, pide, manda. Mira, dile que estás dispuesto a ir a estudiar leyes a São Paulo.

Me estremecí de placer. S. Paulo era un frágil biombo, destinado a ser apartado un día, en lugar de la gruesa pared espiritual y eterna. Le prometí hablarle a José Dias en los términos establecidos. Capitú me los repitió, acentuando algunos como fundamentales; me inquiría después sobre ellos, a ver si los había entendido bien, si no los había confundido entre sí. E insistía en que se lo pidiese con buena cara, así como quien pide un vaso de agua a la persona que tiene la obligación de traérselo. Cuento estas minucias para que se entienda mejor aquella mañana de mi amiga; luego vendrá la tarde, y de la mañana y de la tarde resultará el primer día, como en el Génesis, donde se produjeron sucesivamente siete.

Capítulo 19



Sin falta

CAPÍTULO XIX

Sin falta

Mientras volvía a casa se hizo de noche. Iba deprisa, pero no tanto como para no pensar en los términos en los que hablaría al allegado. Formulaba la petición mentalmente, escogiendo las palabras que diría y su tono, entre seco y benévolo. En la chácara, antes de entrar en la casa, las repetía para mí, después en voz alta, para ver si eran adecuadas y si obedecían a las recomendaciones de Capitú: "Necesito hablar mañana, *sin falta*, con usted: escoja el lugar y dígamelo." Las proferí lentamente y más lentamente aún las palabras *sin falta*, como para subrayarlas. Las repetí otra vez y entonces me parecieron demasiado secas, casi ríspidas y francamente impropias de un jovenzuelo para dirigirse a un hombre maduro. Pensé en escoger otras y me detuve.

Finalmente me dije que las palabras podrían servir, se trataba de decirlas en un

tono que no fuera molesto. Y la prueba es que, repitiéndolas de nuevo, me salieron casi suplicantes. Bastaba no resaltarlas tanto ni dulcificarlas demasiado, un término medio. "Y Capitú tiene razón, pensé, la casa es mía, él es un simple allegado... Es hábil, puede muy bien trabajar para mí y desmontar el plan de mi madre."

Capítulo 20



Mil padrenuestros y mil avemarías

CAPÍTULO XX

Mil padrenuestros y mil avemarías

Alcé los ojos al cielo que comenzaba a oscurecerse, pero no fue para ver si estaba cubierto o descubierto. Era al otro cielo al que yo elevaba mi alma; era a mi refugio, a mi amigo. Y entonces me dije:

- Prometo rezar mil padrenuestros y mil avemarías si José Días consigue que yo no vaya al seminario.

La cantidad era enorme. La razón es que yo andaba cargado de promesas incumplidas. La última fue de doscientos padrenuestros y doscientas avemarías si no llovía aquella tarde de paseo por Santa Teresa. No llovió, pero no recé las oraciones. Desde niño me había acostumbrado a pedirle al cielo sus favores mediante oraciones que rezaría si los conseguía. Recé las primeras, aplacé las demás e iban siendo olvidadas a

medida que se amontonaban. Llegué así al número veinte, treinta, cincuenta. Entré en las centenas y ahora en el millar. Era un modo de satisfacer la voluntad divina con la cuantía de las oraciones; además, cada promesa nueva era hecha y prometida con la intención de pagar la deuda antigua. ¡Pero cómo acabar con la pereza de un alma que la acarreaba desde la cuna y no la sentía mermar a lo largo de su vida! El cielo me hacía el favor y yo aplazaba el pago. Al final me perdí en las cuentas.

- Mil, mil, repetí para mí.

Realmente, el objeto del favor era ahora inmenso, se trataba de la salvación o del naufragio de toda mi existencia. Mil, mil, mil. Era precisa una cantidad que pagase todos los atrasos. Dios muy bien podría, irritado por los olvidos, negarse a oírme sin mucho a cambio... Hombre grave, es posible que estas inquietudes de juventud te enfaden, si es que no te parecen ridículas. Sublimes no eran. Cogité mucho en la manera de restituir mi deuda espiritual. No veía otro modo con el que, con sólo la intención, todo se cumpliese, cerrando sin *déficit* la escrituración de mi conciencia moral. Mandar decir cien misas o subir de rodillas la ladera

de Gloria para oír una, ir a Tierra Santa, todo aquello que las viejas esclavas me contaban de promesas célebres, todo me acudía sin fijarse en mi espíritu. Era muy duro subir una ladera de rodillas, debía herirlas a la fuerza. La Tierra Santa estaba muy lejos. Las misas eran numerosas, podían empeñarme otra vez el alma...

Capítulo 21



La prima Justina

CAPÍTULO XXI

La prima Justina

En el porche encontré a la prima Justina, paseando de un lado a otro. Vino al rellano y me preguntó dónde había estado.

- Estuve aquí al lado, conversando con D.ª Fortunata y me distraje. ¿Verdad que es tarde? ¿Ha preguntado por mí mi madre?

- Sí, pero le he dicho que ya habías llegado.

La mentira me asombró no menos que la franqueza de la noticia. No es que la prima Justina fuese remilgada, le decía francamente a Pedro lo mal que pensaba de Pablo y a Pablo lo mal que pensaba de Pedro; pero, confesar que había mentido me pareció novedoso. Era una cuarentona, delgada y pálida, labios finos y ojos curiosos. Vivía con nosotros gracias a mi madre y también por

su interés; mi madre quería tener una señora íntima junto a ella, mejor parienta que extraña. Paseamos algunos minutos por el porche alumbrado por un farol. Quiso saber si yo no había olvidado los proyectos eclesiásticos de mi madre y, habiéndole respondido yo que no, me inquirió sobre la opinión que tenía de la vida de sacerdote. Respondí esquivo:

- La vida sacerdotal es muy bonita.

- Sí, es bonita; pero lo que te pregunto es que si te gustaría ser cura, explicó riendo.

- A mí me gusta lo que quiera mi madre.

- Mi prima Gloria desea mucho que te ordenes, pero aunque no lo desease, hay en casa quien se lo mete en la cabeza.

- ¿Quién es?

- ¿Quién va a ser? ¿Quién habría de ser? El primo Cosme no, pues le trae sin cuidado; yo tampoco.

- ¿José Días?, concluí.

- Naturalmente.

Fruncí el ceño interrogativamente como si no supiese nada. La prima Justina completó la noticia diciendo que incluso aquella tarde José Días le había recordado a mi madre la antigua promesa.

- Pudiera ser que, con el tiempo, a mi prima Gloria se le fuera olvidando la promesa; ¿pero cómo la puede olvidar si una persona está siempre, dale que dale en sus oídos, hablándole del seminario? Y los discursos que hace, los elogios de la iglesia y que la vida de cura es esto y aquello, todo con esas palabras que sólo él conoce, con esa afectación... Fíjate que es sólo para hacer daño, porque él es tan religioso como este farol. Pues esta es la verdad, incluso hoy mismo ha tocado el tema. Pero no te des por enterado... Esta tarde ha dicho cosas que no te las puedes ni imaginar...

- ¿Pero habló con claridad? Pregunté, a ver si ella me contaba la denuncia de mis relaciones con la vecina.

No me lo contó, hizo sólo un gesto como indicando que había otra cosa que no podía decir. De nuevo me recomendó que no me diese por enterado y recapituló todo lo malo que pensaba de José Días, que no

era poco, un intrigante, un adulador, un especulador y, pese al barniz de educación, un grosero. Yo, pasados algunos instantes, dije:

- Prima Justina, ¿sería usted capaz de una cosa?

- ¿De qué?

- Sería capaz de... Suponga que no me gustase ser cura..., podría pedirle a mi madre...

- Eso no, atajó inmediatamente; mi prima Gloria tiene este asunto metido en la cabeza y no hay nada en el mundo que la haga cambiar de decisión: sólo el tiempo. Cuando tú todavía eras pequeño, ella ya se lo contaba a todos los amigos o sólo conocidos. Pero ir yo a avivarle la memoria, no, yo no trabajo para la desgracia de los demás; y pedirle otra cosa, tampoco se la pido. Si ella me consultase, quizá; si ella me dijese: "Prima Justina, ¿que te parece?", mi respuesta sería: "Prima Gloria, creo que si él quiere ser cura, que lo sea; pero, si no, lo mejor es dejarlo." Es lo que le diría y le diré si algún día me consulta. Pero, ir a hablarle sin ser llamada, eso no lo hago.

Capítulo 22



Sensaciones ajenas

CAPÍTULO XXII

Sensaciones ajenas

No logré nada más y terminé arrepintiéndome de habérselo pedido: debí haber seguido el consejo de Capitú. Entonces, cuando yo ya iba a entrar, la prima Justina me retuvo unos minutos, hablando del calor y de la próxima fiesta de la Concepción, de mis viejos oratorios y finalmente de Capitú. No habló mal de ella; por el contrario, me insinuó que podría llegar a ser una joven bonita. Yo, que ya la encontraba lindísima, hubiera gritado que era la más bella criatura del mundo, sin miedo de haber sido indiscreto. Sin embargo, como la prima Justina se puso a elogiarle los modos, la gravedad, las costumbres, el hecho de trabajar para los suyos, el amor que le tenía a mi madre, todo eso me animó hasta el punto de elogiarla yo también. Cuando no era con palabras, era con un gesto de aprobación que le daba a cada una de sus afirmaciones

categóricas, sin duda con una felicidad que debía iluminarme la cara. No advertí que confirmaba así la denuncia de José Días, oída por ella aquella tarde en la sala de visitas, si es que ella no desconfiaba ya también. Sólo reflexioné sobre eso en la cama. Sólo entonces sentí que los ojos de la prima Justina, cuando yo hablaba, parecían palparme, oírme, olerme, saborearme, hacer el oficio de todos los sentidos. Celos no podían ser; entre un niñato de mi edad y una viuda cuarentona no había lugar para celos. Es cierto que, pasado algún tiempo, modificó los elogios a Capitú e incluso le hizo algunas críticas, me dijo que era un poco astuta y que no miraba a la cara; pero incluso así, no creo que fueran celos. Creo más bien..., sí..., sí, creo esto. Creo que la prima Justina encontró en el espectáculo de las sensaciones ajenas una vaga resurrección de las suyas. También se disfruta por influjo de los labios que narran.

Capítulo 23



A plazo fijo

CAPÍTULO XXIII

A plazo fijo

- Necesito hablarle mañana, sin falta; escoja el lugar y dígamelo.

Creo que a José Días le pareció desusada esta manera de hablar. El tono no me salió tan imperativo como yo me temía, pero las palabras lo eran, y el no interrogar, no pedir, no dudar, como sería propio de un niño y de mi estilo habitual, seguro que le dio la impresión de una persona nueva y de una nueva situación. Sucedió en el pasillo, cuando íbamos a tomar el té; José Días venía andando, impregnado de la lectura de Walter Scott que le había hecho a mi madre y a la prima Justina. Leía con melodía y compás. Los castillos y los parques salían más grandes de su boca, los lagos tenían más agua y la "bóveda celeste" contaba con algunos millares más de estrellas centelleantes. En los diálogos, alternaba el sonido de las voces,

que eran levemente graves o agudas, conforme el sexo de los interlocutores, que reproducían con moderación la ternura y la cólera.

Al despedirse de mí, en el porche, me dijo:

- Mañana, en la calle. Tengo que hacer unas compras, puedes venir conmigo, se lo pediré a tu madre. ¿Tienes clase?

- La clase ha sido hoy.

- Muy bien. No te pregunto de qué se trata, pues tengo la certeza de que es materia grave y pura.

- Sí señor.

- Hasta mañana.

Se hizo todo lo mejor posible. Sólo hubo una alteración: a mi madre le pareció el día caluroso y no consintió que yo fuese a pie; tomamos el autobús en la puerta de casa.

- No importa. Me dijo José Días, podemos apearnos al principio del Paseo Público.

Capítulo 24



Entre madre y criado

CAPÍTULO XXIV

Entre madre y criado

José Días me trataba con extremos de madre y atenciones de criado. Lo primero que consiguió, así que comencé a salir, fue quitarme el paje; él se convirtió en mi paje e iba conmigo a la calle. Se ocupaba de mis asuntos de casa, de mis libros, de mis zapatos, de mi higiene y de mi prosodia. A los ocho años mis plurales carecían algunas veces de la desinencia exacta, él la corregía; medio en serio, para dar autoridad a la lección; medio risueño, para obtener el perdón por la enmienda. Ayudaba así al maestro de primeras letras. Más tarde, cuando el padre Cabral me enseñaba latín, doctrina e historia sagrada, él asistía a las lecciones, hacía reflexiones eclesiásticas y al final preguntaba al cura: "¿No es cierto que nuestro joven amigo aprende deprisa?" Decía de mí que era "un prodigio"; le decía a mi madre que había conocido en otros tiempos

a niños muy inteligentes, pero que yo los excedía a todos, sin contar con que, para mi edad, poseía ya cierto número de sólidas cualidades morales. A mí, aunque no calculase todo el valor del último elogio, me gustaba el elogio; era un elogio.

Capítulo 25



En el Paseo Público

CAPÍTULO XXV

En el Paseo Público

Entramos en el Paseo Público. Algunas caras viejas, otras enfermas o sólo desocupadas que se diseminaban melancólicamente por el camino que va desde la entrada hasta la terraza. Seguimos hasta la terraza. Andando, para darme ánimo, hablé del jardín:

- Hace mucho que no vengo por aquí, quizá un año.

- Perdóname, me interrumpió, no hace ni tres meses que estuviste aquí con nuestro vecino Padua: ¿no te acuerdas?

- Es cierto, pero fue tan de paso...

- Le pidió a tu madre que lo dejara acompañarte y ella, que es buena como la madre de Dios, consintió; pero escúchame,

ya que hablamos de esto, no es bonito que vayas con Padua por la calle.

- Ya he ido varias veces...

- Cuando eras más joven; de niño, era natural, él podía pasar por criado. Pero te estás haciendo mayor y se va tomando confianzas. A D.ª Gloria no le va a gustar eso. La familia Padua no es del todo mala. Capitú, a pesar de esos ojos que le dio el diablo... ¿Has reparado en sus ojos? Son de gitana oblicua y disimulada. Pues, pese a ellos, podría pasar, si no fuese por la vanidad y la adulación. ¡Oh!, ¡la adulación! D.ª Fortunata merece estima y él no niego que sea honesto, tiene un buen empleo, posee la casa en la que vive, pero la honestidad y la estima no bastan y las demás cualidades pierden mucho valor con las malas compañías que tiene. Padua muestra cierta tendencia hacia la gente vulgar. En cuanto huele un hombre grosero ya está con él. No digo esto por odio ni porque hable mal y se ría de mí, como se rió hace unos días de mis zapatos gastados...

- Perdón, lo interrumpí deteniéndome, nunca oí que hablase mal de usted; por el contrario, un día, no hace mucho, le dijo a una persona, en mi presencia, que usted era

"un hombre capaz y sabía hablar como un diputado en las cámaras".

José Días sonrió con placer, pero hizo un gran esfuerzo y recuperó su expresión seria; después replicó:

- No le agradezco nada. Otros de mejor sangre me han favorecido con juicios elevados. Y nada de eso impide que él sea como te acabo de decir.

Seguimos caminando, subimos a la terraza y miramos al mar.

- Creo que usted no desea para mí más que el bien, dije después de unos instantes.

- ¿Qué otra cosa podría desearte, Bentiño?

- En ese caso, le pido un favor.

- ¿Un favor? Manda, ordena, ¿de qué se trata?

- Mi madre...

Durante algún tiempo no pude decir el resto, que era poco y me lo sabía de

memoria. José Días volvió a preguntar de qué se trataba, me lo sonsacaba con suavidad, me levantaba el mentón y fijaba sus ojos en mí, ansioso también, como la prima Justina el día anterior.

- ¿Tu madre? ¿Qué pasa con tu madre?

- Mi madre quiere que sea cura, pero yo no puedo ser cura, dije finalmente.

José Días se irguió con asombro.

- No puedo, continué, no menos sorprendido que él, no tengo carácter, no me gusta la vida de cura. Estoy dispuesto a todo lo que quiera; mi madre sabe que hago todo lo que me manda, estoy dispuesto a ser lo que sea de su agrado, incluso conductor de autobús. Cura, no; no puedo ser cura. La carrera es bonita, pero no está hecha para mí.

Todo ese discurso no me salió así de golpe, naturalmente hilado, perentorio, como pudiera deducirse del texto, sino a trozos, mascullado, con voz un poco sorda y tímida. No obstante, José Días lo había oído sorprendido. Ciertamente no contaba con mi

resistencia por más que fuese tímida, pero lo que más lo asombró fue la siguiente conclusión:

- Cuento con usted para salvarme.

Los ojos del allegado se desorbitaron, las cejas se le arquearon y el placer que yo pensaba darle con haberlo elegido para protegerme no se reflejó en ninguno de sus músculos. Toda su cara era poca para la estupefacción. Realmente la materia del discurso había revelado en mí un alma nueva, yo mismo no me conocía. Pero la palabra final tuvo un vigor único. José Días se quedó aturdido. Cuando sus ojos volvieron a las dimensiones normales:

- ¿Pero qué puedo hacer yo? preguntó.

- Mucho. Sabe usted que en mi casa todos lo aprecian. Mi madre le pide consejo muchas veces, ¿verdad? Mi tío Cosme dice que es usted persona de talento...

- Son bondades, replicó, lisonjeado. Son favores de personas dignas, que lo merecen todo... ¡Ahí está! Nunca nadie me oirá decir nada de tales personas; ¿por qué?, porque son ilustres y virtuosas. Tu madre es

una santa, tu tío un caballero perfectísimo. He conocido familias distinguidas, ninguna le podría ganar a la tuya en nobleza de sentimientos. El talento que tu tío ve en mí confieso que lo tengo, pero es sólo uno, es el talento de saber lo que es bueno y digno de admiración y de aprecio.

- Debería tener también el de proteger a los amigos como yo.

- ¿En qué te puedo valer, ángel del cielo? No puedo disuadir a tu madre de un proyecto que es, además de una promesa, su ambición y su sueño de largos años. Y si pudiese, sería tarde. Incluso ayer me hizo el favor de decir: "José Días, necesito meter a Bentiño en el seminario."

Inhibición no es moneda sin valor, como parece. Si yo fuese desinhibido, sería probable que, con la indignación que sentí, estallase llamándole mentiroso, pero en tal caso hubiera sido necesario confesarle que estuve escuchando detrás de la puerta y una acción valía por otra. Me contenté con responderle que no era tarde.

- No es demasiado tarde, aún hay tiempo, si usted quiere.

- ¿Si yo quiero? ¿Pero qué otra cosa quiero yo sino servirte? ¿Qué deseo sino que seas feliz como mereces?

- Pues todavía estamos a tiempo. Mire, no es por pereza. Estoy dispuesto a todo; si ella quiere que yo estudie leyes, iré a São Paulo.

Capítulo 26



Las leyes son bellas

CAPÍTULO XXVI

Las leyes son bellas

Por la cara de José Días pasó algo parecido al reflejo de una idea, una idea que lo alegró extraordinariamente. Se calló unos instantes; yo tenía los ojos puestos en él, el había vuelto los suyos hacia la entrada de la bahía. Pero insistió:

- Es tarde, dijo; pero, para probarte que no es por falta de voluntad, hablaré con tu madre. No te prometo ganar, pero sí luchar; trabajaré con ahínco. ¿De verdad, no quieres ser cura? Las leyes son bellas, querido... Puedes ir a S. Paulo, a Pernambuco o incluso más lejos. Hay buenas universidades por ahí. Dedícate a las leyes, si ésa es tu vocación. Hablaré con D.ª Gloria, pero no cuentes sólo conmigo; habla también con tu tío.

- De acuerdo, hablaré con él.

- Y encomiéndate también a Dios, a Dios y a la Virgen Santísima, concluyó señalando hacia el cielo.

El cielo estaba bastante oscuro. En el aire, cerca de la playa, grandes pájaros negros volaban en círculos, batiendo las alas o cerniéndose y se lanzaban hasta rozar con sus patas en el agua y volvían a ascender para bajar de nuevo. Pero ni las sombras del cielo ni las danzas fantásticas de los pájaros apartaban mi espíritu de mi interlocutor. Después de responderle que sí, corregí:

- Dios hará lo que usted quiera.

- No blasfemes. Dios es dueño de todo; él es, sólo por sí, la tierra y el cielo, el pasado, el presente y el futuro. Pídele tu felicidad, que yo no hago otra cosa... Ya que no puedes ser cura y prefieres las leyes... Las leyes son bellas, sin desmerecer la teología, que es lo mejor, como la vida eclesiástica es la más santa. ¿Por qué no puedes ir a estudiar leyes fuera de aquí? Lo mejor es que vayas enseguida a una universidad y al mismo tiempo que estudias, viajas. Podemos ir juntos; veremos tierras extranjeras, oiremos inglés, francés, italiano, español, ruso e incluso

sueco. D.ª Gloria probablemente no podrá acompañarte; y aunque pueda y vaya, no querrá encargarse de los asuntos, papeles, matrículas y cuidar del hospedaje y andar contigo de un lado para otro... ¡Oh!, ¡las leyes son bellísimas!

- Lo dicho, ¿pedirá a mamá que no me meta en el seminario?

- Se lo pediré, pero pedir no es conseguir. Ángel de mi corazón, si voluntad de servir es poder de mandar, estamos aquí, estamos a bordo. ¡Ah!, no imaginas lo que es Europa; ¡oh!, Europa...

Levantó la pierna e hizo una pirueta. Una de sus ambiciones era volver a Europa, hablaba muchas veces de eso, sin lograr tentar a mi madre ni a mi tío Cosme, por más que elogiase sus aires y bellezas... Hasta ahora no había contado con esta posibilidad de ir conmigo y quedarse allí durante la eternidad de mis estudios.

- ¡Estamos a bordo, Bentiño, estamos a bordo!

Capítulo 27



En el portón

CAPÍTULO XXVII

En el portón

En el portón del Paseo un mendigo nos pidió limosna. José Días pasó de largo, pero yo pensé en Capitú y en el seminario y saqué una moneda del bolsillo y se la di al mendigo. Éste la besó; yo le pedí que rogase a Dios por mí, a fin de que yo pudiese satisfacer todos mis deseos.

- ¡Claro que sí, amigo mío!

- Me llamo Bento, añadí para informarlo.

Capítulo 28



En la calle

CAPÍTULO XXVIII

En la calle

José Dias iba tan contento que se transformó de un hombre de momentos graves, como era en la calle, en un hombre flexible e inquieto. Se movía, hablaba de todo, hacía que me parara a cada instante delante de un escaparate o de un cartel de teatro. Me contaba el argumento de algunas obras, recitaba monólogos en verso. Hizo todos los recados, pagó las cuentas, cobró los alquileres de las casas, se compró un vigésimo de lotería. Finalmente el hombre rígido venció al flexible, y pasó a hablar pausadamente, con superlativos. No me pareció que el cambio fuese natural; temí que hubiese cambiado la decisión pactada y comencé a tratarlo con palabras y gestos cariñosos hasta que tomamos el autobús.

Capítulo 29



El Emperador

CAPÍTULO XXIX

El Emperador

En el trayecto encontramos al Emperador, que venía de la Facultad de Medicina. El autobús en el que íbamos se detuvo como todos los vehículos; los pasajeros descendieron a la calle y se quitaron el sombrero hasta que pasó el coche imperial. Cuando regresé a mi asiento, tenía una idea fantástica, la idea de ir a hablar con el Emperador, contarle todo y pedirle su intervención. No le confiaría esta idea a Capitú. "Si se lo pide su Majestad, mi madre cederá", pensé para mis adentros.

Vi entonces al Emperador escuchándome, reflexionando y acabando por decir que sí, que iría a hablar con mi madre; yo le besaba las manos con lágrimas. Y enseguida me encontré en casa, esperando, hasta que oí a los batidores y al piquete de caballería; ¡es el Emperador!, ¡es el

Emperador!, todo el mundo se asomaba a las ventanas para verlo pasar, pero no pasaba, el coche se detenía en nuestra puerta, el Emperador se apeaba y entraba. Gran alborozo en el vecindario: "¡El Emperador ha entrado en casa de D.ª Gloria! ¿Qué será? ¿Qué no será?" Nuestra familia salía a recibirlo, mi madre era la primera que le besaba la mano. Entonces el Emperador, risueño, sin entrar en la sala o entrando –no lo recuerdo bien, los sueños son muchas veces confusos- le pedía a mi madre que no me obligara a ser cura y ella, lisonjeada y obediente, le prometía que no.

- Medicina, - ¿por qué no le manda estudiar medicina?

- Si es del agrado de su Majestad...

- Mándele estudiar medicina, es una bonita carrera y tenemos aquí buenos profesores. ¿Nunca ha ido a nuestra Facultad? Es una bella Facultad. Ya tenemos médicos de primera categoría que se pueden hombrear con los mejores de otros países. La medicina es una gran ciencia; basta con dar salud a los demás, conocer sus molestias, combatirlas, vencerlas... Usted misma habrá visto milagros. Su marido murió, pero la

enfermedad era fatal y él no se cuidaba... Es una bonita carrera, mándelo a nuestra Facultad. Haga eso por mí. ¿Qué te parece, Bentiño?

- Si mi madre lo desea...

- Sí, lo deseo, hijo mío. Lo ordena Su Majestad.

Entonces el Emperador de nuevo daba a besar su mano y salía, acompañado de todos nosotros; la calle llena de gente, las ventanas repletas, un silencio de asombro; el Emperador entraba en el coche, se inclinaba y hacía un gesto de despedida, diciendo: "La medicina, nuestra Facultad." Y el coche partía entre envidias y agradecimientos.

Todo eso lo vi y lo oí. No, la imaginación de Ariosto no es más fértil que la de los niños y los enamorados, ni la visión de lo imposible necesita más que un rincón del autobús. Me consolé por unos instantes, digamos minutos, hasta que se esfumó la visión y miré las caras sin sueños de mis compañeros.

Capítulo 30



El Santísimo

CAPÍTULO XXX

El Santísimo

Habrás entendido que aquel recuerdo del Emperador respecto a la medicina no era más que el reflejo de mi poca voluntad de irme de Río de Janeiro. Los sueños que se sueñan despierto son como los demás sueños, se tejen por el patrón de nuestras inclinaciones y de nuestros recuerdos. Valga que fuese a S. Paulo, pero a Europa... Estaba demasiado lejos, mucho mar y mucho tiempo. ¡Viva la medicina! Le contaría estas esperanzas a Capitú.

- Parece que va a salir el Santísimo, dijo alguien en el autobús. Oigo una campana, creo que es en San Antonio de los Pobres. ¡Pare, señor cobrador!

El cobrador de los billetes tiró de la correa que llegaba hasta el brazo del conductor, el autobús paró y el hombre bajó.

José Días giró dos veces la cabeza con rapidez, me agarró del brazo y me hizo bajar con él. Acompañaríamos también al Santísimo. Efectivamente, la campana llamaba a los fieles para la ceremonia de los últimos sacramentos. Ya había algunas personas en la sacristía. Era la primera vez que me encontraba en un momento tan solemne; obedecí, constreñido al principio, pero inmediatamente después satisfecho, menos por la caridad de la ceremonia que por conseguir un papel de adulto. Cuando el sacristán comenzó a distribuir las hopas, entró un sujeto alocadamente; era mi vecino Padua, que también iba a acompañar al Santísimo. Nos vio y vino a saludarnos. José Días hizo un gesto de desagrado y apenas le respondió con una palabra seca, mirando hacia el cura que se lavaba las manos. Después, como Padua hablaba con el sacristán en voz baja, se acercó a ellos; yo hice lo mismo. Padua le pedía al sacristán llevar una de las varas del palio. José Días pidió otra.

- Sólo hay una disponible, dijo el sacristán.

- Pues es para mí, dijo José Días.

- Pero yo la he pedido primero, se atrevió Padua.

- La ha pedido primero, pero ha llegado tarde, replicó José Días; yo ya estaba aquí. Lleve usted una vela.

Padua, pese al miedo que le tenía al otro, insistía en que quería la vara, todo eso en voz baja y sorda. El sacristán halló el modo de conciliar la rivalidad, ocupándose de conseguir de uno de los que portaban el palio que cediese su vara a Padua, conocido en la parroquia al igual que José Días. Así lo hizo, pero José Días frustró esta combinación. Cuando ya había otra vara disponible, la pidió para mí, "¡oven seminarista", a quien esta distinción cabía preferentemente. Padua se puso pálido como la cera. Era poner a prueba el corazón de un padre. El sacristán, que me conocía de verme allí con mi madre los domingos, preguntó con curiosidad si yo de verdad era seminarista.

- Aún no, pero lo será, respondió José Dias, guiñándome el ojo izquierdo, lo cual, pese al aviso, me encolerizó.

- Bueno, se la cedo a nuestro Bentiño, suspiró el padre de Capitú.

Yo también quise cederle la vara; me vino a la memoria que él solía acompañar al

Santísimo Sacramento para los moribundos, llevando una vela, pero que la última vez había conseguido una vara del palio. La especial distinción del palio se debía a que cubría al vicario y al sacramento; para las velas servía cualquiera. Él mismo me lo contó y me lo explicó, lleno de una gloria pía y risueña. Así se entiende el alborozo con el que había entrado en la iglesia; era su segunda ocasión de llevar el palio, por eso se preocupó de pedirlo inmediatamente. ¡Y nada! Y volvía a la vela común, de nuevo la interinidad interrumpida; el administrador regresaba al antiguo cargo... Quise cederle la vara; el allegado me impidió ese acto de generosidad y le pidió al sacristán que nos pusiese, a él y a mí, con las dos varas de delante, abriendo la marcha del palio.

Vestidas las hopas, distribuidas y encendidas las velas, el cura y el cáliz preparados, el sacristán con el hisopo y la campanilla en las manos, salió la procesión a la calle. Cuando me vi con una de las varas, pasando ante los fieles, que se arrodillaban, me quedé conmovido. Padua roía la vela amargamente. Es una metáfora, no encuentro otra forma más viva de expresar el dolor y la humillación de mi vecino. Por lo demás, no pude mirarlo por mucho tiempo ni tampoco

al allegado, quien, en paralelo conmigo, alzaba la cabeza con aire de ser él mismo el Dios de los ejércitos. Al rato, me sentí cansado; los brazos me flaqueaban, por fortuna la casa estaba cerca, en la calle del Senado.

La enferma era una señora viuda, tísica, tenía una hija de quince o dieciséis años, que estaba llorando en la puerta de la habitación. La joven no era hermosa, quizá ni tuviera gracia; los cabellos le caían despeinados y las lágrimas le hacían entornar los ojos. No obstante, el conjunto era expresivo y cautivaba el corazón. El vicario confesó a la enferma, le dio la comunión y los santos óleos. El llanto de la joven aumentó tanto que sentí mis ojos húmedos y huí. Llegué cerca de una ventana. ¡Pobre criatura! El dolor era comunicativo en sí mismo; complicado con el recuerdo de mi madre, me dolía más y, cuando finalmente pensé en Capitú, sentí ganas de llorar también, seguí por el pasillo y oí a alguien que me decía:

- ¡No llores!

La imagen de Capitú venía conmigo y mi imaginación, así como hacía poco le había atribuido lágrimas, del mismo modo le

llenaba ahora la boca de risa; la vi escribir en el muro, hablarme, andar a mi alrededor con los brazos en el aire; oí claramente mi nombre, con una dulzura que me embriagó, y su voz. Las velas encendidas, tan lúgubres en esa situación, tenían para mí reflejos de un brillo nupcial... ¿Brillo nupcial? No sé; era algo opuesto a la muerte, y no veo nada mejor que una boda. Esta nueva sensación me dominó tanto que José Días se me acercó y me dijo al oído, en voz baja:

- ¡No te rías así!

Me puse serio enseguida. Era el momento de la salida. Tomé mi vara y, como ya sabía la distancia y ahora regresábamos a la iglesia, por lo cual el trayecto parecía menor y sentía el peso de la vara más ligero. Además, el sol de afuera, la animación de la calle, los muchachos de mi edad que me observaban llenos de envidia, las devotas que se asomaban a las ventanas o salían a las calles y se arrodillaban a nuestro paso, todo me llenaba el alma de una alegría nueva.

Padua, por el contrario, iba más humillado. Pese a haber sido sustituido por mí, no acababa de consolarse con la vela, con la miserable vela. Y sin embargo, había

otros que también llevaban vela y sólo mostraban la compostura del acto; no iban animados, pero tampoco iban tristes. Se notaba que caminaban con orgullo.

Capítulo 31



Las curiosidades de Capitú

CAPÍTULO XXXI

Las curiosidades de Capitú

Capitú prefería cualquier cosa antes que el seminario. En lugar de quedarse abatida con la amenaza de una larga separación, si tuviese éxito la idea de Europa; se mostró satisfecha. Y cuando yo le conté mi sueño imperial:

- No, Bentiño, dejemos tranquilo al Emperador, replicó; quedémonos por ahora con la promesa de José Días. ¿Cuándo dijo que hablaría con tu madre?

- No fijó día; prometió que la vería, que hablaría en cuanto pudiese y que me encomendase a Dios.

Capitú quiso que le repitiese todas las respuestas del allegado, los cambios en sus gestos y hasta la pirueta, que apenas le había contado. Pedía el sonido de las palabras. Era

minuciosa y atenta; la narración y el diálogo, todo parecía rumiarlo. También se puede decir que comprobaba, clasificaba y fijaba en la memoria mi exposición. Esta imagen es quizá mejor que la otra, pero la óptima de ellas es ninguna. Capitú era Capitú, esto es, una criatura muy particular, era más mujer que yo hombre. Si aún no lo había dicho, aquí queda dicho. Si lo había dicho, aquí queda dicho también. Hay conceptos que se deben inculcar en el alma del lector a fuerza de repetirlos.

Era también más curiosa. Las curiosidades de Capitú merecen un capítulo. Eran de varia especie, explicables e inexplicables, útiles e inútiles, graves o frívolas; le gustaba saberlo todo. En el colegio, donde desde los siete años había aprendido a leer, escribir y contar, francés, doctrina y labores de costura, no aprendió por ejemplo a hacer bolillos; por eso quiso que la prima Justina le enseñase. No estudió latín con el padre Cabral, porque el cura, después de proponérselo de broma, acabó diciéndole que el latín no era lengua de muchachas. Capitú me confesó un día que por esta razón tuvo el deseo de aprenderlo. En compensación, quiso aprender inglés con un viejo profesor amigo de su padre y

compañero de éste en la petanca, pero no continuó con su propósito. Mi tío Cosme le enseñó *back gamón*.

- Capitú, ven que te voy a ganar por un palizón, le decía él.

Capitú obedecía y jugaba con facilidad, con atención, no sé si decir con amor. Un día la encontré dibujando un retrato a lápiz, le estaba dando los últimos retoques y me pidió que esperase para ver si guardaba algún parecido. Era el de mi padre, copiado del cuadro que mi madre tenía en la sala y que aún conservo. Perfecto no era; al contrario, los ojos le habían salido desorbitados y los cabellos eran pequeños círculos, unos sobre otros. Pero, sin tener rudimentos de arte, y habiendo hecho aquello de memoria en pocos minutos, me pareció una obra de mucho mérito; descontadme la edad y la simpatía. Incluso así, apuesto a que hubiera aprendido fácilmente a pintar, como aprendió música más tarde. Ya entonces se interesaba por el piano de nuestra casa, viejo trasto inútil, sólo decorativo. Leía nuestras novelas, hojeaba nuestros libros de grabados, quería saber de las ruinas, de las personas, de las regiones, el nombre, la historia, el lugar. José Días le daba esas

informaciones con cierto orgullo de erudito. Su erudición no era mucho mayor que su homeopatía de Cantagalo.

Un día Capitú quiso saber qué eran los retratos de la sala de visitas. El allegado se lo explicó sumariamente, demorándose un poco más en César, con exclamaciones y latines:

- ¡César! ¡Julio César! ¡Gran hombre! ¿*Tu quoque, Brute*?

Capitú no encontraba bonito el perfil de César, pero las hazañas citadas por José Días le provocaban gestos de admiración. Se quedó mucho tiempo mirándolo. ¡Un hombre que lo podía todo!, ¡que lo hacía todo! ¡Un hombre que le regalaba a una señora una perla valorada en seis millones de sestercios!

- ¿Y cuánto valía un sestercio?

José Días, no teniendo presente el valor de los sestercios, respondió entusiasmado:

- ¡Es el mayor hombre de la historia!

La perla de César iluminaba los ojos de Capitú. En esa ocasión le preguntó a mi madre por qué ya no usaba las joyas del

retrato, se refería al que estaba en la sala junto al de mi padre; llevaba un gran collar, una diadema y unos pendientes.

- Son joyas viudas, como yo, Capitú.

- ¿Cuándo se las puso?

- Fue en las fiestas de la Coronación.

- ¡Oh!, ¡cuénteme las fiestas de la Coronación! Sabía lo que sus padres le habían contado, pero naturalmente creía que ellos no sabrían mucho más que lo que había pasado en la calle. Ella quería información de las tribunas de la Capilla Imperial y de los salones de los bailes. Había nacido mucho después de aquellas fiestas célebres. Como había oído hablar varias veces de la Mayoridad, insistió un día en saber lo había sido este acontecimiento; se lo contaron y le pareció que el Emperador había hecho muy bien en querer ascender al trono a los quince años. Todo era motivo para las curiosidades de Capitú, muebles antiguos, joyas viejas, costumbres, noticias de Itaguaí, la infancia y la juventud de mi madre, un dicho de aquí, un recuerdo de allí, un adagio de allá...

Capítulo 32



Ojos de resaca

CAPÍTULO XXXII

Ojos de resaca

Todo era motivo de curiosidad para Capitú. Hubo una ocasión, sin embargo, en que no sé si aprendió o enseñó, o si hizo ambas cosas, como yo. Lo contaré en el siguiente capítulo. En éste diré solamente que, después de algunos días del acuerdo con el allegado, fui a ver a mi amiga; eran las diez de la mañana. D.ª Fortunata, que estaba en el huerto, ni siquiera esperó a que le preguntase por su hija.

- Está en la sala, peinándose, me dijo. Ve despacito para darle un susto.

Fui despacio, pero me traicionó el pie o el espejo. Quizá no fue el espejo. Era un espejito de alpaca (perdonad la modestia), comprado a un buhonero italiano, marco tosco, argollita de latón, colgado en la pared entre dos ventanas. Si no fue éste, fue el pie.

Uno u otro, la verdad es que, apenas entré en la sala, peine, cabellos, toda ella voló por los aires; sólo le oí esta pregunta:

- ¿Hay novedades?

- No hay ninguna, le respondí; he venido a verte antes de que llegue el padre Cabral para la clase. ¿Cómo has dormido?

- Bien. ¿José Días todavía no le ha dicho nada?

- Me parece que no.

- ¿Cuándo se lo dirá?

- Me dijo que hoy o mañana tocará el tema; pero no de golpe, hablará primero por encima y de refilón, un toque. Después, entrará en materia. Quiere ver primero si mi madre ha tomado la decisión...

- Tomarla, la ha tomado, interrumpió Capitú. No se le requeriría si no fuese necesario alguien para resolverlo ahora y definitivamente. Dudo que José Días pueda influir tanto; creo que hará todo lo que pueda, si comprende que realmente no quieres ser cura, ¿pero lo conseguirá...? A él lo tienen

en cuenta; si, sin embargo... ¡Esto es un infierno! Insístele, Bentiño.

- Le insistiré, hoy mismo hablará.

- ¿Lo juras?

- ¡Lo juro! Deja que te mire a los ojos, Capitú.

Acababa de recordar cómo José Días los había definido, "ojos de gitana oblicua y disimulada". Yo no sabía lo que era oblicua, pero sí lo que significaba disimulada y quería saber si se les podía llamar así. Capitú se dejó observar y examinar. Sólo me preguntaba qué pasaba, si es que nunca los había visto; yo no vi nada extraordinario, el color y la dulzura eran conocidos míos. El detenimiento con que los contemplé creo que le dio una idea distinta de mi intención; imaginó que era un pretexto para mirarlos más de cerca, con mis ojos grandes, constantes, fijos en los suyos y a eso le atribuyo que comenzasen a parecer más grandes, más grandes y sombríos, con una expresión que...

Retórica de enamorados, dame una comparación exacta y poética para decir lo

que fueron aquellos ojos de Capitú. No me acude una imagen capaz de decir, sin merma de la dignidad del estilo, lo que fueron y lo que me hicieron. ¿Ojos de resaca? Eso, de resaca. Es lo más parecido a esa nueva peculiaridad. Tenían no sé qué fluido misterioso y enérgico, una fuerza que arrastraba hacia adentro como la ola que se retira de la playa en los días de resaca. Para que no me arrastrasen, me fijé en sus orejas, en sus brazos, en sus cabellos esparcidos por los hombros; pero así que miraba sus pupilas, la ola que salía de ellas iba creciendo, hueca y oscura, amenazando con envolverme, arrastrarme y tragarme. ¿Cuántos minutos pasamos en aquel juego? Sólo los relojes del cielo habrán marcado ese tiempo infinito y breve. La eternidad tiene sus péndulos y no por no acabar nunca deja de querer saber la duración de las felicidades y los suplicios. Conocer la suma de los tormentos que ya habrán padecido en el infierno sus enemigos doblará su gozo a los bienaventurados del cielo, así también la cantidad de las delicias que habrán disfrutado en el cielo sus contrarios aumentará los dolores de los condenados al infierno. Este suplicio escapó al divino Dante, pero yo no estoy aquí para enmendar poetas. Estoy para contar que, pasado un tiempo indeterminado, tomé

definitivamente los cabellos de Capitú, ahora con las manos, y le dije –por decir algo- que era capaz de peinárselos, si quería.

- ¿Tú?

- Yo mismo.

- Vas a enredarme los cabellos, estoy segura.

- Si te los enredo, tú te lo desenredarás después.

- Vamos a verlo.

Capítulo 33



El peinado

CAPÍTULO XXXIII

El peinado

Capitú me dio la espalda, mirándose en el espejito. Le agarré los cabellos, los tomé todos y comencé a peinárselos con el peine, desde la raíz hasta las últimas puntas, que le llegaban hasta la cintura. De pie, no me era posible: no habrás olvidado que ella era un poquito más alta que yo, pero tampoco hubiera podido aunque fuera de la misma estatura. Le pedí que se sentase.

- Siéntate aquí, es mejor.

Se sentó. "Vamos a ver al gran peluquero", me dijo riéndose. Continué peinándole sus cabellos con mucho cuidado y se los dividí en dos partes iguales para hacerle las dos trenzas. No las hice enseguida ni tan deprisa como pueden suponer los peluqueros de oficio, sino despacio,

despacito, saboreando por el tacto aquellos hilos abundantes que formaban parte de ella. El trabajo era torpe, a veces por negligencia, otras a propósito para deshacer lo hecho y rehacerlo. Mis dedos rozaban la nuca de la muchacha o su espalda vestida de algodón y la sensación era un deleite. Pero, al fin, los cabellos se iban acabando, por más que yo los quisiese interminables. No le pedí al cielo que fuesen tan largos como los de la Aurora, porque todavía no conocía esta divinidad que los viejos poetas me presentaron después; pero deseé peinarlos por todos los siglos de los siglos, hacer dos trenzas que pudiesen envolver el infinito un número innombrable de veces. Si esto te parece enfático, desgraciado lector, es que nunca peinaste a una joven, nunca pusiste tus manos adolescentes en la joven cabeza de una ninfa... ¡Una ninfa! Todo yo estoy mitológico. Hace un momento, hablando de sus ojos de resaca, llegué a escribir Tetis; taché Tetis, tachemos ninfa; digamos solamente una criatura amada, palabra que abarca todas las potencias cristianas y paganas. Finalmente acabé las dos trenzas. ¿Dónde estaba la cinta para atarles las puntas? Encima de la mesa, un triste trozo de cinta sucia. Junté las puntas de las trenzas, las uní con un lazo, retoqué la obra alargando aquí, acortando allí, hasta que exclamé:

- ¡Ya está!

- ¿Ha quedado bien?

- Mírate al espejo.

En lugar de mirarse al espejo, qué pensáis que hizo Capitú. No os olvidéis que estaba sentada de espaldas a mí. Capitú giró la cabeza, hasta tal punto que fue preciso sostenerla con mis manos; el respaldo de la silla era bajo. Me incliné después sobre ella, cara a cara, pero inversamente, sus ojos a la altura de mi boca. Le pedí que levantase la cabeza, podía marearse, hacerse daño en el cuello. Llegué a decirle que estaba fea, pero ni este argumento la hizo moverse.

- ¡Levántate, Capitú!

No quiso, no levantó la cabeza y nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, hasta que ella juntó sus labios, yo bajé los míos, y...

Grande fue la sensación del beso; Capitú se levantó, rápida, yo retrocedí hasta la pared con una especie de vértigo, sin habla, los ojos enturbiados. Cuando se me aclararon, vi que Capitú tenía los suyos

mirando al suelo. No me atreví a decir nada; aunque quisiese, me faltaba la lengua. Preso, atontado, no encontraba gesto ni fuerza que me despegase de la pared y me lanzase sobre ella con mil palabras cálidas y mimosas... No te mofes de mis quince años, lector precoz. Con diecisiete, Des Grieux (y además era Des Grieux) no era todavía consciente de la diferencia entre los sexos.

Capítulo 34



¡Soy un hombre!

CAPÍTULO XXXIV

¡Soy un hombre!

Oímos pasos en el pasillo: era D.ª Fortunata. Capitú reaccionó deprisa, tan deprisa que cuando su madre llegó a la puerta ella se estaba riendo. Ningún signo de palidez, ninguna muestra de timidez, una risa espontánea y clara, que ella explicó con estas palabras alegres:

- Fíjate, mamá, cómo me ha peinado este señor peluquero; quería terminar mi peinado y mira lo que me ha hecho. ¡Mira qué trenzas!

- ¿Qué les pasa?, respondió su madre, rebosando benevolencia. Está muy bien, nadie diría que lo ha hecho uno que no sabe peinar.

- ¿Qué dices, mamá?, ¿esto?, replicó Capitú, deshaciéndose las trenzas, ¡Venga, mamá!

Y con un enfado gracioso y voluntario que a veces tenía, agarró el peine y se desenredó el cabello para volver a peinarse. D.ª Fortunata la llamó tonta y me dijo que no le hiciese caso, que no era nada, locuras de su hija. Nos miraba con ternura. Después creo que sospechó. Viéndome callado, confuso, pegado a la pared, quizá pensó que había habido entre nosotros algo más que el peinado y sonrió con disimulo...

Como yo también quería hablar para disimular mi estado, busqué algunas palabras en mi interior y me acudieron de golpe, pero atropelladamente, y me llenaron la boca sin que pudiera salir ninguna. El beso de Capitú me había sellado los labios. Una exclamación, un simple artículo, por más que empujasen con fuerza no lograban salir de mi interior. Y todas las palabras permanecieron en mi corazón, murmurando: "Aquí hay uno que no hará gran carrera en el mundo, a poco que sus emociones lo dominen..."

Así, sorprendidos por su madre, éramos dos en contradicción, ella encubría con la palabra lo que yo publicaba con el silencio. D.ª Fortunata me sacó de aquella tribulación, diciendo que mi madre me había

mandado llamar para la clase de latín; el padre Cabral me estaba esperando. Era una salida, me despedí y me fui por el pasillo. Andando, oí que la madre censuraba las maneras de su hija, pero la hija no decía nada.

Corrí hacia mi habitación, tomé los libros, pero no fui a la sala para la clase; me senté en la cama, recordando el peinado y el resto. Tenía temblores, tenía unos olvidos en los que perdía la conciencia de mí y de las cosas que me rodeaban, para vivir no sé dónde ni cómo. Y recuperaba la conciencia y veía la cama, las paredes, los libros, el suelo, oía algún sonido de afuera, vago, próximo o remoto, y luego lo olvidaba todo para sentir solamente los labios de Capitú... Los sentía entregados bajo los míos, igualmente ofrecidos a los suyos, uniéndose los unos a los otros. De repente, sin querer, sin pensar, me salió de la boca esta expresión de orgullo:

- ¡Soy un hombre!

Supuse que me habrían oído, porque la expresión me salió en voz alta y corrí hacia la puerta de la alcoba. No había nadie afuera. Volví adentro y, bajito, repetí que era

un hombre. Todavía ahora oigo el eco en mis oídos. El placer que esto me causó fue enorme. Colón no tuvo mayor placer cuando descubrió América y perdonad la banalidad en beneficio de la oportunidad; en efecto, hay en cada adolescente un mundo encubierto, un almirante y un sol de octubre. Hice otros descubrimientos más tarde, ninguno me deslumbró tanto. La denuncia de José Días me había sobresaltado, la lección del viejo cocotero también, la visión de nuestros nombres grabados por ella en el muro del huerto me produjo, como has visto, un gran alborozo; pero nada de eso era comparable con la sensación del beso. Podían ser mentira o ilusión. Al ser verdad, eran los huesos de la verdad, no eran su carne ni su sangre. Las mismas manos, tocadas, estrechadas, como fundidas, no podían decirlo todo.

- ¡Soy un hombre!

Cuando repetí esto por tercera vez, pensé en el seminario, pero como se piensa en un peligro que ha pasado, un mal abortado, una pesadilla extinguida; todos mis nervios me dijeron que para ser un hombre no hace falta ser cura. Mi sangre era de la misma opinión. Otra vez sentí los labios de

Capitú. Quizá abuso un poco de las reminiscencias osculares; pero la nostalgia es precisamente esto, el pasar y repasar las memorias antiguas. Pero, de todas las de aquella época creo que la más dulce fue ésta, la más nueva, la más envolvente, la que enteramente me reveló a mí mismo. Tengo otras, vastas y numerosas, también dulces, de varia especie, muchas intelectuales, igualmente intensas. Por muy gran hombre que llegase a ser, su recuerdo sería menor.

Capítulo 35



El protonotario apostólico

CAPÍTULO XXXV

El protonotario apostólico

Finalmente tomé los libros y corrí a clase. No corrí exactamente; me paré a medio camino, advirtiendo que debía ser muy tarde y podrían notarme algo en el semblante. Pensé en mentir, en alegar un vértigo que me hubiese desmayado; pero el mal rato que le hubiese dado a mi madre me hizo desistir. Pensé en prometer algunas decenas de padrenuestros; tenía, sin embargo, otra promesa en curso y otro favor pendiente... No, vamos a ver; fui andando, oí voces alegres, conversaban en voz alta. Cuando entré en la sala, nadie me censuró.

El padre Cabral había recibido en la víspera un mensaje del internuncio; fue a verlo y supo que, por decreto pontificio, acababa de ser nombrado protonotario apostólico. Esta distinción del Papa le produjo una gran alegría a él y a todos los nuestros.

Mi tío Cosme y la prima Justina repetían el título con admiración; era la primera vez que sonaba en nuestros oídos acostumbrados a canónigos, monseñores, obispos, nuncios e internuncios; ¿pero qué significaba protonotario apostólico? El padre Cabral nos explicó que no era tan importante el cargo de la curia como las honras que comportaba. Mi tío Cosme se sintió encumbrado por ser su compañero del juego del tresillo y repetía:

- ¡Protonotario apostólico!

Y dirigiéndose a mí:

- Prepárate, Bentiño; tú puedes llegar a ser protonotario apostólico.

Cabral oía con placer la repetición de su título. Estaba de pie, daba algunos pasos, sonreía o tamborileaba sobre la tapadera de una cajita. La longitud del título le duplicaba la magnificencia, aunque, para unirlo al nombre, era demasiado largo; esta segunda reflexión la hizo mi tío Cosme. El padre Cabral sugirió que no era necesario decirlo por extenso, bastaba con que le llamasen protonotario Cabral. Apostólico, se sobreentendía.

- Protonotario Cabral.

- Sí, tiene razón; protonotario Cabral.

- Mas, Sr. Protonotario -intervino la prima Justina para irse acostumbrando al uso del título- ¿eso lo obliga a irse a Roma?

- No, D.ª Justina.

- No, es sólo el cargo honorífico, observó mi madre.

- Ahora bien, eso no impide –dijo Cabral, que continuaba reflexionando- no impide que en los casos de mayor formalidad, actos públicos, cartas de ceremonia, etc., se emplee el título entero: protonotario apostólico. En el uso común, basta con protonotario.

- Justamente, asintieron todos.

José Días, que entró poco después de mí, celebró la distinción y recordó a propósito los primeros actos políticos de Pío IX, grandes esperanzas de Italia; pero nadie abundó en el asunto, el protagonista del momento y del lugar era mi viejo maestro de latín. Yo, recobrándome de la turbación, entendí que debía felicitarlo también y mi elogio no le tocó

menos el corazón que los demás. Me dio unos golpecitos en la mejilla paternalmente y acabó dándome vacaciones. Era demasiada felicidad para sólo una hora. ¡Un beso y vacaciones! Creo que mi rostro dijo eso mismo, porque mi tío Cosme, tocándose la barriga, me llamó perezoso; pero José Días truncó la alegría:

- No hay que celebrar el ocio; el latín siempre le será necesario, *aunque no acabe siendo cura*.

Conocí aquí a mi hombre. Era la primera palabra, la semilla arrojada a la tierra, así de pasada, como para que los oídos de la familia se acostumbrasen. Mi madre me sonrió, llena de amor y de tristeza, pero respondió enseguida:

- Será cura, y un cura bonito.

- No te olvides, hermana Gloria, y también protonotario. Protonotario apostólico.

- El protonotario Santiago, enfatizó Cabral.

Si la intención de mi maestro de latín era ir acoplando el título con el nombre, no

lo sé; lo que sé es que cuando oí mi nombre ligado a tal título, me dieron ganas de soltar un despropósito. Pero la voluntad ahora se manifestó primero como una idea, una idea sin lengua, que permaneció quieta y muda, al igual que poco después otras ideas... Pero ésas requieren un capítulo especial. Acabemos éste diciendo que mi maestro de latín habló durante algún tiempo de mi ordenación eclesiástica, aunque sin gran interés. Buscaba un asunto ajeno para mostrarse aparentemente olvidado de su propia gloria, pero era ésta la que lo tenía deslumbrado en aquel momento. Era un viejo delgado, sereno, dotado de buenas cualidades. Tenía algunos defectos; el más excelso era ser goloso, no era propiamente glotón; comía poco, pero apreciaba lo fino y lo raro y nuestra cocina, aunque sencilla, era menos pobre que la suya. Así, cuando mi madre le dijo que se quedase a cenar, a fin de celebrarlo, los ojos con que aceptó eran de protonotario, pero no eran apostólicos. Y para agradar a mi madre, nuevamente se refirió a mí, describiendo mi futuro eclesiástico y quería saber si iría ahora al seminario o el año próximo y se ofrecía a hablar con el "señor obispo", adornándolo todo con "protonotario Santiago".

Capítulo 36



Idea sin piernas e idea sin brazos

CAPÍTULO XXXVI

Idea sin piernas e idea sin brazos

Los dejé con el pretexto de ir a jugar y me fui otra vez a pensar en la aventura de por la mañana. Era lo mejor que podía hacer, sin latín e incluso con latín. Al cabo de cinco minutos me vino a la cabeza ir corriendo a la casa vecina, agarrar a Capitú, deshacer sus trenzas, volver a hacerlas y terminarlas de aquella manera peculiar, labios sobre labios. De eso se trata, venga, de eso se trata... ¡Solamente idea! ¡Idea sin piernas! Las otras piernas no querían correr ni andar. Sólo mucho después comenzaron a andar lentamente y me llevaron a casa de Capitú. Cuando llegué, la encontré en la sala, en la misma sala, sentada en el canapé, con el cojín de la costura sobre la falda, cosiendo en paz. No me miró de frente, sino a hurtadillas y con recelo, o, si prefieres la fraseología del allegado, con una mirada oblicua y disimulada. Sus manos se detuvieron después de clavar la aguja en la

tela. Yo, en el lado opuesto de la mesa, no sabía qué hacer y de nuevo me abandonaron las palabras que traía. Así pasamos unos largos minutos hasta que ella dejó por completo la costura, se levantó y me esperó. Me acerqué y le pregunté si su madre le había dicho algo, me respondió que no. La boca con que me respondió era tal que creo que me provocó un intento de aproximación. Lo cierto es que Capitú retrocedió un poco.

Era el momento de agarrarla, aproximarla, besarla... ¡Sólo ideas! ¡Ideas sin brazos! Los míos se quedaron caídos y muertos. No conocía nada de las Escrituras. Si las hubiera conocido, probablemente el espíritu de Satanás me hubiera hecho darle al lenguaje místico del *Cantar* un sentido directo y natural. Entonces hubiera obedecido al primer versículo: "¡Que me bese con los besos de su boca!" Y en lo que respecta a los brazos, que tenía inertes, hubiera bastado cumplir el versículo 6º del cap. II: "su mano izquierda esté debajo de mi cabeza y su mano derecha me abrace." Ved ahí la cronología de los actos. Se trataba sólo de llevarla a cabo; pero aunque hubiera conocido el texto, el comportamiento de Capitú era ahora tan retraído, que no sé si habría permanecido inmóvil. Fue ella, sin embargo, quien me sacó de aquella situación.

Capítulo 37



Su alma está llena de misterios

CAPÍTULO XXXVII

El alma está llena de misterios

- ¿Te estuvo esperando mucho tiempo el padre Cabral?

- Hoy no he tenido clase, me ha dado vacaciones.

Le expliqué el motivo de las vacaciones. También le conté que el padre Cabral había hablado de mi entrada en el seminario, apoyando la decisión de mi madre y dije de él cosas feas y duras. Capitú reflexionó un poco y acabó preguntándome si podía ir a felicitar al cura por la tarde, a mi casa.

- Claro que puedes, pero ¿por qué a mi casa?

- Mi padre, naturalmente, querrá ir también, pero es mejor que él vaya a casa

del cura, es más bonito. Yo no, que ya soy casi moza, concluyó riendo.

Su risa me animó. Sus palabras parecían ser una broma consigo misma, ya que, desde por la mañana, era una mujer, como yo era un hombre. Me hizo gracia y, lo contaré todo, quise demostrarle que era una moza completa. Tomé levemente su mano derecha, luego la izquierda y me quedé así pasmado y trémulo. Era la idea con manos. Quise tirar de las manos de Capitú para obligarla a acercarse a mí, pero incluso ahora la acción no se correspondía con la intención. Sin embargo, me sentí fuerte y atrevido. No estaba imitando a nadie, no convivía con muchachos que me pudiesen enseñar lances de amor. No conocía la violación de Lucrecia. De los romanos sabía apenas que hablaban como el manual del padre Pereira y que eran patricios de Poncio Pilatos. No niego que el final del peinado de aquella mañana había sido un gran paso en el camino de la dinámica amorosa, pero su actitud de entonces fue justamente la contraria de la de ahora. Por la mañana ella había ladeado su cabeza, pero ahora me rehuía; no sólo en eso diferían los lances; por otro lado, aunque parecía repetición, había contradicción.

Creo que la amenacé con abrazarla. No lo juro, comenzaba a estar tan alborozado que no lograba ser consciente de todos mis actos; pero concluyo que sí, porque ella retrocedió y quiso soltar sus manos de las mías; después, quizá porque no podía retroceder más, colocó uno de sus pies delante y el otro detrás y se apartó de mí. Este acto me obligó a asegurar sus manos con fuerza. Su cuerpo finalmente se cansó y cedió, pero su cabeza no quiso ceder, y, echada para atrás, hacía inútiles todos mis esfuerzos, porque yo ya estaba haciendo esfuerzos, amigo lector. Como no conocía la enseñanza del *Cantar*, no se me ocurrió colocar mi mano izquierda por debajo de su cabeza; además, este acto implica un acuerdo de voluntades y Capitú, que ahora se resistía, habría aprovechado mi acto para soltarse de mi otra mano y escaparse del todo. Permanecimos en aquel combate, sin estrépito, porque, pese al ataque y la defensa, no perdíamos la cautela necesaria para que no nos oyeran desde el interior; el alma está llena de misterios. Ahora sé que la atraía hacia mí, continuó retirando su cabeza hasta que se cansó, pero entonces le tocó el turno a su boca. La boca de Capitú inició un movimiento inverso en relación a la mía, yendo hacia un lado, cuando yo la buscaba

por el opuesto. Estuvimos en ese desencuentro, sin que yo me atreviese un poco más, y hubiera bastado un poco más...

Entonces oímos llamar a la puerta y hablar en el pasillo. Era el padre de Capitú, que volvía de la oficina un poco antes como a veces acostumbraba. "¡Abre Nanata! ¡Abre Capitú!" Aparentemente era la misma situación que la de por la mañana cuando su madre nos sorprendió, pero sólo aparentemente; en realidad era diferente. Considerad que por la mañana todo había concluido y que la llegada de D.ª Fortunata había sido un aviso para que reaccionáramos. Ahora estábamos luchando, presas las manos, y ni siquiera nada había comenzado.

Oímos el cerrojo de la puerta que daba al pasillo interno, era su madre que abría. Yo, ya que lo estoy confesando todo, digo aquí que no tuve tiempo de soltar la manos de mi amiga; lo pensé, llegué a intentarlo, pero Capitú, antes de que su padre acabase de entrar, hizo un gesto inesperado, posó su boca en la mía y me dio voluntariamente lo que estaba rechazando por la fuerza. Repito, el alma está llena de misterios.

Capítulo 38



¡Qué susto, Dios mío!

CAPÍTULO XXXVIII

¡Qué susto, Dios mío!

Cuando Padua, que venía del interior, entró en la sala de visitas, Capitú, de pie, de espaldas a mí, inclinada sobre la costura como si la recogiera, preguntaba en voz alta:

- Pero, Bentiño, ¿qué quiere decir protonotario apostólico?

- ¡Cómo estáis!, preguntó su padre.

- ¡Qué susto, Dios mío!

Ahora sí que la situación era idéntica; aunque si cuento aquí, tal cual, los dos episodios de cuarenta años atrás, es para mostrar que Capitú no sólo se controlaba en presencia de su madre sino que tampoco se asustaba ante su padre. En medio de una situación que me ataba la lengua, ella manejaba la palabra con la mayor libertad

de este mundo. Mi convicción es que su corazón no le latía ni más ni menos. Alegó un susto y puso en su cara un gesto confuso; pero yo, que lo sabía todo, vi que era mentira y le tuve envidia. Fui luego a hablar con su padre, que estrechó mi mano y quiso saber por qué su hija hablaba de protonotario apostólico. Capitú le repitió lo que yo le había contado y opinó que su padre debía felicitar al cura en casa de éste, ella iría a la mía. Y, reuniendo sus utensilios de costura, siguió por el pasillo, gritando de modo infantil:

- ¡Vamos a cenar, mamá, que ha llegado papá!

Capítulo 39



La vocación

CAPÍTULO XXXIX

La vocación

El padre Cabral estaba en ese primer momento de las distinciones en que las más pequeñas felicitaciones equivalen a odas. Luego llega el momento en que quienes han sido distinguidos reciben los elogios como un tributo usual, con cara inexpresiva y sin agradecimientos. La alegría del primer momento es la mejor; ese estado de espíritu que ve en la inclinación del arbusto, tocado por el viento, una salutación de la flora universal, trae sensaciones más íntimas y finas que ningún otro. Cabral oyó las palabras de Capitú con un placer infinito.

- Gracias, Capitú, muchas gracias; me complace que también te alegres. ¿Cómo está tu padre? ¿Y tu madre? A ti ni te pregunto, tienes cara de vender salud. ¿Y tus oraciones?

A todas las preguntas iba respondiendo Capitú bien y con prontitud. Iba mejor arreglada y con zapatos de calle. No entró con la familiaridad acostumbrada, se detuvo un instante en la puerta de la sala antes de besar la mano a mi madre y al cura. Como en menos de cinco minutos le aplicó dos veces el título de protonotario, José Días, para compensar la competencia, hizo un breve discurso en honor "al corazón paternal y augustísimo de Pío IX".

- Eres un gran prosista, le dijo mi tío Cosme cuando acabó.

José Días sonrió sin pudor. El padre Cabral confirmó los elogios del allegado, sin sus superlativos; a lo cual éste añadió que el cardenal Mastai evidentemente había sido predestinado para la tiara desde el comienzo de los tiempos. Y, guiñándome el ojo, concluyó:

- La vocación lo es todo. El estado eclesiástico es perfectísimo, con la condición de que el sacerdote esté ya destinado desde la cuna. Si no tiene vocación, hablo de vocación sincera y real, un joven perfectamente puede estudiar letras humanas, que también son útiles y honradas.

El padre Cabral replicó:

- La vocación es mucho, pero el poder de Dios es soberano. A un hombre puede no gustarle la iglesia e incluso perseguirla, pero un buen día le habla la voz de Dios y aparece el apóstol: véase S. Pablo.

- No disiento, pero lo que yo digo es otra cosa. Lo que digo es que se puede muy bien servir a Dios sin ser cura, ¿es posible o no?

- Claro que lo es.

- ¡Pues eso!, exclamó José Días triunfante, mirando a su alrededor. Sin vocación no hay buen cura y en todas las profesiones liberales se sirve a Dios, como todos debemos.

- Perfectamente, pero la vocación no sólo procede de la cuna.

- No, pero es la mejor.

- Un joven sin el menor interés por la vida eclesiástica puede acabar siendo un muy buen cura, todo es como Dios lo determina. No me quiero poner como modelo, pero aquí estoy yo que nací con vocación para la

medicina; mi padrino, que era coadjutor de Santa Rita, le insistió a mi padre para que me metiese en el seminario; mi padre cedió. Pues bien, me gustaron tanto los estudios y la compañía de los sacerdotes que acabé por ordenarme. Pero suponga que no hubiera sucedido así y que yo no hubiera cambiado de vocación, ¿qué hubiera ocurrido? Habría estudiado en el seminario algunas materias que es bueno conocer y que se enseñan siempre mejor en esas instituciones.

La prima Justina intervino:

- ¿Cómo? ¿Puede uno entrar en el seminario y salir sin ser cura?

El padre Cabral respondió que sí, que se podía y, dirigiéndose a mí, dijo que mi vocación era manifiesta, que mis juguetes habían sido siempre de iglesia y que me encantaban los oficios divinos. La prueba nada probaba, todos los niños de mi época eran devotos. Cabral añadió que el rector de S. José, a quien había contado recientemente la promesa de mi madre, consideraba un milagro mi nacimiento; él era de la misma opinión. Capitú, pegada a las faldas de mi madre, no correspondía a las miradas ansiosas que yo le enviaba; tampoco

parecía escuchar la conversación sobre el seminario y sus consecuencias, pero, sin embargo, memorizó lo principal como vine a saber después. Dos veces fui a la ventana, esperando que ella también fuese y permaneciéramos felices, solos, hasta que se acabase el mundo, si se tenía que acabar, pero Capitú no apareció. No se separó de mi madre sino para irse. Era la hora del avemaría cuando se despidió.

- Acompáñala, Bentiño, dijo mi madre,

- No hace falta, D.ª Gloria, dijo sonriendo, conozco el camino. Adiós, Sr. Protonotario…

- Adiós, Capitú.

Yo ya había dado un paso para atravesar la sala y claramente mi deber y mi deseo eran atravesarla completamente, seguir a la vecina por el pasillo, bajar a la chácara, entrar en el huerto, darle un tercer beso y despedirme. No me importó la negativa, que creí simulada, y la seguí por el pasillo; pero Capitú, que iba deprisa, se detuvo y me hizo señas para que regresase. No le hice caso, me acerqué a ella.

- No vengas, mañana hablaremos.

- Pero yo quería decirte...

- Mañana.

- ¡Escucha!

- ¡Quédate!

Hablaba bajito, me tomó de la mano y se llevó el dedo a los labios. Una negra, que vino desde el interior a encender el farol del pasillo, viéndonos en aquella situación, casi a oscuras, se rió con simpatía y murmuró para que lo oyésemos algo que no entendí ni bien ni mal. Capitú murmuró que la esclava podía había sospechado y que quizá se lo contaría a las demás. Otra vez me insistió en que me quedara y se retiró; yo me quedé quieto, clavado, aferrado al suelo.

Capítulo 40



Una yegua

CAPÍTULO XL

Una yegua

Al quedarme solo reflexioné un poco y tuve una fantasía. Ya conocéis mis fantasías. Os he contado la de la visita imperial; os conté la de esta casa del Ingenio Nuevo, reproduciendo la de Matacavalos... La imaginación ha sido la compañera de toda mi existencia, viva, rápida, inquieta, alguna vez tímida y amiga de tartamudear, casi siempre capaz de engullir tierras y tierras, corriendo. Creo haber leído en Tácito que las yeguas ibéricas concebían por el viento; si no fue en él, fue en otro autor antiguo que consideró oportuno conservar esa creencia en sus libros. En ese particular mi imaginación era una gran yegua ibérica; la menor brisa le daba un potro, que se convertía enseguida en caballo de Alejandro; pero dejemos las metáforas atrevidas e impropias de mis quince años. Contemos sencillamente el asunto. Mi fantasía de aquel momento fue

confesarle a mi madre mis amores para explicarle que no tenía vocación eclesiástica. La conversación sobre las vocaciones me acudía ahora completa y, a la vez que me asustaba, me abría una puerta de salida. "Sí, es eso, pensé; voy a decirle a mamá que no tengo vocación y le confieso nuestros amores; si lo pone en duda, le cuento lo que pasó el otro día, el peinado y el resto..."

Capítulo 41



La audiencia secreta

CAPÍTULO XLI

La audiencia secreta

El resto me hizo quedarme algún tiempo más en el pasillo, pensando. Vi entrar al doctor João da Costa y se preparó enseguida el habitual juego del tresillo. Mi madre salió de la sala y, topándose conmigo, me preguntó si había acompañado a Capitú.

- No, se fue sola.

- Y casi acometiéndola:

- Mamá, quiero decirte una cosa.

- ¿De qué se trata?

Muy asustada, quiso saber qué me dolía, si la cabeza, si el pecho, si el estómago, y me palpaba la frente para ver si tenía fiebre.

- No me pasa nada.

- ¿Entonces de qué se trata?

- Mamá, se trata... Pero, escucha, mira, es mejor después del té; luego... No es nada malo, te asustas por todo, no es para preocuparse.

- ¿No estás enfermo?

- No mamá.

- Eso es que has vuelto a constiparte. Disimulas para no tomar el sudorífico, pero estás constipado; se te nota en la voz.

Intenté reír para demostrar que no tenía nada. Pero ni por esas me permitió aplazar la confidencia, me agarró, me llevó a su habitación, encendió una vela y me ordenó que se lo contase todo. Entonces, para comenzar, le pregunté que cuándo iría al seminario.

- El año que viene, después de las vacaciones.

- ¿Iré para quedarme?

- ¿Cómo que para quedarte?

- ¿Que si no volveré a casa?

- Volverás los sábados y en vacaciones; es lo mejor. Cuando te ordenes cura, vendrás a vivir conmigo.

Me sequé los ojos y la nariz. Ella me acarició y luego quiso reprenderme, pero creo que le temblaba la voz y me pareció que tenía los ojos húmedos. Le dije que yo también sentiría nuestra separación. Negó que fuese una separación; era sólo una ausencia a causa de los estudios, sólo los primeros días. En poco tiempo me acostumbraría a los compañeros y a los profesores y acabaría gustándome vivir con ellos.

- A mí sólo me gustas tú.

No era una frase interesada, pero quise decírsela para hacerle creer que ella era mi único afecto; así desviaba las sospechas sobre Capitú. ¡Cuántas intenciones viciosas hay que se incorporan a medio camino en una frase inocente y pura! Se podría sospechar que la mentira es muchas veces tan involuntaria como la transpiración. Por otra parte, lector amigo, repara en que yo quería desviar las sospechas sobre Capitú, cuando había llamado a mi madre justamente para confirmarlas; pero las contradicciones

son propias de este mundo. La verdad es que mi madre era cándida como la primera aurora, anterior al pecado original; ni por pura intuición sería capaz de deducir una cosa de la otra, esto es, no concluiría de mi repentina oposición que, como le había dicho José Días, yo estaba de cuchicheos con Capitú. Se calló durante algunos instantes; después me replicó sin imposición ni autoridad, lo cual me fue animando a resistirme. Por eso le hablé sobre el tema de la vocación que se había discutido esa tarde y le confesé que yo no la sentía.

- Pero si te gustaba tanto ser cura, dijo ella; ¿no te acuerdas que incluso querías ir a ver a los seminaristas de S. José salir con sus hábitos? En casa, cuando José Días te llamaba Reverendísimo, ¡te reías con tanto gusto! ¿Cómo puede ser que ahora...? No me lo creo, no, Bentiño. Y además... ¿La vocación? La vocación viene con la costumbre, continuó repitiendo las reflexiones que le había oído a mi profesor de latín.

Cuando intenté replicarle, me reprendió sin aspereza, pero con alguna firmeza y volví a ser el hijo sumiso que había sido siempre. Luego continuó hablando grave y ampliamente sobre la promesa que había

hecho; no me contó las circunstancias, ni la ocasión, ni los motivos, cosas que sólo llegué a saber más tarde. Afirmó lo principal, esto es, que la cumpliría en pago a Dios.

- Nuestro Señor me ayudó salvando tu existencia, no le mentiré ni le faltaré, Bentiño; son cosas que no se hacen sin pecar y Dios, que es grande y poderoso, no me dejaría así, no, Bentiño; yo sé que sería castigada y muy castigada. Ser cura es algo bueno y santo; conoces a muchos, como el padre Cabral, que vive feliz con su hermana; un tío mío también fue cura y por poco no fue obispo, dicen... Déjate de mañas, Bentiño.

Creo que los ojos que puse fueron tan quejosos que corrigió enseguida la palabra; maña, no, no podía ser una maña, sabía muy bien que era su amigo y que no sería capaz de fingir un sentimiento que no tuviese. Indolencia es lo que quería decir, que me dejase de indolencias, que fuera un hombre y cumpliese con la obligación, en beneficio de ella y para el bien de mi alma. Todas esas y otras cosas fueron dichas un poco atropelladamente y la voz no le salía clara, sino velada y sofocada. Vi que su emoción de nuevo era grande, pero no renunciaba a sus propósitos y me aventuré a preguntarle:

- ¿Y si le pidieses a Dios que te dispensase de la promesa?

- Ni mucho menos. ¿Estás tonto Bentiño? ¿Cómo sabría si Dios me habría dispensado?

- Quizá en sueños, yo sueño a veces con ángeles y santos.

- Yo también, hijo mío; pero es inútil... Vamos, es tarde; vamos a la sala. Ha quedado claro: el primero o el segundo mes del año que viene irás al seminario. Lo que quiero es que aprendas bien los libros que estás estudiando; es bueno, tanto para ti como para el padre Cabral. En el seminario tienen interés en conocerte, porque el padre Cabral habla de ti con entusiasmo.

Caminó hacia la puerta y salimos ambos. Antes de salir, se volvió hacia mí y casi la vi arrojarse a mis brazos y decirme que no sería cura. Conforme se aproximaba el momento su deseo íntimo era ya que no fuese cura. Deseaba un modo de pagar la deuda contraída, otra moneda que valiese tanto o más, pero no la encontraba.

Capítulo 42



Capitú reflexionando

CAPÍTULO XLII

Capitú reflexionando

Al día siguiente en cuanto pude fui a la casa vecina. Capitú se estaba despidiendo de dos amigas que habían ido a visitarla. Paula y Sancha, compañeras de colegio, la primera de quince, de diecisiete la segunda; aquélla, hija de médico; ésta, de un comerciante de mercancías americanas. Estaba decaída, llevaba un pañuelo en la cabeza; su madre me contó que había sido por causa de un exceso de lectura en la víspera, antes y después del té, en la sala y en la cama, hasta mucho después de media noche y a la luz de un quinqué...

- Si hubiera encendido una vela, mamá se hubiera enfadado. Ya estoy bien.

Y cuando se quitó el pañuelo de la cabeza, su madre le dijo tímidamente que era mejor que se lo pusiese de nuevo, pero

Capitú respondió que no era necesario, que ya se encontraba bien.

Nos quedamos solos en la sala; Capitú me confirmó el relato de su madre, añadiendo que lo había pasado mal por lo que había oído en mi casa. También le conté lo que me había pasado a mí, la entrevista con mi madre, mis súplicas, sus lágrimas y, finalmente, sus últimas palabras decisivas: dentro de dos o tres meses iría al seminario. ¿Qué podríamos hacer ahora? Capitú me escuchaba con atención ávida, después sombría; cuando hube acabado, respiraba con dificultad, como a punto de estallar en cólera, pero se contuvo.

Hace tanto tiempo que sucedió esto que no puedo asegurar si lloró de verdad o si solamente se enjugó los ojos; creo que sólo hizo esto último. Viéndole la expresión, tomé su mano para animarla, pero yo también necesitaba que me dieran ánimos. Caímos en el canapé y nos quedamos mirando al techo. Miento, ella miraba al suelo. Hice lo mismo, cuando la vi así... Pero creo que Capitú miraba dentro de sí misma, mientras que yo miraba de verdad al suelo, las grietas carcomidas, dos moscas andando y una pata de la silla rajada. Era poca cosa, pero me

sacaba de la aflicción. Cuando volví a mirar a Capitú, vi que no se movía y me dio tal impresión que la sacudí suavemente. Capitú volvió en sí y me pidió que le contase otra vez lo que había sucedido con mi madre. La complací, atenuando el relato esta vez, para no entristecerla. No me llames falso, llámame compasivo; es cierto que tenía miedo de perder a Capitú, si ella perdía todas las esperanzas, pero me dolía verla sufrir. Ahora bien, la verdad última, la verdad de las verdades, es que me estaba arrepintiendo de haber hablado con mi madre antes de que José Días hubiera llevado a cabo su trabajo; bien mirado, no aceptaba haber oído un desengaño que yo daba como seguro, aunque diferido. Capitú reflexionaba, reflexionaba, reflexionaba...

Capítulo 43



¿Tienes miedo?

CAPÍTULO XLIII

¿Tienes miedo?

De pronto, cesando su reflexión, fijó sus ojos de resaca en mí y me preguntó si tenía miedo.

- ¿Miedo?

- Sí, te pregunto que si tienes miedo.

- ¿Miedo de qué?

- Miedo de que te golpeen, de que te encierren, de pelearte, de andar, de trabajar....

No la entendí. Si hubiera dicho simplemente: "¡Vámonos!" puede que yo hubiera estado o no de acuerdo; en todo caso, la habría entendido. Pero aquella pregunta así, vaga, suelta, no supe captar su significado.

- Pero..., no te entiendo. ¿De que me golpeen?

- Sí

- ¿De qué me pegue quién? ¿Quién me habría de pegar?

Capitú tuvo un gesto de impaciencia. Sus ojos de resaca no se movían y parecían aumentar. Sin preocuparme por mí y sin querer preguntarle más, comencé a imaginar de dónde me vendrían los golpes y por qué, y también por qué me habrían de encerrar y quién me habría de prender. ¡Válgame Dios! Imaginé una mazmorra, una casa oscura e infecta. También vi la nave presidio, el cuartel de los Capuchinos y el Correccional. Todas esas bellas instituciones sociales me envolvían en su misterio, sin que los ojos de resaca de Capitú dejasen de aumentar de tamaño hasta el punto que me las hicieron olvidar completamente. El error de Capitú fue no dejarlos crecer infinitamente, sino reducirlos a sus dimensiones normales y devolverles su movimiento acostumbrado. Capitú volvió a ser ella, me dijo que estaba jugando, que no debía preocuparme y, con un gesto lleno de gracia, me dio unos golpecitos en la mejilla sonriendo y me dijo:

- ¡Miedoso!

- ¿Yo?, pero...

- No te preocupes, Bentiño. ¿Quién había de golpearte o encerrarte? Perdona, hoy estoy medio loca; quiero jugar, y...

- No Capitú, no estás jugando; en este momento ninguno de los dos tiene ganas de jugar.

- Tienes razón, ha sido una tontería; hasta luego.

- ¿Cómo que hasta luego?

- Me está volviendo el dolor de cabeza, me voy a poner una rodaja de limón en las sienes.

Hizo lo que dijo y se puso otra vez el pañuelo en la cabeza. Enseguida me acompañó al huerto para despedirse de mí; pero incluso ahí nos detuvimos unos minutos, sentados sobre el brocal del pozo. Hacía viento y el cielo estaba encapotado. Capitú habló de nuevo sobre nuestra separación como de un hecho cierto y definitivo, por más que yo, temeroso de lo mismo, buscase ahora

razones para animarla. Capitú, cuando no hablaba, dibujaba en el suelo con una vara de bambú, narices y perfiles. Desde que comenzó, dibujar era una de sus diversiones, todo le servía de papel y lápiz. Como me acordé de nuestros nombres grabados por ella en el muro, quise hacer lo mismo en el suelo, y le pedí la vara. No me oyó o no me hizo caso.

Capítulo 44



El primer hijo

CAPÍTULO XLIV

El primer hijo

- Dámela, déjame escribir una cosa.

Capitú me miró, pero de un modo que me recordó la definición de José Días, oblicuo y disimulado; levantó la mirada, sin levantar los ojos. Su voz, un tanto apagada, me preguntó:

- Dime una cosa, pero dime la verdad, no quiero fingimientos; tienes que responder con el corazón en la mano.

- ¿Dime, de qué se trata?

- ¿Si tuvieses que elegir entre tu madre y yo, a quién elegirías?

- ¿Yo?

Me indicó que sí.

- Elegiría..., ¿pero por qué tengo que elegir? Mi madre no sería capaz de preguntarme eso.

- Ciertamente, pero yo te lo estoy preguntando. Supón que estás en el seminario y recibes la noticia de que voy a morir...

- ¡No digas eso!

- ...O que me muero de nostalgia si no vienes enseguida, pero tu madre no quiere que vengas; dime, ¿vendrías?

- Claro que vendría.

- Desobedeciendo a tu madre.

- Sí, desobedecería a mi madre.

- ¿Dejarías el seminario, a tu madre, todo, para verme morir?

- ¡No hables de morir, Capitú!

Capitú tuvo una risita inexpresiva e incrédula y con la vara escribió una palabra en el suelo, me incliné y leí: *mentiroso*.

Todo aquello era tan extraño que no hallé respuesta. No encontraba el motivo de lo escrito, como no se lo encontraba a lo que me había dicho. Si se me hubiera ocurrido allí un insulto grande o pequeño, es posible que lo hubiera escrito también, con la misma vara, pero no se me ocurría nada. Tenía la cabeza vacía. Al mismo tiempo tuve miedo de que alguien nos pudiese oír o leer. ¿Quién, si estábamos a solas? D.ª Fortunata había venido en una ocasión hasta la puerta de la casa, pero entró enseguida. Estábamos completamente solos. Me viene a la memoria que unas golondrinas pasaron por encima del huerto y se fueron hacia el morro de Santa Teresa, nadie más. A lo lejos voces vagas y confusas, en la calle un tropel de caballerías, del lado de la casa un canturreo de los pajarillos de Padua. Nada más, o sólo este hecho curioso, que el nombre escrito por ella no sólo me espiaba desde el suelo con actitud de escarnio, sino que incluso me pareció que se reflejaba en el aire. Tuve entonces una idea malvada; le dije que, a fin de cuentas, la vida de cura no era tan mala y que yo podría aceptarla sin mucho sufrimiento. Como venganza, era pueril; pero yo tenía la secreta esperanza de verla correr hacia mí deshecha en lágrimas. Capitú se limitó a abrir desmesuradamente los ojos y acabo diciendo:

- Ser cura es bueno, sin duda; pero mejor que cura, canónigo, por los calcetines rojos. El rojo es un color muy bonito; pensándolo bien, mejor canónigo.

- Pero no se puede ser canónigo sin ser primero cura, le dije mordiéndome los labios.

- Bien; comienza por los calcetines negros, luego vendrán los rojos. Lo que no me quiero perder es tu primera misa; avísame con tiempo para que me haga un vestido a la moda, falda miriñaque con plisados grandes... Pero quizá para entonces la moda sea diferente. Ha de ser en una gran iglesia, en la del Carmo o en S. Francisco.

- O en la Candelaria.

- En la Candelaria también. Todas ellas sirven, siempre y cuando que yo asista a tu primera misa. Tengo que causar una gran impresión. Mucha gente se preguntará: "¿Quién es esa joven presumida que está allí con un vestido tan bonito?"

- "Es D.ª Capitolina, una joven que vivió en la calle de Matacavalos..."

- ¿Que vivió? ¿Vas a mudarte?

- ¿Quién sabe dónde viviremos mañana?, dijo con un leve tono de melancolía; pero volvió enseguida al sarcasmo: y tú en el altar, vestido con el alba, revestido con la capa de oro, cantando... *Pater noster*...

¡Cómo lamento no ser un poeta romántico para decir que esto era un duelo de ironías! Contaría mis reproches y los de ella, la gracia de uno y la rapidez del otro, y la sangre corriendo, y el furor en el alma, hasta mi golpe final, que fue éste:

- Pues, sí, Capitú, oirás mi primera misa, pero con una condición.

A lo cual respondió:

- Su Reverendísima me la puede decir.

- ¿Me prometes una cosa?

- ¿Qué cosa?

- Dime si me la prometes.

- Si no sé lo que es, no prometo nada.

- En realidad son dos cosas, continué, porque se me había ocurrido otra idea.

- ¿Dos cosas? ¿Cuáles son?

- La primera es que sólo te confesarás conmigo, para que yo te imponga la penitencia y te dé la absolución. La segunda es que...

- La primera está prometida, dijo ella viéndome dudar y añadió que estaba esperando la segunda.

Palabra que me costó y mejor que nunca hubiera salido de mi boca, no hubiera oído lo que oí y no escribiría aquí una cosa que quizá encuentre incrédulos...

- La segunda..., sí..., es que... ¿Me prometes que yo seré el cura que te case?

- ¿Qué me cases?, dijo un tanto conmovida.

Inmediatamente después se quedó con la boca abierta y lo negó con la cabeza.

- No, Bentiño, dijo, sería esperar demasiado tiempo; tú no puedes ser cura mañana, hacen falta muchos años para ser cura... Mira, te prometo otra cosa; te prometo que bautizarás a mi primer hijo.

Capítulo 45



Niégalo con la cabeza, lector

CAPÍTULO XLV

Niégalo con la cabeza, lector

Niégalo con la cabeza, lector; haz todos los gestos de incredulidad. Tira este libro, si el tedio no te ha obligado a hacerlo antes; todo es posible. Pero si no lo has hecho antes y lo haces ahora, espero que vuelvas a tomarlo y lo abras por la primera página, sin que por eso creas en la veracidad del autor. Sin embargo, no hay nada más verídico. Fue exactamente así como habló Capitú, con tales palabras y tales modos. Habló de su primer hijo como si fuese de su primera muñeca.

En cuanto a mi asombro, aunque también fue grande, apareció mezclado con una sensación rara. Me atravesó una corriente, aquella amenaza de un primer hijo, el primer hijo de Capitú, su boda con otro, por consiguiente la separación absoluta, la pérdida, la aniquilación, todo eso me

producía tal efecto que no encontré palabras
ni gestos; me quedé perplejo. Capitú sonreía,
yo veía a su primer hijo jugando en el suelo...

Capítulo 46



Las paces .....

CAPÍTULO XLVI

Las paces

Las paces, como la guerra, se hicieron deprisa. Si yo buscase con este libro la gloria diría que las negociaciones partieron de mí; pero no, las inició ella. Instantes después, como yo estuviera cabizbajo, ella bajó también la cabeza, aunque volviendo sus ojos hacia arriba a fin de ver los míos. Me hice de rogar, después quise levantarme para salir, pero ni me levanté ni creo que me hubiera ido. Capitú me miró fijamente con sus ojos tan tiernos y su posición los hacía tan suplicantes que me quedé allí; le pasé el brazo por la cintura, ella me tocó la punta de los dedos, y...

Otra vez apareció en la puerta de la casa D.ª Fortunata; no sé para qué, no me dio tiempo de retirar el brazo; inmediatamente desapareció. Podía ser un simple descargo de conciencia, un ritual,

como las oraciones por obligación, sin devoción, que se dicen de golpe; a no ser que fuese para verificar con sus propios ojos la realidad que el corazón le decía...

Fuese lo que fuese, mi brazo continuó estrechando la cintura de su hija y así hicimos las paces. Lo bonito es que cada uno de nosotros quería ahora tener la culpa y nos pedíamos perdón recíprocamente. Capitú alegaba insomnio, dolor de cabeza, falta de ánimo y, finalmente, "su malhumor". Yo, que era muy llorón en aquel entonces, sentía los ojos húmedos... Era amor puro, era el efecto de los sufrimientos de mi amiguita, era la ternura de la reconciliación.

Capítulo 47



"La señora ha salido"

CAPÍTULO XLVII

"La señora ha salido"

De acuerdo, ya se ha acabado, dije finalmente; pero, explícame sólo una cosa, ¿por qué me preguntaste si yo tenía miedo de que me pegasen?

- Por nada, respondió Capitú, después de dudar un poco... ¿Para qué insistir en eso?

- Dímelo. ¿Fue por el seminario?

- Sí; he oído decir que allí dan palizas... ¿Verdad que no? Yo tampoco lo creo.

La explicación me gustó, no había otra. Si, como pienso, Capitú no decía la verdad, forzoso es reconocer que no podía decirla y la mentira es como esas criadas que se dan prisa en responder a las visitas que "la señora

ha salido" cuando la señora no quiere hablar con nadie. Hay en esa complicidad un placer particular; el pecado en común iguala por unos instantes la condición de las personas, eso sin contar el placer que da ver la cara de las visitas engañadas y su espalda cuando se van... La verdad no salió, se quedó en casa, en el corazón de Capitú, adormeciendo su arrepentimiento. Yo no bajé triste ni irritado; la criada me pareció galante, apetecible, mejor que la señora.

Las golondrinas venían ahora en sentido opuesto, o quizá no eran las mismas. Nosotros sí que éramos los mismos; juntando nuestras ilusiones, nuestros temores, comenzando ya a juntar nuestras nostalgias.

Capítulo 48



Juramento del pozo

CAPÍTULO XLVIII

Juramento del pozo

- ¡No!, exclamé de repente.

- No, ¿qué?

Habían pasado algunos minutos de silencio, durante los cuales reflexioné mucho y acabé teniendo una idea; el tono de mi exclamación, si embargo, fue tan alto que asustó a mi vecina.

- No tiene por qué ser así, continué. Dicen que no tenemos edad para casarnos, que somos niños, ¡jovenzuelos: incluso oí decir ¡jovenzuelos. Bien, pero dos o tres años pasan deprisa. ¿Me juras una cosa? ¿Me juras que te casarás sólo conmigo?

Capitú no dudó en jurarlo e incluso le vi las mejillas rojas de placer. Me lo juró dos veces e incluso una tercera.

- Aunque te cases con otra, cumpliré mi juramento y no me casaré nunca.

- ¿Qué yo me vaya a casar con otra?

- Todo puede ocurrir Bentiño. Puedes encontrar otra joven que te quiera, enamorarte de ella y casarte. ¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí entonces?

- ¡Pues yo también te lo juro! Lo juro, Capitú, lo juro por Dios Nuestro Señor que sólo me casaré contigo. ¿No te basta?

- Debería bastarme, dijo; no me atrevo a pedirte más. Sí, tú me lo juras... Pero juremos de otra manera; juremos que nos casaremos el uno con el otro, pase lo que pase.

Comprendéis la diferencia; era más que la elección del cónyuge, era la afirmación del matrimonio. La cabeza de mi amiga sabía pensar claro y deprisa. Realmente, la fórmula anterior era limitada, apenas exclusiva. Podíamos acabar solterones, como el sol y la luna, sin faltar al juramento del pozo. Esta fórmula era mejor y tenía la ventaja de fortalecerme el corazón contra la investidura eclesiástica. Juramos por la segunda fórmula

y nos quedamos tan felices que desapareció todo recelo de peligro. Éramos creyentes, teníamos al cielo por testigo. Yo ya no le temía al seminario.

- Si se empeñan mucho, iré; pero me haré a la idea de que es un colegio cualquiera. No tomaré las órdenes.

Capitú temía nuestra separación, pero acabó aceptando esta propuesta que era la mejor. No afligiríamos a mi madre y el tiempo correría hasta que llegara el momento en que pudiéramos casarnos. Por el contrario, toda resistencia al seminario confirmaría la denuncia de José Días. Esta reflexión no fue mía, sino de ella.

Capítulo 49



Una vela los sábados

CAPÍTULO XLIX

Una vela los sábados

He aquí cómo, tras tantas fatigas, llegábamos al puerto en que nos deberíamos haber refugiado desde el principio. No nos censures, piloto de mala muerte, no se navegan los corazones como los otros mares de este mundo. Estábamos contentos, comenzamos a hablar del futuro. Yo le prometía a mi esposa una vida sosegada y bella, en la plantación o fuera de la ciudad. Volveríamos aquí una vez al año. Si fuese en los alrededores, sería lejos, donde nadie pudiera molestarnos. La casa, en mi opinión, no debía ser grande ni pequeña, un término medio; le planté flores, le elegí muebles, una calesa y un oratorio. Sí, tendríamos un oratorio bonito, alto, de jacarandá, con la imagen de Nuestra Señora de la Concepción. Me detuve en esto más que en lo demás, en parte porque éramos creyentes, en parte para compensar que yo pensaba colgar los

hábitos; pero quedaba algo que atribuyo al propósito secreto e inconsciente de conseguir captar la protección del cielo. Deberíamos encender una vela todos los sábados...

Capítulo 50



Un término medio

CAPÍTULO L

Un término medio

Meses después fui al seminario de S. José. Si pudiese contar las lágrimas que lloré durante el día anterior y en esa mañana, sumarían más que todas las vertidas desde Adán y Eva. Quizá exagere un poco; pero es bueno ser enfático de vez en cuando, para compensar este escrúpulo de exactitud que me aflige. Sin embargo, si me atuviese solamente al recuerdo de la sensación, no estaría lejos de la verdad; a los quince años, todo es infinito. Realmente, por más preparado que estuviera, padecí mucho. Mi madre también padeció, pero sufría con el alma y con el corazón; además, el padre Cabral había encontrado un término medio: poner a prueba mi vocación; si, pasados dos años, yo no mostraba vocación eclesiástica, estudiaría otra carrera.

- Las promesas se deben cumplir como Dios manda. Suponga que Nuestro Señor le

niega la vocación a su hijo y que las costumbres del seminario no le producen la satisfacción que a mí me dieron, eso implicaría que es otra la voluntad divina... Usted nunca le podría haber inculcado a su hijo, antes de haber nacido, una vocación que Nuestro Señor le hubiera negado...

Era una concesión del cura. Le daba a mi madre un perdón anticipado haciendo que el perdón de la deuda procediera del acreedor. Los ojos de mi madre brillaron, pero su boca dijo que no. José Días, que no había conseguido ir conmigo a Europa, se aferró a lo más inmediato y apoyó el "arbitrio del Sr. protonotario"; aunque le parecía que con un año era suficiente.

- Estoy convencido, dijo, guiñándome un ojo, que dentro de un año la vocación eclesiástica de nuestro Bentiño se manifestará clara y decisivamente. Ha de llegar a ser un cura de una vez. Aunque, si no se manifestara en un año...

Y a mí, después, en privado:

- Vete por un año, un año pasa deprisa. Si no te gusta es que Dios no quiere, como

dice el cura, y en ese caso, amiguito mío, el mejor remedio es Europa.

Capitú me dio el mismo consejo, cuando mi madre le anunció mi partida definitiva para el seminario:

- Hija mía, vas a perder a tu compañero de la infancia...

Le sentó tan bien ese trato de *hija* (era la primera vez que mi madre se lo daba) que no tuvo tiempo de entristecerse, le besó la mano y le dijo que ya lo sabía por mí. En privado me animó a soportarlo todo con paciencia, para fin de año las cosas habrían cambiado y un año pasaba deprisa. No fue propiamente nuestra despedida. Ésta se produjo en la víspera de la partida de un modo que exige un capítulo especial. Lo único que diré aquí es que, conforme nos uníamos el uno al otro, ella se iba uniendo más a mi madre, se hizo más asidua y tierna, vivía junto a ella, con los ojos puestos en ella. Mi madre era de natural simpático e igualmente sensible y tanto se afligía como se regocijaba con cualquier cosa. Comenzó a encontrar en Capitú una porción de virtudes nuevas, de cualidades finas y raras, le dio uno de sus anillos y algunos regalos. No quiso

fotografiarse, como la pequeña le pedía, para darle su retrato; pero tenía una miniatura, hecha a los veinticinco años y, tras algunas dudas, decidió dársela. Los ojos de Capitú cuando recibió el regalo eran indescriptibles; no eran oblicuos ni de resaca, eran directos, claros, lúcidos. Besó el retrato con pasión, mi madre hizo lo mismo con ella. Todo esto me recuerda nuestra despedida.

Capítulo 51



Entre claro y oscuro

CAPÍTULO LI

Entre claro y oscuro

Entre claro y oscuro, todo ha de ser breve como aquel instante. No duró mucho nuestra despedida, fue lo más larga posible, en la sala de visitas, antes de encender las velas; allí nos despedimos definitivamente. Nos juramos de nuevo que nos casaríamos el uno con el otro y no sólo selló el contrato un apretón de manos como en el huerto, también se unieron nuestros labios amorosos... Quizá borre esto en la publicación, si para entonces pienso de otra manera; si no, lo dejaré como está. Por ahora lo dejaré, porque en realidad es nuestra defensa. Lo que quiere el mandamiento divino es que no juremos *en vano* por el santo nombre de Dios. Yo no iba a mentirle al seminario, ya que llevaba un contrato hecho en la propia notaría del cielo. En cuanto al sello, Dios, así como hizo las manos limpias, también hizo los labios limpios, la malicia

está antes en tu cabeza perversa que en la de aquella pareja de adolescentes... ¡Oh!, mi dulce compañera de infancia, yo era puro y puro permanecí y puro entré en el seminario de S. José a buscar aparentemente el hábito sacerdotal y antes que eso la vocación. Pero la vocación eras tú, el hábito eras tú.

Capítulo 52



El viejo Padua

CAPÍTULO LII

El viejo Padua

Ahora contaré también los adioses del viejo Padua. Inmediatamente vino a nuestra casa. Mi madre le dijo que fuese a hablar conmigo a mi habitación.

- ¿Con permiso?, preguntó metiendo la cabeza por la puerta.

Fui a darle la mano, él me abrazó con ternura.

- ¡Que sea feliz!, me dijo. Tenga por seguro que toda mi familia y yo tendremos muchas nostalgias suyas. Todos le queremos mucho, como se merece. Si le dijeran otra cosa, no se lo crea. Son intrigas. También yo cuando me casé fui víctima de intrigas, se las llevó el viento. Dios es grande y descubre la verdad. Si algún día perdiese a su madre y a su tío, cosa que yo, por esta luz que me

ilumina, no deseo, porque son buenas personas, excelentes personas, y yo agradezco los favores recibidos... No, no soy como otros, ciertos parásitos, venidos de fuera para desunir a las familias, aduladores bajos, no; soy de otra clase, no vivo comiendo ni morando en casa ajena... ¡Aunque, a fin de cuentas, sean los más felices!

- ¿Por qué me dirá eso?, pensé. Naturalmente sabe que José Días habla mal de él.

- Pero, como iba diciendo, si algún día perdiese a sus parientes, puede contar con nuestra compañía. No es de mucho valor, pero el afecto es inmenso, créalo. Aunque sea cura, nuestra casa estará a su disposición. Sólo quiero que no me olvide; que no se olvide del viejo Padua...

Suspiró y continuó:

- No olvide a su viejo Padua y, si tiene algún pañuelo como recuerdo, un cuaderno de latín, cualquier cosa, un botón de chaleco, algo que no le sirva para nada. Lo que vale es el recuerdo.

Tuve un sobresalto. Había envuelto en

un papel un mechón de mis cabellos largos y bonitos, cortados en la víspera. Mi intención era dárselos a Capitú al partir, pero se me ocurrió dárselos a su padre. Su hija sabría quedárselos y guardarlos. Tomé el paquete y se lo di.

- Tenga, guárdelo.

- ¡Un mechón de sus cabellos!, exclamó Padua abriendo y cerrando el paquete. ¡Muchas gracias, muchas gracias en mi nombre y en el de mi familia! Voy a dárselo a mi vieja para que lo guarde, o a la pequeña, que es más cuidadosa que su madre. ¡Qué lindos son! ¿Cómo se puede cortar una maravilla de ésas? ¡Déme un abrazo!, ¡otro!, ¡otro más!, ¡adiós!

Tenía los ojos de verdad húmedos; tenía la cara de los desengañados, como quien ha gastado en un solo billete de lotería todas sus economías y esperanzas, y ve salir sin premio el maldito número, ¡un número tan bonito!

Capítulo 53



¡En camino!

CAPÍTULO LIII

¡En camino!

Me fui al seminario. Ahórrame las otras despedidas. Mi madre me estrechaba contra su pecho. La prima Justina suspiraba. Quizá llorase poco o nada. Hay personas a quienes las lágrimas no les acuden enseguida o nunca, se dice que sufren más que las demás. La prima Justina disimulaba naturalmente sus sufrimientos íntimos, enmendando los descuidos de mi madre, haciéndome recomendaciones, dando órdenes. Mi tío Cosme, cuando le besé la mano en la despedida, me dijo riendo:

- ¡Vete, muchacho, y vuelve papa!

José Días, compuesto y grave, no decía nada al principio; habíamos hablado en la víspera en su habitación, donde fui a ver si todavía era posible evitar el seminario. Ya

no, pero me dio esperanzas y principalmente me animó mucho. Antes de un año estaríamos a bordo. Como me pareció demasiado breve, se ¡justificó:

- Dicen que no es buena época para atravesar el Atlántico; voy a enterarme; si no, iremos en marzo o en abril.

- Puedo estudiar medicina aquí mismo.

José Días deslizó los dedos por sus tirantes con un gesto de impaciencia, apretó los labios hasta que finalmente rechazó la propuesta.

- No dudaría en aprobar la idea, dijo, si en la Facultad de Medicina no enseñasen exclusivamente la podredumbre alópata. La alopatía es el error de los siglos y tiene que morir; es el asesinato, la mentira, la ilusión. Si te han dicho que puedes aprender en la Facultad de Medicina la parte de la ciencia común a todos los sistemas, es verdad; el error de la alopatía está en la terapéutica. La fisiología, la anatomía, la patología, no son alopáticas ni homeopáticas, pero es mejor aprenderlo todo de una vez, con los libros y el lenguaje de hombres cultores de la verdad...

Esto lo había dicho en la víspera en mi habitación. Ahora no decía nada más, sólo profería algún aforismo sobre la religión y la familia; recuerdo éste: "Repartirlo con Dios es también poseerlo."

Cuando mi madre me dio el último beso, él suspiró: "¡Escena amantísima!". Era la mañana de un lindo día. Los negritos cuchicheaban, las esclavas recibían mi bendición: "¡Su bendición, amo Bentiño! ¡No se olvide de su Juana! ¡Su Miguelina se queda rezando por su merced!" En la calle, José Días insistió en las esperanzas:

- Aguanta un año, para entonces estará todo arreglado.

Capítulo 54



Panegírico de Santa Mónica

CAPÍTULO LIV

Panegírico de Santa Mónica

En el seminario... ¡No!, no voy a contar el seminario ni me bastaría un capítulo para eso. No, amigo mío; algún día puede que componga un breve de lo que allí vi y viví, de las personas que traté, de las costumbres, de todo el resto. Esta sarna de escribir, cuando se contrae a los cincuenta años, no se erradica nunca. En la juventud es más fácil curarse; y sin ir más lejos, aquí mismo en el seminario tuve un compañero que componía versos a la manera de los de Junqueira Freire, cuyo libro de fraile-poeta era reciente. Se ordenó, años después me lo encontré en el coro de S. Pedro y le pedí que me mostrase sus nuevos versos.

- ¿Qué versos?, preguntó sorprendido.

- Los tuyos. No te acuerdas que en el seminario....

- ¡Ah!, sonrió.

Sonrió y, continuando su búsqueda en un libro abierto de la hora en que tenía que cantar al día siguiente, me confesó que, después de ordenado, no había escrito más versos. Fueron picores de juventud; se rascó, se le pasó, estaba bien. Y me habló en prosa de una infinidad de cosas cotidianas, la vida cara, un sermón del padre X..., una parroquia de Minas...

Lo contrario le sucedió a un seminarista que no acabó la carrera. Se llamaba... No es necesario decir su nombre, baste el asunto. Había compuesto un *Panegírico de Santa Mónica*, elogiado por algunos y leído entonces entre los seminaristas. Consiguió licencia para imprimirlo y se lo dedicó a San Agustín. Todo esto son historias viejas; lo que sí es actual es que un día, en 1882, en que fui a resolver un asunto en una delegación de la marina, me encontré con mi colega, convertido en jefe de una sección administrativa. Había dejado el seminario, había dejado las letras, se había casado y se había olvidado de todo, menos del *Panegírico de Santa Mónica*, unas veintinueve páginas que se pasó la vida repartiendo. Como yo necesitaba algunas informaciones, fui a pedírselas y hubiera sido

imposible encontrar una voluntad mejor ni más dispuesta; me lo ofreció todo, claro, cierto, copioso. Naturalmente conversamos sobre el pasado, memorias personales, casos de estudio, incidentes sin importancia, un libro, una palabra, un mote, todo el antiguo palabrerío salió afuera y nos reímos juntos y suspiramos en compañía. Vivimos algún tiempo de nuestro viejo seminario. O porque eran suyos, o porque entonces éramos jóvenes, los recuerdos traían tal poder de felicidad que, si alguna sombra contraria hubo entonces, no apareció ahora. Me confesó que había perdido de vista a todos los compañeros del seminario.

- También yo, a casi todos; una vez ordenados, volvieron naturalmente a sus provincias y los de aquí ocuparon parroquias de afuera.

- ¡Buenos tiempos!, suspiró.

Y, tras algunas reflexiones, fijando en mí sus ojos marchitos y obstinados, me preguntó:

- ¿Conservaste mi *Panegírico*?

No se me ocurrió nada; intenté mover

los labios, pero no tenía palabras; finalmente, le pregunté:

- ¿Panegírico? ¿Qué panegírico?

- Mi *Panegírico de Santa Mónica*.

No me acordé enseguida, pero la explicación era suficiente y, después de unos instantes de introspección mental, respondí que lo había conservado durante mucho tiempo, pero las mudanzas, los viajes...

- Te llevaré un ejemplar.

Antes de veinticuatro horas estaba en mi casa con el folleto, un viejo folleto de veintiséis años, amarillento, manchado por el tiempo, pero sin falla, con una dedicatoria manuscrita y respetuosa.

- Es el penúltimo ejemplar, me dijo; ahora sólo me queda uno y no se lo puedo dar a nadie.

Y al verme hojear el opúsculo:

- A ver si te acuerdas de algún pasaje, me dijo.

Veintiséis años de intervalo hacen morir amistades más estrechas y asiduas, pero era cortesía, casi caridad, recordar algún fragmento; leí uno, acentuando ciertas frases para darle la impresión de que hallaban eco en mi memoria. Concordó en que eran bonitas, pero prefería otras, que señaló.

- ¿Te acuerdas bien?

- Perfectamente. ¡*Panegírico de Santa Mónica*! ¡Cómo me hizo remontarme a mis años de juventud! Nunca me olvidé del seminario, créelo. Pasan los años, los acontecimientos se suceden y la sensaciones también y llegan amistades nuevas, que también se van después, como es ley de vida... Pues, caro colega, nada me ha hecho olvidar aquel tiempo en que convivimos, los curas, las lecciones, los recreos..., nuestros recreos, ¿te acuerdas?, el padre Lopes, oh, el padre Lopes...

Él, con la mirada perdida, debía estar oyéndolo y naturalmente lo oiría, pero sólo me dijo una palabra, e incluso así después de algún tiempo de silencio, recuperando la mirada, y suspiró.

- ¡Tuvo mucho éxito mi *Panegírico*!

Capítulo 55



Un soneto

CAPÍTULO LV

Un soneto

Dichas tales palabras, estrechó mis manos con todas las fuerzas de un generoso agradecimiento, se despidió y salió. Me quedé solo con el panegírico y lo que sus hojas me trajeron a la memoria merece un capítulo o incluso más. Antes, sin embargo, y porque yo también tuve mi *Panegírico*, contaré la historia de un soneto que nunca hice. Era en la época del seminario y su primer verso es el que vais a leer:

¡Oh, ¡flor del cielo!, ¡oh!, ¡flor cándida y pura!

No sé ni cómo ni por qué me surgió este verso de la cabeza; surgió así, estando yo en la cama, como una exclamación suelta y, al reparar en que tenía la medida de un verso, pensé en componer con él alguna cosa, un soneto. El insomnio, musa de ojos

desorbitados, no me dejó dormir durante una larga hora o dos; los picores me pedían uñas y yo me rascaba con fervor. No elegí inmediatamente después el soneto; al principio pensé en otra forma, tanto de rima como de versos libres, pero al final me atuve al soneto. Era un poema breve y adecuado. En cuanto a la idea, el primer verso no era todavía una idea, era una exclamación; la idea vendría después. Así, en la cama, cubierto con las sábanas, traté de poetizar. Tenía el alborozo de la madre que siente a su hijo, a su primer hijo. Iba a ser poeta, iba a competir con aquel monje de Bahía, poco antes revelado y entonces de moda; yo, seminarista, contaría en verso mis tristezas como él había contado las suyas en el claustro. Memoricé bien el verso y se lo repetía en voz baja a las sábanas; francamente, me parecía bonito, y aún ahora no me parece malo:

¡Oh, ¡flor del cielo!, ¡oh!, ¡flor cándida y pura!

¿Quién era la flor?, Capitú, naturalmente; pero podría ser la virtud, la poesía, la religión, cualquier otro concepto al que cupiese la metáfora flor, y flor del cielo. Aguardé el resto, recitando continuamente el

verso y recostado ora sobre el lado derecho, ora sobre el izquierdo; finalmente me quedé boca arriba, con los ojos fijos en el techo, pero ni aun así se me ocurría nada. Entonces reparé en que los sonetos más elogiados eran los que concluían con llave de oro, esto es, uno de esos versos capitales en el sentido y en la forma. Pensé en forjar una de tales llaves, considerando que el verso final, saliendo cronológicamente de los trece anteriores, con dificultad llevaría la elogiada perfección; imaginé que tales llaves serían fundidas antes que la cerradura. Así que me decidí a componer el último verso del soneto y, después de mucho sudar, me salió éste:

¡Se pierde la vida, se gana la batalla!

Sin vanidad, y hablando como si fuese ajeno, era un verso magnífico. Sonoro, no cabe duda. Y contenía un pensamiento, la victoria conseguida a costa de la propia vida, pensamiento elevado y noble. Es posible que no fuese novedad, pero tampoco era vulgar e incluso ahora no me explico por qué ruta misteriosa surgió de una cabeza tan joven. Entonces lo hallé sublime. Recité una y muchas veces la llave de oro, después repetí los dos versos seguidos y me dispuse a unirlos con los doce centrales. La idea ahora, a la vista

del último verso, me pareció mejor que no fuera Capitú, sino la justicia. Era más propio decir que, en la pugna por la justicia, se perdería talvez la vida, pero la batalla estaba ganada. También se me ocurrió aceptar la batalla, en su sentido natural, y hacer de ella la lucha por la patria, por ejemplo; en ese caso, la flor del cielo sería la libertad. Esta acepción, sin embargo, siendo el poeta un seminarista, podía no adecuarse tan bien como la primera y tardé algunos minutos en escoger entre una y otra. Me pareció mejor la justicia, pero finalmente acepté definitivamente una idea nueva, la caridad, y recité los dos versos, cada uno a su modo, uno lánguidamente:

¡Oh, flor del cielo!, ¡oh!, ¡flor cándida y pura!

Otro con gran brío:

¡Se pierde la vida, se gana la batalla!

La impresión que tuve es que iba a salir un soneto perfecto. Comenzar bien y acabar bien no era poco. Para darme un baño de inspiración, evoqué algunos sonetos célebres y reparé en que la mayoría eran facilísimos; los versos surgían unos de otros, con la idea

en sí, tan naturalmente que no se acababa de saber si era ella quien los había producido o si ellos quienes la habían suscitado. Volvía entonces a mi soneto y nuevamente repetía el verso y esperaba el segundo, el segundo no aparecía ni el tercero ni el cuarto; no aparecía ninguno. Tuve algunos accesos de rabia y más de una vez pensé en saltar de la cama e ir a por tinta y papel; quizá, escribiendo, los versos acudiesen, pero...

Cansado de esperar, caí en la cuenta de alterar el sentido del último verso, con una simple transposición de dos palabras, así:

¡Se gana la vida, se pierde la batalla!

El sentido venía a ser justamente el contrario, pero quizá eso mismo me trajese la inspiración. En este caso, sería una ironía: no ejerciendo la caridad, se puede ganar la vida, pero se pierde la batalla del cielo. Reuní nuevas fuerzas y esperé. No tenía ventana, si la hubiera tenido quizá le hubiera pedido una idea a la noche. Y quién sabe si las luciérnagas, luciendo aquí abajo, no serían para mí como rimas de las estrellas y esta viva metáfora no me proporcionaría los versos esquivos, con sus consonantes y sentidos propios.

Trabajé en vano, busqué, seleccioné, esperé, no aparecieron los versos. Con el tiempo escribí algunas páginas en prosa y ahora estoy componiendo esta narración, sin encontrar dificultad para escribirla, bien o mal. Pues, señores, nada me consuela de aquel soneto que no hice. Pero como yo creo que los sonetos existen hechos, como las odas y los dramas y las demás obras de arte, por una razón de orden metafísico, le regalo esos dos versos al primer desocupado que los quiera. El domingo, si está lloviendo, o en el campo, en cualquier momento de descanso, puede intentar ver si le sale el soneto. Todo es darle una idea y llenar el centro que falta.

Capítulo 56



Un seminarista

CAPÍTULO LVI

Un seminarista

Todo me lo iba repitiendo el diablo del opúsculo con sus letras viejas y citas latinas. Vi surgir de aquellas páginas muchos perfiles de seminaristas: los hermanos Albuquerques, por ejemplo, uno de los cuales es canónigo en Bahía, mientras que el otro cursó medicina y dicen que descubrió un específico contra la fiebre amarilla. Vi a Bastos, un flacucho, que está de vicario en Meia-Ponte, si no ha muerto ya; Luis Borges que, a pesar de cura, se hizo político y acabó senador del imperio... ¡Cuántas otras caras me miraban fijamente desde las frías páginas del *Panegírico*! No, no eran frías; traían el calor de la juventud naciente, el calor del pasado, mi propio calor. Quería leerlas otra vez, lograba entender algún texto, tan fresco como el primer día, aunque más breve. Era un encanto ir a por él; a veces, inconscientemente, doblaba la hoja como si

estuviese leyendo de verdad; creo que era cuando mis ojos llegaban a la última palabra al final de la página, y mi mano, acostumbrada a ayudarlos, hacía su oficio.

He aquí otro seminarista. Se llamaba Ezequiel de Souza Escobar. Era un joven esbelto, ojos claros, un poco huidizos, como sus manos, como sus pies, como su habla, como todo él. Quien no estuviese acostumbrado a él quizá podría sentirse mal, sin saber por donde agarrarlo. No miraba de frente, no hablaba claro ni seguido; sus manos no estrechaban las de los demás, porque sus dedos, siendo delgados y cortos, cuando la gente creía tenerlos entre los suyos, ya no tenía nada. Lo mismo digo de sus pies, que tan pronto estaban aquí como allá. Esa dificultad para quedarse quieto fue el mayor obstáculo que tuvo para adaptarse a las costumbres del seminario. Su sonrisa era instantánea, pero también se reía relajada y largamente. Tenía algo menos fugaz que el resto: la reflexión; muchas veces lo encontrábamos, ensimismado, pensando. Siempre nos respondía que estaba meditando algún asunto espiritual, o bien que estaba recordando la lección del día anterior. Cuando entró en mi intimidad, me pedía frecuentemente explicaciones y repeticiones

pormenorizadas y tenía memoria suficiente para guardarlas todas, incluso las palabras. Quizá esta facultad le perjudicase otras.

Era tres años mayor que yo, hijo de un abogado de Curitiba, emparentado con un comerciante de Río de Janeiro que le servía de corresponsal a su padre. Éste era un hombre de fuertes sentimientos católicos. Escobar tenía una hermana, que era un ángel, según él.

- No sólo es un ángel por su belleza, también por su bondad. No te imaginas lo buena persona que es. Me escribe muchas veces y te mostraré sus cartas.

De hecho, eran sencillas y afectuosas, llenas de cariño y consejos. Escobar me contaba interesantes historias de ella, las cuales venían a condecir con la bondad y con el espíritu de aquella criatura; eran tales que me hubieran hecho capaz de casarme con ella de no ser por Capitú. Murió poco después. Yo, seducido por las palabras de él, a punto estuve de contarle enseguida mi historia. Al principio fui tímido, pero se fue ganando mi confianza. Aquellos modos huidizos cesaban cuando él quería y el ambiente y el tiempo los hicieron más

reposados. Escobar acabó abriéndome toda su alma, desde la puerta de la calle hasta el fondo del huerto. El alma de las personas, como sabes, es una casa así dispuesta, frecuentemente con ventanas a todas las direcciones, mucha luz y aire puro. También las hay cerradas y oscuras, sin ventanas, o con pocas y enrejadas, semejantes a conventos y a prisiones. Otrosí, capillas y bazares, simples porches o palacios suntuosos.

No sé cómo era la mía. Yo no era todavía cazurro ni Don Casmurro; el recelo me impedía la franqueza, pero como las puertas no tenían llaves ni cerraduras, bastaba con empujarlas y Escobar las empujó y entró. Lo hallé aquí dentro y aquí se quedó, hasta que...

Capítulo 57



De preparación

CAPÍTULO LVII

De preparación

Pero no eran sólo los seminaristas quienes me iban surgiendo de aquellas hojas viejas del *Panegírico*. Me trajeron también sensaciones pasadas, tales y tantas que no podría contarlas todas sin quitarle espacio al resto. Una de esas, y de las primeras, quisiera contarla aquí en latín. No es que la materia no encuentre términos honestos en nuestra lengua, que es casta para los castos como puede ser torpe para los torpes. Sí, lectora castísima, como diría mi finado José Días, puedes leer el capítulo hasta el fin sin recelo ni vergüenza.

Pero ahora meteré la historia en otro capítulo. Por más compuesto que éste me salga, hay siempre en este asunto alguna cosa menos austera que pide unas líneas de reposo y preparación. Sirva éste de preparación. Y esto es mucho, lector amigo;

el corazón, cuando examina la posibilidad de lo que ha de venir, las proporciones de los acontecimientos y la cantidad de ellos, se siente vigoroso y dispuesto y el daño es menor. Del mismo modo, si no se siente así entonces, no se sentirá nunca. Y aquí verás alguna que otra astucia mía; por eso, al leer lo que vas a leer, es probable que te parezca menos cruel de lo que esperabas.

Capítulo 58



El tratado

CAPÍTULO LVIII

El tratado

Sucedió que un lunes, regresando yo al seminario, vi que una señora se caía en la calle. Mi primer gesto en tal situación debería haber sido de pena o de risa; no fue ni una cosa ni otra, por cuanto (y es esto lo que yo hubiera querido decir en latín), por cuanto la señora llevaba las medias muy lavadas y no se las manchó, llevaba ligas de seda y no las perdió. Varias personas acudieron, pero no tuvieron tiempo de levantarla; ella se levantó muy avergonzada, se sacudió, dio las gracias y continuó por una calle próxima.

- Este gusto de imitar a las francesas de la calle del Ouvidor, me decía José Días andando y comentando la caída, es evidentemente un error. Nuestras jóvenes deben andar como siempre anduvieron, con sosiego y paciencia y no con este tic, tic, afrancesado…

Yo casi no podía oírlo. Las medias y las ligas de la señora destacaban por su blancura y se enroscaban ante mí, y andaban, se caían, se levantaban y se iban. Cuando llegamos a la esquina, miré hacia la otra calle, y vi, a distancia, a nuestra desastrada, que seguía con el mismo paso, tic, tic, tic, tic...

- Parece que no se ha hecho daño, dije yo.

- Tanto mejor para ella, pero es imposible que no se haya arañado las rodillas; esa presteza es una maña...

Creo que fue "maña" lo que dijo; yo me quedé con "las rodillas arañadas". A partir de allí hasta el seminario, no vi mujer en la calle a quien no le desease una caída; adiviné que algunas llevaban las medias tensas y las ligas ajustadas... Quizá habría quien no llevase medias... Pero yo las veía con ellas... O quizá... También es posible....

Voy desgranando esto con puntos suspensivos, para dar una idea de mis ideas, que eran así, difusas y confusas; no digo nada con seguridad. Tenía la cabeza caliente y mi caminar no era seguro. En el seminario, la

primera hora fue insoportable. Los hábitos tenían aire de faldas y me recordaban la caída de la señora. Ya no era sólo una a quien había visto caer, todas las que había encontrado en la calle me mostraban ahora inesperadamente sus ligas azules; eran azules. De noche, soñé con ellas. Una multitud de abominables criaturas apareció andando a mi alrededor, tic, tic... Eran bellas, unas delgadas, otras gruesas, todas ágiles como diablos. Desperté, intenté ahuyentarlas con conjuros y otros métodos, pero apenas me dormí volvieron y, con las manos enlazadas, formaban a mi alrededor un vasto círculo de faldas, o, encaramadas en el aire, pies y piernas se precipitaban sobre mi cabeza. Esto duró hasta la madrugada. No dormí más. Recé padrenuestros, avemarías y credos y, siendo este libro la pura verdad, es forzoso confesar que tuve que interrumpir mas de una vez mis oraciones para acompañar en la oscuridad una figura a lo lejos, tic, tic, tic, tic. Reanudaba deprisa la oración, siempre en la mitad para recomponerla bien, como si no hubiese habido interrupción, pero en realidad no unía la frase nueva con la anterior.

Como siguió el mal a lo largo de la mañana, intenté vencerlo, pero de manera

que no lo perdiese del todo. Sabios de la Escritura, adivinad lo que podría ser. Fue esto. No pudiendo apartar de mí aquellas imágenes, recurrí a un pacto entre mi conciencia y mi imaginación. Las visiones femeninas serían en adelante consideradas como simples encarnaciones de los vicios y por eso mismo podrían ser observadas como el mejor modo de templar el carácter y ejercitarlo para los ásperos combates de la vida. No formulé esto con palabras ni fue necesario; el contrato se hizo tácitamente, con alguna objeción, pero se hizo. Y durante algunos días, era yo mismo quien evocaba las visiones para fortalecerme y no las rechazaba sino cuando ellas mismas se iban de puro cansadas.

Capítulo 59



Convidados de buena memoria

CAPÍTULO LIX

Convidados de buena memoria

Hay reminiscencias que no descansan antes de que la pluma o la lengua las publiquen. Un clásico decía que renegaba del convidado que tiene buena memoria. La vida está llena de dichos convidados y yo quizá sea uno de esos, aunque la prueba de que tengo la memoria débil es exactamente que no me acude ahora el nombre del tal clásico; pero era un clásico y basta.

No, no, mi memoria no es buena. Al contrario, es comparable a alguien que hubiese vivido en hospederías, sin conservar de ellas ni las caras ni los nombres, tan sólo raras circunstancias. A quien vive en la misma casa de familia, con sus eternos muebles y costumbres, personas y afectos, se le queda grabado todo por la continuidad y la repetición. ¡Cómo envidio a quienes no han olvidado el color de sus primeros pantalones!

Yo no atino con el de los que me puse ayer. Juro solamente que no eran amarillos porque detesto ese color, pero eso mismo puede ser olvido y confusión.

Y mejor que sea olvido que confusión; me explico. Nada se corrige bien en los libros confusos, pero todo se puede incluir en los libros que tienen omisiones. Yo, cuando leo alguno de esta casta, no lo lamento. Lo que hago, al llegar al final, es cerrar los ojos y evocar todo lo que no encontré en él. ¡Cuántas ideas finas se me ocurren entonces! ¡Cuántas reflexiones profundas! Los ríos, las montañas, las iglesias que no vi en las hojas leídas, todos se me aparecen ahora con sus aguas, sus árboles, sus altares; los generales sacan sus espadas que se habían quedado en la vaina y los clarines liberan las notas que dormían en el metal y todo marcha con un espíritu imprevisto.

Todo se halla fuera de un libro incompleto, lector amigo. Completo así las lagunas ajenas; así puedes también completar las mías.

Capítulo 60



Querido opúsculo

CAPÍTULO LX

Querido opúsculo

Eso hice yo con el *Panegírico de Santa Mónica*, e hice más: le añadí no sólo lo que le faltaba de la santa, sino incluso cosas que no eran suyas. Ya has visto el soneto, la medias, las ligas, al seminarista Escobar y a otros. Ahora verás el resto de lo que aquel día me fue surgiendo de las páginas amarillas del opúsculo.

Querido opúsculo, tú no servías para nada, ¿pero para qué más puede servir un viejo par de zapatillas? Sin embargo, muchas veces hay en el viejo par de zapatillas una especie de aroma y calor de dos pies. Gastadas y rotas, no dejan de recordarnos que alguien las calzaba por las mañanas, al levantarse de la cama, o las descalzaba por las noches al meterse en ella. Y si no vale la comparación, porque las zapatillas son en cierto modo una parte de la persona y

tuvieron el contacto con sus pies, aquí están otros recuerdos, como la piedra de la calle, la puerta de la casa, un silbido particular, un pregón de mercado como aquél de las cocadas que conté en el cap. XVIII. Justamente, cuando conté el pregón de las cocadas me quedé tan lleno de nostalgias que pensé en hacérselo escribir a un amigo, profesor de música y pegarlo en las piernas del capítulo. Si después amputé el capítulo, fue porque otro músico, a quien se lo mostré, me confesó ingenuamente que no veía nada en el texto que le produjera nostalgia. Para que no le ocurra lo mismo a otros profesionales que acaso me lean, lo mejor es ahorrarle al editor del libro el trabajo y el gasto de la impresión. Ves que no puse ni pongo nada. Ahora creo que no basta con que los pregones de la calle, como los opúsculos del seminario, guarden historias, personas y sensaciones; es necesario que la gente los haya conocido y padecido en el tiempo, sin lo cual todo es mudo e incoloro.

Pero vayamos al resto de lo que me fue surgiendo de las páginas amarillas.

Capítulo 61



La vaca de Homero

CAPÍTULO LXI

La vaca de Homero

El resto fue mucho. Vi pasar los primeros días de la separación, duros y opacos, a pesar de las palabras de consuelo que me dieron los curas y seminaristas y de las de mi madre y mi tío Cosme, traídas por José Días al seminario.

- Todos están nostálgicos, me dijo éste, pero la mayor nostalgia está naturalmente en el mayor de los corazones; ¿y cuál es?, preguntó escribiendo la respuesta en sus ojos.

- Mi madre, le respondí.

José Días me estrechó las manos con entusiasmo y luego describió la tristeza de mi madre, que hablaba de mí todos los días, casi a todas horas. Como la alababa siempre y añadía alguna palabra relativa a las cualidades que Dios le había dado, el orgullo

de mi madre en esas ocasiones era indescriptible; me contaba todo eso lleno de una admiración lacrimosa. Mi tío Cosme también se enternecía mucho.

- Ayer se produjo incluso un caso interesante. Habiéndole dicho yo a la Excelentísima que Dios le había dado, no un hijo, sino un ángel del cielo, el doctor se quedó tan conmovido que no encontró otro modo de contener el llanto que haciéndome uno de esos elogios en broma que sólo él sabe hacer. No es preciso decir que D.ª Gloria se enjugó furtivamente una lágrima. ¡Sólo una madre! ¡Qué corazón amantísimo!

- ¿Pero Sr. José Días y mi salida de aquí?

- Eso es asunto mío. El viaje a Europa es lo verdaderamente necesario, pero se puede hacer de aquí a uno o dos años, en 1859 ó 1860...

- ¡Tan tarde!

- Sería mejor que fuese este mismo año, pero demos tiempo al tiempo. Ten paciencia, ve estudiando, no se pierde nada con ir sabiendo ya alguna cosa; y, además, aunque

no llegues a ser cura, la vida del seminario es útil y es bueno entrar en el mundo ungido con los santos óleos de la teología...

En ese momento -me viene a la memoria como si fuese hoy- los ojos de José Días fulguraron tan intensamente que me llenaron de asombro. Bajó los párpados después y se quedaron así durante algunos instantes hasta que de nuevo los levantó y sus ojos se fijaron en la pared del patio, como absortos en algo, si no en sí mismos; después dejaron de mirar a la pared y comenzaron a vagar por el patio. Podía compararlo aquí con la vaca de Homero, andaba y gemía alrededor de la cría que acababa de parir. No le pregunté qué le pasaba, bien por timidez, bien porque dos profesores, uno de ellos de teología, venían caminando en nuestra dirección. Al pasar junto a nosotros, el allegado, que los conocía, los saludó con las deferencias debidas y les pidió informaciones mías.

- Por ahora nada se puede asegurar, dijo uno, pero parece que dará buen resultado.

- Justamente le decía eso ahora mismo, replicó José Días. Espero oírle la primera

misa; pero aunque no llegara a ordenarse, no puede tener mejores estudios que los que recibe aquí. Para el viaje de la existencia, concluyó demorando más las palabras, irá ungido con los santos óleos de la teología...

Esta vez fue menor el brillo de sus ojos, no bajó los párpados ni sus pupilas se movieron como antes. Por el contrario, todo él era atención e interrogación; cuando mucho, una sonrisa clara y cordial le asomaba en los labios. Al profesor de teología le gustó la metáfora y se lo dijo; él se lo agradeció, explicando que eran ideas que le surgían en el transcurso de la conversación; no estaba escribiendo ni orando. A mí no me gustó nada y en cuanto los profesores se fueron, negué con la cabeza:

- No quiero saber nada de los santos óleos de la teología; deseo salir de aquí lo más pronto posible, o ahora mismo...

- Ahora mismo, ángel mío, no puede ser; pero podría ocurrir mucho antes de lo que imaginamos. ¿Quién sabe si en este mismo año del 58? Tengo preparado un plan y estoy pensando con qué palabras se lo expondré a D.ª Gloria, estoy convencido de que cederá y vendrá con nosotros.

- Dudo que mi madre se embarque.

- Ya veremos. Tu madre es capaz de todo; pero, con ella o sin ella, doy por segura nuestra partida y no habrá esfuerzo que yo no haga, puedes estar tranquilo. Lo que nos hace falta es paciencia. Y no hagas nada aquí que dé lugar a censuras o quejas; mucha docilidad y una completa y manifiesta satisfacción. ¿No has oído el elogio del profesor? Eso quiere decir que te has portado bien. Pues sigue así.

- Pero, 1859 ó 1860 es demasiado tarde.

- Será este año, replicó José Días.

- ¿De aquí a tres meses?

- O a seis.

- No, tres meses.

- De acuerdo. Tengo ahora un plan que me parece mejor que todos los demás. Se trata de combinar la ausencia de vocación eclesiástica y la necesidad de cambiar de aires. ¿Por qué no toses?

- ¿Que por qué no toso?

- Ahora mismo no, pero te avisaré cuando debas toser, cuando sea necesario, un poquito, una tosecita seca, y falta de apetito; yo iré preparando a la Excelentísima... ¡Ah!, y todo esto es en su beneficio. Ya que su hijo no puede servir a la Iglesia como debe ser servida, el mejor modo de cumplir la voluntad de Dios es dedicarlo a otra cosa. El mundo también es iglesia para los buenos...

Me pareció otra vez la vaca de Homero, como si "este mundo también es iglesia para los buenos" fuese otro becerro, hermano de los "santos óleos de la teología". Pero no le di tiempo a la ternura materna y repliqué...

- ¡Ah!, ¡entiendo! Aparentar que estoy enfermo para embarcar, ¿no es eso?

José Días dudó un momento, pero después se explicó:

- Estoy diciendo la verdad, porque, francamente, Bentiño, hace meses que estoy preocupado por tu pecho. No estás bien del pecho. De pequeño tuviste unas fiebres y ronquera... Pasaron, pero hace días que estás con mal color. No digo que ya sea la

enfermedad, pero la enfermedad puede venir deprisa. En un momento se cae una casa. Por eso, si aquella santa señora no quisiera venir con nosotros, o para que venga más deprisa, creo que una buena tos... Si la tos ha de llegar de verdad, lo mejor es apresurarla... No te preocupes, yo te aviso...

- Bien, pero cuando salga de aquí no pienso embarcar inmediatamente; primero salgo, luego pensaremos en embarcar; embarcar se puede retrasar un año. ¿No dicen que la mejor época es abril o mayo? Pues en mayo. Primero dejo el seminario, de aquí a dos meses...

Y como la palabra se me estaba atragantando en la garganta, di un giro rápido y le pregunté a quemarropa:

- ¿Cómo está Capitú?

Capítulo 62



Un asomo de Yago

CAPÍTULO LXII

Un asomo de Yago

La pregunta era imprudente en el momento en que me ocupaba de aplazar el embarque. Equivalía a confesar que el motivo principal o único de mi rechazo al seminario era Capitú, además de hacer creer improbable el viaje. Lo comprendí en cuanto lo dije; quise enmendarlo, pero no supe cómo, ni él me dio tiempo.

- Está muy alegre, como siempre; es una tontuela. Hasta que no aparezca un presumido del vecindario que se case con ella...

Creo que empalidecí; por lo menos, sentí un escalofrío que me recorría todo el cuerpo. La noticia de que ella vivía alegre, cuando yo lloraba todas las noches, me produjo un efecto, acompañado de unos latidos del corazón tan violentos que todavía

ahora creo oírlos. Hay algo de exageración en esto; pero el discurso humano es así, un compuesto de partes excesivas y partes deficientes, que se compensan ajustándose. Por otra parte, si entendemos que la audiencia aquí no es de las orejas, sino de la memoria, llegaremos a la exacta verdad. Mi memoria oye todavía los latidos del corazón de aquel instante. No olvides que era la emoción del primer amor. Estuve casi por preguntarle a José Días que me explicase la alegría de Capitú, qué hacía, si pasaba el tiempo riendo, cantando o saltando, pero me contuve a tiempo y después se me ocurrió otra idea...

Otra idea, no: un sentimiento cruel y desconocido, puros celos, lector de mis entrañas. Eso fue lo que me hirió al repetir para mí las palabras de José Días: "un presumido del vecindario". En realidad, nunca había pensado en semejante desastre. Vivía tan en ella, de ella y para ella, que la intervención de un presumido era como una noción sin realidad; nunca se me había ocurrido que había presumidos en el vecindario, de varias edades y maneras, grandes paseantes por las tardes. Ahora me acordaba que algunos miraban a Capitú y tan señor me sentía de ella que era como si

me mirasen a mí, un simple deber de admiración y envidia. Separados uno del otro por el espacio y por el destino, el daño me parecía ahora, no sólo posible, sino seguro. Y la alegría de Capitú confirmaba la sospecha; si ella estaba alegre es que ya salía con otro, lo acompañaba con sus ojos por la calle, le hablaba en la ventana, en las avemarías, intercambiarían flores y...

¿Y... qué? Sabes qué es lo que más intercambiarían; si no lo descubres por ti mismo, escusado está que leas el resto del capítulo y del libro, no encontrarás nada más, aunque yo lo diga con todas las letras de la etimología. Pero si lo has descubierto, comprenderás que yo, después de estremecerme, tuviese un deseo de atravesar el portón, bajar el resto de la ladera, correr, llegar a la casa de Padua, agarrar a Capitú y conminarla a que me confesase cuántos, cuántos, cuántos ya le había dado el presumido del vecindario. No hice nada. Los mismos sueños que cuento no tuvieron, en aquellos tres o cuatro minutos, esta lógica de movimientos y pensamientos. Estaban descontrolados, estaban enmendados y mal enmendados, como un dibujo truncado y torcido, una confusión, un torbellino, que me cegaba y ensordecía. Cuando volví en mí,

José Días concluía una frase, cuyo principio no oí y cuyo final era vago: "La preocupación que tendrá por ti". ¿Qué preocupación y quién? Creí naturalmente que hablaba todavía de Capitú y quise preguntárselo, pero la voluntad murió al nacer como tantas otras. Me limité a preguntarle al allegado cuándo iría a casa a ver a mi madre.

- Tengo nostalgia de mi madre. ¿Puedo ir esta semana?

- Ven el sábado.

- ¿El sábado? ¡Ah, sí, sí! ¡Pídale a mi madre que vengan a buscarme el sábado! ¡El sábado! ¿Este sábado, no? Que vengan a buscarme sin falta.

Capítulo 63



Mitades de un sueño

CAPÍTULO LXIII

Mitades de un sueño

Esperé ansioso hasta el sábado. Hasta entonces los sueños me perseguían incluso despierto y no lo cuento aquí para no alargar esta parte del libro. Sólo contaré uno y con el menor número de palabras, o mejor, contaré dos, porque uno nació del otro, a no ser que ambos formen las dos mitades de uno solo. Todo esto es oscuro, señora lectora, pero la culpa es de vuestro sexo que perturba tanto la adolescencia de un pobre seminarista. Si no fuese por eso, este libro sería quizá una simple práctica parroquial, si yo fuese cura; o una pastoral, si fuese obispo; o una encíclica, si fuese papa, como me había recomendado mi tío Cosme: "¡Anda, muchacho, vuelve papa!" ¡Ay!, ¿por qué no cumplí ese deseo? Después de Napoleón, teniente y emperador, todos los destinos están en este siglo.

En lo relativo al sueño, pasó lo siguiente. Como estaba espiando a los presumidos del vecindario, vi a uno que conversaba con mi amiga junto a la ventana. Corrí al lugar, él huyó; avancé hacia Capitú, pero no estaba sola, estaba con su padre, secándose los ojos y mirando un triste billete de lotería. Como esto no me pareció claro, iba a pedirle una explicación cuando él por sí mismo me la dio; el presumido había ido a llevarle la lista de los premios de la lotería y su billete no había salido premiado. Tenía el número 4004. Me dijo que esta simetría de los números era misteriosa y bella y que probablemente el bombo funcionaba mal, era imposible que no le hubiese tocado el gordo. Mientras él hablaba, Capitú me daba con los ojos todos los premios, grandes y pequeños. El mayor debía ser dado con la boca. Y aquí comienza la segunda parte del sueño. Padua desapareció con sus esperanzas. Capitú se inclinó hacia afuera, yo paseé los ojos por la calle, estaba desierta. Tomé sus manos, mascullé no sé qué palabras y me desperté solo en el dormitorio.

El interés de lo que acabas de leer no reside en la materia del sueño, sino en los esfuerzos que hice para intentar dormirme de nuevo y para volver a soñar lo mismo otra

vez. Jamás de los jamases podrás saber la energía y obstinación que empleé en cerrar los ojos, apretarlos bien, olvidarlo todo para poder dormir, pero no dormía. Ese mismo esfuerzo me hizo perder el sueño hasta la madrugada. Hacia la madrugada conseguí conciliarlo, pero entonces ni presumidos, ni billetes de lotería, ni premios grandes ni pequeños: la nada de la nada vino a verme. No soñé más aquella noche y di mal las lecciones aquel día.

Capítulo 64



Una idea y un escrúpulo

CAPÍTULO LXIV

Una idea y un escrúpulo

Releyendo el capítulo anterior, se me ocurre una idea y un escrúpulo. El escrúpulo es justamente escribir la idea, pues no la hay más banal sobre la tierra, aunque tenga la banalidad del sol y la luna que el cielo nos da todos los días y todos los meses. Dejé el manuscrito y miré las paredes. Sabes que esta casa del Ingenio Nuevo, en sus dimensiones, disposiciones y pinturas, es una reproducción de mi antigua casa de Matacavalos. Otrosí, como te dije en el capítulo II, mi objetivo de reproducirla era anudar las dos puntas de mi vida, cosa que no he conseguido. Pues lo mismo me sucedió con aquel sueño del seminario, por más que intentase dormir y durmiese. De donde concluyo que una de las ocupaciones del hombre es cerrar y apretar mucho los ojos e intentar continuar a lo largo de la noche vieja el sueño truncado de la noche joven. Tal es la idea banal y nueva que

yo no quisiera contar aquí y que sólo provisionalmente escribo.

Antes de concluir este capítulo, fui a la ventana a preguntarle a la noche por qué razón los sueños han de ser tan tenues que se deshacen al menor abrir de ojos o girar del cuerpo y ya no continúan. La noche no me respondió enseguida. Estaba deliciosamente bella, los morros empalidecían a la luz de la luna y el espacio moría de silencio. Como le insistí, me declaró que los sueños ya no pertenecen a su jurisdicción. Cuando ellos vivían en la isla que Luciano les dio, donde ella tenía su palacio y de donde los hacía salir con sus caras de aspectos diversos, me hubiera podido dar explicaciones plausibles. Pero los tiempos lo cambiaron todo. Los sueños antiguos fueron jubilados y los modernos habitan en el cerebro de las personas. Éstos, aunque quisiesen imitar a los otros, no podrían hacerlo; la isla de los sueños, como la de los amores, como todas las islas de todos los mares, son ahora objeto de ambición y rivalidad entre Europa y los Estados Unidos.

Era una alusión a las Filipinas. Como no me gusta la política y todavía menos la política internacional, cerré la ventana y vine

a acabar este capítulo para irme a dormir. No pido ahora los sueños de Luciano ni otros, hijos de la memoria o de la digestión; me basta un sueño quieto y apagado. Por la mañana, con la fresca, seguiré contando lo principal de mi historia y sus personajes.

Capítulo 65



El disimulo

CAPÍTULO LXV

El disimulo

Llegó el sábado, llegaron los demás sábados y yo no acababa de adaptarme a la nueva vida. Iba alternando la casa con el seminario. Les gustaba a los curas y a los compañeros y a Escobar más que a los compañeros y a los curas. Pasadas cinco semanas, casi formaba parte de mis penas y esperanzas; Capitú me contuvo.

- ¡Escobar es muy amigo mío, Capitú!

- Pero no mío.

- Quizá llegue a serlo, me ha dicho que vendrá a conocer a mi madre.

- No importa, no tienes derecho a contarle un secreto que no es sólo tuyo, sino también mío y yo no te doy permiso para que se lo cuentes a nadie.

Era justo, callé y cedí. También estuve de acuerdo con sus objeciones cuando, durante el primer sábado, en su casa y después de algunos minutos de charla me aconsejó que me fuese.

- Hoy no te quedes más aquí, vete a tu casa que yo voy enseguida. Es natural que D.ª Gloria quiera estar contigo mucho tiempo, o todo, si puede.

En todo mostraba mi amiga tanta lucidez que bien podría yo dejar de citar un tercer ejemplo, pero los ejemplos se hicieron para ser citados y éste es tan bueno que su omisión sería un crimen. Fue en mi tercera o cuarta visita a casa. Mi madre, una vez que le hube respondido las mil preguntas que me hizo sobre el trato que me daban, mis estudios, mis relaciones, la disciplina, si me dolía algo, si dormía bien, todo cuanto la ternura de las madres inventa para cansar la paciencia de un hijo, concluyó dirigiéndose a José Días:

- Sr. José Días, ¿aún duda usted de que saldrá de aquí un buen cura?

- Excelentísima...

- ¿Y tú, Capitú?, interrumpió mi madre

preguntándole a la hija de Padua que estaba en la sala con ella, ¿no crees que nuestro Bentiño será un buen cura?

- Creo que sí, señora, respondió Capitú plena de convicción.

No me gustó la convicción. Así se lo dije a la mañana siguiente, en su huerto, recordándole las palabras de la víspera y restregándole por la cara, por primera vez, la alegría que ella había mostrado desde mi entrada en el seminario, mientras yo me consumía por la nostalgia. Capitú se puso muy seria y me preguntó cómo quería que se comportase, dado que sospechaban de nosotros; también había tenido noches desconsoladas y los días en su casa habían sido tan tristes como los míos, podía preguntárselo a su padre o a su madre. Su madre llegó a decirle, de modo indirecto, que no pensase más en mí.

- Con D.ª Gloria y D.ª Justina me muestro naturalmente alegre, para que no parezca que la denuncia de José Días es cierta. Si lo pareciese, ellas tratarían de separarnos más y quizá acabasen por no recibirme... A mí me basta con nuestro juramento de que nos hemos de casar el uno con el otro.

Justamente de eso se trataba; teníamos que disimular para matar toda sospecha y al mismo tiempo poder gozar de toda la libertad anterior y construir tranquilamente nuestro futuro. Pero, el ejemplo se completa con lo que oí al día siguiente, en el almuerzo; mi madre, como mi tío Cosme quería saber con qué mano bendeciría yo al pueblo en la misa, contó que, días antes, hablando de las jóvenes que se casan pronto, Capitú le había dicho: "pues a mí quien me ha de casar ha de ser el padre Bentiño, esperaré a que se ordene". Mi tío Cosme le rió la gracia, José Días no hizo lo contrario, sólo la prima Justina frunció el ceño y me miró interrogativamente. Yo, que los había observado a todos, no pude soportar la actitud de la prima y traté de comer. Pero comí mal; estaba tan contento con aquella gran simulación de Capitú que no vi nada más y, en cuanto almorcé, corrí a comentarle la conversación y a alabarle la astucia. Capitú me sonrió agradecida.

- Tienes razón, Capitú, concluí; vamos a engañar a todo el mundo.

- ¿Verdad que sí?, dijo ella con ingenuidad.

Capítulo 66



Intimidad

CAPÍTULO LXVI

Intimidad

Capitú iba ahora penetrando en el alma de mi madre. Pasaban la mayor parte del tiempo juntas, hablando de mí, a propósito del sol y de la lluvia, o de nada; Capitú iba allí a coser por las mañanas, algunas veces se quedaba a cenar.

La prima Justina no acompañaba a su parienta en aquellas cortesías, pero no trataba del todo mal a mi amiga. Era lo bastante sincera para decir lo que no le gustaba de alguien, y no le gustaba nadie. Quizá su marido, pero su marido había muerto; en todo caso nunca existió hombre capaz de competir con él en el afecto, en el trabajo, en la honestidad, en las maneras y en la agudeza de espíritu. Esta opinión, según mi tío Cosme, era póstuma, pues en vida tuvieron sus disputas y los últimos seis meses los pasaron separados. Tanto mejor para su

concepto de justicia, elogiar a los muertos es una manera de orar por ellos. Quizá mi madre también le gustaba y si pensó algo malo de ella fue entre sí misma y su almohada. Se comprende que, por lo menos en apariencia, le tuviese el debido aprecio. No creo que ella aspirase a ningún legado; las personas que tienen esa disposición van más allá en los servicios prestados de lo que sería natural, son más risueñas, más asiduas, multiplican sus atenciones, se anticipan a los criados. Todo eso era opuesto a la índole de la prima Justina, hecha de acritud e impertinencia. Como vivía de favor en casa, se explica que no desestimase a la dueña y callase sus resentimientos o sólo hablara mal de ella a Dios y al diablo.

Suponiendo que estuviera resentida con mi madre, tampoco sería una razón añadida para que detestase a Capitú ni necesitaría razones suplementarias. Pese a todo, la intimidad de Capitú la hizo más aborrecible a mi parienta. Si al principio no la trataba mal, con el tiempo cambió sus modos y acabó por evitarla. Capitú, atenta, cuando empezó a no verla, preguntaba por ella e iba en su busca. La prima Justina toleraba esas atenciones. La vida está llena de obligaciones que cumplimos, por más que

deseemos infringirlas descaradamente. Además, Capitú usaba de cierta magia cautivadora; la prima Justina terminaba por sonreír, pero agriamente, aunque a solas con mi madre encontraba siempre algo desagradable que decir de la joven. Cuando mi madre enfermó de unas fiebres que la llevaron a las puertas de la muerte, quiso que Capitú le sirviese de enfermera. La prima Justina, aunque eso la aliviase de cuidados penosos, no le perdonó su intervención a mi amiga. Un día le preguntó si no tenía nada que hacer en su casa; otro día, riendo, le soltó el siguiente epigrama: "No necesitas correr tanto, lo que tenga que ser tuyo llegará a tus manos."

Capítulo 67



Un pecado

CAPÍTULO LXVII

Un pecado

No sacaré por ahora de la cama a la enferma sin contar lo que pasó conmigo. Al cabo de cinco días, mi madre amaneció tan trastornada que ordenó que fuesen a buscarme al seminario. En vano mi tío Cosme:

- Hermana Gloria, te asustas sin motivo, la fiebre pasa...

- ¡No! ¡No! ¡Que vayan a por él! Puedo morir y mi alma no se salvará si Bentiño no está conmigo.

- Le vamos a dar un mal rato.

- Pues no le digáis nada, pero id a buscarlo, ya, ya, no os demoréis.

Pensaron que era delirio; pero, como no costaba nada que me fueran a buscar,

encargaron a José Días del asunto. Entró tan aturdido que me asustó. Le contó privadamente al rector lo que pasaba y me dieron permiso para irme a casa. Por la calle íbamos callados, sin que él alterase su paso de costumbre -la premisa antes de la consecuencia, la consecuencia antes de la conclusión- pero cabizbajo y suspirando, yo temía leer en su rostro alguna noticia cruel y definitiva. Sólo me había hablado de la enfermedad como de un asunto irrelevante; pero la llamada, el silencio, los suspiros podían sugerir algo más. El corazón me latía con fuerza, me flojeaban las piernas, más de una vez creí que me iba a caer...

El ansia de oír la verdad se me complicaba con el temor de saberla. Era la primera vez que la muerte se me presentaba tan de cerca, me envolvía, se me encaraba con sus ojos huecos y oscuros. Cuanto más andaba por la calle de los Barbonos, más me aterraba la idea de llegar a casa, de entrar, de oír los llantos, de ver un cuerpo difunto... ¡Oh! Nunca podría explicar aquí todo lo que sentí en aquellos minutos terribles. La calle, por más que José Días anduviese superlativamente despacio, desaparecía bajo mis pies, las casas volaban de un lado a otro y una corneta, que en ese momento sonaba en el cuartel de los

Municipios Permanentes, resonaba en mis oídos como la trompeta del juicio final.

Seguí, llegué a los Arcos, entré en la calle de Matacavalos. La casa no se encontraba al comienzo, sino bastante más allá de la de los Inválidos, cerca del Senado. Tres o cuatro veces quise interrogar a mi compañero, sin atreverme a abrir la boca; pero ahora ya no tenía ese deseo. Iba solamente andando, aceptando lo peor, como un acto del destino, como una necesidad de la obra humana y entonces la Esperanza, para combatir al Terror, me murmuró en el corazón, no estas palabras, pues no articuló nada parecido a palabras, sino una idea que podría ser traducida por ellas. "Muerta mamá, se acabó el seminario."

Lector, fue como un relámpago. Tan pronto iluminó la noche como se disipó y la oscuridad se hizo más cerrada por el efecto que me dejó el remordimiento. Fue una sugestión de lujuria y egoísmo. La piedad filial se desvaneció por un instante ante la perspectiva de una libertad segura, por la desaparición de la deuda y del deudor; fue un instante, menos que un instante, el centésimo de un instante, pero suficiente para complicar mi angustia con el remordimiento.

José Días suspiraba. En una ocasión me miró con tanta pena que me pareció que me había adivinado y yo quise pedirle que no dijese nada a nadie, que yo iba a hacer penitencia, etc. Pero la pena conllevaba tanto amor que no podía ser la pena de mi pecado; tendría que ser por causa de la muerte de mi madre... Sentí una gran angustia, un nudo en la garganta y no pude más, me eché a llorar.

- ¿Qué te pasa Bentiño?

- ¿Mi madre...?

- ¡No! ¡No! ¿Qué idea es esa? Su estado es gravísimo, pero no está en riesgo de muerte y Dios lo puede todo. Sécate los ojos, que está feo que un hombrecito de tu edad vaya llorando por la calle. No es para tanto, unas fiebres... Las fiebres, lo mismo que vienen con fuerza así también desaparecen... Con los dedos no, ¿dónde tienes el pañuelo?

Me sequé los ojos, aunque de todas las palabras que José Días pronunció, sólo una se me quedó en el corazón: fue aquel *gravísimo*. Luego me di cuenta de que sólo había querido decir *grave*, pero el uso del superlativo agranda la boca y, por amor a

la retórica, José Días hizo aumentar mi tristeza. Si encuentras en este libro algún otro ejemplo del mismo estilo, avísame, lector, para que lo enmiende en la segunda edición; no hay nada más feo que dar piernas larguísimas a ideas brevísimas. Me sequé los ojos, repito, y seguí andando, ansioso ahora por llegar a casa y pedirle perdón a mi madre por el mal pensamiento que había tenido. Finalmente llegamos, entramos, subí trémulo los seis peldaños de la escalera y, al cabo de un instante, inclinado sobre la cama, oía las palabras tiernas de mi madre que me apretaba con fuerza las manos, diciendo: ¡hijo mío! Se estaba abrasando, sus ojos ardían en los míos, toda ella parecía consumida por un volcán interno. Me arrodillé junto al lecho, pero como éste era alto me quedé alejado de sus caricias.

- No, hijo mío, ¡levántate!, ¡levántate!

A Capitú, que estaba en la alcoba, le gustó ver mi entrada, mis actos, palabras y lágrimas, según me dijo luego; pero no sospechó naturalmente todas las causas de mi aflicción. Cuando entré en mi cuarto pensé en decírselo todo a mi madre en cuanto ella mejorase, pero esta idea no me incitaba, era una veleidad pura, un acto que yo nunca

haría por mucho que el pecado me doliese. Entonces, movido por los remordimientos, me serví una vez más de mi viejo recurso de las promesas espirituales y le pedí a Dios que me perdonase y salvase la vida de mi madre y yo le rezaría dos mil padrenuestros. Sacerdote lector, perdona este recurso; fue la última vez que lo empleé. La crisis en la que me encontraba, junto a la costumbre y la fe, lo explican todo. Eran dos mil más. ¿Y qué pasaba con los antiguos? No pagué ni unos ni otros, pero, procediendo de almas cándidas y verdaderas, tales promesas son como la moneda fiduciaria: aunque el deudor no las pague, valen por la suma que dicen valer.

Capítulo 68



Aplacemos la virtud

CAPÍTULO LXVIII

Aplacemos la virtud

Pocos tendrían el valor de confesar el pensamiento que tuve en la calle de Matacavalos. Yo confesaré todo cuanto interese a mi historia. Montaigne escribió de sí mismo: *ce ne sont pas mes gestes que j'escris; c'est moi, c'est mon essence*. Ahora bien, sólo hay un modo de narrar la propia esencia, es contarlo todo, lo bueno y lo malo. Eso es lo que hago yo, a medida que me va acudiendo y conviniendo a la construcción o reconstrucción de mí mismo. Por ejemplo, ahora que he contado un pecado, contaría con mucho gusto una bella acción contemporánea, si me acudiese, pero no me acude; queda diferida para mejor ocasión.

No perderás con la espera, amigo mío; al contrario, recuerdo ahora que... No sólo las bellas acciones son bellas en todo momento, también son posibles y probables,

según la teoría, tan sencilla como clara, que tengo de los pecados y de las virtudes. Se reduce a lo siguiente: todos nacemos con un determinado número de pecados y virtudes, aliados matrimonialmente para compensarse durante toda la vida. Cuando uno de esos cónyuges es más fuerte que el otro, sólo él guía al individuo, sin que éste, por no haber practicado tal virtud o cometido tal pecado, pueda considerarse exento de uno o de otro; pero la regla es que se produzca la práctica simultánea de los dos, con beneficio del portador de ambos y algunas veces con mayor resplandor de la tierra y del cielo. Es una lástima que yo no pueda fundamentar esto con uno o varios casos ajenos, me falta tiempo.

Por lo que me toca, es verdad que nací con algunos de esos matrimonios y naturalmente todavía los poseo. En una ocasión, aquí en el Ingenio Nuevo, una noche con mucho dolor de cabeza, deseé que el tren de la Central reventase lejos de mis oídos y dejase la vía cortada durante muchas horas, aunque muriese alguien; y al día siguiente se me escapó el tren de aquella misma línea porque fui a darle mi bastón a un ciego que no traía bordón. *Voilá mes gestes, voilá mon essence*.

Capítulo 69



La misa

CAPÍTULO LXIX

La misa

Uno de los actos que mejor expresan mi esencia es la devoción con la que corrí el domingo siguiente a oír misa en S. Antonio de los Pobres. El allegado quiso venir conmigo y comenzó a vestirse, pero era tan lento con los tirantes y las presillas que no pude esperarlo. Además, yo quería estar solo. Sentía la necesidad de evitar toda conversación que me desviase el pensamiento del fin que perseguía, que era reconciliarme con Dios después de lo ocurrido en el capítulo LXVII. No se trataba sólo de pedirle perdón por mi pecado, se trataba también de agradecerle la recuperación de mi madre y, ya que lo digo todo, conseguir que renunciase al cobro de mi promesa. Jehová, aunque divino, o quizá por eso mismo, es como un Rothschild mucho más humano y no concede plazos, perdona las deudas íntegramente, siempre que el deudor quiera de verdad

enmendar su vida y suspender sus gastos. Ahora bien, yo quería precisamente eso; en adelante no haría más promesas que no pudiese pagar y pagaría inmediatamente las que hiciese.

Oí misa; en el momento de la elevación, agradecí la vida y la salud de mi madre, después pedí perdón por mi pecado y la liquidación de mi deuda y recibí la bendición final del oficiante como un acto solemne de reconciliación. Al final caí en la cuenta de que la iglesia había establecido en el confesionario una notaría segura y en la confesión el más auténtico de los instrumentos para el ajuste de cuentas morales entre el hombre y Dios. Pero mi incorregible timidez me cerró esta puerta franca y tuve miedo de no encontrar las palabras con las que contarle mi secreto al confesor. ¡Cómo cambian los hombres! Hoy he llegado a hacerlo público.

Capítulo 70



Después de la misa

CAPÍTULO LXX

Después de la misa

Recé, me persigné, cerré el misal y caminé hacia la puerta. No había mucha gente, pero la iglesia tampoco era grande y no pude salir rápidamente, sino despacio. Había hombres y mujeres, viejos y jóvenes, sedas y algodones y probablemente ojos feos y bonitos, pero yo no vi ni unos ni otros. Iba en dirección a la puerta, con la ola, oyendo los saludos y los cuchicheos. En el atrio, donde se hizo un claro, me detuve y los miré a todos. Vi entonces a una joven y a un hombre que salían de la iglesia y se detuvieron y la moza me miraba mientras hablaba con el hombre y el hombre me miraba también mientras escuchaba a la joven. Me llegaron estas palabras:

- ¿Pero qué quieres?

- Quisiera saber de ella, pregúntale papá.

Era la señorita Sancha, la compañera de colegio de Capitú, que quería saber de mi madre. Su padre vino hacia mí, le dije que ya estaba restablecida. Después salimos, me ofreció su casa y, como yo iba en la misma dirección, seguimos juntos. Gurgel era un hombre de unos cuarenta años o algo más, con propensión a criar barriga; era muy obsequioso, cuando llegamos a la puerta de su casa se empeñó en que me quedase a almorzar con él.

- Gracias, pero mi madre me está esperando.

- Se puede enviar a un negro a decirle que se queda usted para almorzar y que irá más tarde.

- Vendré otro día.

La señorita Sancha, mirando a su padre, oía y esperaba. No era fea. Sólo se le podía notar el parecido por la nariz, que también era gruesa en la parte final, pero hay facciones que le quitan la gracia a unos y se la dan a otros. Vestía con sencillez. Gurgel era viudo y vivía para su hija. Como había rechazado el almuerzo, me pidió que descansase algunos minutos. No pude

negarme y subí. Quiso saber mi edad, mis estudios, mi fe y me daba consejos para el supuesto de que llegase a ser cura; me dijo el número de su establecimiento en la calle de la Quitanda. Finalmente me despedí, me acompañó al rellano de la escalera, su hija me dio recuerdos para Capitú y para mi madre. Desde la calle miré hacia arriba, el hombre estaba en la ventana y me hizo un amplio gesto de despedida.

Capítulo 71



Visita de Escobar

CAPÍTULO LXXI

Visita de Escobar

En casa, ya le habían mentido a mi madre diciéndole que yo había vuelto y que me estaba cambiando de ropa.

"Ya debe haber acabado la misa de ocho... Bentiño debería estar de regreso... ¿Le habrá ocurrido algo, hermano Cosme...? Manden a ver qué pasa..." Repetía eso a cada instante, pero yo entré y conmigo la tranquilidad.

Era el día de las buenas sensaciones. Escobar vino a visitarme y a interesarse por la salud de mi madre. Nunca hasta entonces me había visitado ni tampoco nuestras relaciones eran tan estrechas como llegaron a ser después; pero, sabiendo la razón de mi salida, tres días antes, aprovechó el domingo para venir a verme y preguntarme si continuaba en peligro o no.

Cuando le dije que no, respiró.

- He estado preocupado, dijo.

- ¿Lo saben los demás?

- Creo que sí, algunos lo saben.

A mi tío Cosme y a José Días les cayó bien el joven, el allegado le dijo que había visto una vez a su padre en Río de Janeiro. Escobar era muy educado y, aunque habló más de lo que sería su costumbre, incluso así no hablaba tanto como los jóvenes de nuestra edad; aquel día me pareció un poco más expansivo que lo habitual. Mi tío Cosme quiso que cenase con nosotros. Escobar reflexionó un instante y acabó diciendo que el corresponsal de su padre lo estaba esperando. Yo, acordándome de las palabras de Gurgel, las repetí.

- Podríamos mandar a un negro a decirle que cenas aquí y que llegarás después.

- ¡Cuántas molestias!

- No es ninguna molestia, intervino mi tío Cosme.

Escobar aceptó y cenó. Noté que los movimientos rápidos que tenía y dominaba en clase también los dominaba ahora en la sala y en la mesa. La hora que pasó conmigo fue de franca amistad. Le mostré los pocos libros que poseía. Le gustó mucho el retrato de mi padre, después de algunos momentos de contemplación me dijo:

- ¡Se nota que tenía un corazón puro!

Los ojos de Escobar, claros como ya he dicho, eran dulcísimos; así los definió José Días cuando se hubo ido y mantengo todavía esta palabra, pese a los cuarenta años que resiste. En esto no hubo exageración del allegado. La cara afeitada mostraba una piel blanca y lisa. La frente era un poco baja, le llegaba al nivel del cabello casi encima de la ceja izquierda, pero tenía siempre la altura necesaria para no afectar a las demás facciones ni disminuir su gracia. Realmente tenía un rostro interesante, los labios finos y graciosos, la nariz curva y delgada. Tenía el hábito de encoger de vez en cuando el hombro derecho, pero lo acabó perdiendo, desde que uno de nosotros un día en el seminario se lo hizo notar; fue el primer ejemplo que vi de que una persona puede corregir sus pequeños defectos.

Nunca dejé de notar cierto placer en que mis amigos agradasen a todo el mundo. En casa, quedaron bien impresionados con Escobar; la propia prima Justina opinó que era un mozo muy agradable, a pesar... - ¿A pesar de qué?, le preguntó José Días viendo que no acababa la frase. No obtuvo respuesta ni podía obtenerla, la prima Justina probablemente no vio defecto claro o importante en nuestro huésped; el *a pesar de* era una especie de reserva por si un día le descubría alguno o quizá era un resto de su vieja costumbre lo que la impulsó a restringir donde no había encontrado restricción.

Escobar se despidió inmediatamente después de cenar; fui a acompañarlo a la puerta donde esperamos que llegara el autobús. Me dijo que el establecimiento del corresponsal estaba en la calle de los Pescadores y que estaba abierto hasta las nueve, él no quería demorarse. Nos separamos con mucho afecto, desde dentro del autobús volvió a decirme adiós con la mano. Esperé en la puerta por si desde lejos todavía miraba hacia atrás, pero no miró.

- ¿Quién es ese amigo tan íntimo?, preguntó alguien desde la ventana de al lado.

No es necesario decir que era Capitú. Son cosas que se adivinan en la vida, como en los libros, sean novelas, sean historias verdaderas. Era Capitú quien nos espiaba hacía rato desde detrás de la persiana, pero ahora había abierto completamente la ventana y había aparecido. Vio nuestra despedida tan calurosa y llena de afecto que quería saber quién era quién me merecía tanto.

- Es Escobar, respondí situándome bajo su ventana y mirando hacia arriba.

Capítulo 72



Una reforma dramática

CAPÍTULO LXXII

Una reforma dramática

Ni yo ni tú, ni ella, ni nadie de esta historia podría responder mejor, tan cierto es que el destino, como todos los dramaturgos, no anuncia las peripecias ni el desenlace. Se producen en su momento, cuando cae el telón, se apagan las luces y los espectadores se van a dormir. En ese género habría quizá algo que reformar y yo propondría, como experimento, que las obras comenzasen por el final. Otelo mataría así a Desdémona en el primer acto, los tres siguientes estarían consagrados a la acción lenta y decreciente de los celos y el último contendría solamente las escenas iniciales de la amenaza de los turcos, las explicaciones de Otelo a Desdémona y el buen consejo del fino Yago: "Mete dinero en la bolsa." De este modo, el espectador, por un lado, hallaría en el teatro la charada habitual que los periódicos le dan, porque los últimos actos

explicarían el desenlace del primero, una especie de concepto y, por otro lado, se iría a la cama con una buena impresión de ternura y amor:

Ella amó lo que me había afligido,
Yo amé su piedad.

Capítulo 73



El regidor

CAPÍTULO LXXIII

El regidor

El destino no es sólo dramaturgo, es también su propio regidor, esto es, marca la entrada de los personajes en escena, les distribuye los papeles y otros objetos y ejecuta desde dentro las señales correspondientes al diálogo, una tempestad, un coche, un tiro. Cuando yo era mozo, se representó en no sé qué teatro un drama cuyo fin era el juicio final. El personaje principal era Ashaverus, que en el último cuadro concluía un monólogo con esta exclamación: "¡Oigo la trompeta del arcángel!" No se oyó ninguna trompeta. Ashaverus, avergonzado, repitió la frase, ahora más alto, para advertir al regidor, pero nada. Entonces caminó hacia el fondo, falsamente trágico, aunque lo estuviera de facto, con el objeto de hablar entre bastidores y decir con voz sorda: "¡el pistón!, ¡el pistón!" El público oyó esa palabra y rompió a reír hasta que, cuando la trompeta sonó de

verdad y Ashaverus gritó por tercera vez que era la trompeta del arcángel, un bromista de la platea, corrigió desde abajo: "¡No señor, es el pistón del arcángel!"

Así se explican mi permanencia bajo la ventana de Capitú y el paso de un caballero, un dandi, como decíamos entonces. Montaba un bello caballo alazán, firme en la silla, rienda en la mano izquierda, la derecha en el cinto, botas de charol, figura y postura esbeltas; la cara no me era desconocida. Habían pasado otros y otros los seguirían, todos iban a ver a sus novias. Era costumbre de la época cortejar a caballo. Relee a Alencar: "Porque un estudiante (decía uno de sus personajes de teatro de 1858) no puede vivir sin estas dos cosas, un caballo y una novia". Relee a Álvares de Azevedo. Una de sus poesías está destinada a contar (1851) que residía en Catumbí y que, para ver a su novia en el Catete, había alquilado un caballo por tres mil *reales*... ¡Tres mil *reales*!, ¡todo se pierde en la noche de los tiempos!

Pero el dandi del caballo bayo no pasó como los demás, era la trompeta del juicio final y sonó a tiempo; eso hace el Destino, que es su propio regidor. El caballero no se contentó con pasar, sino que giró la cabeza

hacia nuestro lado, el lado de Capitú y miró hacia Capitú y Capitú hacia él; el caballo pasaba, la cabeza del hombre se dejaba llevar mirando hacia atrás. Tal fue el segundo aguijón de celos que sentí. En rigor, era natural admirar a las bellas figuras, pero aquel sujeto acostumbraba a pasar por allí todas las tardes; vivía en el antiguo Campo da Aclamação y después..., y después... ¡Id a razonar con un corazón en ascuas como era el mío! No le dije nada a Capitú; salí de la calle deprisa, entré por el pasillo y, cuando quise acordar, estaba en la sala de visitas.

Capítulo 74



La presilla

CAPÍTULO LXXIV

La presilla

En la sala de visitas, mi tío Cosme y José Días conversaban, uno sentado, andando y parándose el otro. La imagen de José Días me recordó lo que me había dicho en el seminario: "Hasta que no aparezca un presumido del vecindario que se case con ella..." Era ciertamente una alusión al caballero. Tal recuerdo agravó la impresión que tuve en la calle; ¿pero no sería esa palabra, inconscientemente guardada, lo que me había predispuesto a creer en la malicia de sus miradas? Tuve deseos de agarrar a José Días por el cuello, llevarlo al pasillo y preguntarle si había dicho la verdad o era sólo una hipótesis; pero José Días, que se había parado al verme entrar, continuó andando y hablando. Yo, impaciente, quería ir a la casa de al lado, imaginaba que Capitú se retiraría de la ventana asustada y que no tardaría en aparecer para preguntar y

explicarse... Pero los dos continuaron hablando hasta que mi tío Cosme se levantó para ver a la enferma y José Días vino a buscarme al vano de la otra ventana.

Hace un momento tenía deseos de preguntarle qué había entre Capitú y los presumidos del barrio; ahora, imaginándome que venía justamente a decírmelo, tuve miedo de oírlo. Quise taparle la boca. José Días vio en mi rostro algo distinto de mi expresión habitual y me preguntó con interés:

- ¿Qué te pasa Bentiño?

Para no mirarlo a los ojos, los bajé. Los ojos, al bajar, vieron que una de las presillas de los pantalones del allegado estaba desabrochada y, como insistió en saber lo que me pasaba, le respondí señalando con el dedo:

- Mire la presilla, abróchesela.

- José Días se inclinó y yo salí corriendo.

Capítulo 75



La desesperación

CAPÍTULO LXXV

La desesperación

Me escapé del allegado, me escapé de mi madre no yendo a su habitación, pero no me escapé de mí mismo. Corrí a mi cuarto y entré buscándome. Yo me hablaba, me perseguía, me tiraba en la cama y rodaba conmigo y lloraba y sofocaba los sollozos con el pico de la sábana. Juré que no iría a ver aquella tarde a Capitú ni nunca más y que sería cura de una vez por todas. Me veía ya ordenado ante ella, que lloraría de arrepentimiento y me pediría perdón, pero yo, frío y sereno, no sentiría más que desprecio, mucho desprecio; le daría la espalda. La llamaría perversa. Dos veces me sorprendí mordiéndome con los dientes, como si la tuviese entre ellos.

Desde la cama oí su voz, pues había venido a pasar con mi madre el resto de la tarde y naturalmente conmigo, como otras veces; pero por grande que fuese la agitación

que me produjo, no me hizo salir de mi habitación. Capitú se reía alto, hablaba alto, como si me avisase; yo continué sordo, a solas conmigo y mi desprecio. Mi deseo era clavarle las uñas en el cuello, hincárselas bien, hasta ver que se le iba la vida con la sangre...

Capítulo 76



Explicación

CAPÍTULO LXXVI

Explicación

Pasado algún tiempo estaba sosegado, aunque decaído. Como estaba tumbado en la cama, con la mirada en el techo, me vino a la memoria la recomendación de mi madre de no acostarme después de comer para evitar una congestión. Me levanté de golpe pero no salí del cuarto. Capitú se reía ahora menos y hablaba más bajo; estaría afligida con mi reclusión, pero ni aun así me conmovió.

No comí y dormí mal. A la mañana siguiente no estaba mejor, estaba diferente. Mi dolor se complicaba ahora con el temor de haber ido más allá de lo procedente, sin haber analizado el asunto. Aunque la cabeza me dolía un poco, simulé una molestia mayor con el fin de no ir al seminario y hablar con Capitú. Podría estar irritada conmigo, podría no quererme ahora y preferir al caballero.

Quise resolverlo todo, oírla y juzgarla; pudiera ser que tuviese defensa y justificación.

Tenía ambas cosas. Cuando supo la causa de mi reclusión del día anterior, me dijo que era una gran ofensa lo que le estaba haciendo; no podía creer que después de nuestro intercambio de juramentos la considerase tan liviana que pudiese creer... Y aquí rompió en llanto e hizo un ademán de alejarse, pero yo acudí inmediatamente, le tomé las manos y se las besé con tanta pasión y calor que sentí que temblaban. Se secó los ojos con los dedos, se los besé de nuevo, por ellos y por las lágrimas; después suspiró, después lo negó con la cabeza. Me confesó que no conocía al muchacho más que a otros que pasaban por allí por las tardes a pie o a caballo. Si lo había mirado, era precisamente una prueba de que no había nada entre ellos; si hubiese algo, lo natural hubiera sido disimular.

- ¿Y qué podría haber, si él va a casarse?, concluyó.

- ¿Se va a casar?

Se iba a casar y me dijo con quién, con una joven de la calle de los Barbonos.

Esta razón fue lo que más me convenció y ella lo notó en mi actitud; no por ello dejó de decir que, para evitar nuevas equivocaciones, dejaría de asomarse a la ventana.

- ¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡no te pido eso!

Consintió en retirar la promesa, pero hizo otra y fue que, a la primera sospecha por mi parte, todo habría acabado entre nosotros. Acepté la amenaza y juré que nunca tendría que cumplirla: había sido la primera sospecha y la última.

Capítulo 77



Placer de viejos dolores

CAPÍTULO LXXVII

Placer de viejos dolores

Contando aquella crisis de mi amor adolescente, siento una cosa que no sé si explico bien y es que los dolores de aquella calle se espiritualizaron con el tiempo hasta tal punto que llegaron a diluirse en el placer. Esto no está claro, pero no todo está claro en la vida o en los libros. La verdad es que siento un placer particular al referir ese sufrimiento, pese a que es cierto que me recuerda otros que no quisiera recordar por nada del mundo.

Capítulo 78



Secreto por secreto

CAPÍTULO LXXVIII

Secreto por secreto

De resto, en aquella misma época sentí cierta necesidad de contarle a alguien lo que ocurría entre Capitú y yo. No lo conté todo, sino sólo una parte y Escobar fue quien la escuchó. Cuando regresé al seminario, el miércoles, lo encontré inquieto; me dijo que, si me hubiera quedado un día más en casa, tenía intención de ir a verme. Me preguntó con interés qué me había pasado y si estaba del todo bien.

- Sí, me encuentro bien.

Me escuchaba clavando en mí sus ojos. Tres días después me dijo que me estaban encontrando muy distraído, que sería mejor que disimulara lo más posible. También él, por su parte, tenía razones para andar distraído, pero intentaba estar atento.

- ¿Te lo parece?

- Sí, a veces parece que no oyes nada, mirando al pasado; disimula, Santiago.

- Tengo motivos...

- Te creo, nadie se distrae por gusto.

- Escúchame, Escobar...

Yo dudé, él esperó.

- ¿De qué se trata?

- Escobar, tú eres amigo mío, yo también soy amigo tuyo; aquí en el seminario eres la persona que más ha llegado a mi corazón y afuera, aparte de mi familia, no tengo propiamente ningún amigo.

- Si yo dijese lo mismo, replicó sonriendo, no tendría gracia; parecería que repito lo que dices. Pero lo cierto es que aquí no tengo relaciones con nadie, tú eres el primero y creo que ya se han dado cuenta; pero me da igual.

Conmovido, sentí que la voz me salía a borbotones de la garganta.

- Escobar, ¿serías capaz de guardarme

un secreto?

- Si preguntas es porque dudas y en tal caso...

- Perdóname, es una manera de hablar. Sé que eres una persona seria y lo hago como si me confesase con un cura.

- Si necesitas la absolución, estás absuelto.

- Escobar, yo no puedo ser cura. Estoy aquí, los míos se lo creen y esperan; pero yo no puedo ser cura.

- Ni yo, Santiago.

- ¿Tú tampoco?

- Secreto por secreto, yo también tengo el propósito de no acabar la carrera; mi deseo es dedicarme al comercio, pero no digas nada, absolutamente nada; queda sólo entre nosotros. Y no es que yo no sea religioso, soy religioso; pero el comercio es mi pasión.

- ¿Sólo eso?

- ¿Te parece poco?

Di dos vueltas y susurré la primera palabra de mi confidencia, tan escasa y sorda que yo mismo no la oí; sé, sin embargo, que dije "hay una persona..." con reticencia. ¿Una persona...? No hizo falta más para que él me comprendiese. Una persona debía ser una muchacha. No creas que se asombró de verme enamorado, le pareció natural y me clavó de nuevo la mirada. Entonces le conté por encima lo que me estaba permitido, pero demoradamente para darme el gusto de regodearme en el tema. Escobar escuchaba con interés, al final de nuestra conversación me dijo que sería un secreto enterrado en el cementerio. Me dio el consejo de que no me hiciese cura. No podía llevar a la iglesia un corazón que no era del cielo, sino de la tierra; sería un mal cura, ni siquiera sería un cura. Por el contrario, Dios protegía a los sinceros; ya que sólo lo podía servir en el mundo, aquí debía quedarme.

No calculas el placer que me dio la confidencia que le hice. Era como una felicidad más. Aquel corazón joven que me oía y me daba la razón, le daba a este mundo un aspecto extraordinario. Eran un mundo grande y bello, la vida un camino excelente y yo ni más ni menos que un mimado del cielo; ésta era mi impresión. Repara en que yo no

se lo conté todo, ni lo mejor; no le referí el capítulo del peinado, por ejemplo, ni otros así, pero lo que le conté era suficiente.

No es necesario decir que volvimos sobre el asunto. Volvimos una y muchas veces; yo elogiaba las cualidades morales de Capitú, materia adecuada a la admiración de un seminarista, su sencillez, su modestia, su amor al trabajo y sus costumbres religiosas. No mencionaba sus encantos físicos ni él me preguntaba por ellos, sólo insinué la conveniencia de que la conociera de vista.

- Ahora no es posible, le dije la primera semana al regresar de casa; Capitú va a pasar unos días con una amiga de la calle de los Inválidos. Cuando ella regrese, tú irás allí; pero puedes ir antes, puedes ir siempre; ¿por qué no viniste ayer a cenar conmigo?

- No me invitaste.

- ¿Necesitas que te invite? En casa todos se quedaron encantados contigo.

- Yo también me quedé encantado con todos, pero, si se pueden hacer distinciones,

te confieso que tu madre es una señora adorable.

- ¿Verdad que sí?, respondí lleno de alborozo.

Capítulo 79



Vamos al capítulo

CAPÍTULO LXXIX

Vamos al capítulo

En efecto, me gustó oírlo hablar así. Sabes la opinión que yo tenía de mi madre. Incluso ahora, después de interrumpir estas líneas para mirar su retrato colgado en la pared, creo que traía impresa en el rostro esa cualidad. No se explica de otra manera la opinión de Escobar que apenas había intercambiado cuatro palabras con ella. Sólo una bastaba para adivinarle su esencia íntima; sí, sí, mi madre era adorable. Por más que estuviese obligándome entonces a una carrera que yo no quería, no podía dejar de sentir que era adorable, como una santa.

¿Pero acaso era cierto que me obligaba a la carrera eclesiástica? Aquí llego a un punto que creía que se presentaría después, tanto que ya había calculado en qué momento le dedicaría un capítulo. Realmente, no cabía decir ahora lo que sólo más tarde

presumí descubrir; pero, una vez que he tocado en el asunto, mejor es acabar con él. Es grave y complejo, delicado y sutil, uno de esos en que el autor tiene que atender a su hijo y el hijo ha de oír a su autor, para que uno y otro digan la verdad, sólo la verdad y toda la verdad. Cabe aquí señalar que este punto es justamente el que hace que la santa sea más adorable, sin perjuicio (¡al contrario!) de lo que de humano y terrenal había en ella. Basta de prefacio al capítulo; vayamos al capítulo.

Capítulo 80



Vengamos al capítulo

CAPÍTULO LXXX

Vengamos al capítulo

Vengamos al capítulo. Mi madre era temerosa de Dios; conoces eso, sus prácticas religiosas y la fe pura que las animaba. No ignoras que mi carrera eclesiástica era consecuencia de una promesa hecha cuando fui concebido.

Todo ha sido descrito oportunamente. Otrosí, sabes que, con el fin de consolidar el vínculo moral de su obligación, confió sus proyectos y motivos a parientes y familiares. La promesa, hecha con fervor, respetada con misericordia, fue guardada por ella con alegría en lo más íntimo de su corazón. Pienso que le sentí el sabor de la felicidad en la leche que me dio a mamar. Mi padre, si viviese, es posible que hubiese alterado sus planes y, como tenía la vocación de la política, es probable que me hubiera encaminado solamente a la política, aunque

los dos oficios no fuesen ni sean irreconciliables e incluso más de un cura ha participado en la confrontación de los partidos y en el gobierno de los hombres. Pero mi padre había muerto sin saber nada y ella se quedó ante el contrato como única deudora.

Uno de los aforismos de Franklin es que la cuaresma es corta para quien tiene que pagar en pascua. Nuestra cuaresma no fue más larga que las demás y mi madre, aunque me había mandado aprender latín y doctrina, comenzó a aplazar mi entrada en el seminario. Es lo que se llama, comercialmente hablando, renovar una letra. El acreedor era archimillonario, no dependía de aquella cuantía para comer y permitió los aplazamientos del pago sin siquiera aumentar la tasa de interés. Un día, sin embargo, uno de los familiares que servían de endosantes de la letra, habló de la necesidad de entregar el precio convenido; se encuentra en uno de los primeros capítulos. Mi madre concordó y me metió en S. José.

Ahora bien, en ese mismo capítulo, ella vertió unas lágrimas, que se enjugó sin explicaciones y que ninguno de los presentes, ni mi tío Cosme, ni prima Justina, ni el

allegado José Días entendieron en absoluto; yo, que estaba detrás de la puerta, no las entendí más que ellos. Bien analizadas, a pesar de la distancia, se ve que eran nostalgias anticipadas, la pena de la separación y puede ser también (es el principio de la historia), puede ser que fueran el arrepentimiento de su promesa. Católica y devota, sabía muy bien que las promesas se cumplen; la cuestión es si es oportuno y adecuado hacerlas todas y naturalmente se inclinaba por la negativa. ¿Por qué la habría de castigar Dios negándole un segundo hijo? La voluntad divina podía ser mi vida, sin necesidad de dedicársela *ab ovo*. Era un razonamiento tardío, debería haber sido hecho el día en el que fui concebido. En todo caso, era una primera conclusión; pero no bastando concluir para destruir, todo se mantuvo y yo fui al seminario.

Una siesta de la fe habría resuelto la cuestión a mi favor, pero la fe velaba con sus grandes ojos ingenuos. Mi madre haría, si pudiese, un cambio de promesa, dando parte de sus años para conservarme consigo, fuera del clero, casado y padre; es lo que supongo, así como presumo que rechazó tal idea por parecerle una deslealtad. Así la sentí siempre en el curso de la vida cotidiana.

Sucedió que mi ausencia fue enseguida atenuada por la asiduidad de Capitú. Ésta comenzó a hacérsele necesaria. Poco a poco se fue persuadiendo de que la pequeña me haría feliz. Entonces (es el final de la historia, anunciarla), la esperanza de que nuestro amor, siendo absolutamente incompatible con el seminario, me llevase a no quedarme allí ni por Dios ni por el diablo, esta esperanza íntima y secreta, comenzó a invadir el corazón de mi madre. En ese caso, yo rompería el contrato sin que ella tuviese culpa. Ella se quedaría conmigo sin que hubiera un acto propiamente suyo. Sería como si, habiéndole confiado a alguien la suma de una deuda para llevársela al acreedor, el portador se guardase el dinero y no le llevase nada. En la vida corriente, el acto de un tercero no exime al contratante; pero el beneficio de contratar con el cielo es que la intención vale como dinero.

Habrás tenido conflictos parecidos a éste y, si eres religioso, habrás buscado alguna vez conciliar el cielo con la tierra por procedimientos idénticos o análogos. El cielo y la tierra acaban conciliándose; habiendo sido el cielo hecho en el segundo día y la tierra en el tercero, son casi hermanos gemelos. Como Abraham, mi madre llevó a

su hijo al monte de la Visión y además la leña para el holocausto, el fuego y el cuchillo. Y ató a Isaac sobre el haz de leña, agarró el cuchillo y lo alzó. En el momento crucial, oye la voz del ángel que le ordena de parte del Señor: "No le hagas ningún daño a tu hijo, que ya conozco que temes a Dios". Tal sería la esperanza secreta de mi madre.

Capitú era naturalmente el ángel de las Escrituras. La verdad es que mi madre no podía tenerla ahora lejos de sí. El afecto creciente se manifestaba por actos extraordinarios. Capitú pasó a ser la flor de la casa, el sol de las mañanas, la frescura de las tardes, la luna de las noches; allí vivía horas y horas, oyendo, hablando y cantando. Mi madre sondeaba su corazón, escudriñaba sus ojos y mi nombre era entre ambas como la clave de la vida futura.

Capítulo 81



Una palabra

CAPÍTULO LXXXI

Una palabra

Así, una vez contado lo que descubrí después, puedo transcribir aquí unas palabras de mi madre. Ahora se entenderá lo que ella me dijo el primer sábado, cuando llegué a casa y supe que Capitú estaba en la calle de los Inválidos con la señorita Gurgel:

- ¿Por qué no vas a verla? ¿No me dijiste que el padre de Sancha te ofreció su casa?

- Efectivamente.

- ¿Pues entonces? Si quieres puedes ir. Capitú debería haber regresado hoy para acabar un trabajo conmigo, seguro que su amiga le ha pedido que duerma allí.

- Quizá estén coqueteando con alguien, insinuó la prima Justina.

No la maté, por no tener a mano hierro o cuerda, pistola o puñal; pero los ojos que le clavé, si hubieran podido matar, lo habrían suplido todo. Uno de los errores de la Providencia fue dar al hombre únicamente los brazos y los dientes como armas de ataque y las piernas como armas de fuga o de defensa. Los ojos bastarían al primer efecto. Un movimiento suyo le haría pararse o caerse a un enemigo o a un rival; ejercerían venganza pronta, con el añadido de que, para desorientar a la justicia, los mismos ojos matadores serían ojos piadosos que se apresurarían en llorar a la víctima. La prima Justina se escapó de los míos; pero yo no escapé al efecto de su insinuación y el domingo, a las once, corrí a las calle de los Inválidos.

El padre de Sancha me recibió desaliñado y triste. Su hija estaba enferma, había comenzado el día anterior con una fiebre que se iba agravando. Como quería mucho a su hija, se imaginaba ya verla muerta y me anunció que en tal caso se mataría. He aquí un capítulo fúnebre como un cementerio, muertes, suicidios y asesinatos. Yo ansiaba un rayo de luz clara y cielo azul. Capitú los trajo a la puerta de la sala, viniendo a decirle al padre de Sancha que su hija lo había mandado llamar.

- ¿Está peor?, preguntó Gurgel asustado.

- No señor, pero quiere hablarle.

- Quédate aquí un poco, le dijo él; y dirigiéndose a mí: Es la enfermera de Sancha y no quiere otra, ahora vuelvo.

Capitú traía señales de fatiga y conmoción, pero en cuanto me vio se transformó en otra, en la muchachita de siempre, tan fresca y alegre como asombrada. No podía creer que fuese yo. Me habló, quiso que le hablase y efectivamente conversamos durante algunos minutos, pero tan bajo y contenido que ni las paredes nos oyeron, ellas que tienen oídos. De resto, si hubieran oído algo no habrían entendido nada, ni ellas ni los muebles, que estaban tan tristes como su dueño.

Capítulo 82



El canapé

CAPÍTULO LXXXII

El canapé

De ellos, sólo el canapé pareció haber comprendido nuestra situación moral, visto que nos ofreció los servicios de su trenzado de rafia, con tal insistencia que los aceptamos y nos sentamos. Data de entonces la opinión particular que tengo del canapé. Alía la intimidad con el decoro y muestra toda la casa sin salir de la sala. Dos hombres sentados en él podrían debatir el destino de un imperio y dos mujeres la gracia de un vestido, pero un hombre y una mujer solamente por aberración de las leyes naturales dirían algo que no fuese de sí mismos. Fue lo que hicimos Capitú y yo. Me viene a la memoria vagamente que le pregunté si la demora allí sería grande...

- No lo sé; la fiebre parece que cede..., pero...

También me viene vagamente a la memoria que le expliqué mi visita a la calle de los Inválidos, con la pura verdad, esto es, por consejo de mi madre.

- ¿Por su consejo?, murmuró Capitú.

Y añadió con sus ojos, que brillaban extraordinariamente:

- ¡Seremos felices!

Repetí estas palabras sólo con los dedos, estrechando los suyos. El canapé, nos viese o no, continuó prestando sus servicios a nuestras manos enlazadas y a nuestras cabezas juntas o casi juntas.

Capítulo 83



El retrato

CAPÍTULO LXXXIII

El retrato

Gurgel volvió a la sala y le dijo a Capitú que su hija la llamaba. Yo me levanté deprisa y no hallé compostura, miraba entre las sillas. Por el contrario, Capitú se levantó con naturalidad y le preguntó si había aumentado la fiebre.

- No, dijo él.

Ni sobresalto ni nada, ningún aire de misterio por parte de Capitú; se volvió hacia mí y me dijo que le diese recuerdos a mi madre y a la prima Justina y que hasta pronto, me dio la mano y se fue por el pasillo. Todas mis envidias se fueron tras ella. ¿Cómo era posible que Capitú se controlase tan fácilmente y yo no?

- Está hecha una mujer, observó Gurgel, mirándola también.

Murmuré que sí. La verdad es que Capitú iba creciendo a toda marcha, sus formas se redondeaban y se fortalecían con gran intensidad; moralmente le sucedía lo mismo. Era una mujer por dentro y por fuera, mujer a la derecha y a la izquierda, mujer por todos lados, de los pies a la cabeza. Su desarrollo parecía más rápido, ahora que la veía de vez en cuando; siempre que yo regresaba a casa la encontraba más alta y más hermosa, sus ojos parecían tener una nueva reflexión y su boca un nuevo imperio. Gurgel, mirando una pared de la sala de donde pendía un retrato de una joven, me preguntó si Capitú se parecía a aquel retrato.

Una de las costumbres de mi vida ha sido concordar siempre con la opinión probable de mi interlocutor, siempre que el asunto no me sea oneroso, desagradable o impuesto. Antes de examinar si efectivamente Capitú se parecía al retrato, fui respondiendo que sí. Entonces él me dijo que era el retrato de su mujer y que cuantos la conocieron decían lo mismo. También le parecía que sus facciones eran semejantes, principalmente la frente y los ojos. En cuanto al carácter, era el mismo; parecían hermanas.

- Hasta el afecto que le tiene a Sanchiña era igual al de su madre... En la vida hay parecidos así de raros.

Capítulo 84



Llamado

CAPÍTULO LXXXIV

Llamado

En el zaguán y en la calle analicé si él habría sospechado algo, pero me pareció que no y eché a andar. Iba satisfecho con la visita, con la alegría de Capitú, con los elogios de Gurgel hasta el punto de que no reparé enseguida en que una voz me llamaba:

- ¡Sr. Bentiño! ¡Sr. Bentiño!

Sólo después que la voz aumentó y su dueño llegó a la puerta, me detuve y vi lo que era y donde estaba. Estaba en la calle de Matacavalos. La casa era una tienda de lozas, escasa y pobre; tenía las puertas medio cerradas y la persona que me llamaba era un pobre hombre gris y mal vestido.

- Sr. Bentiño, me dijo llorando; ¿sabe que mi hijo Manduca ha muerto?

- ¿Ha muerto?

- Ha muerto hace media hora, el entierro será mañana. Le he mandado recado a su madre de usted ahora mismo y me ha hecho la caridad de mandar algunas flores para ponerlas en el ataúd. ¡Pobre hijo mío! Tenía que morir y ha sido mejor que muriera, pobre, pero pese a todo siempre duele. ¡Qué vida tuvo...! Uno de estos días se acordó de usted y me preguntó si estaba en el seminario... ¿Quiere verlo? Pase y véalo. Me cuesta decir esto, pero prefiero pecar por excesivo que por parco. Quise responder que no, que no quería ver a Manduca e incluso tuve un intento de huida. No era miedo; en otro momento puede que incluso hubiera entrado con facilidad y curiosidad, ¡pero ahora estaba tan contento! Ver a un difunto al regresar de ver a una novia... Hay cosas que no se ajustan ni se combinan. La simple noticia ya era una turbación grande. Mis ideas de oro perdieron todas el color y el metal para tornarse ceniza oscura y fea, no distinguí nada más. Creo que llegué a decir que tenía prisa, pero probablemente no utilicé palabras claras y ni siquiera humanas, porque él, apoyado en el portal, me abría espacio con su gesto. Y yo, sin espíritu para entrar ni huir, dejé al cuerpo hacer lo que pudiese, el cuerpo acabó entrando.

No culpo al hombre; para él, lo más importante de aquel momento era su hijo. Pero tampoco me culpen a mí; para mí, lo más importante era Capitú. El problema fue que los dos casos coincidieron en la misma tarde y que la muerte del uno viniese a meter la nariz en la vida del otro. Eso es todo lo malo. Si yo hubiera pasado antes o después, o si Manduca hubiera esperado algunas horas para morir, ninguna nota desagradable hubiera interrumpido las melodías de mi alma. ¿Por qué morirse exactamente hace media hora? Cualquier momento es apropiado para el óbito, se podría haber muerto muy bien a las seis o las siete de la tarde.

Capítulo 85



El difunto

CAPÍTULO LXXXV

El difunto

Tal fue el sentimiento confuso con el que entré en la tienda de lozas. La tienda era oscura y el interior de la casa tenía todavía menos luz, ahora que las ventanas estaban cerradas. En un lado del comedor vi a su madre llorando; en la puerta de la alcoba, dos niños miraban asustados hacia dentro, con el dedo en la boca. El cadáver yacía en la cama, la cama...

Suspendamos la pena y vayamos a la ventana a entretener la memoria... Realmente la escena era fea, por la muerte y por el difunto, que era horrible... Pero eso es otra cosa. Todo lo que veo afuera respira vida, la cabra que rumia junto a una carroza, la gallina que picotea en el suelo de la calle, el tren de la Estrada Central que ruge, pita, humea y pasa, la palmera que puja hacia el cielo y finalmente aquella torre de iglesia, a

pesar de no tener músculos ni follaje. Un muchacho, que en el callejón lanza una cometa de papel no murió ni muere, aunque también se llame Manduca.

Cierto es que el otro Manduca era mayor que éste, un poco mayor. Tendría dieciocho o diecinueve años, pero tanto le atribuirías quince como veintidós, su cara no permitía mostrar su edad a la vista, antes bien la escondía en los pliegues de la... Venga, digámoslo todo; está muerto, sus parientes están muertos, si existe alguno no lo será con tanta evidencia que se ofenda o entristezca. Dígase todo; Manduca padecía una cruel enfermedad, nada menos que la lepra. Vivo era feo, muerto me pareció horrible. Cuando vi, tendido en la cama, el triste cuerpo de mi vecino, quedé aterrorizado y aparté los ojos. No se qué mano oculta me compelió a mirar otra vez, aunque de soslayo; cedí, miré, volví a mirar, hasta que retrocedí del todo y salí del cuarto.

- ¡Sufrió mucho!, suspiró su padre.

- ¡Pobre Manduca!, sollozaba su madre.

Traté de salir, dije que me esperaban en casa y me despedí. Su padre me preguntó

si le haría el favor de ir al entierro; respondí con la verdad, que no lo sabía, haría lo que mi madre decidiese. Y salí rápidamente, atravesé la tienda y salté a la calle.

Capítulo 86



¡Amad, muchachos!

CAPÍTULO LXXXVI

¡Amad, muchachos!

Estaba tan cerca que antes de tres minutos me encontré en casa. Me detuve en el pasillo a tomar aliento; trataba de olvidar al difunto, pálido y deforme, aparte de lo que no he mencionado para no darles a estas páginas un aspecto repugnante, pero te lo puedes imaginar. Todo lo aparté de la vista en pocos segundos, me bastó pensar en la otra casa y sobre todo en la vida y en la cara fresca y alegre de Capitú...

¡Amad, muchachos! y, principalmente, amad a muchachas lindas y graciosas; ellas dan remedio a los males, aroma a lo infecto, truecan la muerte por la vida... ¡Amad, muchachos!

Capítulo 87



La calesa

CAPÍTULO LXXXVII

La calesa

Había llegado al último escalón y una idea me entró en el cerebro como si me estuviese esperando entre los barrotes de la cancela. Oí de memoria las palabras del padre de Manduca pidiéndome que fuese al entierro al día siguiente. Me detuve en el escalón. Reflexioné un instante; sí, podía ir al entierro, pediría a mi madre que me alquilase un coche...

No pienses que tenía ganas de ir en coche, aunque me gustase. De pequeño, me viene a la memoria que iba muchas veces así con mi madre a las visitas de amistad o compromiso y a misa, si llovía. Era una calesa vieja de mi padre que ella conservó todo lo que pudo. El cochero, que era un esclavo nuestro, tan viejo como la calesa, cuando me veía en la puerta, vestido, esperando a mi madre, me decía riendo:

- ¡Papá Juan va a llevar al señorito!

Y era raro que yo no le advirtiese:

- Juan, refrena mucho a esos animales, ve despacio...

- A la señora Gloria no le gusta.

- ¡Pero ve despacio!

Quede claro que era para disfrutar la calesa, no por vanidad, porque nadie podía ver a las personas que iban dentro. Era una vieja calesa, obsoleta, de dos ruedas, estrecha y corta, con dos cortinas de cuero delante que se corrían hacia los lados cuando era necesario entrar o salir. Cada cortina tenía un ojo de cristal por donde me gustaba espiar afuera

- ¡Siéntate, Bentiño!

- ¡Déjame espiar, mamá!

Y de pie, cuando era más pequeño, pegaba la cara al cristal y veía al cochero con sus grandes botas, cabalgando sobre la mula de la izquierda y sosteniendo las riendas de la otra; en la mano llevaba un látigo

grueso y largo. Todo incómodo, las botas, el látigo y las mulas, pero a él le gustaba y a mí también. Por los lados veía pasar las casas, comercios o no, abiertas o cerradas, con gente o sin ella, y en la calle las personas que iban y venían o cruzaban frente a la calesa con grandes zancadas o pasitos cortos. Cuando había obstáculo de personas o animales, la calesa paraba y entonces el espectáculo era particularmente interesante; las personas, paradas en la calzada o a la puerta de las casas, miraban a la calesa y hablaban entre sí, naturalmente sobre quién iría dentro. Cuando fui creciendo en edad imaginé que lo adivinaban y decían: "Es aquella señora de la calle de Matacavalos que tiene un hijo, Bentiño..."

La calesa condecía tan bien con la vida recóndita de mi madre que cuando ya no quedaba ninguna otra continuábamos yendo en ella y era conocida en el barrio como "la calesa antigua". Al final, mi madre consintió en dejarla, sin venderla inmediatamente; cuando lo hizo fue sólo porque los gastos de la cochera la obligaron. La razón para guardarla inútil fue exclusivamente sentimental, era un recuerdo de su marido. Todo cuanto procedía de mi padre era conservado como una parte suya, un resto

de la persona, la misma alma integral y pura. Pero la costumbre era hija también del tradicionalismo que ella confesaba a los amigos. Mi madre expresaba bien su fidelidad a los viejos hábitos, viejas maneras, viejas ideas, viejas modas. Tenía su museo de reliquias, peines desusados, un trozo de mantilla, unas monedas de cobre fechadas en 1824 y 1825 y, para que todo fuese antiguo, ella deseaba hacerse vieja a sí misma; pero ya dejé dicho que en este asunto no lograba todo lo que pretendía.

Capítulo 88



Un pretexto honesto

CAPÍTULO LXXXVIII

Un pretexto honesto

No, la idea de ir al entierro no procedía del recuerdo del carruaje y sus deleites. El origen era distinto: era porque, acompañando al entierro al día siguiente, no iría al seminario y le podría hacer otra visita a Capitú un tanto más demorada. De eso se trataba. Los recuerdos del carruaje podían venir accesoriamente después, pero la idea principal e inmediata fue ésa. Volvería a la calle de los Inválidos, con el pretexto de interesarme por la señorita Gurgel. Contaba con que todo me saliera bien como el otro día, Gurgel triste, Capitú conmigo en el canapé las manos enlazadas, el peinado...

- Voy a pedírselo a mi madre.

Abrí la cancela. Antes de atravesarla, así como había oído en la memoria las

palabras del padre del muerto, oí ahora las de su madre y repetí a media voz:

- ¡Pobre Manduca!

Capítulo 89



La negativa

CAPÍTULO LXXXIX

La negativa

Mi madre se quedó perpleja cuando le pedí ir al entierro.

- Perder un día del seminario...

Le hice notar la amistad que Manduca me tenía y además era gente pobre... Todo lo que se me ocurrió decir, lo dije. La prima Justina se inclinó por la negativa.

- ¿Crees que no debe ir?, le preguntó mi madre.

- Creo que no. ¿Qué amistad es ésa que nunca he visto?

La prima Justina se impuso. Cuando le referí el caso al allegado, éste sonrió y me dijo que el motivo oculto de la prima era probablemente no dar al entierro "el lustre

de mi persona". Fuese lo que fuese me quedé anonadado; al día siguiente, pensando en el motivo, no me desagradó; más tarde le hallé un gusto particular.

Capítulo 90



La polémica

CAPÍTULO XC

La polémica

Al día siguiente pasé por la casa del difunto sin entrar ni detenerme o, si me detuve, fue sólo un instante más breve que éste en que os lo cuento. Si no me engaño, anduve incluso más deprisa, temiendo que me llamasen como el día anterior. Ya que no iba al entierro, mejor lejos que cerca. Fui andando y pensando en el pobre diablo.

No éramos amigos ni nos conocíamos demasiado. Intimidad, ¿qué intimidad podía haber entre su enfermedad y mi salud? Tuvimos relaciones breves y distantes. Fui pensando en ellas, recordando algunas. Se reducían todas a una polémica entre nosotros, dos años antes, a propósito... Difícilmente podréis creer a qué propósito respondió. La guerra de Crimea.

Manduca vivía en el interior de su casa, tumbado en la cama, leyendo para distraerse.

Los domingos por la tarde, su padre le ponía una camiseta oscura y lo llevaba al fondo de la tienda, desde donde él observaba un palmo de la calle y a la gente que pasaba. Era todo su entretenimiento. Allí lo vi una vez y no quedé poco asombrado; la enfermedad le iba comiendo parte de sus carnes, los dedos querían juntársele; su aspecto ciertamente no era atractivo. Tendría yo de trece a catorce años. La segunda vez que lo vi allí, como hablamos de la guerra de Crimea, que entonces hacía estragos y aparecía en los periódicos, Manduca dijo que lo aliados deberían vencer, yo le respondí que no.

- Ya veremos, replicó. Sólo si la justicia no triunfa en este mundo, lo cual es imposible, y la justicia está con los aliados.

- No señor, la razón es de los rusos.

Naturalmente, seguíamos lo que contaban los periódicos de la ciudad, que transcribían a los de fuera, pero también podía ser que cada uno de nosotros tuviera una opinión propia de su temperamento. Fui siempre un tanto moscovita en mis ideas. Defendí los derechos de Rusia, Manduca hizo lo mismo con los de los aliados y el tercer

domingo en que entré en la tienda volvimos de nuevo sobre el asunto. Entonces Manduca propuso que intercambiásemos los argumentos por escrito y el martes o el miércoles recibí dos hojas de papel conteniendo la exposición y defensa del derecho de los aliados y de la integridad de Turquía, concluyendo con esta frase profética:

"¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!"

La leí y me puse a refutarla. No recuerdo ni uno sólo de los argumentos que empleé ni quizá interese conocerlos ahora que el siglo está expirando, pero la idea que me quedó de ellos es que eran irrefutables. Yo mismo le llevé mi papel. Me hicieron entrar en la alcoba, donde él yacía tumbado en la cama, mal cubierto por una colcha de retales. El gusto por la polémica o cualquier otra cosa que no alcanzo no me dejó sentir toda la repugnancia que salía de la cama y del enfermo, pero el placer con que le di el papel fue sincero. Manduca, por su parte, por más repugnante que tuviese entonces su cara, la sonrisa que la encendió disimuló su enfermedad física. No hay palabras propias o ajenas que den cuenta con veracidad de la convicción con la que recibió el papel y dijo

que lo leería y me respondería; no era exaltada ni ruidosa, no tenía afectación ni su modestia la hubiera permitido; era sencilla, grande, profunda, un goce infinito de victoria, antes de conocer mis argumentos. Ya tenía papel, pluma y tinta junto a la cama. Al cabo de unos días recibí la réplica, no me viene a la memoria si traía cosas nuevas o si no, crecía su vehemencia y el final era el mismo:

"¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!"

Volví a replicar, y así continuó por algún tiempo una polémica ardiente en la que ninguno de nosotros cedía, defendiendo cada uno a sus patrocinados con fuerza y brío. Manduca era más extenso y enérgico que yo. Naturalmente a mí me sobraban mil cosas que me distraían, mis estudios, mis diversiones, mi familia y mi propia salud que me impulsaba a otros ejercicios. Manduca, salvo el palmo de calle del domingo por la tarde, tenía sólo esta guerra, tema de la ciudad y del mundo, pero que nadie iba a discutir con él. La casualidad le dio en mí un adversario; él, que tenía gusto por la escritura, se entregó al debate como a un fármaco nuevo y radical. Las horas tristes y largas eran ahora breves y alegres y sus ojos

se olvidaron de llorar, si es que antes lloraban. Sentí este cambio suyo en las maneras de su padre y de su madre.

- No se imagina cómo está ahora, desde que usted le escribe aquellos papeles, me dijo el dueño de la tienda, una vez, en la puerta de la calle. Habla y ríe mucho. En cuanto que le mando a usted al mensajero para llevarle sus papeles, comienza a preguntar por la respuesta, si demorará mucho y que le pregunte al negrito cuando pase. Mientras espera, relee periódicos y toma notas. Pero también, así que recibe sus papeles, se lanza a leerlos y comienza inmediatamente a escribir la respuesta. Hay ocasiones en que no come o come mal, tanto que quisiera pedirle una cosa: que no los mande a la hora del almuerzo o de la cena...

Yo me cansé primero. Comencé a demorar las respuestas, hasta que ya no le di ninguna; él todavía insistió dos o tres veces después de mi silencio, pero no habiendo recibido respuesta, quizá por fatiga o por no molestarme, acabó del todo con sus apologías. En la última, como en la primera, como en todas, afirmaba la misma predicción eterna:

"¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!"

No entraron efectivamente ni entonces, ni después, ni hasta ahora. ¿Pero la predicción será eterna? ¿No acabarán entrando algún día? Problema difícil. El propio Manduca, para entrar en la sepultura, pasó tres años de disolución, tan cierto es que la naturaleza al igual que la historia no se hacen corriendo. Su vida resistió como Turquía; si cedió al final fue porque le faltó una alianza como la anglo-francesa, no pudiéndose considerar tal el simple pacto de la medicina con la farmacia. Al final murió como los Estados mueren; en nuestro caso particular, la cuestión es saber no si Turquía morirá, porque la muerte no respeta a nadie, sino si los rusos entrarán algún día en Constantinopla; ésa era la cuestión para mi vecino leproso, bajo la triste, rota e infecta colcha de retales...

Capítulo 91



Ocurrencia que consuela

CAPÍTULO XCI

Ocurrencia que consuela

Está claro que las reflexiones que dejo aquí no fueron hechas entonces, camino del seminario, sino ahora en el despacho del Ingenio Nuevo. Entonces no hice propiamente ninguna, a no ser ésta: que un día le serví de alivio a mi vecino Manduca. Hoy, pensándolo mejor, creo que no sólo le serví de alivio, sino que incluso le proporcioné felicidad. Y la idea me consuela; ahora ya no me olvidaré más de que le di dos o tres meses de felicidad a un pobre diablo, haciéndole olvidar su enfermedad y el resto. Eso pesa en la balanza de mi vida. Si hay en el otro mundo algún premio para las virtudes sin intención, ésta pagará uno o dos de mis muchos pecados. En cuanto a Manduca, no creo que fuese pecado opinar contra Rusia, pero si lo era, él estará purgando desde hace cuarenta años la felicidad que gozó durante dos o tres meses, de donde concluirá (ya tarde) que hubiese sido mejor gemir solamente y abstenerse de opinar.

Capítulo 92



El diablo no es tan feo como lo pintan

CAPÍTULO XCII

El diablo no es tan feo como lo pintan

Enterraron a Manduca sin mí. A muchos otros les sucedió lo mismo sin que yo sintiese nada, pero este caso me afligió particularmente por la razón ya expuesta. También sentí no sé qué melancolía al recordar la primera polémica de mi vida, el placer con que él recibía mis papeles y se disponía a refutarlos, sin contar la diversión del carruaje... Pero el tiempo borró deprisa todas esas nostalgias y resurrecciones. No fue sólo él, dos personas vinieron a ayudarlo: Capitú, cuya imagen durmió conmigo esa misma noche y otra que contaré en el próximo capítulo. El resto de este capítulo es sólo para pedir que si alguien quisiera leer mi libro con mayor atención que la que exige el precio de este ejemplar, no deje de concluir que el diablo no es tan feo como lo pintan. Quiero decir...

Quiero decir que mi vecino de Matacavalos, aliñando la enfermedad con la opinión antirrusa, le daba a la podredumbre de sus carnes un reflejo espiritual que las consolaba. Hay mayores consuelos ciertamente y uno de los más excelentes es no padecer ésa ni ninguna otra enfermedad, pero la naturaleza es tan divina que se divierte con tales contrastes y a los más repulsivos o más afligidos los recompensa con una flor. Y tal vez así brote la flor más bella; mi jardinero afirma que las violetas, para tener un aroma superior, necesitan estiércol de cerdo. No lo he comprobado, pero debe ser verdad.

Capítulo 93



Un amigo por un difunto

CAPÍTULO XCIII

Un amigo por un difunto

La otra persona que tuvo poder obliterador fue mi colega Escobar que el domingo, antes del mediodía, vino a verme a Matacavalos. Un amigo suplía así a un difunto y un amigo tal que durante cerca de cinco minutos estuvo con mi mano entre las suyas como si no me hubiera visto desde largos meses:

- ¿Cenas conmigo, Escobar?

- He venido para eso.

Mi madre le agradeció la amistad que me tenía y él le respondió con mucha educación, aunque un tanto embarazado, como si no tuviese la palabra pronta. Ya has visto que no era así, las palabras le obedecían, pero los hombres no son siempre iguales en todos los momentos. Lo que me

dijo, en resumen, fue que me estimaba por mis buenas cualidades y apurada educación; en el seminario todos me apreciaban como no podía ser menos, añadió. Insistía en la educación, en los buenos ejemplos, "en la dulce y extraordinaria madre" que el cielo me dio... Todo con trémula y emocionada voz.

Todos quedaron entusiasmados con él. Yo estaba tan contento como si Escobar fuese invención mía. José Días le descargó dos superlativos, mi tío Cosme dos palizones a las cartas, y la prima Justina no le halló tacha; después, sí, en el segundo o tercer domingo vino a confesarnos que mi amigo Escobar era algo entrometido y tenía unos ojos policíacos a los que no escapaba nada.

- Son sus ojos, expliqué.

- No digo que sean de otro.

- Son ojos reflexivos, opinó mi tío Cosme.

- Seguramente, acudió José Días; sin embargo, puede ser que la señora D.ª Justina tenga algo de razón. La verdad es que una cosa no impide la otra y la reflexión casa

muy bien con la curiosidad natural. Parece curioso, lo parece, pero...

- A mí me parece un jovencito muy serio, dijo mi madre.

- ¡Justamente!, confirmó José Días para no disentir de ella.

Cuando le referí a Escobar aquella opinión de mi madre (sin contarle las otras, naturalmente), vi que le producía un placer extraordinario. Lo agradeció, diciendo que eran bondades, y elogió también a mi madre, señora grave, distinguida y joven, muy joven... ¿Qué edad tendría?

- Más de cuarenta, respondí vagamente, por vanidad.

- ¡No es posible!, exclamó Escobar. ¡Cuarenta años! Ni siquiera aparenta treinta, está muy joven y bonita. A alguien le has tenido que salir, con esos ojos que Dios te dio; son exactamente los suyos. ¿Hace mucho que enviudó?

Le conté lo que sabía de su vida y de la de mi padre. Escobar escuchaba atento, preguntando más, pidiendo explicaciones de

los pasajes omisos u oscuros. Cuando le dije que no recordaba nada de la plantación, pues me había venido muy pequeño, me contó dos o tres recuerdos de sus tres años de edad, frescos todavía ahora. ¿Y no pensábamos volver a la plantación?

- No, ya no volveremos más. Mira, aquel negro que va pasando, es de allí. ¡Tomás!

- ¡Señorito!

Estábamos en la huerta de mi casa y el negro estaba de servicio, se acercó a nosotros y esperó.

- Está casado, le dije a Escobar. ¿Dónde está María?

- Está moliendo maíz.

- ¿Todavía te acuerdas de la plantación, Tomás?

- Me acuerdo, sí señor.

- Bien, te puedes ir.

Le mostré otro, otro más y todavía otro, éste Pedro, aquél José, aquél otro Damián.

- Todas las letras del alfabeto, interrumpió Escobar.

En efecto, eran diferentes letras y sólo entonces me di cuenta; señalé otros esclavos, algunos con los mismos nombres, que se distinguían por un apellido, o de persona, como Juan Fulo, María Gorda, o de nación, como Pedro Benguela, Antonio Mozambique.

- ¿Y están todos aquí en casa?, me preguntó.

- No, algunos andan trabajando en la calle, otros están alquilados. No sería posible tenerlos a todos en casa. No son todos los de la plantación, la mayoría se quedó allí.

- Lo que me sorprende es que D.ª Gloria se acostumbrara tan pronto a vivir en una casa de la ciudad, donde todo es estrecho; la de allí será naturalmente grande.

- No lo sé, pero creo que sí. Mamá tiene otras casas más grandes que ésta, pero dice que morirá aquí. Las otras están alquiladas. Algunas son muy grandes, como la de la calle de la Quitanda.

- La conozco, es bonita.

- Tiene otras en Rio Comprido, en Cidade-Nova, una en el Catete...

- No le faltarán techos, me dijo sonriendo con simpatía.

Caminamos hacia el fondo. Pasamos el lavadero, él se paró un instante allí mirando la piedra de batir la ropa y haciendo consideraciones a propósito del aseo; después continuamos. No me viene a la memoria cuáles fueron esas reflexiones, pero sí recuerdo que me parecieron ingeniosas, y que me reí, él se rió también. Mi alegría despertaba la suya y el cielo estaba tan azul, el aire tan claro, que la naturaleza parecía reír también con nosotros. Son así los buenos momentos de este mundo. Escobar confesó ese acuerdo de lo interno con lo externo con palabras tan finas y elevadas que me conmovieron; después, a propósito de la belleza moral que se ajusta a la física, volvió a hablar de mi madre, "más que un ángel", dijo.

Capítulo 94



Ideas aritméticas

CAPÍTULO XCIV

Ideas aritméticas

No lo contaré todo, que fue mucho. No sólo sabía elogiar y pensar, también calcular deprisa y bien. Era de las cabezas aritméticas de Holmes (2+2=4). Es inimaginable la facilidad con que sumaba o multiplicaba de memoria. La división, que fue siempre una de las operaciones más difíciles para mí, era como si nada para él: cerraba un poco los ojos, vueltos hacia arriba y susurraba las denominaciones de los dígitos; ya estaba resuelto. Eso lo hacía con siete, trece, veinte dígitos. Su vocación era tal que amaba los símbolos de las sumas y era de la opinión que los dígitos, siendo pocos, eran más ingeniosos que las veinticinco letras del alfabeto.

- Hay letras inútiles y letras dispensables, decía. ¿Qué servicio prestan la *d* y la *f*? Tienen casi el mismo sonido. Lo mismo digo de la *b* y la *p*, lo mismo de la *s*, la

c y la *z*, lo mismo de la *k* y de la *g*, etc. Son ridiculeces caligráficas. Mira los números: no hay dos que hagan el mismo trabajo; 4 es 4, y 7 es 7. Y sorprende la belleza con que un 4 y un 7 forman esa cosa que se expresa con un 11. Ahora doblas 11 y tendrás 22; multiplicas por el mismo número y tendrás 484, y así en delante. Pero donde la perfección es mayor es en el empleo del *cero*. El *cero* por sí mismo no vale nada. Pero el oficio de este signo negativo es precisamente aumentar. Un 5 solo es un 5; ponle dos 00, es 500. Así el que no vale nada hace valer mucho, cosa que no hacen las letras repetidas, pues yo tanto apruebo con una *p* como con dos *pp*.

Criado en la ortografía de mis padres, me costaba oír tales blasfemias, pero no osaba refutarlo. Sin embargo, un día proferí algunas palabras de defensa, a lo cual respondió que eran prejuicios y añadió que las ideas aritméticas podían llegar hasta el infinito con la ventaja de que eran más fáciles de administrar. Así, yo no era capaz de resolver en un momento un problema filosófico o lingüístico, mientras que él podía sumar en tres minutos cualquier cantidad.

- Por ejemplo..., hazme una prueba..., dime una porción de números que yo no sepa

ni pueda saber de antes..., mira, dime el número de casas de tu madre y los alquileres de cada una y si no te digo la suma total en dos, en un minuto, me ahorcas.

Acepté la apuesta y en la semana siguiente le llevé escritos en un papel el número de casas y las cantidades de los alquileres. Escobar tomó el papel, lo miró a fin de memorizarlo y, mientras yo miraba el reloj, él levantaba sus pupilas, cerraba sus párpados y susurraba... ¡Oh, el viento no es más rápido! Fue dicho y hecho; en medio minuto me gritaba:

- Un total de 1.070.000 reales mensuales.

Me quedé pasmado. Considera que no eran menos de nueve casas y que los alquileres variaban de una a otra entre 70.000 y 180.000 reales. Pues todo eso, en que yo perdería tres o cuatro minutos, valiéndome además de papel, Escobar lo hizo de memoria, corriendo. Me miraba triunfalmente y me preguntaba que si no era exacto. Yo, para mostrarle que sí, saqué del bolsillo un papel que traía con la suma total del dinero y se lo enseñé; era eso mismo, ni un error: 1.070.000.

- Esto prueba que las ideas aritméticas son más sencillas y por tanto más naturales. La naturaleza es sencilla. El arte confuso.

Me quedé tan entusiasmado con la facilidad mental de mi amigo que no pude dejar de abrazarlo. Estábamos en el patio, otros seminaristas repararon en nuestra efusión; a un cura que estaba con ellos no le gustó.

- La modestia, nos dijo, no tolera esos actos excesivos; podéis estimaros con moderación.

Escobar me hizo notar que los demás y el cura hablaban por envidia y me propuso continuar separados. Lo interrumpí diciéndole que no; si era envidia, peor para ellos.

- ¡Vamos a darles la castaña!

- Pero...

- Vamos a ser más amigos que hasta ahora.

Escobar me estrechó la mano a escondidas con tal fuerza que aún me duelen los dedos. Es una ilusión, seguro, si no es

efecto de las largas horas que vengo escribiendo sin parar. Suspendamos la pluma por algunos instantes.

Capítulo 95



El Papa

CAPÍTULO XCV

El Papa

Mi amistad con Escobar se hizo grande y fecunda, la de José Días no quiso ser menos. En la primera semana me dijo éste en casa:

- Ahora vas a salir de verdad del seminario.

- ¿Cómo?

- Espera hasta mañana. Voy a intentarlo con ellos ya que me han llamado; mañana, en la habitación, en el huerto, o en la calle, yendo a misa, les cuento lo que pasa. La idea es tan santa que no está mal en el santuario. Mañana, Bentiño.

- ¿Pero es seguro?

- ¡Segurísimo!

Al día siguiente me reveló el misterio. En una primera impresión, confieso que me quedé deslumbrado. Tenía un aire de grandeza y de espiritualidad que hablaba a mis ojos de seminarista. Era ni más ni menos esto. Mi madre, según él creía, estaba arrepentida de lo que había hecho y deseaba verme afuera, pero entendía que el vínculo moral de la promesa la prendía indisolublemente. Procedía romperlo y para eso servían las Escrituras y el poder de desatar dado a los apóstoles. Así que él y yo iríamos a Roma a pedir la absolución del Papa... ¿Qué me parecía?

- Me parece bien, le respondí después de algunos segundos de reflexión. Puede ser una buena solución.

- ¡Es lo único, Bentiño, es lo único! Hoy mismo iré a conversar con D.ª Gloria, se lo expondré todo y podremos partir de aquí a dos meses, o antes...

- Es mejor decírselo el domingo que viene, déjeme pensarlo primero...

- ¡Oh, Bentiño!, interrumpió el allegado. ¿Pensar en qué? Tú lo que quieres... ¿Te lo digo? ¿No te enfadarás con

tu viejo amigo? Tú lo que quieres es consultárselo a una persona.

En rigor, era a dos personas, Capitú y Escobar, pero negué a pie juntillas que quisiese consultárselo a nadie. ¿A quién, al rector? No sería natural que le confiase tal asunto. No, ni al rector, ni a un profesor ni a nadie; quería sólo tiempo para reflexionar, una semana, el domingo le daría la respuesta, pero desde ya le decía que la idea no me parecía mala.

- ¿No?

- No.

- Pues decidamos hoy mismo.

- No se va a Roma corriendo.

- Quien tiene boca va a Roma, y boca en nuestro caso es el dinero. Tú puedes gastártelo tranquilamente en ti... En mí no hace falta; un par de pantalones, tres camisas, el pan diario, no necesito más. Seré como San Pablo, que vivía de su trabajo mientras predicaba la palabra divina. Y yo voy, no a predicarla, sino a buscarla. Llevaremos cartas del internuncio y del

obispo, cartas para nuestro embajador, cartas de los capuchinos... Ya sé la objeción que se le puede oponer a esta idea; dirán que se puede pedir la dispensa desde aquí, desde lejos; pero, además de lo que no digo, basta pensar que es mucho más solemne y bonito ver entrar en el Vaticano y postrarse a los pies del Papa al propio objeto del favor, al levita prometido que va a pedir para su madre ternísima y dulcísima la dispensa de Dios. Considera la escena, tú besándole el pie al príncipe de los apóstoles; Su Santidad, con una sonrisa evangélica, se inclina, interroga, oye, absuelve y bendice. Los ángeles lo contemplan, la Virgen le recomienda a su hijo santísimo que todos tus deseos, Bentiño, sean satisfechos y que lo que amas en la tierra sea igualmente amado en el cielo...

No digo más, porque es preciso acabar el capítulo y él no acabó su discurso. Le habló a todos mis sentimientos de católico y de enamorado. Vi el alma aliviada de mi madre, vi el alma feliz de Capitú, ambas en casa y yo con ellas y él con nosotros, todo mediante un pequeño viaje a Roma, que yo sólo geográficamente sabía dónde estaba; espiritualmente también, pero no la distancia a la que estaría de la voluntad de Capitú.

Ése era el punto esencial. Si a Capitú le parecía lejos, no iría; pero era necesario escucharla y también a Escobar, quien me daría un buen consejo.

Capítulo 96



Un sustituto

CAPÍTULO XCVI

Un sustituto

Le expuse a Capitú la idea de José Días. Me oyó atentamente y se puso triste.

- Como vayas, me dijo, me olvidarás completamente.

- ¡Nunca!

- Me olvidarás. Dicen que Europa es muy bonita y principalmente Italia. ¿No vienen de allí las cantantes? Me olvidarás, Bentiño. ¿No habría otra manera? D.ª Gloria se muere de ganas de que salgas del seminario.

- Sí, pero se considera atada por su promesa.

A Capitú ni se le ocurría otra idea ni acababa de gustarle ésta. De camino, me

pidió que, si acaso fuese a Roma, le jurase que antes de seis meses estaría de regreso.

- Lo juro.

- ¿Por Dios?

- Por Dios, por todo. Juro que antes de seis meses estaré de regreso.

- ¿Pero y si el Papa no te hubiera eximido?

- Mando que alguien te lo diga.

- ¿Y si mintieras?

Esas palabras me dolieron mucho y no vi la manera de replicarle. Capitú organizó un jaleo, riendo y llamándome falso. Después dijo creer que yo cumpliría el juramento, pero ni aun así aceptó inmediatamente; vería si no había otro medio y quería que yo también indagase por mi parte.

Cuando regresé al seminario, se lo conté todo a mi amigo Escobar que me oyó con la misma atención y acabó con la misma tristeza que Capitú. Sus ojos, de suyo huidizos, casi me comieron observándome. De repente

le vi en el rostro un fulgor, un reflejo de idea. Y le oí decir con volubilidad:

- No, Bentiño, eso no es necesario. Hay algo mejor, no digo mejor porque el Santo Padre vale siempre más que todo, pero hay una cosa que produce el mismo efecto.

- ¿Qué es?

- Tu madre le hizo la promesa a Dios de darle un sacerdote, ¿no es eso? Pues bien, que le dé un sacerdote que no seas tú. Puede solicitar algún jovencito huérfano, hacerlo ordenar a su costa, estaría dándole un cura al altar, sin que tú...

- Entiendo, entiendo, de eso se trata.

- ¿No te parece?, continuó. Consúltaselo al protonotario; él te dirá si no es igual o, si quieres, se lo consulto yo mismo; si duda, hablamos con el Sr. obispo.

Yo, reflexionando:

- Sí, parece que es eso; realmente la promesa se cumple, al no perderse el cura.

Escobar observó que, por el aspecto

económico, la cuestión era fácil; mi madre se gastaría lo mismo que conmigo y un huérfano no necesitaría grandes comodidades. Citó la suma de los alquileres de las casas, 1.070.000 reales, además de los esclavos...

- No hay más que hablar, dije yo.

- Y saldremos juntos.

- ¿Tú también?

- Yo también. Voy a mejorar mi latín y me voy, no asistiré a teología. Ni siquiera el latín me es necesario; ¿en el comercio, para qué sirve?

- *In hoc signo vinces*, dije riendo.

Me sentía ingenioso. ¡Oh!, cómo la esperanza lo alegra todo. Escobar sonrió, pareciendo gustarle la respuesta. Después nos quedamos ensimismados, cada uno con la mirada perdida. La suya estaba así cuando volví a mi natural y le agradecí de nuevo el plan sugerido, no podía haber otro mejor. Escobar me escuchó contentísimo.

- Una vez más, dijo gravemente, la religión y la libertad hacen buena pareja.

Capítulo 97



La salida

CAPÍTULO XCVII

La salida

Todo se hizo de ese modo. Mi madre dudó un poco, pero acabó cediendo, después que el padre Cabral, habiéndole consultado al obispo, volvió a decirle que sí, que era posible. Salí del seminario a finales de año.

Tenía entonces algo más de diecisiete… Aquí debería haber llegado a la mitad del libro, pero la inexperiencia me ha hecho ir detrás de la pluma y llego casi al final del papel con lo mejor de la narración todavía por contar. Ahora no hay más remedio que llevarla a grandes zancadas, capítulo tras capítulo, pocas enmiendas, pocas reflexiones, todo resumido. Si esta página vale por meses, otras valdrán por años y así llegaremos al final.

Uno de los sacrificios que le hago a esta dura necesidad es el análisis de mis emociones de los diecisiete años. No sé si

alguna vez tuviste diecisiete años. Si los tuviste, debes saber que es la edad en la que la mitad del hombre y la mitad del niño forman un único curioso. Yo era un único curiosísimo que diría el allegado José Días, y no diría mal. Lo que esa cualidad superlativa me rindió nunca podría decirlo aquí sin caer en el error que acabo de condenar, el análisis de mis emociones de aquel tiempo es lo que entraba en mis planes. Aunque hijo del seminario y de mi madre, sentía ya debajo del recato casto ciertos impulsos de petulancia y atrevimiento; venían de la sangre, pero venían también de las mozas que en la calle o en la ventana no me dejaban vivir sosegado. Les parecía lindo y me lo decían, algunas querían admirar mi belleza más de cerca y la vanidad es un principio de corrupción.

Capítulo 98



Cinco años

CAPÍTULO XCVIII

Cinco años

Venció la razón, me fui a estudiar. Pasaron los dieciocho, los diecinueve, los veinte, los veintiuno; a los veintidós era un licenciado en Derecho.

Todo había cambiado a mi alrededor. Mi madre se había decidido a envejecer; incluso así sus cabellos blancos llegaban de mala gana, despacio y aisladamente; la toca, los vestidos, los zapatos rasos y sordos eran los mismos de siempre. Ya no andaba tanto de un lado para otro. Mi tío Cosme padecía del corazón e iba a descansar. La prima Justina sólo estaba más vieja. José Días también, no tanto como para no hacerme el honor de asistir a mi graduación y bajar conmigo de la sierra, alegre y vigoroso, como si el licenciado fuese él. La madre de Capitú había muerto, su padre se había jubilado en el mismo cargo en el que quiso dimitir de la vida.

Escobar comenzaba a comerciar con café, después de haber trabajado cuatro años en una de las principales empresas de Río de Janeiro. La prima Justina opinaba que él había alimentado la idea de invitar a mi madre a unas segundas nupcias; pero si tal idea existió, conviene no olvidar la gran diferencia de edad. Quizá él no pensase en nada más que en asociarla a sus primeras tentativas comerciales y de hecho, a petición mía, mi madre le adelantó algún dinero, que él le restituyó en cuanto pudo, no sin esta insinuación: "D.ª Gloria es usted miedosa y no tiene ambición."

La separación no nos enfrió. Terció en mi intercambio de cartas con Capitú. Desde que la vio me animó mucho en nuestro amor. Las relaciones que entabló con el padre de Sancha estrecharon las que ya tenía con Capitú e hizo que nos sirviera a ambos como amigo. Al comienzo, a ella le costó aceptarlo, prefería a José Días, pero José Días me repugnaba por un resto de respeto de la infancia. Venció Escobar; aunque avergonzada, Capitú le entregó la primera carta, que fue madre y abuela de las siguientes. Ni después de casado suspendió él el favor... Y se casó, adivina con quién, con la buena de Sancha, la amiga de Capitú,

casi hermana suya, tanto que algunas veces, escribiéndome, se refería a ella como "su cuñadita". Así se forman los afectos y los parentescos, las aventuras y los libros.

Capítulo 99



El hijo es el retrato de su padre

CAPÍTULO XCIX

El hijo es el retrato de su padre

Mi madre, cuando regresé licenciado, casi estalló de felicidad. Aún oigo la voz de José Días, recordando el evangelio de San Juan y diciendo al vernos abrazados:

- ¡Mujer, he aquí a tu hijo! ¡Hijo, he aquí a tu madre!

Mi madre, entre lágrimas:

- Hermano Cosme, es el retrato de su padre, ¿verdad?

- Sí, tiene algo, los ojos, la configuración del rostro. Es su padre, un poco más moderno, concluyó bromeando. Y dime ahora, hermana Gloria, ¿no ha sido mejor que no se obstinara en ser cura? Crees que este presumido hubiera sido un buen cura.

- ¿Cómo le va a mi sustituto?

- Va bien, se ordena el próximo año, respondió mi tío Cosme. Tendrás que asistir a su ordenación, yo también iré si mi señor corazón me lo consiente. Es bueno que te sientas en el alma de otro como si recibieses en ti mismo la consagración.

- ¡Justamente!, exclamó mi madre. Pero fíjate, hermano Cosme, fíjate si no es la figura de mi difunto. Mírame, Bentiño, mírame bien. Siempre creí que te parecías a él, ahora mucho más. El bigote lo estropea un poco...

- Sí, hermana Gloria, el bigote realmente..., pero se le parece mucho.

Y mi madre me besaba con una ternura que no sé describir. Mi tío Cosme, para alegrarla, me llamaba doctor, José Días también, todos en casa, la prima, los esclavos, las visitas, Padua, su hija y ella misma me repetían el título.

Capítulo 100



"¡Tú serás feliz, Bentiño!"

CAPÍTULO C

"¡Tú serás feliz, Bentiño!"

En mi habitación, deshaciendo la maleta y sacando el título de bachiller del estuche, iba pensando en la felicidad y en la gloria. Veía mi boda y mi carrera ilustre, mientras José Días me ayudaba, callado y diligente. Un hada invisible apareció y me dijo con voz tan tierna como cálida: "Tú serás feliz, Bentiño; tú vas a ser feliz."

- ¿Y por qué no habrías de ser feliz?, me preguntó José Días, irguiéndose y mirándome.

- ¿Lo ha oído también?, le pregunté incorporándome asombrado.

- ¿Oír qué?

- Que si ha oído una voz que decía que yo seré feliz.

- ¡Vaya por Dios! Eres tú mismo quien lo estaba diciendo...

Incluso ahora sería capaz de jurar que la voz era del hada; naturalmente las hadas, expulsadas de los cuentos y de los versos, se metieron en el corazón de las personas y hablan desde dentro hacia afuera. A ésta, por ejemplo, la he oído muchas veces clara y nítida. Debe ser prima de las hechiceras de Escocia: "¡Tú serás rey, Macbeth!"

- "¡Tú serás feliz, Bentiño!" A fin de cuentas es la misma predicción, la misma cantinela universal y eterna. Cuando volví de mi asombro, oí el resto del discurso de José Días:

- ...Has de ser feliz como mereces, así como has merecido ese diploma que está ahí, que no te lo ha regalado nadie. Las calificaciones que has sacado en todas las asignaturas son prueba de eso; te he contado ya que he oído de ti los mayores elogios de los profesores. Además la felicidad no es sólo la gloria, es también otra cosa... ¡Ah! No se lo has confiado todo al viejo José Días. El pobre José Días está ahí arrinconado, es un fruto exprimido, no vale nada; ahora prefieres a los jóvenes, los Escobares... No niego que

es un joven muy distinguido y trabajador y un marido de categoría; pero, en fin, los viejos también saben amar...

- ¿Pero de qué se trata?

- ¿De qué va a ser? ¿A quién se le oculta algo? Aquella intimidad de vecinos tenía que acabar en esto, que es verdaderamente una bendición del cielo, porque ella es un ángel, un *angelísimo*... Perdona el error, Bentiño, ha sido una manera de acentuar la perfección de esa joven. En otros tiempos pensaba lo contrario; confundía sus modales de niña con expresiones de carácter y no me di cuenta de que esa niña traviesa, y ya de ojos pensativos, era la flor caprichosa de un fruto sano y dulce... ¿Por qué no me contaste a mí también lo que todos saben y que aquí en tu casa está más que adivinado y aprobado?

- ¿De verdad mi madre lo aprueba?

- Pues claro. Hemos hablado sobre eso y me hizo el favor de pedirme mi opinión. Pregúntale lo que le dije en términos claros y positivos, pregúntale. Le dije que no podía desear mejor nuera, buena, discreta, capaz, amiga de la gente..., y un ama de casa que

no te digo más... Después de la muerte de su madre se hizo cargo de todo. Padua, ahora que se ha jubilado, lo único que hace es cobrar su salario y dárselo a su hija. Ella administra el dinero, paga las cuentas, organiza los gastos, cuida de todo, comida, ropa, luz; ya la viste el año pasado. Y en cuanto a su hermosura, tú lo sabes mejor que nadie...

- ¿Pero de verdad mi madre le ha consultado sobre nuestra boda?

- Explícitamente, no; me hizo el favor de preguntarme si Capitú sería una buena esposa; fui yo quien en mi respuesta hablé de nuera. D.ª Gloria no lo negó e incluso tuvo un atisbo de alegría.

- Mi madre siempre que me escribía me hablaba de Capitú.

- Ya sabes que se llevan muy bien y por eso su prima está cada día más contrariada. Quizá ahora se case antes.

- ¿La prima Justina?

- ¿No lo sabes? Son rumores naturalmente; pero en fin, el doctor João da

Costa enviudó hace pocos meses y dicen (no lo sé, me lo contó el protonotario), dicen que los dos están casi decididos a acabar con la viudez casándose entre ellos. Aunque todavía no haya nada, tampoco sería ningún despropósito, y eso que ella ha pensado siempre que el doctor es un saco de huesos... Si ella es un cementerio..., comentó riendo; y después en serio: digo esto de broma...

No escuché el resto. Oía sólo la voz de mi hada interior que me repetía, aunque ya sin palabras: "¡Tú serás feliz, Bentiño!" Y la voz de Capitú me dijo lo mismo, con palabras distintas y también la de Escobar y ambos me confirmaron la noticia de José Días con sus propias opiniones. En fin, mi madre, algunas semanas después, cuando fui a pedirle permiso para casarme, además de su consentimiento, me hizo la misma profecía, con las palabras propias de una madre: "¡Tú serás feliz, hijo mío!"

Capítulo 101



En el cielo

CAPÍTULO CI

En el cielo

Pues seamos felices de una vez antes de que el lector caiga en la cuenta y harto de esperar se vaya a distraerse a otra parte; casémonos. Fue en 1865, una tarde de marzo, recuerdo que llovía. Cuando llegamos al alto de la Tijuca donde estaba nuestro nido de novios, el cielo retuvo la lluvia y encendió las estrellas, no sólo las ya conocidas, sino incluso las que sólo de aquí a muchos siglos serán descubiertas. Fue una gran cortesía y no fue la única. San Pedro, que tiene las llaves del cielo, nos abrió sus puertas, nos hizo entrar y, después de tocarnos con su báculo, recitó algunos versículos de su primera epístola: "Vosotras mujeres sed sujetas a vuestros maridos... No se preocupen tanto por lucir peinados rebuscados, collares de oro y vestidos lujosos, sino el hombre que está escondido en lo íntimo del corazón. Vosotros, maridos, semejantemente, habitad

con ellas, según ciencia, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a herederas juntamente de la gracia de la vida..." Enseguida hizo un gesto a los ángeles y ellos entonaron un fragmento del *Cantar*, tan concertadamente que desmentirían la hipótesis del tenor italiano si la interpretación fuese en la tierra, pero era en el cielo. La música condecía con el texto, como si hubiesen nacido juntos, a la manera de una ópera de Wagner. Después visitamos una parte de aquel lugar infinito. Sosiégate que no haré ninguna descripción ni la lengua humana posee formas idóneas para tanto.

Al cabo, puede que todo fuese un sueño, nada más natural a un exseminarista que oír por todas partes el latín y las Escrituras. Es verdad que Capitú, que no conocía las Escrituras ni sabía latín, memorizó algunas palabras, como éstas, por ejemplo: "Bajo la sombra del deseado me senté." En cuanto a las de S. Pedro, me dijo al día siguiente que estaba de acuerdo, que yo era el único encaje y el único adorno que alguna vez se pondría. A lo que respondí que mi esposa tendría siempre los más finos encajes de este mundo.

Capítulo 102



De casada

CAPÍTULO CII

De casada

Imagina un reloj que sólo tuviese péndulo, sin esfera, de modo que no se mostrasen las horas. El péndulo iría de un lado a otro, pero ningún signo externo mostraría el paso del tiempo. Tal fue aquella semana de Tijuca.

De vez en cuando, volvíamos al pasado y nos divertíamos recordando nuestras tristezas y calamidades, pero eso mismo era un modo de no salir de nosotros. Así vivimos de nuevo nuestra larga espera de enamorados, los años de la adolescencia, la denuncia que está en los primeros capítulos, y nos reíamos de José Días que conspiró para nuestra desunión y acabó alabando nuestro consorcio. Alguna que otra vez hablábamos de bajar del alto de Tijuca, pero las mañanas convenidas eran siempre de lluvia o de sol y nosotros esperábamos un día nublado que se obstinaba en no aparecer.

No obstante, me pareció que Capitú estaba un poco impaciente por bajar. Concordaba en quedarse, pero hablaba de su padre y de mi madre, de la falta de noticias nuestras, de esto y de aquello, hasta el punto de que nos enfadamos un poco. Le pregunté si ya estaba harta de mí.

- ¿Yo?

- Eso parece.

- Siempre serás un niño, me dijo tomando mi cara entre sus manos y acercando mucho sus ojos a los míos. ¿He esperado tantos años para hartarme en siete días? No, Bentiño; digo esto porque es realmente así, creo que pueden estar deseosos de vernos e imaginarse alguna enfermedad y confieso que por mi parte me gustaría ver a mi padre.

- Pues mañana bajamos.

- No, ha de ser en un día nublado, replicó riendo.

Le tomé la palabra y la risa, pero la impaciencia continuó y bajamos con sol.

La alegría con que se puso su

sombrero de casada y el aire de casada con que me dio la mano para entrar y salir del coche y el brazo para andar por la calle, todo me mostró que la causa de la impaciencia de Capitú eran los signos externos de su nuevo estado. No le bastaba estar casada entre cuatro paredes y algunos árboles, necesitaba también del resto del mundo. Y cuando me vi abajo, pisando las calles con ella, parando, mirando, hablando, sentí lo mismo. Inventaba paseos para que me viesen, lo confirmasen y me envidiasen. En la calle, muchos se volvían curiosos, otros se paraban, algunos preguntaban: "¿Quiénes son?, y un sabihondo explicaba: "Es el doctor Santiago, que se casó hace días con aquella joven, D.ª Capitolina, después de un largo noviazgo desde niños; viven en Gloria, sus familias residen en Matacavalos." Y ambos: "¡Es un pedazo de mujer!"

Capítulo 103



La felicidad tiene buen corazón

CAPÍTULO CIII

La felicidad tiene buen corazón

Pedazo de mujer es vulgar; José Días encontró algo mejor. Fue la única persona de abajo que nos visitó en Tijuca y nos traía abrazos de los nuestros y palabras suyas, pero palabras que eran verdadera música; no las escribo aquí para ir ahorrando papel, aunque fueron deliciosas. Un día nos comparó a aves criadas en vanos contiguos del tejado. Imagina el resto, las aves exhibiendo sus alas y subiendo al cielo, pero a un cielo ahora más ancho para poder contenerlas también. No nos reímos; ambos escuchábamos conmovidos y convencidos, olvidándolo todo, desde la tarde de 1857... La felicidad tiene buen corazón.

Capítulo 104



Las pirámides

CAPÍTULO CIV

Las pirámides

José Días se dividía ahora entre mí y mi madre, alternando las cenas de Gloria con los almuerzos de Matacavalos. Todo marchaba bien. Pasados dos años de casados, salvo el disgusto grande de no tener un hijo, todo marchaba bien. Había perdido a mi suegro, es cierto, y mi tío Cosme vivía de milagro, pero la salud de mi madre era buena; la nuestra excelente.

Yo era abogado de algunas casas ricas y los procesos iban llegando. Escobar había contribuido mucho para mis comienzos en el foro. Habló con un abogado célebre para que me admitiese en su bufete y me consiguió algunas administraciones, todo espontáneamente.

Por lo demás nuestras relaciones familiares estaban perfectamente

establecidas; Sancha y Capitú continuaban su amistad de la escuela después de casadas, Escobar y yo la del seminario. Ellos vivían en Andaraí, adonde querían que fuésemos a menudo y, no pudiendo ser tanto como deseábamos, íbamos a cenar algunos domingos o ellos cenaban con nosotros. Cenar es poco. Íbamos siempre muy temprano, después del almuerzo, para disfrutar a lo largo del día y sólo nos separábamos a las nueve, diez u once, lo más tarde posible. Ahora que pienso en aquellos días en Andaraí o en Gloria, siento que la vida y el resto no sean tan resistentes como las Pirámides.

Escobar y su mujer vivían felices, tenían una hijita. En una ocasión oí hablar de una aventura del marido, cosa de teatro, con no sé qué actriz o bailarina, pero si fue cierto no provocó escándalo. Sancha era modesta, su marido trabajador. Cuando un día le dije a Escobar que sentía no tener un hijo, me respondió:

- No te preocupes. Dios te los dará cuando quiera, y si no, es que los quiere para sí y será mejor que se queden en el cielo.

- Un niño, un hijo es el complemento natural de la vida.

- Vendrá, si fuere necesario.

Pero no venía. Capitú lo pedía en sus oraciones, yo en más de una ocasión me sorprendí rezando y pidiéndolo. Ahora no era como cuando era niño, ahora pagaba anticipadamente como el alquiler de una casa.

Capítulo 105



Los brazos

CAPÍTULO CV

Los brazos

Por lo demás, todo marchaba bien. A Capitú le gustaba reír y divertirse y, en los primeros tiempos, cuando íbamos de paseo o a espectáculos, era como un pájaro que saliese de la jaula. Se arreglaba con gracia y modestia. Aunque le gustasen las joyas como a las demás jóvenes, no quería que yo le comprase muchas ni caras y un día se afligió tanto que prometí no comprarle más; pero fue por poco tiempo.

Nuestra vida era más o menos plácida. Cuando no estábamos con la familia o los amigos, o si no íbamos a algún espectáculo o sarao particular (y estos eran raros), pasábamos las noches en nuestra ventana de Gloria, mirando el mar y el cielo, la sombra de las montañas y de los navíos o la gente que pasaba por la playa. A veces le contaba a Capitú la historia de la ciudad,

otras le daba clases de astronomía; clases de aficionado, que ella escuchaba atenta y curiosa, aunque a veces dormitase un poco. Como no sabía tocar el piano, aprendió después de casada y en poco tiempo tocaba en casa de los amigos. En Gloria era una de nuestras distracciones; también cantaba, pero poco y raramente, porque no tenía voz; un día llegó a comprender que era mejor no cantar y cumplió su decisión. Le gustaba bailar y se arreglaba con esmero cuando iba a un baile; sus brazos... Sus brazos merecen un buen párrafo.

Eran bonitos y en la primera noche que los llevó desnudos a un baile no creo que los hubiera iguales en la ciudad, ni los tuyos, lectora, que entonces serían de niña, si es que habían nacido, aunque probablemente estarían todavía en el mármol, de donde proceden, o en las manos del divino escultor. Eran los más bellos de la noche, hasta el extremo de que me llenaron de orgullo. Conversaba apenas con las demás personas, sólo para verlos, aunque ellos se entrelazasen con los de las chaquetas ajenas. Ya no fue así en el segundo baile; en ése, cuando vi que los hombres no se hartaban de mirarlos, de buscarlos, casi de pedirlos y que rozaban con ellos sus mangas negras, me quedé

atormentado y enfadado. Al tercero no fui y aquí tuve el apoyo de Escobar, a quien confié cándidamente mis enfados; concordó enseguida conmigo.

- Sanchiña tampoco irá, o irá con mangas largas; lo contrario me parece indecente.

- ¿Verdad? Pero no digas el motivo o nos llamarán seminaristas. Capitú ya me ha llamado así.

No por eso dejé de contarle a Capitú la aprobación de Escobar. Sonrió y respondió que los brazos de Sanchiña estaban mal torneados, pero cedió rápidamente y no fue al baile; fue a otros, pero los llevó medio vestidos de crespón o no sé qué, que ni cubría ni descubría enteramente, como el cendal de Camoens.

Capítulo 106



Diez libras esterlinas

CAPÍTULO CVI

Diez libras esterlinas

Ya he dicho que era ahorrativa, o si no, lo digo ahora, y no sólo con el dinero, también con las cosas usadas, de las que se guardan por tradición, por recuerdo o por nostalgia. Unos zapatos, por ejemplo, unos zapatitos rasos de tiras negras que se cruzaban en el empeine y en el comienzo de la pierna, los últimos que usó antes de calzar botines, los trajo a casa y los sacaba de vez en cuando del cajón de la cómoda, con otras antiguallas, diciéndome que eran trozos de niña. A mi madre, que tenía el mismo carácter, le gustaba oír hablar y obrar así.

En lo que se refiere propiamente a las economías de dinero, contaré un caso y basta. Fue precisamente con ocasión de una lección de astronomía en la playa de Gloria. Sabes que algunas veces la hice dormitar un poco. Una noche se perdió mirando el mar,

con tal fuerza y concentración que me dio celos.

- No me escuchas, Capitú.

- ¿Yo? Te escucho perfectamente.

- ¿Qué te estaba diciendo?

- Hablabas..., hablabas de Sirio.

- ¿De qué Sirio, Capitú? Hace veinte minutos que hablé de Sirio.

- Hablabas de..., hablabas de Marte, enmendó enseguida.

Realmente era de Marte, pero estaba claro que sólo había retenido el sonido de la palabra, no el sentido. Me puse serio y me entraron deseos de abandonar la sala; Capitú, al percibirlo, se convirtió en la más mimosa de las criaturas, me tomó la mano, me confesó que había estado contando, esto es, sumando unos dineros para descubrir una cantidad que no encajaba. Se trataba de una conversión de papel en oro. Al principio supuse que se trataba de un recurso para contentarme, pero enseguida estaba yo calculando también, ahora con papel y lápiz sobre las rodillas y el resultado era la

diferencia que ella estaba buscando.

- ¿Pero qué libras son esas?, le pregunté al final.

Capitú me miró riendo y replicó que la culpa de romper el secreto era mía. Se levantó, se fue a la habitación y regresó con diez libras esterlinas en la mano; era el sobrante del dinero que yo le daba mensualmente para los gastos.

- ¿Todo esto?

- No es mucho, sólo diez libras; es lo que la avariciosa de tu mujer ha podido conseguir en algunos meses, concluyó haciendo tintinear el oro en la mano.

- ¿Quién ha sido el corredor?

- Tu amigo Escobar.

- ¿Y como no me ha dicho nada?

- Ha sido hoy mismo.

- ¿Ha estado aquí?

- Poco antes de que llegaras, no te lo había dicho para que no sospecharas.

Me dieron ganas de gastar el doble del oro en algún regalo para celebrarlo, pero Capitú me detuvo. Por el contrario, me consultó sobre lo que deberíamos hacer con aquellas diez libras.

- Son tuyas, respondí.

- Son nuestras, corrigió.

- Pues guárdalas.

Al día siguiente fui a ver a Escobar al establecimiento y me reí del secreto de ambos. Escobar sonrió y me dijo que estaba a punto de ir a mi despacho para contármelo todo. Su cuñadita (continuaba dándole ese nombre a Capitú) le había hablado de ese asunto con ocasión de nuestra última visita a Andaraí y le dijo el motivo del secreto.

- Cuando le conté esto a Sanchiña, concluyó él, se quedó asombrada: "¿Cómo Capitú puede hacer economías ahora que está todo tan caro?" – "No lo sé, sé que consiguió diez libras."

- A ver si ella aprende también.

- No lo creo; Sanchiña no es

gastadora, pero tampoco ahorrativa; con lo que le doy le basta, pero sólo le basta.

Yo, después de algunos instantes de reflexión:

- ¡Capitú es un ángel!

Escobar concordó con la cabeza, pero sin entusiasmo, como quien sentía no poder decir lo mismo de su mujer. Así pensarías tú también, tan cierto es que las virtudes de las personas próximas nos dan tal o cual vanidad, orgullo o consuelo.

Capítulo 107



Celos del mar

CAPÍTULO CVII

Celos del mar

Si no hubiese sido por la astronomía, no habría descubierto tan pronto las diez libras de Capitú; pero no vuelvo sobre ella por eso, sino para que no creas que fue la vanidad del profesor lo que me hizo sufrir con la desatención de Capitú y tenerle celos al mar. No, amigo mío. Quiero explicarte que tuve tales celos por lo que pudiera estar en la cabeza de mi mujer, no afuera o encima de ella. Es sabido que las distracciones de una persona pueden ser culpables, mitad culpables, un tercio, un quinto, un décimo culpables, ya que en materia de culpa la gradación es infinita. El recuerdo de unos simples ojos basta para mirar otros que los recuerden y se deleiten con su recuerdo. No es menester un pecado efectivo y mortal ni un intercambio de notas, ni una simple palabra, gesto, suspiro o signo aún más pequeño y leve. Un anónimo o anónima que

pase por la esquina de la calle hace que metamos a Sirio dentro de Marte y tú sabes, lector, la diferencia que hay entre uno y otro en distancia y tamaño, pero en la astronomía se pueden producir esas confusiones. Fue eso lo que me hizo palidecer, callar y querer huir de la sala para volver Dios sabe cuándo; probablemente diez minutos después. Diez minutos después, estaría yo de nuevo en la sala, junto al piano o en la ventana, continuando la lección interrumpida:

- Marte está a la distancia de...

¿A tan poco tiempo? Sí, a tan poco tiempo, a diez minutos. Mis celos eran intensos, aunque cortos; con poco lo derribaría todo, pero con el mismo poco o menos reconstruiría el cielo, la tierra y las estrellas.

Lo cierto es que me sentí más amigo de Capitú, si fuera posible; ella aun más dulce, el aire más blando, las noches más claras y Dios más Dios. Y no fueron propiamente las diez libras esterlinas las que lo produjeron ni el sentimiento de economía que revelaban y que yo conocía, sino las cautelas que Capitú empleó para descubrirme un día su celo de todos los días.

Escobar también se me hizo más cercano al corazón. Nuestras visitas se fueron haciendo más próximas y nuestras conversaciones más íntimas.

Capítulo 108



Un hijo

CAPÍTULO CVIII

Un hijo

Ni siquiera todo eso me saciaba la sed de un hijo, aunque fuese un triste hijo, pálido y delgado, pero un hijo, un hijo propio de mi persona. Cuando íbamos a Adaraí y veíamos a la hija de Escobar y Sancha, familiarmente Capitusiña, por diferenciarla de mi mujer, ya que le dieron el mismo nombre de pila, sentíamos mucha envidia. La pequeña era graciosa y gordita, parlanchina y curiosa. Sus padres, como los demás padres, contaban las travesuras y gracias de la chiquilla y nosotros, cuando regresábamos por la noche a Gloria, íbamos suspirando nuestras envidias y pidiéndole mentalmente al cielo que nos las matase...

...Las envidias murieron, las esperanzas nacieron y no tardó en venir al mundo el fruto de ellas. No era débil ni feo, como yo incluso había pedido, sino un muchachote robusto y lindo.

Mi alegría, cuando nació, no sabría expresarla; nunca la tuve igual ni creo que pueda haberla idéntica ni que de lejos o de cerca se le asemeje.

Fue un vértigo y una locura. No cantaba por la calle, por vergüenza natural, ni en casa, por no molestar a Capitú convaleciente. Tampoco me desmayaba, porque hay un dios para los nuevos padres. Afuera, vivía con el alma en el niño; en casa, con los ojos observándolo, mirándolo, preguntándole de dónde venía y cómo se parecía tanto a mí y otras varias tonterías sin palabras, pero pensadas o deliradas a cada instante. Quizá perdí algunos pleitos en el foro por descuido.

Capitú no era menos tierna con él y conmigo. Nos dábamos las manos el uno al otro y, cuando no mirábamos a nuestro hijo, hablábamos de nosotros, de nuestro pasado y de nuestro futuro. Las horas de mayor encanto y misterio eran las de amamantarlo. Cuando yo veía a mi hijo chupando la leche de su madre y toda aquella unión de la naturaleza para la nutrición y vida de un ser que no había sido nada, pero que nuestro destino decidió que lo sería y nuestra constancia y nuestro amor hicieron que

llegase a ser, me quedaba como no sé decir ni digo; positivamente no me acuerdo y sospecho que lo que dijese sería ininteligible.

Excusad las minucias. Así que no es preciso contar la dedicación de mi madre y de Sancha, que también fue a pasar con Capitú los primeros días y noches. Quise rechazar la ayuda de Sancha, me respondió que yo no tenía nada que ver con eso; también Capitú, de soltera, fue a asistirla en la calle de los Inválidos.

- ¿No te acuerdas que fuiste allí a verla?

- Me acuerdo, pero Escobar...

- Vendré a cenar con vosotros y por las noches vuelvo a Andaraí, ocho días y habrá pasado todo. Cómo se nota que eres un padre primerizo.

- Tú también, ¿dónde está la segunda?

Usábamos estas bromas en familia. Hoy que me he refugiado en mi cazurrería, no sé si aún existe ese lenguaje, pero debe existir. Escobar cumplió lo que dijo, cenaba con nosotros y se iba por la noche. Por la

tarde bajábamos a la playa o íbamos al Paseo Público, haciendo él sus cálculos y yo mis sueños. Veía a mi hijo médico, abogado, negociante, lo metía en varias universidades y bancos e incluso acepté la hipótesis de que fuera poeta. También consideré la posibilidad de que fuera político y creí que me saldría orador, un gran orador.

- Puede ser, replicaba Escobar; nadie hubiera dicho lo que llegó a ser Demóstenes.

Escobar acompañaba muchas veces mis niñerías, también interrogaba al futuro. Llegó a hablar de la hipótesis de casar al pequeño con su hija. La amistad existe; estuvo toda en las manos con que estreché las de Escobar al oír esto y en la total ausencia de palabras con la que firmé allí el pacto; éstas vinieron después de golpe, armonizadas con mi corazón que latía con gran fuerza. Acepté la idea y propuse que los encaminásemos en esa dirección, dándoles una educación igual y común y una infancia unida y perfecta.

Era mi intención que Escobar fuese padrino del pequeño, la madrina debía ser y sería mi madre. Pero la primera parte se truncó por intervención de mi tío Cosme, quien, al ver al niño, le dijo entre otros cariños:

- Anda, recibe la bendición de tu padrino, sinvergüenza.

Y, dirigiéndose a mí:

- No renuncio al privilegio y el bautizo tiene que ser pronto, antes de que mi enfermedad acabe de una vez conmigo.

Le conté discretamente el asunto a Escobar para que me comprendiese y disculpase, se rió y no se ofendió. Hizo más, quiso que el almuerzo del bautismo fuese en su chácara y así fue. Yo todavía intenté aplazar la ceremonia por si mi tío Cosme sucumbía primero a la enfermedad, pero parece que ésta molestaba más que mataba. No hubo más remedio que llevar al niño a la pila, donde se le dio el nombre de Ezequiel; era el de Escobar, porque yo quise suplir de esta manera el que no fuéramos compadres.

Capítulo 109



Un hijo único

CAPÍTULO CIX

Un hijo único

Ezequiel, aún no había sido concebido cuando comenzó el capítulo anterior; cuando acabó ya era cristiano y católico. Éste está destinado a hacer llegar a mi Ezequiel hasta los cinco años, un muchachote bonito, con sus ojos claros, ya inquietos, como si quisiesen conquistar a todas las mozas del vecindario o a casi todas.

Ahora, si consideras que él fue el único, que no vino ningún otro, cierto o incierto, muerto o vivo, uno solo y único, imaginarás las preocupaciones que nos dio, los sueños que nos quitó y los sustos que nos dieron, entre otras, las crisis de sus dientes, la menor fiebre, toda la existencia común de los niños. A todo acudíamos, según cumplía y urgía, cosa que no sería necesario decir, pero hay lectores tan obtusos, que no entienden nada si no se les relata todo y el resto. Vamos al resto.

Capítulo 110



Rasgos de la infancia

CAPÍTULO CX

Rasgos de la infancia

El resto me ocupará todavía muchos capítulos; hay vidas que necesitan menos y aun así están completas y acabadas.

A los cinco y seis años, Ezequiel no parecía desmentir mis sueños de la playa de Gloria; al contrario, se adivinaban en él todas las vocaciones posibles, desde ocioso hasta apóstol. Ocioso está aquí en el buen sentido, en el sentido de hombre que piensa y calla; se ensimismaba a veces y en eso recordaba a su madre de pequeña. Del mismo modo, se inquietaba e insistía en ir a convencer a las vecinas de que los dulces que yo le traía eran dulces de verdad; no lo hacía antes de hartarse de ellos, pero tampoco los apóstoles llevaban la buena doctrina hasta que la tenían completa en el corazón. Escobar, buen negociante, opinaba que la causa principal de esta otra inclinación tal vez fuese incitar

implícitamente a las vecinas a idéntico apostolado cuando sus padres les trajesen dulces y se reía de su propia broma y me anunciaba que lo haría su socio.

Le gustaba la música no menos que los dulces y le dije a Capitú que le sacase al piano la melodía del pregón del negro de las cocadas de Matacavalos...

- No me acuerdo.

- No me digas eso, no te acuerdas de aquel negro que vendía dulces por las tardes...

- Me acuerdo de un negro que vendía dulces, pero no de la tonada.

- ¿No te acuerdas de la letra?

- No, ni siquiera de la letra.

La lectora, que aún se acordará de la letra, dado que me habrá leído con atención, se quedará sorprendida por semejante olvido, tanto más porque le recordará las tonadas de su infancia y adolescencia; habrá olvidado alguna, porque no todo se queda en la memoria. Así me replicó Capitú y no

hallé respuesta. Hice, sin embargo, lo que ella no esperaba; corrí a mis papeles viejos. En S. Paulo, cuando yo era estudiante, le pedí a un profesor de música que me transcribiese la melodía del pregón; lo hizo con placer (me bastó repetírsela de memoria) y yo guardé el papelito, fui a buscarlo. Al poco tiempo interrumpí, con el pedacito de papel en la mano, una romanza que ella tocaba. Se lo enseñé, ella tocó las dieciséis notas.

Capitú le encontró a la tonada un sabor particular, casi delicioso, le contó al niño la historia del pregón y lo cantaba y lo tocaba. Ezequiel aprovechó la música para pedirme que desmintiese la letra, dándole algún dinero.

Hacía de médico, de militar, de actor y de bailarín. Nunca le regalé oratorios, pero eran habituales los caballos de madera y una espada a la cintura. Ya no hablo de los batallones que pasaban por la calle y que él corría a ver, todos los niños lo hacen. Pero no todos los niños tienen los ojos que él tenía. En ninguno vi las ansias de placer con que presenciaba al paso de la tropa y oía tocar la marcha de los tambores.

- ¡Mira, papá, mira!

- ¡Estoy mirando, hijo mío!

- ¡Mira el comandante! ¡Mira el caballo del comandante! ¡Mira los soldados!

Un día amaneció tocando la corneta con la mano, le regalé un cornetín de metal. Le compré soldaditos de plomo, grabados de batallas que él miraba durante mucho tiempo, queriendo que le explicase una pieza de artillería, un soldado caído, otro con la espada levantada y no apreciaba a ninguno más que al de la espada levantada. Un día (¡ingenua edad!) me preguntó impaciente:

- Pero papá, ¿por qué no deja caer la espada de una vez?

- Hijo mío, porque está pintado.

- Entonces, ¿por qué se pintó?

Me reí de la confusión y le expliqué que no era el soldado quien se había pintado en el papel, sino el grabador y tuve que explicarle también lo que era un grabador y un grabado: las curiosidades de Capitú, en suma.

Estos son los principales rasgos de su infancia: uno más y acabo el capítulo. Un

día, en la chácara de Escobar, vio un gato que llevaba un ratón en la boca. El gato no dejaba su presa ni ésta veía cómo escapar. Ezequiel no dijo nada, se paró, se agachó, y se quedó mirando. Al verlo tan atento, le preguntamos de lejos qué pasaba; nos indicó que nos calláse mos. Escobar concluyó:

- Veréis que el gato ha atrapado un ratón. Los ratones me continúan invadiendo la casa que es un horror. Vamos a ver.

Capitú quiso también ver a su hijo; los acompañé. Efectivamente, eran un gato y un ratón, asunto banal, sin interés ni gracia. La única circunstancia particular era que el ratón estaba vivo, agitando las patas y mi pequeño extasiado. Por lo demás, la escena duró poco. El gato, en cuanto sintió más gente, se dispuso a huir; el niño sin quitarle los ojos de encima, nos hizo otra señal de silencio; el silencio no podía ser mayor. Iba a decir religioso, taché la palabra, pero aquí la pongo de nuevo, no sólo por significar la totalidad del silencio, sino también porque había en aquel comportamiento del gato y del ratón algo que se relacionaba con el ritual. El único rumor eran los últimos chillidos del ratón, por lo demás debilísimos; las patas se le movían mal y desordenadamente. Un tanto harto, batí

palmas para que el gato huyese y el gato huyó. Los demás no tuvieron tiempo de detenerme, Ezequiel se quedó postrado.

- ¡Papá, por favor!

- ¿Qué pasa? El gato ya se habrá comido al ratón.

- Pues claro, pero yo quería verlo.

Los dos se rieron, incluso yo lo encontré gracioso.

Capítulo 111



Contado rápidamente

CAPÍTULO CXI

Contado rápidamente

Lo encontré gracioso y no lo niego ahora, a pesar del tiempo transcurrido, de los sucesos ocurridos y de la simpatía que le tengo al ratón; fue gracioso. No me pesa decirlo; los que aman la naturaleza como ella quiere ser amada, sin rechazos parciales ni exclusiones injustas, no ven en ella nada inferior. Me gusta el ratón, no me disgusta el gato. Ya pensé en hacerlos convivir, pero vi que son incompatibles. En verdad, uno me roe los libros, otro el queso; pero no tengo mucho que perdonarles, cuando incluso llegué a perdonar a un perro que me quitó el descanso en peores circunstancias. Contaré el caso deprisa.

Fue cuando nació Ezequiel; su madre estaba con fiebre, Sancha estaba siempre junto a ella y tres perros callejeros ladraban toda la noche. Fui en busca de la policía y

fue como si buscase al lector, que sólo ahora conoce este asunto. Entonces decidí matarlos; compré veneno, mandé hacer tres bolas de carne y yo mismo introduje en ella la droga. Salí de noche, serían la una; ni la enferma ni la enfermera podían dormir con el jaleo de los perros. Cuando me vieron, se alejaron; dos bajaron hacia la playa de Flamengo, uno se quedó a corta distancia, como esperando. Fui hacia él, silbando y chasqueando los dedos. El diablo todavía ladró, pero, confiado en la muestras de amistad, se fue callando, hasta que se calló completamente. Como continué, vino hacia mí despacio, moviendo el rabo, que es el modo que ellos tienen de reír; yo tenía ya en la mano las bolas envenenadas e iba a darle una cuando aquella risa especial, cariño, confianza, o lo que sea, me quitó las ganas; me quedé así, no sé cómo, afectado por la pena y guardé las bolas en el bolsillo. Al lector quizá le parezca que fue el olor a carne lo que indujo al perro al silencio. No digo que no, pero creo que no le quiso atribuir maldad a mi proceder y se me entregó. La conclusión es que se salvó.

Capítulo 112



Las imitaciones de Ezequiel

CAPÍTULO CXII

Las imitaciones de Ezequiel

Eso no lo haría Ezequiel. No fabricaría bolas envenenadas, supongo, pero tampoco se opondría. Lo que haría seguramente sería ir detrás de los perros, a pedradas, hasta donde le llegasen las piernas. Y si tuviese un palo, iría a palos. Capitú perdía la cabeza por aquel futuro batallador.

- No nos ha salido a nosotros, que nos gusta la paz, me dijo ella un día, aunque mi padre de joven era también así; mamá me lo contaba.

- Sí, no saldrá marica, repliqué; yo sólo le encuentro un defecto, le gusta imitar a los demás.

- ¿Imitar qué?

- Imitar los gestos, las maneras, las

actitudes; imita a la prima Justina, imita a José Días; ya le he notado incluso un parecido con los pies de Escobar y con los ojos...

Capitú se quedó pensando y mirándome y al final me dijo que sería necesario corregirlo. Ahora reparaba en que realmente era un hábito de su hijo, pero le parecía que era sólo imitar por imitar, como les ocurre a muchas personas mayores que copian las maneras de los demás, y para que no fuese más allá...

- Tampoco vamos a mortificarlo. Siempre habrá tiempo de corregirlo.

- Ciertamente, voy a intentarlo. Tú tampoco eras así, cuando te enfadabas con alguien...

- Cuando me enfadaba, estoy de acuerdo; venganzas de niño.

- Si, pero no me gustan las imitaciones en casa.

- ¿Ya entonces te gustaba yo?, le dije dándole un golpecito en la cara.

La respuesta de Capitú fue una risa

dulce de escarnio, una de esas risas que no se describen, que como mucho se pintan; después estiró los brazos y los lanzó sobre mis hombros, tan llenos de gracia que parecían (¡vieja imagen!) un collar de flores. Yo hice lo mismo con los míos y lamenté que no hubiese allí un escultor que transportara dicha actitud a un trozo de mármol. Sólo brillaría el artista, es cierto. Cuando una persona o un grupo salen bien, nadie quiere saber nada del modelo, sino de la obra, y la obra es lo que permanece. No importa, nosotros sabríamos que éramos nosotros.

Capítulo 113



Embargos de tercero

CAPÍTULO CXIII

Embargos de tercero

Por hablar de esto, es natural que me preguntes si, siendo antes tan celoso de ella, no continué siéndolo a pesar de mi hijo y de mis años. Sí señor, continué siéndolo. Continué hasta el extremo de que el menor gesto me atormentaba, la más ínfima palabra, cualquier insistencia; muchas veces sólo la indiferencia bastaba. Llegué a tener celos de todo y de todos. Un vecino, su pareja de vals, cualquier hombre, joven o maduro, me llenaba de terror o desconfianza. Es cierto que a Capitú le gustaba ser admirada y el medio más adecuado a tal fin (me lo dijo un día una señora) es mirar también y no hay forma de mirar sin mostrar que se mira.

Creo que yo le gustaba a la señora que me dijo esto y naturalmente fue por no encontrar por mi parte correspondencia a sus afectos por lo que me explicó de aquella

manera sus ojos insistentes. Otros ojos me buscaban también, no muchos, pero no digo nada sobre ellos, habiendo además confesado al principio mis aventuras venideras, aunque todavía eran venideras. En aquella época, por más mujeres bonitas que viese, ninguna recibiría la mínima parte del amor que le tenía a Capitú. A mi propia madre le bastaba con la mitad. Capitú era todo y más que todo, no vivía ni trabajaba si no era pensando en ella. Íbamos juntos al teatro; sólo recuerdo haber ido dos veces sin ella, en beneficio de un actor y a un estreno de ópera al que ella no fue porque estaba enferma, pero quiso a la fuerza que yo fuese. Era tarde para regalarle el palco a Escobar; salí, pero regresé al final del primer acto. Encontré a Escobar en la puerta del pasillo.

- Venía a hablar contigo, me dijo.

Le expliqué que había ido al teatro y que había vuelto preocupado por Capitú que se había quedado en casa enferma.

- ¿Enferma de qué?, preguntó Escobar.

- Se quejaba de la cabeza y del estómago.

- Entonces me voy. Venía para aquel asunto de los embargos...

Eran unos embargos de tercero; había ocurrido un incidente importante y, como él había cenado en la ciudad, no quiso volver a su casa sin contarme de qué se trataba, pero después de lo ocurrido me lo contaría más tarde...

- No, hablemos ahora, pasa; ella puede estar mejor. Si está peor, te vas.

Capitú estaba mejor e incluso bien. Me confesó que sólo había tenido un dolor de cabeza sin importancia, pero había simulado alguna gravedad para que yo fuese a divertirme. No hablaba con alegría, lo que me hizo sospechar que mentía para no asustarme, pero juró que era la pura verdad. Escobar sonrió y me dijo:

- Mi cuñadita está tan enferma como tú y yo. Vamos a los embargos.

Capítulo 114



En que se explica lo explicado

CAPÍTULO CXIV

En que se explica lo explicado

Antes de ir a los embargos, expliquemos todavía un punto que ya quedó explicado, pero no bien explicado. Has visto que le pedí (Cap. XC) a un profesor de música de S. Paulo que me escribiese la melodía de aquel pregón de dulces de Matacavalos. En sí la materia es irrelevante y no merece un capítulo, cuanto menos dos; pero hay materias tales que aportan enseñanzas interesantes, cuando no agradables. Expliquemos lo explicado.

Capitú y yo habíamos ¡urado no olvidar ¡amás aquel pregón; fue en un momento de gran ternura y el notario divino sabe las cosas que se ¡uran en tales momentos, él que las registra en los libros eternos.

- ¿Lo ¡uras?

- Lo juro, dijo ella extendiendo teatralmente el brazo.

Aproveché el gesto para besarle la mano, estaba todavía en el seminario. Cuando fui a S. Paulo, un día que quise recordar la tonada, vi que la estaba olvidando completamente; conseguí recordarla y fui corriendo al profesor, que me hizo el obsequio de escribirla en el pedacito de papel. Hice esto para no faltar al juramento. ¿Pero creerás que, cuando lo buscaba entre los papeles viejos, aquella noche de Gloria, tampoco me acordaba ya de la tonada ni de la letra? Me las di de cumplidor del juramento y ese fue mi pecado; olvidar, cualquiera olvida.

En realidad, nadie sabe si ha de mantener o no un juramento. ¡Cosas futuras! Por consiguiente, nuestra constitución política, transfiriendo el juramento a la afirmación simple, es profundamente moral. Acabó con un pecado terrible. Faltar al compromiso es siempre infidelidad, pero a alguien que tenga más temor de Dios que de los hombres no le importará mentir, de vez en cuando, mientras que no condene su alma al purgatorio. No confundan purgatorio con infierno, que es el eterno naufragio. El purgatorio es una casa

de empeños que presta sobre todas las virtudes, a interés alto y plazo corto. Pero los plazos se renuevan, hasta que un día una o dos virtudes medianas pagan todos los pecados grandes y pequeños.

Capítulo 115



Dudas sobre dudas

CAPÍTULO CXV

Dudas sobre dudas

Vamos ahora a los embargos... ¿Y por qué tenemos que ir a los embargos? Dios sabe lo que cuesta escribirlos, cuanto más contarlos. Del caso nuevo que Escobar me traía sólo digo lo que dije entonces, esto es, que no valía nada.

- ¿Nada?

- Casi nada.

- Entonces vale algo.

- Para reforzar las razones que ya tenemos, vale menos que el té que vas a tomar conmigo.

- Es tarde para tomar el té.

- Lo tomaremos deprisa.

Lo tomamos deprisa. Durante ese tiempo, Escobar me miraba desconfiado, como si pensase que yo rechazaba el nuevo caso para ahorrarme escribirlo; pero tal sospecha no condecía con nuestra amistad.

Cuando salió referí mis dudas a Capitú; ella las disipó con el fino arte que poseía, un modo, una gracia, únicamente suya, capaz de disipar las mismas tristezas de Olimpio.

- Sería el asunto de los embargos, concluyó; y si él vino hasta aquí, a esas horas, es que está preocupado con la demanda.

- Tienes razón.

Las palabras tiran unas de otras, hablé de otras dudas. Yo era entonces un pozo de dudas; croaban dentro de mí como verdaderas ranas, hasta el extremo de que me quitaban el sueño algunas veces. Le dije que mi madre me estaba empezando a parecer un tanto fría y distante con ella. ¡Pues también aquí se mostró el fino arte de Capitú!

- Ya te he dicho lo que es, cosas de suegra. Mamaíta tiene celos de ti; en cuanto

pasen y las nostalgias aumenten, volverá a ser lo que era. Así que note la falta de su nieto...

- Pero me ha parecido fría también con Ezequiel. Cuando viene conmigo, mamá ya no le hace las mismas fiestas.

- ¿Estará enferma?

- ¿Y se fuéramos a cenar con ella mañana?

- Vamos... No... Pues vamos.

Fuimos a cenar con mi vieja. Ya la podía llamar así, aunque sus cabellos no fuesen del todo blancos y su rostro estuviese comparativamente fresco; era una especie de juventud quincuagenaria o de ancianidad juvenil, como prefieras... Pero nada de melancolías; no quiero hablar de sus ojos húmedos, a la llegada y a la partida. Participó poco en la conversación. No es que fuera diferente de lo acostumbrado. José Días habló del casamiento y sus encantos, de la política, de Europa, de la homeopatía; mi tío Cosme de sus molestias; la prima Justina del vecindario, o de José Días, una vez que éste salió de la sala.

Cuando regresamos, por la noche, vinimos a pie, hablando de mis dudas. Capitú nuevamente me aconsejó que esperásemos. Las suegras eran todas así, llegaba un día y cambiaban. Conforme me hablaba se exacerbaba su ternura. De allí en adelante fue cada vez más dulce conmigo; no iba a esperarme a la ventana para no despertarme los celos, pero cuando subía, veía en lo alto de la escalera, entre los barrotes de la cancela, la cara deliciosa de mi amiga y esposa, risueña como en toda nuestra infancia. Ezequiel a veces estaba con ella; lo habíamos acostumbrado a que viera el ósculo de llegada y partida y él me llenaba la cara de besos.

Capítulo 116



Hijo del hombre

CAPÍTULO CXVI

Hijo del hombre

Tanteé a José Días sobre la nueva actitud de mi madre, se quedó asombrado. No había nada ni podía haber nada, tantos eran los elogios incesantes que él oía "a la bella y virtuosa Capitú".

- Ahora, cuando los oigo, entro también en el coro; pero al principio me quedaba avergonzadísimo. Para quien llegó, como yo, a renegar de este casamiento, es duro confesar que es una verdadera bendición del cielo. ¡Cuán digna señora nos salió la niña traviesa de Matacavalos! Su padre nos separó un poco, mientras no nos conocíamos, pero todo acabó bien. Pues sí señor, cuando D.ª Gloria elogia a su nuera y comadre...

- ¿Entonces mi madre?...

- ¡Perfectamente!

- ¿Pero por qué hace tanto tiempo que no nos visita?

- Creo que ha estado más achacada de sus reumatismos. Este año ha hecho mucho frío... Imagina su sufrimiento, ella, que se pasaba el día entero andando, obligada ahora a estarse quieta, junto a su hermano, que también tiene su enfermedad...

Quise manifestarle que tal razón explicaría la interrupción de las visitas, pero no su frialdad cuando íbamos a Matacavalos; pero no llevé tan lejos mi intimidad con el allegado. José Días pidió ver a nuestro "profetita" (llamaba así a Ezequiel) y le hizo las fiestas de costumbre. Esta vez habló a la manera bíblica (había estado el día anterior hojeando el libro de Ezequiel, según supe después) y le preguntaba: "¿Cómo va eso, hijo del hombre?" "¿Dime, hijo del hombre, dónde están tus juguetes?" "¿Quieres comer dulces, hijo del hombre?"

- ¿De qué hijo del hombre está usted hablando?, preguntó Capitú irritada.

- Es la manera de hablar de la Biblia.

- Pues no me gusta, replicó ella con aspereza.

- Tienes razón, Capitú, concordó el allegado. No te imaginas hasta qué punto la Biblia está llena de expresiones crudas y groseras. Yo hablaba así para variar... ¿Tú cómo estás, ángel mío? Ángel mío, ¿cómo camino yo por la calle?

- No, interrumpió Capitú; ya le estoy quitando esa costumbre de imitar a la gente.

- Pero tiene mucha gracia; a mí, cuando me imita, me parece que soy yo mismo en pequeñito. El otro día llegó a hacer un gesto de D.ª Gloria tan bien que ella le dio un beso en pago. Venga, ¿cómo ando yo?

- No, Ezequiel, dije yo, mamá no quiere.

A mí también me parecía feo ese hábito. Algunos gestos ya le iban quedando más repetidos, como el de las manos y los pies de Escobar; últimamente, incluso había copiado su modo de mover la cabeza cuando hablaba y de echarla atrás cuando reía. Capitú lo reñía. Pero el crío era travieso como el diablo; apenas comenzamos a hablar de otra cosa, saltó en medio de la sala, diciéndole a José Días:

- Tú andas así.

No pudimos dejar de reír, yo más que nadie. La primera persona que se puso seria, que lo reprendió y lo llamó, fue Capitú.

- No me gusta eso, ¿me oyes?

Capítulo 117



Amigos próximos

CAPÍTULO CXVII

Amigos próximos

Para entonces Escobar había dejado Andaraí y había comprado una casa en Flamengo, casa que todavía vi hace unos días, cuando me dieron ganas de probar si las sensaciones antiguas estaban muertas o solamente adormecidas; no puedo explicarlo bien, porque los sueños, cuando son pesados, si no fuese por la respiración, confunden vivos con difuntos. Yo respiraba un poco, pero puede que fuese por causa del mar algo agitado. En fin, pasé, encendí un puro y me encontré en el Catete; había subido por la calle de la Princesa, una calle antigua... ¡Oh calles antiguas!, ¡oh casas antiguas!, ¡oh piernas antiguas! Todos nosotros éramos antiguos y no es necesario decir que en el mal sentido, en el sentido de viejo y acabado.

Vieja es la casa, pero no le habían cambiado nada. Ni siquiera sé si todavía

tiene el mismo número. No digo qué número para que no vayáis a indagar y a rebuscar en la historia. No es que Escobar viva todavía allí o viva siquiera; murió poco después, de un modo que contaré. Mientras vivió, ya que estábamos tan próximos, teníamos por así decir una sola casa, yo vivía en la de él, él en la mía, y el trozo de playa entre Gloria y Flamengo era como un camino de uso propio y particular. Me hacía pensar en las dos casas de Matacavalos, con su muro de por medio.

Un historiador de nuestra lengua, creo que João de Barros, pone en boca de un rey bárbaro una frase dudosa; cuando los portugueses proponían levantar a su lado una fortaleza, decía el rey que los buenos amigos debían estar lejos unos de los otros, no cerca, para que no se enfadasen como las aguas del mar que batían furiosas en la roca que desde allí divisaban. Que la sombra del escritor me perdone si yo dudo de que el rey dijese esa frase ni que sea verdadera. Probablemente fue el mismo escritor quien se la inventó para embellecer el texto, y no lo hizo mal, porque es bonita; realmente es bonita. Yo creo que entonces el mar batía en la piedra como es su costumbre desde Ulises y desde antes. Ahora, que la comparación sea verdadera, apuesto a que no.

Seguramente hay enemigos contiguos, pero también hay amigos próximos y de corazón. Y el escritor olvidaba (salvo si aún no era de su época), olvidaba el adagio: ojos que no ven, corazón que no siente. No podíamos tener ahora más cerca nuestros corazones. Nuestras mujeres vivían una en casa de otra, pasábamos las noches aquí o allí conversando, jugando o mirando al mar. Los dos pequeños pasaban días a veces en Flamengo, a veces en Gloria.

Cuando reparé en que podía suceder entre ellos lo que había sucedido entre Capitú y yo, todos lo encontraron razonable, y Sancha añadió que incluso ya se iban pareciendo. Yo expliqué:

- No, es porque Ezequiel imita los gestos de los demás.

Escobar concordó conmigo e insinuó que algunas veces los niños que se frecuentan mucho acaban pareciéndose entre sí. Asentí con la cabeza, como me sucedía en los asuntos que yo no sabía ni bien ni mal. Todo era posible. Lo cierto es que ellos se querían mucho y podrían acabar casados, pero no acabaron casados.

Capítulo 118



La mano de Sancha

CAPÍTULO CXVIII

La mano de Sancha

Todo acaba, lector; es una vieja perogrullada, a la que se puede añadir que no todo lo que dura, dura mucho tiempo. Esta segunda parte no encuentra seguidores fácilmente; por el contrario, la idea de que un castillo de aire dura más que el mismo aire de que está hecho, difícilmente se borrará de la mente y es bueno que así sea, para que no se pierda la costumbre de esas construcciones casi eternas.

Nuestro castillo era sólido, pero un domingo... En la víspera habíamos pasado la noche en Flamengo, no sólo los dos matrimonios inseparables, sino también el allegado y la prima Justina. Entonces Escobar, hablándome por la ventana, me dijo que fuésemos allí a cenar al día siguiente; necesitábamos hablar en familia de un proyecto, un proyecto para los cuatro.

- ¿Para los cuatro? Una contradanza.

- No, no eres capaz de adivinar de qué se trata ni te lo voy a decir. Ven mañana.

Sancha no apartaba sus ojos de nosotros durante la conversación al lado de la ventana. Cuando su marido se fue, vino a hablar conmigo. Me preguntó de que estábamos hablando, le dije que de un proyecto que yo desconocía, ella me pidió que le guardase el secreto y me reveló de qué se trataba: un viaje a Europa dentro de dos años. Me lo dijo de espaldas al interior de la casa, casi suspirando. El mar batía con gran fuerza en la playa, había resaca.

- ¿Vamos a ir todos? Pregunté finalmente.

- Naturalmente.

Sancha levantó la cabeza y me miró con tanto placer que a mí, gracias a sus relaciones con Capitú, me hubiera sido indiferente besarla en la frente. Sin embargo, los ojos de Sancha no invitaban a expresiones fraternales, parecían calientes y buscaban intimidad, decían otra cosa y no pasó mucho tiempo sin que se apartasen de la ventana,

donde yo me quedé, pensativo, mirando el mar. La noche era clara.

Desde allí mismo busqué junto al piano los ojos de Sancha; los encontré en el camino. Se pararon los cuatro y se quedaron unos frente a otros, esperando que los otros pasasen, pero no pasaban. Es lo que ocurre entre dos obstinados en la calle. La prudencia nos separó, yo volví a mirar hacia afuera. Y colocado así comencé a escarbar en mi memoria si alguna vez la había mirado con la misma expresión, pero me quedé en la duda. Tuve una sola certeza, y es que un día pensé en ella como se piensa en una bella desconocida que pasa; pero entonces podría ocurrir que ella, adivinándolo... Quizá el simple pensamiento se me hubiese manifestado exteriormente y ella me hubiese huido irritada o retraída, pero ahora por una fuerza irresistible... Irresistible; esta palabra fue como una bendición del cura en la misa, que las personas reciben y repiten para sí mismas.

- El mar mañana estará como para desafiar a cualquiera, dijo la voz de Escobar, junto a mí.

- ¿Te atreverás mañana a bañarte?

- Me he bañado con mares peores y mucho peores. No te imaginas lo que es el mar en un momento tempestuoso. Es necesario nadar bien como yo y tener estos pulmones, dijo golpeándose el pecho, y estos brazos; toca.

Le palpé los brazos, como si fuesen los de Sancha. Me cuesta esta confesión, pero no puedo suprimirla; sería amputar la verdad. No sólo los palpé con esa idea, sino que incluso sentí otra cosa: los encontré mas gruesos y fuertes que los míos y los envidié, añádele a eso que sabían nadar.

Cuando salimos, volví a hablarle con los ojos a la dueña de la casa. Su mano estrechó la mía con fuerza y se demoró más que de costumbre.

La modestia pedía entonces, como ahora, que yo viese en aquel gesto de Sancha una sanción al proyecto de su marido y un agradecimiento. Así debería ser, pero una corriente singular que me estremeció el cuerpo mudó la conclusión que he escrito. Sentí aún los dedos de Sancha estrechando los míos. Fue un instante de vértigo y de pecado. Pasó deprisa en el reloj del tiempo, cuando me acerqué el reloj al oído

funcionaban sólo los minutos de la virtud y la razón.

- ...Una señora deliciosísima, concluyó José Días un discurso que venía haciendo.

- ¡Deliciosísima!, repetí con algún ardor, que moderé inmediatamente, corrigiéndome: Realmente, ¡una bonita noche!

- Como deben ser todas las de esa casa, continuó el allegado. Aquí afuera no, aquí el mar está enojado, escucha.

Se oía el mar fuerte, como ya se oía desde dentro de la casa, la resaca era grande y a distancia se veían crecer las olas. Capitú y la prima Justina, que iban delante, se detuvieron en una de las curvas de la playa y continuamos conversando los cuatro, pero yo apenas conversaba. No había manera de olvidar completamente la mano de Sancha ni las miradas que intercambiamos. Ahora les encontraba esto, ahora aquello. Los instantes del diablo se intercalaban en los minutos de Dios y el reloj fue así marcando alternativamente mi perdición y mi salvación. José Días se despidió de nosotros en la puerta. La prima Justina se quedó a dormir

en nuestra casa; se iría al día siguiente, después del almuerzo y de la misa. Yo me recogí en mi despacho, donde permanecí más que de costumbre.

El retrato de Escobar, que yo tenía allí junto al de mi madre, me habló como si fuese su propia persona. Combatí sinceramente los impulsos que traía de Flamengo, rechacé la figura de la mujer de mi amigo y me llamé desleal. Además, ¿quién me afirmaba que hubiese alguna intención de ese tipo en el gesto de la despedida y en los anteriores? Todo podía relacionarse con el interés de nuestro viaje. Sancha y Capitú eran tan amigas que sería un placer más para ellas ir juntas. Aun cuando hubiese alguna intención sexual, ¿quién me probaría que no era más que una sensación fulgurante, destinada a morir con la noche y el sueño? Hay remordimientos que no nacen de otro pecado ni tienen mayor duración. Me aferré a esta hipótesis que se conciliaba con la mano de Sancha, que yo sentía de memoria dentro de mi mano, caliente y demorada, estrechada y estrechando...

Sinceramente, yo me encontraba mal entre mi amigo y aquella atracción. La timidez puede que fuese otra causa de aquella crisis;

no sólo el cielo nos da nuestras virtudes, la timidez también, sin contar el acaso, pero el acaso es un mero accidente; su mejor origen es el cielo. Sin embargo, como la timidez viene del cielo, que nos da la complexión, la virtud, hija de ella, tiene genealógicamente la misma sangre celestial. Así hubiera reflexionado yo, si hubiera podido; pero al principio vagué sin rumbo. Pasión no era, ni inclinación. ¿Sería capricho? Al cabo de veinte minutos era nada, enteramente nada. El retrato de Escobar pareció hablarme, vi su gesto franco y sencillo, negué con la cabeza y fui a acostarme.

Capítulo 119



¡No hagas eso, querida!

CAPÍTULO CXIX

¡No hagas eso, querida!

La lectora que es mi amiga y ha abierto este libro con el fin de descansar de la cavatina de ayer para el vals de hoy, al ver que bordeamos un abismo, quiere cerrarlo de golpe. No hagas eso querida; cambiaré de rumbo.

Capítulo 120



Los autos

CAPÍTULO CXX

Los autos

A la mañana siguiente me desperté libre de las abominaciones del día anterior; las llamé alucinaciones, tomé café, hojeé los periódicos y fui a estudiar unos autos. Capitú y la prima Justina habían salido para la misa de nueve en Lapa. La figura de Sancha desapareció completamente en medio de las alegaciones de la parte contraria, que yo iba leyendo en los autos, alegaciones falsas, inadmisibles, sin fundamento en la ley ni en la jurisprudencia. Vi que era fácil ganar la demanda; consulté a Dalloz, Pereira y Sousa...

Sólo una vez miré el retrato de Escobar. Era una bella fotografía hecha un año antes. Estaba de pie, chaqueta abotonada, la mano izquierda en el respaldo de una silla, la derecha en el pecho, la mirada a lo lejos hacia la izquierda del espectador. Tenía garbo

y naturalidad. El marco que le hice poner no ocultaba la dedicatoria, escrita debajo, no en el reverso: "A mi querido Bentiño de su querido Escobar. 20-4-70." Estas palabras me refrendaron los pensamientos de aquella mañana y destruyeron los recuerdos del día anterior. En aquel tiempo mi vista era buena y podía leerlas desde el lugar en el que estaba. Volví a los autos.

Capítulo 121



La catástrofe

CAPÍTULO CXXI

La catástrofe

En lo mejor de ellos, oí pasos precipitados en la escalera, el timbre sonó, sonaron palmas, golpes en la cancela, voces, acudieron todos, acudí yo mismo. Era un esclavo de la casa de Sancha que me llamaba:

- Vaya allí..., señor nadando, señor muriendo.

No dijo nada más, o yo no oí el resto. Me vestí, le dejé recado a Capitú y corrí a Flamengo.

Por el camino fui adivinando la verdad. Escobar se fue a nadar como solía hacer, se atrevió un poco más lejos que de costumbre a pesar del mar bravío, fue atrapado y murió. Las canoas que acudieron apenas pudieron recuperar su cadáver.

Capítulo 122



El entierro

CAPÍTULO CXXII

El entierro

La viuda... Os ahorro las lágrimas de la viuda, las mías, las de las otras personas. Salí de allí cerca de las once; Capitú y la prima Justina me esperaban, una con el aspecto abatido y estupefacto, la otra apenas fastidiada.

- Id a acompañar a la pobre Sanchiña que yo me ocuparé del entierro.

Así lo hicimos. Quise que el entierro fuese pomposo y la afluencia de los amigos fue numerosa. Playa, calles, plaza de Gloria, todo eran coches, muchos de ellos particulares. Como la casa no era grande, no podían caber todos; muchos estaban en la playa, hablando del desastre, señalando el lugar en el que Escobar había fallecido, oyendo referir la llegada del cadáver. José Días oyó también hablar de los negocios del

finado, divergiendo algunos en la valoración de sus bienes, pero estando de acuerdo en que el pasivo debía ser pequeño. Elogiaban las cualidades de Escobar. Algunos discutían sobre el reciente gobierno de Rio Branco; estábamos en marzo de 1871. Nunca se me ha olvidado ni el mes ni el año.

Como había resuelto hablar en el cementerio, escribí algunas líneas y se las mostré a José Días en casa y las encontró realmente dignas del difunto y de mí. Me pidió el papel, recitó lentamente el discurso, sopesando las palabras y confirmó su primera opinión; por Flamengo se difundió la noticia. Algunos conocidos vinieron a preguntarme:

- ¿Hablará usted?

- Diré cuatro palabras.

Pocas más serían. Las había escrito con recelo de que la emoción me impidiese improvisar. En el tílburi en el que anduve una o dos horas no hacía más que recordar la época del seminario, mis relaciones con Escobar, nuestra simpatía, nuestra amistad, comenzada, continuada y nunca interrumpida, hasta que un lance de la fortuna hizo que se

separararan para siempre dos criaturas que prometían estar por mucho tiempo unidas. De vez en cuando me secaba los ojos. El cochero aventuró dos o tres preguntas sobre mi estado de ánimo; sin sonsacarme nada, continuó su trabajo. Llegando a casa vertí aquellas emociones sobre el papel, ése sería mi discurso.

Capítulo 123



Ojos de resaca

CAPÍTULO CXXIIII

Ojos de resaca

Finalmente llegó la hora del responso y de la partida. Sancha quiso despedirse de su marido y la desesperación de aquel acontecimiento nos consternó a todos. Muchos hombres también lloraban; las mujeres, todas. Sólo Capitú, amparando a la viuda, parecía dominarse a sí misma. Consolaba a la otra, quería sacarla de allí. La confusión era general. En medio de ella, Capitú miró algunos instantes hacia el cadáver, con la mirada tan fija, tan apasionadamente fija, que no es de extrañar que se le saltasen algunas lágrimas pocas y calladas...

Las mías cesaron enseguida. Me quedé mirando las de ella; Capitú se las secó deprisa, mirando furtivamente hacia la gente que estaba en la sala. Redobló las caricias a su amiga e intentó llevársela, pero el cadáver

parecía también retenerla. Hubo un momento en que los ojos de Capitú miraron al difunto como los de la viuda, sin su llanto ni sus palabras, pero grandes y abiertos, como la ola del mar allí afuera, como si quisiese tragarse también al nadador de la mañana.

Capítulo 124



El discurso

CAPÍTULO CXXIV

El discurso

- Vamos, ya es el momento...

Era José Días que me conminaba a cerrar el ataúd. Lo cerramos y yo agarré una de las argollas; estalló el clamor final. Palabra que, cuando llegué a la puerta, vi el sol claro, una multitud de personas y coches, las cabezas descubiertas, tuve uno de esos impulsos que nunca se llevan a cabo: tirar a la calle el ataúd, difunto incluido. En el coche le dije a José Días que se callase. En el cementerio tuve que repetir la ceremonia de la casa, desatar las correas y ayudar a llevar el féretro a la sepultura. Imagina lo que me costó. Bajado el cadáver a la sepultura, me trajeron la cal y la pala; conoces eso, habrás ido a más de un entierro, pero lo que no sabes ni puede saber ninguno de tus amigos, lector, o cualquier otro extraño, es la crisis que me afectó cuando vi todos los ojos clavados en mí, los pies quietos,

los oídos atentos y, al cabo de algunos instantes de silencio total, un susurro vago, algunas voces interrogativas, señales, y alguien, José Días, que me decía al oído:

- Habla ya.

Era el discurso. Querían el discurso. Tenían derecho al discurso anunciado. Maquinalmente me metí la mano en el bolsillo, saqué el papel y lo leí a trompicones, no todo, ni seguido ni claro; la voz me parecía que entraba en lugar de salir, las manos me temblaban. No era sólo la emoción nueva lo que me producía eso, era el propio texto, los recuerdos del amigo, las nostalgias confesadas, los elogios a su persona y a sus méritos; todo lo que yo estaba obligado a decir y decía mal. Al mismo tiempo, temiendo que me adivinasen la verdad, luchaba por esconderla bien. Creo que pocos me oyeron, pero la actitud general fue de comprensión y de aprobación. Me estrechaban la mano con solidaridad; algunos decían: "¡Muy bonito!", ¡muy bien!, ¡magnífico! A José Días le pareció que la elocuencia había estado a la altura de la piedad. Un hombre, que me pareció periodista, me pidió permiso para llevarse el manuscrito e imprimirlo. Sólo mi gran turbación pudo negar un obsequio tan sencillo.

Capítulo 125



Una comparación

CAPÍTULO CXXV

Una comparación

Príamo se creía el más infeliz de los hombres por besar la mano de quien mató a su hijo. Homero lo relata y es un buen autor, a pesar de contarlo en verso, pero hay narraciones exactas en verso y hasta en malos versos. Compara tú la situación de Príamo con la mía; yo acababa de alabar las virtudes del hombre que había recibido, difunto, aquellos ojos... Es imposible que algún Homero no sacase de mi situación mucho mejor partido; o cuanto menos, igual. No digas que nos faltan Homeros por el motivo apuntado por Camoens; no señor, es cierto que nos faltan, pero es porque los Príamos buscan la sombra y el silencio. Las lágrimas, si las tienen, se las enjugan detrás de la puerta, para que sus caras aparezcan limpias y serenas; sus discursos son más de alegría que de melancolía y todo ocurre como si Aquiles no hubiera matado a Héctor.

Capítulo 126



Cavilando

CAPÍTULO CXXVI

Cavilando

Poco después de salir del cementerio rompí mi discurso y tiré los pedazos por la portezuela, pese a los esfuerzos de José Días para impedirlo.

- No sirve para nada, le dije, y, como puedo tener la tentación de darlo a imprimir, ya está destruido de una vez. No sirve, no vale nada.

José Días me demostró largamente lo contrario, después elogió el entierro y por último hizo el panegírico del muerto, un alma grande, espíritu activo, corazón recto, amigo, buen amigo, digno de la esposa amantísima que Dios le había dado...

En ese momento del discurso, lo dejé hablar solo y comencé a cavilar conmigo mismo. Lo que cavilé fue tan oscuro y confuso

que no me permitió hacer pie. En Catete mandé parar el coche y le dije a José Días que fuese a buscar a las señoras a Flamengo y las llevase a casa, yo iría a pie.

- Pero...

- Voy a hacer una visita.

El motivo era acabar de cavilar y tomar una decisión que fuera adecuada al momento. El coche iría más deprisa que las piernas; éstas irían pausadas o no, yo podía aflojar el paso, parar, desviarme del camino y dejar que la cabeza cavilase libremente. Fui andando y cavilando. Ya había comparado el gesto de Sancha en la víspera con la desesperación de aquel día, eran irreconciliables. La viuda era realmente amantísima. Así se desvaneció completamente la ilusión de mi vanidad. ¿No me pasaría lo mismo con Capitú? Traté de recuperar sus ojos, la posición en que la vi, la aglomeración de personas que tenía naturalmente que imponerle el disimulo, si hubiese algo que disimular. Lo que aquí se expresa por orden lógico y deductivo, había sido antes una barahúnda de ideas y sensaciones, gracias a las sacudidas del coche y a las interrupciones de José Días. Ahora, sin

embargo, razonaba y recordaba claramente y bien. Concluí que lo que me ofuscaba todavía y me hacía desvariar como siempre era la antigua pasión.

Cuando llegué a esta conclusión final, llegaba también a la puerta de mi casa, pero volví hacia atrás y subí otra vez la calle del Catete. ¿Eran las dudas que me atormentaban o la necesidad de preocupar a Capitú con mi gran retraso? Pongamos que eran las dos causas; anduve un largo espacio hasta que me sentí sosegado y me dirigí a casa. Daban las ocho en una panadería.

Capítulo 127



El barbero

CAPÍTULO CXXVII

El barbero

Cerca de casa había un barbero que me conocía de vista, amaba el rabel y no tocaba del todo mal. En el momento en que iba pasando, interpretaba no sé qué pieza. Me paré a oírlo en la calzada (todo son pretextos para un corazón angustiado), él me vio y continuó tocando. No atendió a un cliente ni después a otro, que fueron allí, pese a la hora y a ser domingo, a confiarles sus caras a la navaja. Los perdió sin perder una nota; estaba tocando para mí. Esta consideración me hizo llegar explícitamente a la puerta del establecimiento, mirándolo de frente. En el fondo, levantando la cortina de algodón que cerraba el interior de la casa, vi aparecer a una moza trigueña, vestido claro, flor en el pelo. Era su mujer; creo que me descubrió desde dentro y vino a agradecerme con su presencia el favor que yo le hacía a su marido. Si no me equivoco,

llegó a decirlo con los ojos. En cuanto a su marido, tocaba ahora con más calor; sin ver a su mujer, sin ver a sus clientes, pegaba la cara al instrumento, pasaba el alma al arco y tocaba, tocaba...

¡Divino arte! Ya se iba formando un grupo, dejé la puerta del establecimiento y vine andando a casa; seguí por el pasillo y subí las escaleras sin estrépito. Nunca se me ha olvidado el caso de este barbero, o por estar ligado a un momento grave de mi vida, o por la siguiente máxima que los compiladores pueden sacar de aquí e insertar en los compendios de escuela. La máxima es que la gente olvida despacio las buenas acciones que practica, aunque realmente no las olvida nunca. ¡Pobre barbero!, perdió dos barbas aquella noche, que eran su pan del día siguiente, todo para ser oído por un transeúnte. Supón ahora que éste, en vez de irse como yo me fui, se quedase en la puerta a oírlo y a enamorarle a su mujer; mientras que él, todo arco, todo rabel, tocaría desesperadamente. ¡Divino arte!

Capítulo 128



Puñado de sucesos

CAPÍTULO CXXVIII

Puñado de sucesos

Como iba diciendo, subí la escaleras sin estrépito, empujé la cancela, que estaba apenas ajustada y me encontré a la prima Justina y a José Días jugando a las cartas en el saloncito próximo. Capitú se levantó del canapé y se me acercó. Su rostro era ahora sereno y puro. Los otros suspendieron el juego y todos hablamos del desastre y de la viuda. Capitú censuró la imprudencia de Escobar y no disimuló la tristeza que le producía el dolor de su amiga. Le pregunté por qué no se había quedado con Sancha esa noche.

- Hay mucha gente allí; de todos modos me ofrecí, pero no quiso. También le dije que era mejor que se viniese aquí y pasase unos días con nosotros.

- ¿Tampoco quiso?

- Tampoco.

- Pero la vista del mar debe serle penosa, todas las mañanas, ponderó José Días, y no sé cómo podrá...

- Pero pasará; ¿habrá algo que no pase?, interrumpió la prima Justina.

Y en torno a esta idea comenzamos un intercambio de palabras, Capitú salió para ver si el niño dormía. Al pasar frente al espejo, se arregló los cabellos tan demoradamente que parecería afectación si no supiésemos que era muy femenina. Cuando regresó traía los ojos enrojecidos; nos dijo que, al mirar al niño durmiendo, había pensado en la hijita de Sancha y en la aflicción de la viuda. Y sin preocuparse por nadie ni reparar en si había algún criado me abrazó y me dijo que, si quería preocuparme por ella, sería mejor que primero me preocupara por mi vida. José Días halló la frase "lindísima" y le preguntó a Capitú por qué no hacía versos. Intenté suscitar una discusión sobre el asunto y así acabamos la noche.

Al día siguiente, me arrepentí de haber rasgado el discurso, no porque quisiese darlo a imprimir, sino porque era un recuerdo del

finado. Pensé en reconstruirlo, pero sólo hallé frases sueltas, que, una vez juntas, no tenían sentido. También pensé en hacer otro, pero era ya difícil y podía ser sorprendido en falso por quienes me habían oído en el cementerio. En cuanto a recoger los pedacitos de papel tirados a la calle, era tarde, estarían ya barridos.

Inventarié los recuerdos de Escobar, libros, un tintero de bronce, un bastón de marfil, un pájaro, el álbum de Capitú, dos paisajes del Paraná y otros. Él también poseía recuerdos míos. Pasábamos la vida así, intercambiando recuerdos y regalos, ya en los cumpleaños, ya sin una razón en especial. Todo eso me empañaba los ojos... Llegaron los periódicos del día: daban la noticia del desastre y de la muerte de Escobar, sus estudios y sus negocios, sus cualidades personales, la simpatía de los comerciantes y también hablaban de los bienes que había dejado, de su mujer y de su hija. Todo eso fue el lunes. El martes se abrió el testamento, que me nombraba segundo albacea; el primero le cabía a su mujer. No me dejaba nada, pero las palabras que me había escrito en carta aparte eran sublimes de amistad y estima. Capitú esta vez lloró mucho, pero se recompuso enseguida.

Testamento, inventario, todo anduvo casi tan deprisa como aquí quedó dicho. Al cabo de poco tiempo, Sancha se retiró a casa de sus parientes en Paraná.

Capítulo 129



A D.ª Sancha

CAPÍTULO CXXIX

A D.ª Sancha

A D.ª Sancha le pido que no lea este libro; o, si lo hubiese leído hasta aquí, que abandone el resto. Basta cerrarlo; mejor sería quemarlo, para no tener la tentación de abrirlo otra vez. Si, a pesar del aviso, quisiera seguir hasta el final, la culpa es suya; no respondo por el daño que sufra. El que ya le haya hecho, al contar los sucesos de aquel sábado, acabó desde que los acontecimientos, y yo con ellos, desmentimos mi ilusión; pero lo que desde ahora la alcance, eso es indeleble. No, amiga mía, no leas más. Ve envejeciendo sin marido ni hija, yo hago lo mismo, y es lo mejor que uno puede hacer después de la juventud. Un día iremos desde aquí hasta la puerta del cielo, donde nos encontraremos renovados, como las plantas nuevas, *come piante novelle,*

Rinovellate di novelle fronde.

El resto en Dante.

Capítulo 130



Un día . . .

CAPÍTULO CXXX

Un día...

Un día Capitú quiso saber lo que me hacía estar callado y disgustado. Y me propuso ir a Europa, Minas, Petrópolis, una serie de bailes, mil de esos remedios aconsejados a los melancólicos. Yo no sabía qué responderle; rechacé las diversiones. Como insistió, le repliqué que mis negocios marchaban mal. Capitú sonrió para animarme. ¿Y qué pasaba porque anduviesen mal? Volverían a marchar bien y hasta entonces venderíamos las joyas y los objetos de algún valor e iríamos a residir en algún callejón. Viviríamos sosegados y olvidados, después saldríamos de nuevo a la superficie. La ternura con que me lo dijo era como para conmover a las piedras. Pues ni por esas. Le respondí secamente que no era preciso vender nada. Me quedé callado y disgustado. Me propuso jugar a las cartas o a las damas, un paseo a pie, una visita a Matacavalos; y,

como yo no aceptaba nada, se fue a la sala, abrió el piano y comenzó a tocar; yo aproveché su ausencia, agarré el sombrero y salí.

...Perdón, pero este capítulo debería ir precedido de otro en el que contase un incidente, ocurrido pocas semanas antes, dos meses después de la partida de Sancha. Voy a escribirlo; podría anteponerlo a éste, antes de mandar el libro a la imprenta, pero cuesta mucho alterar los números de las páginas; se queda así, después la narración seguirá directa hasta el final. Además, es corto.

Capítulo 131



Anterior al anterior

CAPÍTULO CXXXI

Anterior al anterior

El caso es que mi vida era otra vez dulce y plácida, el despacho de abogado me rendía bastante. Capitú estaba más bella, Ezequiel iba creciendo. Comenzaba el año de 1872.

- ¿Has reparado en que Ezequiel tiene en los ojos una expresión rara?, me preguntó Capitú. Sólo he visto dos personas así, un amigo de mi padre y el difunto Escobar. Mira, Ezequiel; mira fijamente, así, vuélvete hacia papá, no necesitas girar los ojos, así...

Era después de cenar; estábamos todavía en la mesa, Capitú jugaba con su hijo, o él con ella, o el uno con el otro, porque en verdad se querían mucho, pero también es cierto que él me quería todavía más a mí. Me aproximé a Ezequiel, vi que Capitú tenía razón; eran los ojos de Escobar, pero no me

parecieron raros por eso. A fin de cuentas no habría más de media docena de expresiones en el mundo y muchas semejanzas se darían naturalmente. Ezequiel no entendió nada, miró sorprendido hacia ella y hacia mí y al final me abrazó:

- ¿Papá, vamos a pasear?

- De acuerdo, hijo mío.

Capitú, indiferente a ambos, miraba ahora hacia el otro lado de la mesa; pero, cuando le dije que, en belleza, los ojos de Ezequiel se parecían a los de su madre, Capitú sonrió, moviendo la cabeza con un aire que nunca vi en ninguna mujer, probablemente porque nunca me gustaron tanto las demás. Las personas valen por el afecto que se les tiene y de ahí que maese Pueblo sacara aquel adagio de que quien ama lo feo, bonito le parece. Capitú tenía media docena de gestos únicos en la tierra. Aquél me entró muy dentro del alma. Así queda explicado que yo corriese hacia mi esposa y amiga y le cubriese la cara de besos, pero este otro incidente no es estrictamente necesario para la comprensión del capítulo pasado y de los futuros; quedémonos en los ojos de Ezequiel.

Capítulo 132



El boceto y la pintura

CAPÍTULO CXXXII

El boceto y la pintura

No sólo los ojos, también las restantes facciones, la cara, el cuerpo, la persona entera, se iban definiendo con el tiempo. Eran como un boceto primitivo que el artista va rellenando y coloreando poco a poco y la figura comienza a ver, sonreír, palpitar, a casi hablar, hasta que su familia cuelga el cuadro en la pared, en memoria de lo que fue y ya no puede ser. Aquí podía ser y era. La costumbre fue muy útil contra el resultado del cambio; pero el cambio se hizo, no a la manera del teatro; se hizo como la mañana que apunta vagarosa, primero la posibilidad de que se pueda leer una carta, después se lee la carta en la calle, en la casa, en el despacho, sin abrir las ventanas; la luz filtrada por la persianas basta para distinguir las letras. Leí la carta, mal al principio y no toda, después fui leyendo mejor. La rehuía, es cierto, me metía el papel en el bolsillo,

corría a casa, me encerraba, no abría las cristaleras, llegaba a cerrar los ojos. Cuando nuevamente abría los ojos y la carta, la letra era clara y la noticia clarísima.

Escobar venía así surgiendo de la sepultura, del seminario y de Flamengo para sentarse conmigo en la mesa, recibirme en la escalera, besarme en el despacho por la mañana o pedirme por la noche la bendición de costumbre. Todas esas acciones eran repulsivas; yo las toleraba y las practicaba para no descubrirme a mí mismo y al mundo. Pero lo que pudiese disimularle al mundo no me lo podía disimular a mí, que vivía más cerca de mí que nadie. Cuando la madre o el hijo no estaban conmigo mi desesperación era grande y yo juraba matarlos a ambos, ya de golpe, ya despacio, para dividir por el tiempo de su muerte todos los minutos de mi vida ensombrecida y amargada. Cuando, sin embargo, volvía a casa y veía en lo alto de la escalera a la criaturita que me quería y me esperaba, me quedaba desarmado y difería el castigo de un día para otro.

Lo que ocurría entre Capitú y yo en aquellos días sombríos, no se notará aquí, por ser tan pequeño y repetido y ya tan distante que no se podría contar sin omisión

ni cansancio. Pero diré lo principal. Y lo principal es que nuestras tormentas eran ahora continuas y terribles. Antes de haber descubierto aquella mala tierra de la verdad, tuvimos otras de corta duración; no tardaba el cielo en volverse azul, el sol claro y el mar sereno, por donde abríamos nuevamente las velas que nos llevaban a las islas y costas más bellas del universo, hasta que otro golpe de viento lo desbarataba todo y nosotros, capeándolo, esperábamos otra bonanza, que no era tardía ni vacilante, antes bien, total, próxima y firme.

Discúlpame estas metáforas; huelen al mar y a la marea que dieron muerte a mi amigo y comblezo Escobar. Huelen también a los ojos de resaca de Capitú. Así, aunque siempre fui hombre de tierra, cuento esa parte de mi vida como un marino contaría su naufragio.

Ya entre nosotros sólo faltaba pronunciar la última palabra; la leíamos, sin embargo, uno en los ojos del otro, vibrante y decisiva y siempre que Ezequiel venía hacia nosotros no hacía más que separarnos. Capitú me propuso meterlo en un colegio y que sólo viniese los sábados; al niño le costó mucho aceptar esa situación.

-¡Quiero ir con papá! ¡Papá tiene que venir conmigo!, gritaba.

Yo mismo lo llevé un día por la mañana. Un lunes. Era en la antigua plaza de Lapa, cerca de nuestra casa. Lo llevé a pie, de la mano, como había llevado el ataúd del otro. El pequeño iba llorando y haciendo preguntas a cada paso, si volvería a casa y cuándo y si iría a verlo...

- Vendré.

- ¡No vendrás!

- ¡Sí!

- ¡Júralo, papá!

- Que sí.

- No has dicho que lo juras.

- Lo juro.

Y allí lo llevé y lo dejé. La ausencia temporal no cortó el mal y todo el fino arte de Capitú, para al menos atenuarlo, fue como si nada; yo me sentía cada vez peor. La propia situación nueva agravó mi pasión. Ezequiel

vivía ahora más tiempo lejos de mi vista; pero su regreso los fines de semana, o por la falta de costumbre que yo tenía, o porque el tiempo iba pasando y completando la semejanza, era el regreso de un Escobar más vivo y clamoroso. Incluso la voz, en poco tiempo, ya me parecía la misma. Los sábados procuraba no cenar en casa y entrar cuando ya estuviese dormido; pero no me escapaba el domingo, en el despacho, cuando me encontraba entre periódicos y pleitos. Ezequiel entraba bullicioso, expansivo, lleno de risas y de amor, porque el demonio del niño cada vez se moría más por mí. Yo, a decir verdad, sentía ahora una aversión que apenas podía ocultarles ni a ella ni a los demás. No pudiendo encubrir enteramente esta disposición moral, intentaba no encontrármelo, o hacerlo lo menos que pudiese; o tenía tanto trabajo que me obligaba a encerrarme en el despacho, o salía el domingo para ir a pasear por la ciudad y sus arrabales mi mal secreto.

Capítulo 133



Una idea

CAPÍTULO CXXXIIII

Una idea

Un día –era un viernes- no pude más. Cierta idea que se ensombrecía en mí, abrió sus alas y comenzó a batirlas de un lado a otro, como hacen las ideas que quieren salir. Que fuera viernes creo que fue casualidad, pero también puede haber sido a propósito; fui educado en el terror a ese día, oí cantar baladas en casa, llegadas del campo y de la antigua metrópoli, en las cuales el viernes era día aciago. No obstante, no habiendo almanaques en el cerebro, es probable que la idea no batiese sus alas más que por la necesidad que sentía de salir al aire y a la vida. La vida es tan bella que la propia idea de la muerte necesita llegar primero a ella, antes de verse cumplida. Ya me vas entendiendo, lee ahora otro capítulo.

Capítulo 134



El sábado

CAPÍTULO CXXXIV

El sábado

La idea salió finalmente del cerebro. Era de noche y no pude dormir por más que la ahuyentase de mí. Nunca una noche se me hizo tan corta. Amaneció cuando pensaba que no serían más de la una o las dos. Salí, creyendo dejar la idea en casa; vino conmigo. Aquí afuera tenía el mismo color oscuro, las mismas alas trémulas y, aunque volase con ellas, era como si estuviera fija; yo la llevaba en la retina, no porque me encubriese las cosas externas, sino porque las veía a través de ella, con el color más pálido que de costumbre y sin que se demorasen.

No me viene bien a la memoria el resto del día. Sé que escribí algunas cartas, compré una sustancia, que no digo para no despertar el deseo de probarla. La farmacia quebró, es verdad; el dueño se hizo banquero y el banco prospera. Cuando me hallé con la

muerte en el bolsillo, sentí tanta alegría como si acabase de ganar el premio gordo, o incluso mayor, porque el premio de la lotería se gasta y la muerte no se gasta. Fui a casa de mi madre, con el fin de despedirme, a título de visita. O de verdad o por ilusión, todo allí me pareció mejor ese día, mi madre menos triste, mi tío Cosme olvidado de su corazón, la prima Justina de su lengua. Pasé una hora en paz. Llegué a olvidarme del proyecto. ¿Qué necesitaba para vivir? No dejar jamás aquella casa, o prender ese momento a mí mismo...

Capítulo 135



Otelo

CAPÍTULO CXXXV

Otelo

Cené fuera. Por la noche fui al teatro. Representaban justamente *Otelo*, que yo no había visto ni leído nunca; conocía sólo el argumento y aprecié la coincidencia. Vi las grandes furias del moro a causa de un pañuelo -¡un simple pañuelo!- y aquí doy materia a la meditación de los psicólogos de este y de otros continentes, pues no me pude hurtar a la observación de que un pañuelo bastó para encender lo celos de Otelo y crear la más sublime tragedia de este mundo. Los pañuelos se han perdido, hoy son necesarias las propias sábanas; algunas veces ni sábanas hay y sirven sólo las camisas. Tales eran las ideas que me iban pasando por la cabeza, imprecisas y turbulentas, a medida que el moro seguía convulso y Yago destilaba su calumnia. En los intervalos no me levantaba del asiento, no me quería exponer a encontrarme algún conocido. Las señoras se

quedaban casi todas en los palcos mientras los hombres iban a fumar. Entonces me preguntaba a mí mismo si alguna de aquellas no habría amado a alguien que yaciese ahora en el cementerio y se me ocurrían otras incoherencias hasta que subía el telón y continuaba la obra. El último acto me mostró que no yo, sino Capitú, debía morir. Oí las súplicas de Desdémona, sus palabras amorosas y puras y la furia del moro y la muerte que éste le dio entre los aplausos frenéticos del público.

- Y era inocente, iba yo diciendo calle abajo; ¿qué haría el público si ella de verdad fuese culpable, tan culpable como Capitú? ¿Y qué muerte le daría el moro? Una almohada no bastaría; serían precisos sangre y fuego, un fuego intenso y vasto, que la consumiese del todo y la redujese a polvo, y el polvo sería lanzado al viento como eterna extinción...

Vagué por las calles el resto de la noche. Comí, es cierto, un casi nada, pero lo suficiente para aguantar hasta por la mañana. Vi las últimas horas de la noche y las primeras del día, vi los últimos paseantes y los primeros barrenderos, las primeras carrozas, los primeros ruidos, los primeros

albores, un día que venía después de otro y que me vería irme para nunca más volver. Las calles por las que caminaba me huían como por sí mismas. No volvería a contemplar el mar de Gloria ni la sierra de los Orgãos, ni la fortaleza de Santa Cruz ni las demás. La gente que pasaba no era tanta como en los días normales de la semana, pero ya era numerosa e iba a algún trabajo, que repetiría después; yo ya no repetiría nada más.

Llegué a casa, abrí la puerta despacito, subí de puntillas y me metí en el despacho; iban a dar las seis. Saqué el veneno del bolsillo, me quedé en mangas de camisa y escribí todavía una carta, la última, dirigida a Capitú. Ninguna de las otras era para ella; sentí la necesidad de decirle algo para que le quedaran remordimientos por mi muerte. Escribí dos textos. El primero lo quemé por ser largo y confuso. El segundo contenía sólo lo necesario, claro y breve. No le recordaba nuestro pasado, ni las dificultades habidas, ni ninguna alegría; le hablaba sólo de Escobar y de la necesidad de morir.

Capítulo 136



La taza de café

CAPÍTULO CXXXVI

La taza de café

Mi plan fue esperar al café, disolver en él la droga e ingerirla. Hasta entonces, no habiendo olvidado del todo la historia de Roma, me vino a la memoria que Catón, antes de matarse, leyó y releyó un libro de Platón. No tenía a Platón conmigo, sino un tomo mutilado de Plutarco, donde se narraba la vida del célebre romano, que me bastó para ocupar aquel escaso tiempo y, para imitarlo en todo, me tumbé en el canapé. No se trataba sólo de imitarlo en eso, tenía necesidad de infundir en mí su valor, así como él había necesitado de los sentimientos del filósofo para morir intrépidamente. Uno de los males de la ignorancia es no tener este recurso de última hora. Hay mucha gente que se mata sin él, y noblemente expira; pero creo que mucha más gente pondría fin a sus días si pudiese hallar esa especie de cocaína moral de los buenos libros. No obstante,

queriendo huir de cualquier sospecha de imitación, caigo en la cuenta de que, para que no fuera encontrado junto a mí el libro de Plutarco ni fuera dada la noticia en las revistas con el color de los pantalones que yo llevaba puestos, decidí ponerlo nuevamente en su lugar, antes de beber el veneno.

El camarero trajo el café. Me levanté, guardé el libro y fui hasta la mesa donde había dejado la taza. Ya había rumores en la casa; era el momento de acabar con mi vida. La mano me tembló al abrir el papel en que llevaba la droga envuelta. Aun así, tuve ánimo para vaciar la sustancia en la taza y comencé a remover el café, los ojos perdidos, la memoria en Desdémona inocente; el espectáculo de la víspera venía a entrometerse en la realidad de la mañana. Pero la fotografía de Escobar me dio el ánimo que me venía faltando; allí estaba, con la mano en el respaldo de la silla, mirando a lo lejos...

- Acabemos con esto, pensé.

Cuando iba a beberlo, pensé si no sería mejor esperar a que Capitú y el niño saliesen de misa; lo bebería después, sería

mejor. Así decidido, comencé a pasear por el despacho. Oí la voz de Ezequiel en el pasillo, lo vi que entraba y corría hacia mí gritando:

- ¡Papá!, ¡papá!

Lector, se produjo aquí un hecho que no describo por haberlo olvidado por completo, pero créete que fue bello y trágico. Efectivamente, la figura del pequeño me hizo retroceder hasta darme de espaldas con la estantería. Ezequiel se abrazó a mis rodillas y se puso de puntillas como queriendo subir y darme el beso de costumbre; y repetía, tirando de mí:

- ¡Papá!, ¡papá!

Capítulo 137



Segundo impulso

CAPÍTULO CXXXVII

Segundo impulso

Si no hubiera mirado a Ezequiel, es probable que no estuviese aquí escribiendo este libro, porque mi primer impulso fue correr hacia el café y beberlo. Llegué a agarrar la taza, pero el pequeño me besaba la mano como de costumbre y su imagen y su gesto me dieron otro impulso que me cuesta relatar aquí; pero, venga, dígase todo. Aunque me llamen asesino, no seré yo quien los desdiga o contradiga; mi segundo impulso fue criminal. Me incliné y le pregunté a Ezequiel si ya había tomado café.

- Ya, papá; voy a misa con mamá.

- Toma otra taza, media sólo.

- ¿Y tú?

- Mandaré traer más; ¡anda, bebe!

Ezequiel abrió la boca. Le di la taza, tan trémulo que casi lo derramé, pero dispuesto a obligarlo a que se la tomase a la fuerza, en el caso de que el sabor le repugnase, o la temperatura, porque el café estaba frío... Pero no sé qué sentí que me hizo retroceder. Puse la taza sobre la mesa y me encontré besando locamente la cabeza del pequeño.

- ¡Papá!, ¡papá!, exclamaba Ezequiel.

- ¡No, no, yo no soy tu padre!

Capítulo 138



Capitú que entra

CAPÍTULO CXXXVIII

Capitú que entra

Cuando levanté la cabeza me encontré con la figura de Capitú ante mí. He aquí otra situación que parecerá de teatro y es tan natural como la primera, puesto que madre e hijo iban a misa y Capitú no salía sin hablar conmigo. Era un modo de hablar seco y breve; la mayoría de las veces yo ni la miraba. Ella me miraba siempre, esperando.

Esta vez, al topármela, no sé si serían mis ojos, pero Capitú me pareció lívida. Se produjo uno de aquellos silencios que, sin mentir, se pueden llamar de un siglo, tal es la extensión del tiempo en las grandes crisis. Capitú se recuperó, le dijo al niño que saliera y me pidió una explicación...

- No hay nada que explicar, le dije.

- Todo; no entiendo tus lágrimas ni las

de Ezequiel. ¿Qué os ha pasado?

- ¿No has oído lo que le he dicho?

Capitú respondió que había oído llantos y rumor de palabras. Yo creo que lo había oído todo claramente, pero confesarlo hubiera sido perder la esperanza del silencio y la reconciliación, por eso negó la audiencia y confirmó únicamente la vista. Sin contarle el episodio del café, le repetí las palabras del final del capítulo.

- ¿Cómo?, preguntó como si oyera mal.

- Que no es hijo mío.

Grande fue la estupefacción de Capitú y no menor la indignación que le siguió, tan naturales ambas que hubieran hecho dudar a los primeros testigos de vista de nuestro foro. Ya he oído que los hay para distintos casos, cuestión de precio; yo no lo creo, sobre todo porque quien me lo contó acababa de perder una demanda. Pero haya o no testigos de alquiler, el mío era verdadero; la propia naturaleza juraba por sí misma y yo no quería dudar de ella. Así que, sin atender al lenguaje de Capitú, a sus gestos, al dolor que la retorcía, a nada, repetí las palabras dichas

dos veces con tal resolución que la hicieron venirse abajo. Después de algunos instantes, me dijo:

- Sólo se puede explicar tal injuria por la sincera convicción; sin embargo, tú que eras tan celoso de mis menores actos, nunca revelaste la menor sombra de desconfianza. ¿De dónde te ha venido esa idea? Cuéntamelo, continuó viendo que yo no respondía nada, cuéntamelo todo; después de lo que he oído, puedo oírlo todo, no puede haber mucho más. ¿Qué te ha provocado ahora esa convicción? Anda, Bentiño, ¡habla!, ¡habla! Échame de aquí, pero antes dilo todo.

- Hay cosas que no se dicen.

- Que se dicen sólo a medias; pero ya que has empezado, dímelo todo.

Se había sentado en una silla junto a la mesa. Podía estar un tanto confusa, su porte no era de acusada. Le pedí una vez más que no insistiese.

- No, Bentiño, o me cuentas el resto para que yo me defienda, si crees que tengo defensa, o desde ya te pido la separación: ¡no puedo más!

- La separación está decidida, repliqué, tomándole la palabra. Sería mejor que la hiciéramos con medias palabras o en silencio; cada uno se iría con su herida. Pero ya que insistes, ahí va todo lo que te puedo decir, y es todo.

No se lo dije todo; no pude aludir a los amores de Escobar sin nombrarlo. Capitú no pudo dejar de reír, con una risa que siento no poder reproducir aquí; después, con un tono a la vez irónico y melancólico:

- ¡Hasta los difuntos! ¡Ni los muertos escapan a tus celos!

Se ajustó la capa y se levantó. Suspiró, creo que suspiró, mientras que yo, que no pedía otra cosa más que su plena justificación, le dije no sé qué palabras adecuadas a ese fin. Capitú me miró con desdén y murmuró:

- Sé el motivo; es la casualidad del parecido... La voluntad de Dios lo explicará todo... ¿Te ríes? Es natural; a pesar del seminario, no crees en Dios; yo creo... Pero no hablemos de eso; es mejor no decir nada más.

Capítulo 139



La fotografía

CAPÍTULO CXXXIX

La fotografía

Palabra que estuve a pique de creer que era víctima de una gran turbación, una fantasmagoría de alucinado; pero la entrada repentina de Ezequiel gritando: -"¡Mamá, mamá, es la hora de ir a misa!" me restituyó la conciencia de la realidad. Capitú y yo, involuntariamente, miramos la fotografía de Escobar y después uno al otro. Esta vez su confusión se hizo confesión pura. Éste era aquél; tendría que haber por fuerza una fotografía del pequeño Escobar que sería nuestro pequeño Ezequiel. De palabra, sin embargo, no confesó nada; repitió sus últimas palabras, tiró del niño y salieron para ir a misa.

Capítulo 140



A la vuelta de la iglesia

CAPÍTULO CXL

A la vuelta de la iglesia

Al quedarme solo, hubiera sido natural tomar el café. Pero no señor, había perdido el gusto por la muerte. Aunque la muerte era una solución, yo acababa de encontrar otra, tanto mejor cuanto que no era definitiva y dejaba la puerta abierta a la reparación, si tuviese que haberla. No he dicho *perdón*, sino *reparación*, esto es, justicia. Sea cual fuere la razón del acto, rechacé la muerte y esperé el regreso de Capitú. Éste fue más demorado que de costumbre; llegué a temer que hubiera ido a casa de mi madre, pero no lo hizo.

- Le he confiado a Dios todas mis amarguras, me dijo Capitú al volver de la iglesia; he oído dentro de mí que nuestra separación es inevitable y estoy a tu disposición.

Me lo dijo encubriendo sus ojos, como escrutando una actitud mía de negativa o de

aplazamiento. Contaba con mi debilidad o incluso con la incertidumbre que yo podría tener de la paternidad, pero le falló todo. ¿Acaso había en mí un hombre nuevo, uno que aparecía ahora, descubierto tras nuevas y fuertes impresiones? En tal caso se trataría de un hombre apenas encubierto. Le respondí que lo pensaría y que haríamos lo que yo pensase. En verdad os digo que todo estaba pensado y hecho.

En el intervalo, había evocado las palabras del finado Gurgel, cuando me mostró en su casa el retrato de su mujer, parecido a Capitú. Tienes que acordarte de ellas; si no, relee el capítulo, cuyo número no pongo aquí porque ya no me acuerdo, pero no está lejos. Se limitan a decir que hay algunas semejanzas inexplicables... A lo largo del día y en los siguientes, Ezequiel venía a verme al despacho y las facciones del pequeño daban una idea clara de las del otro, o yo me iba fijando más en ellas. A la vez me recordaban episodios vagos y remotos, palabras, encuentros e incidentes, todo aquello a lo que mi ceguera no le puso malicia y a lo que mis viejos celos le faltaron. Aquella vez que los encontré solos y callados, un secreto que me hizo reír, una palabra de ella soñando, todas esas reminiscencias iban

viniendo ahora, tan atropelladamente que me aturdieron... ¿Y por qué no los estrangulé aquel día cuando desvié los ojos de la calle donde estaban dos golondrinas posadas en un hilo telegráfico? Adentro, mis otras dos golondrinas estaban posadas en el aire, unos ojos fijos en los otros, pero tan cautelosos que se apartaron enseguida, diciéndome una palabra amiga y alegre. Les conté el amorío de las golondrinas de afuera y lo encontraron gracioso; Escobar declaró que, para él, sería mejor si las golondrinas en lugar de posadas en el hilo de alambre, estuvieran en la mesa del comedor, cocidas. "Nunca he comido sus nidos, continuó, pero deben ser buenos si los chinos así lo inventaron." Y nos quedamos hablando de los chinos y de los clásicos que hablaron de ellos, mientras Capitú, confesando que la enojábamos, se fue a otros menesteres. Ahora me acordaba de todo cuanto entonces me parecía nada.

Capítulo 141



La solución

CAPÍTULO CXLI

La solución

Esto es lo que hicimos. Juntos, nos fuimos a Europa, no a pasear ni a ver nada nuevo ni viejo; nos quedamos en Suiza. Una profesora de Rio Grande, que vino con nosotros, se quedó en compañía de Capitú, enseñándole su lengua materna a Ezequiel, que aprendió el resto en las escuelas del país. Organizada así la vida, regresé al Brasil.

Al cabo de algunos meses, Capitú comenzó a escribirme cartas, a las que respondí breve y secamente. Las suyas eran sumisas, sin odio, quizá afectuosas y finalmente nostálgicas; me pedía que fuese a verla. Un año después embarqué, pero no la busqué y repetí el viaje con el mismo resultado. A mi regreso, quienes se acordaban de ella querían noticias y yo se las daba como si acabase de estar con ella;

naturalmente hacía los viajes con la intención de simular eso mismo y engañar a la opinión pública. Un día, finalmente...

Capítulo 142



Una santa

CAPÍTULO CXLII

Una santa

Entiéndase que si en los viajes que hice a Europa José Días no vino conmigo no fue porque le faltase voluntad; se quedaba haciendo compañía a mi tío Cosme, casi inválido, y a mi madre, que había envejecido deprisa. También él estaba viejo, aunque fuerte. Subía a bordo para despedirse de mí y las palabras que me decía, los gestos con su pañuelo, sus propios ojos que se secaba, eran tales que me conmovían también. La última vez no subió a bordo.

- Suba...

- No puedo.

- ¿Tiene miedo?

- No, no puedo. Ahora, adiós, Bentiño, no sé si me verás más; creo que me voy a la

otra Europa, a la eterna...

No se fue enseguida, mi madre embarcó primero. Busca en el cementerio de S. João Batista una sepultura sin nombre, con esta única inscripción: *Una santa*. Allí está. Mandé hacer la inscripción con algunas dificultades. Al escultor le pareció rara; el administrador del cementerio le consultó al vicario de la parroquia, éste alegó que las santas están en los altares y en el cielo.

-Pero, perdón, interrumpí, no quiero decir que en esa sepultura esté una canonizada. Mi idea es dar con esa palabra una definición terrenal de todas las virtudes que la finada poseía en vida. Tanto es así que, siendo la modestia una de ellas, deseo conservarla póstuma, no escribiendo su nombre.

- Sin embargo, el nombre, la filiación, las fechas...

- ¿A quién le importarán las fechas, filiación ni nombres cuando yo me haya muerto?

- ¿Quiere decir que es una santa señora, no es eso?

- Justamente. El protonotario Cabral, si estuviese vivo, confirmaría ahora mismo lo que le digo.

- No contradigo la verdad, dudo sólo de la manera de expresarla. ¿Conoció usted al protonotario?

- Sí señor. Era un sacerdote modelo.

- Buen canonista, buen latinista, pío y caritativo, continuó el vicario.

- Y poseía algunas habilidades sociales, le dije; en mi casa siempre oí que era un compañero insigne en el *back gamón*...

- ¡Tenía muy buena mano para los dados!, suspiró lentamente el vicario. ¡Una mano de maestro!

- ¿Entonces, le parece que...?

- Ya que no hay otro sentido ni podría haberlo, sí señor, se admite...

José Días asistió a estas diligencias con gran melancolía. Al final, cuando salimos, me habló mal del cura, le llamó meticuloso.

Sólo lo disculpaba porque no había conocido a mi madre, ni él ni los demás hombres del cementerio.

- No la conocieron, si la hubieran conocido hubieran mandado esculpir *santísima*.

Capítulo 143



El último superlativo

CAPÍTULO CXLIII

El último superlativo

No fue el último superlativo de José Días. Tuvo otros que no vale la pena escribir aquí, hasta que llegó el último, el mejor de ellos, el más dulce, el que le dio a su muerte un amago de vida. Entonces ya vivía conmigo; aunque mi madre le había dejado un pequeño recuerdo, vino a decirme que, con legado o sin él, no se separaría de mí. Tal vez su esperanza fuese enterrarme. Se escribía con Capitú, a quien le pedía que le mandase el retrato de Ezequiel; pero Capitú iba aplazando el envío de correo en correo, hasta que él no pidió nada más, a no ser el afecto del joven estudiante; le pedía también que no dejase de hablarle a Ezequiel del viejo amigo de su padre y de su abuelo, "destinado por el cielo a amar la misma sangre". Así preparaba los cuidados de la tercera generación; pero la muerte llegó antes que Ezequiel. La enfermedad fue rápida. Mandé llamar a un médico homeópata.

- No, Bentiño, dijo; basta con uno alópata; en todas las escuelas se muere. Además fueron ideas de juventud que el tiempo se llevó; me convierto a la fe de mis padres. La alopatía es el catolicismo de la medicina...

Murió sereno, después de una agonía corta. Poco antes oyó decir que el cielo estaba lindo y pidió que abriésemos la ventana.

- No, el aire puede hacerle daño.

-¿Qué daño? El aire es vida.

Abrimos la ventana. Realmente había un cielo azul y claro. José Días se incorporó y miró hacia afuera; después de algunos instantes dejó caer la cabeza murmurando: ¡Lindísimo! Fue la última palabra que profirió en este mundo. ¡Pobre José Días! ¿Por qué he de negar que lloré por él?

Capítulo 144



Una pregunta tardía

CAPÍTULO CXLIV

Una pregunta tardía

Así lloren por mí todos los ojos de los amigos y amigas que dejo en este mundo, pero no es probable. Me he hecho olvidar. Vivo lejos y salgo poco. No es que haya ligado efectivamente las dos puntas de mi vida. Esta casa del Ingenio Nuevo, aunque reproduzca la de Matacavalos, apenas me recuerda la otra, y si me la recuerda es más por efecto de la comparación y la reflexión que del sentimiento. Esto ya lo había dicho.

Me preguntarán por qué razón, teniendo la auténtica casa vieja en la misma calle antigua, no impedí que la demoliesen y vine a reproducirla en ésta. La pregunta debió ser hecha al comienzo, pero ahí va la respuesta. La razón es que, apenas murió mi madre, queriendo yo irme allí, hice primero una larga visita de inspección durante algunos días y toda la casa me desconoció.

En el huerto, el lentisco, la pitanga, el pozo, el balde viejo y el lavadero nada sabían de mí. La casuarina era la misma que yo había dejado al fondo, pero el tronco, en lugar de recto como antes, tenía ahora un aire de signo de interrogación; naturalmente se sorprendía del intruso. Paseé los ojos por el aire, buscando algún pensamiento que hubiera dejado allí y no hallé ninguno. Al contrario, el follaje comenzó a susurrar algo que no entendí enseguida y parece que era la cantiga de las mañanas nuevas. Junto a esa música sonora y jovial, oí también el gruñir de los cerdos, especie de mofa concentrada y filosófica.

Todo me era extraño y hostil. Dejé que demoliesen la casa y más tarde, cuando vine al Ingenio Nuevo, caí en la cuenta de hacer esta reproducción según las explicaciones que le di al arquitecto, conforme conté en su momento.

Capítulo 145



El regreso

CAPÍTULO CXLV

El regreso

Fue ya en esta casa cuando un día, mientras me vestía para almorzar, recibí una tarjeta con este nombre:

EZEQUIEL A. DE SANTIAGO

- ¿Está ahí?, le pregunté al criado.

- Sí señor; está esperando.

No fui inmediatamente; lo hice esperar diez o quince minutos en la sala. Sólo después caí en la cuenta que procedía tener cierto alborozo y correr, abrazarlo, hablarle de su madre. Su madre, creo que aún no he dicho que estaba muerta y enterrada. Ciertamente; reposa en la vieja Suiza. Acabé de vestirme de prisa. Cuando salí del cuarto adopté un aire paternal, un padre entre tierno y rudo, medio Don Casmurro. Al entrar en la sala,

encontré a un muchacho, de espaldas, mirando el busto de Masinisa pintado en la pared. Llegué cauteloso y no hice ruido. No obstante, oyó mis pasos y se giró deprisa. Me reconoció por los retratos y corrió hacia mí. No me moví; era ni más ni menos mi antiguo y joven compañero del seminario de S. José, un poco más bajo, menos voluminoso y, salvo los colores, que eran vivos, el mismo rostro de mi amigo. Vestía a la moderna, naturalmente, y sus maneras eran diferentes, pero el aspecto general reproducía a la persona muerta. Era el mismo, el exacto, el verdadero Escobar. Era mi comblezo; era el hijo de su padre. Vestía de luto por su madre; yo también vestía de negro. Nos sentamos.

- Papá, no te diferencias de los últimos retratos, me dijo.

Su voz era la misma de Escobar, su acento afrancesado. Le expliqué que realmente poco difería de lo que era y comencé un interrogatorio para tener que hablar menos y dominar así mi emoción. Pero esto mismo le animaba la cara y mi colega del seminario iba resurgiendo cada vez más del cementerio. Helo aquí, ante mí, con la misma risa y mayor respeto; total, la misma gentileza y la misma gracia. Ansiaba verme. Su madre le había

hablado mucho de mí, elogiándome extraordinariamente como el hombre más puro del mundo, el más digno de ser querido.

- Murió bonita, concluyó.

- Vamos a almorzar.

Si piensas que el almuerzo fue amargo, te equivocas. Tuvo sus momentos desagradables, es verdad; al comienzo me dolió que Ezequiel no fuese realmente mi hijo, que no me completase y continuase. Si el joven le ha salido a su madre, yo acabaría creyéndolo todo, tanto más fácilmente cuanto que parecía haberme dejado el día anterior, evocaba la niñez, escenas y palabras, su ida al colegio...

- ¿Papá, te acuerdas todavía de cuando me llevaste al colegio?, preguntó riendo.

- ¡Cómo no me voy a acordar!

- Era en Lapa; yo iba desesperado y tú no parabas, me dabas cada tirón y yo con las piernecitas... Sí señor, acepto.

Acercó la copa al vino que yo le ofrecía, lo bebió de un trago y continuó

comiendo. Escobar también comía así, con la cara metida en el plato. Me contó su vida en Europa, sus estudios, particularmente los de arqueología que era su pasión. Hablaba de la antigüedad con amor, contaba Egipto y sus millares de siglos sin perderse en las cifras; tenía la cabeza aritmética de su padre. A mí, aunque la idea de la paternidad del otro me resultase ya familiar, no me gustaba su resurrección. A veces cerraba los ojos para no ver sus gestos ni nada, pero el diablote hablaba y reía y el difunto hablaba y reía por él.

No teniendo más remedio que quedarme con él, me convertí en un padre de verdad. La idea de que pudiese haber visto alguna fotografía de Escobar, que Capitú por descuido llevase consigo, no se me ocurrió ni, si se me hubiera ocurrido, hubiera persistido. Ezequiel creía en mí como en su madre. Si estuviese vivo José Días, vería en él a mi propia persona. La prima Justina quiso verlo; pero, como estaba enferma, me pidió que lo llevase a visitarla. Conocía a aquella parienta. Creo que el deseo de ver a Ezequiel era con el fin de verificar en el joven el boceto que quizá había visto en el niño. Sería un último regalo; lo paré a tiempo.

- Está muy mal, le dije a Ezequiel que quería verla, cualquier emoción puede provocarle la muerte. Iremos a verla cuando esté mejor.

No fuimos, la muerte se la llevó a los pocos días. Ella descansa en el Señor o como sea. Ezequiel le vio la cara en el ataúd y no la reconoció, ni hubiera podido, de tan diferente que la hicieron los años y la muerte. En el camino del cementerio le iban viniendo a la memoria un montón de cosas, una calle, una torre, un trozo de playa y todo era para él motivo de alegría. Ocurría así siempre que volvía a casa al final del día; me contaba los recuerdos que le iban viniendo de las calles y de las casas. Se sorprendía de que muchas fueran las mismas que él había dejado, como si las casas muriesen niñas.

Al cabo de seis meses, Ezequiel me habló de un viaje a Grecia, a Egipto y a Palestina, un viaje científico, promesa hecha a unos amigos.

- ¿De qué sexo?, le pregunté riendo.

Sonrió avergonzado y me respondió que las mujeres eran criaturas tan de la moda y tan del día que nunca entenderían una ruina

de treinta siglos. Eran dos colegas de la universidad. Le prometí medios y le di enseguida los primeros dineros necesarios. Me dije a mí mismo que una de las consecuencias de los amores furtivos del padre era que yo pagase las arqueologías del hijo; mejor que se contagiase de la lepra... Cuando esta idea me atravesó el cerebro, me sentí tan cruel y perverso que agarré al joven y quise estrecharlo entre mis brazos, pero retrocedí; lo miré después como se mira a un hijo de verdad; los ojos con que me miró fueron tiernos y agradecidos.

Capítulo 146



No hubo lepra

CAPÍTULO CXLVI

No hubo lepra

No hubo lepra, pero hay fiebres por todas esas tierras humanas, sean viejas o nuevas. Once meses después, Ezequiel murió de unas fiebres tifoideas y fue enterrado en las inmediaciones de Jerusalén, donde los dos amigos de la universidad le levantaron un túmulo con esta inscripción, sacada del profeta Ezequiel, en griego: "Tú eras perfecto en tus caminos." Me mandaron ambos textos, griego y latino, el dibujo de la sepultura, la cuenta de los gastos y el resto del dinero que él llevaba; hubiera pagado el triple por no volver a verlo.

Como quise verificar el texto, consulté mi Vulgata y vi que era exacto, pero tenía además un complemento: "Tu eras perfecto en tus caminos, *desde el día de tu creación*." Paré y me pregunté en silencio: "¿Cuándo habría sido el día de la creación de Ezequiel?"

Nadie me respondió. He aquí un misterio más para añadir a los muchos de este mundo. Pese a todo, cené bien y fui al teatro.

Capítulo 147



La exposición retrospectiva

CAPÍTULO CXLVII

La exposición retrospectiva

Ya sabes que mi alma, por más lacerada que haya sido, no se quedó en un rincón como una flor pálida y solitaria. No le di ese colorido o descolorido. Viví lo mejor que pude sin que me faltasen amigas que me consolasen de la primera. Caprichos de poca duración, es verdad. Me dejaban como personas que asisten a una exposición retrospectiva y, o se hartaban de verla, o mermaba la luz de la sala. Sólo una de esas visitas tenía coche en la puerta y cochero de librea. Las otras venían modestamente, *calcante pede* y, si llovía, iba yo a buscar un coche a la plaza y las despachaba con grandes despedidas y mayores cortesías.

- ¿Llevas el catálogo?

- Sí, hasta mañana.

No volvían más. Yo me quedaba en la puerta esperando, iba hasta la esquina, vigilaba, consultaba el reloj y no veía nada ni a nadie. Entonces, si aparecía otra visita, le daba el brazo, entrábamos, le mostraba los paisajes, los cuadros históricos o de género, una acuarela, un pastel, un *gouache*, y también ésta se cansaba y se iba con el catálogo en la mano...

Capítulo 148



Bien, ¿y el resto?

CAPÍTULO CXLVIII

Bien, ¿y el resto?

Ahora bien, ¿por qué ninguna de esas caprichosas me hizo olvidar a la primera amada de mi corazón? Quizá porque ninguna tenía los ojos de resaca, ni los de gitana oblicua y disimulada. Pero no es este propiamente el resto del libro. El resto es saber si la Capitú de la playa de Gloria ya estaba dentro de la de Matacavalos, o si ésta se transformó en aquélla a causa de algún suceso. Jesús, hijo de Sirac, si supiese de mis primeros celos, me diría, como en su cap. IX, vers. I: "No tengas celos de tu mujer, para que no te engañe con la malicia que aprenda de ti." Pero yo creo que no y tú concordarás conmigo; si te acuerdas bien de Capitú niña, has de reconocer que una estaba dentro de la otra, como la fruta dentro de su piel.

Y bien, sea cual sea la solución, persiste una cosa, y es la suma de las sumas

o el resto de los restos, a saber, que mi primera amiga y mi mayor amigo, tan cariñosos ambos y también tan queridos, quiso el destino que acabasen juntándose y engañándome... ¡La tierra les sea leve! Vamos a la *Historia de los suburbios*.